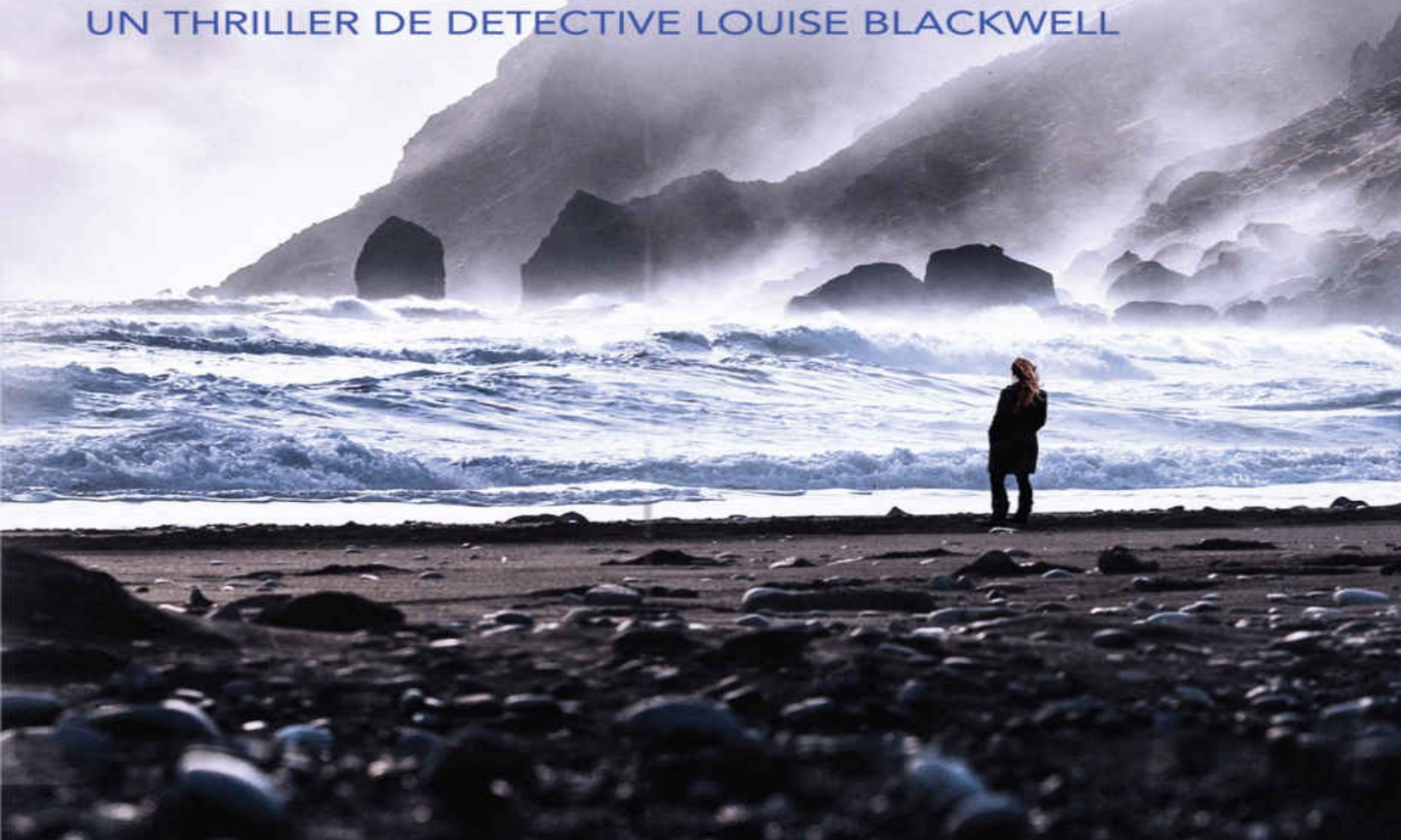


MATT BROLLY El Descenso

UN THRILLER DE DETECTIVE LOUISE BLACKWELL



EL DESCENSO

MATT BROLLY



Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Texto copyright © 2022 de Matthew Brolly Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, de fotocopia, de grabación o de otro tipo, sin el permiso expreso por escrito del editor. Esta traducción ha sido publicada por Oblong Books

Para Claire Louise Brolly

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y Uno
Capítulo Treinta y Dos
Capítulo Treinta y Tres
Capítulo Treinta y Cuatro
Capítulo Treinta y Seis
Capítulo Treinta y Siete
Capítulo Treinta y Ocho
Capítulo Treinta y Nueve
Capítulo Cuarenta
Capítulo Cuarenta y Uno
Capítulo Cuarenta y Dos
Capítulo Cuarenta y Tres

[Capítulo Cuarenta y Cuatro](#)
[Capítulo Cuarenta y Cinco](#)
[Capítulo Cuarenta y Seis](#)
[Capítulo Cuarenta y Siete](#)
[Capítulo Cuarenta y Ocho](#)
[Capítulo Cuarenta y Nueve](#)
[Capítulo Cincuenta](#)
[Capítulo Cincuenta y Uno](#)
[Capítulo Cincuenta y Dos](#)
[Capítulo Cincuenta y Tres](#)
[Capítulo Cincuenta y Cuatro](#)
[Capítulo Cincuenta y Cinco](#)
[Capítulo Cincuenta y Seis](#)
[Capítulo Cincuenta y Siete](#)
[Capítulo Cincuenta y Ocho](#)
[Capítulo Cincuenta y Nueve](#)
[Capítulo Sesenta](#)
[Capítulo Sesenta y Uno](#)
[Capítulo Sesenta y Dos](#)
[Capítulo Sesenta y Tres](#)
[Capítulo Sesenta y Cuatro](#)
[Epílogo](#)

[¡Gracias!](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca del Autor](#)

[Otras Obras de Matt Brolly](#)

PRÓLOGO

La ubicación de la iglesia de San Nicolás, en Uphill, proporcionó al grupo una vista inigualable de Weston-super-Mare y de la costa circundante. A lo lejos se veía el promontorio de Brean Down, y más cerca aún la silueta de la iglesia de Uphill y la desembocadura del río Axe. Justo debajo, bajo la escarpada caída de la cima del acantilado, estaba el centro del puerto deportivo o, como lo llamaban algunos lugareños, el astillero muerto.

Amy Carlisle se ciñó la ligera tela de su abrigo. El calor residual del día se había disipado en la última hora y su pequeña hoguera apenas servía para calentarla. Había recibido el mensaje a medianoche, después de haber pasado varias noches en su dormitorio esperando noticias de Jay.

Desde su lugar en la hierba seca del patio de la iglesia, Amy miró a Jay, intentando que no pareciera evidente. Era mayor que todas las demás del grupo y ciertamente más relajado. Su cuerpo, de largas extremidades, tenía una facilidad, una gracia propia de un bailarín. Se sentó al otro lado del fuego y rodeó a Claire con sus brazos. Esto en sí mismo no significaba que Claire fuera a ser elegida esta noche, pero si los acontecimientos del mes pasado servían de algo, ella sería la elegida. La idea le produjo una mezcla de celos y alivio. El momento de Amy llegaría, pero sentada aquí, con vistas a la ciudad, con sus luces brillantes, el mar por una vez en plena marea, empezó a dudar de sí misma. Esa duda duró solo unos segundos. Solo tuvo que pensar en el apartamento, siempre frío a pesar del intenso calor de los últimos días, y en sus razones para estar aquí, para decidirse a volver.

AMY MIRÓ hacia Jay y captó una mirada de Megan. Megan era el miembro más nuevo del grupo, y en el resplandor del fuego parecía increíblemente joven. Amy le ofreció una sonrisa y Megan se acercó y se sentó a su lado.

—Me alegro de que estés aquí —dijo Megan.

Jay había encontrado a Megan hacía seis semanas. En la última reunión le había pedido a Amy que se ocupara de ella, como hacía con todas las mujeres nuevas, y desde entonces habían mantenido un contacto regular en el grupo privado en línea. Megan tenía veintitantos años y había estado durmiendo en la calle en Bristol. Le había dicho a Amy que Jay le había encontrado un lugar, pero como no se les permitía verse fuera de las reuniones del grupo, no le había dicho dónde.

—Yo también me alegro de que estés aquí —dijo Amy, mientras Megan se acercaba, con la piel llena de sudor y rocío corporal.

—Espero que me elija —dijo Megan.

—Tienes que ser paciente.

Megan apoyó la cabeza en el hombro de Amy. En su vida anterior, Amy habría resentido la intromisión personal, pero ahora la recibió con agrado, la sensación del cuerpo de Megan era tan ligera como el aire mientras Jay se ponía de pie y empezaba a circular entre el grupo, ofreciendo a sus miembros tazas del té que había estado hirviendo en la hoguera.

El té se llamaba Ayahuasca. Jay le había dado el té por primera vez aquella primera noche en Kewstoke, donde había estado durmiendo en la playa. Había sido imprudente entonces, pensando que no tenía nada que perder. La dosis había sido pequeña, pero con la guía de Jay, había experimentado algo que no creía posible. Cuando volvió en sí, pensó que había estado fuera durante horas, pero solo habían pasado unos minutos.

—¿Lo ves? —Jay dijo, y en ese momento todo se había vuelto un poco más claro.

Jay se acurrucó entre Amy y Megan.

—Me alegro de que se lleven tan bien —dijo, sonriendo mientras les daba el té.

Amy tenía tantas cosas que quería decir pero permaneció en silencio mientras tomaba la bebida, su única respuesta fue una sonrisa avergonzada.

Bajo las instrucciones de Jay, todos bebieron el té refrescante. La ayahuasca contenía la droga DMT, que llegaba a alterar la mente, y aunque la dosis que Jay les dio era pequeña, Amy no tardó en sentir su efecto. El calor se extendió por ella y su cuerpo empezó a vibrar. Cerró los ojos, presentes pero lejanos, mientras su mente giraba con imágenes de formas y geometrías. No era lo mismo que tomar la dosis completa de DMT. Fue un vistazo, y cuando volvió en sí minutos más tarde, quiso experimentar más. Vio el mismo deseo en los otros miembros del grupo, Megan la miraba, con sus ojos color avellana abiertos de par en par en señal de asombro.

Un silencio se apoderó del grupo cuando Jay se puso de pie. Amy amaba y odiaba estos momentos, ya que uno a uno, el grupo explicaba sus razones para estar allí. Era doloroso escuchar las historias de todos, pero el té lo hacía más fácil. Cuando llegó su turno, contó su historia sin avergonzarse, agradecida de que Megan estuviera sentada a su lado.

—Aiden era un bebé precioso. ¿Saben que a veces salen feos? Eso suena horrible, lo sé —dijo Amy, ante un murmullo de risas del grupo—. Pero es cierto. Algunos bebés no son muy guapos. Se ven arrugados como si no se hubieran formado bien. Pero Aiden no era así. Estaba completo desde el primer momento en que lo sostuve. Tenía un mechón de pelo rojo, un mechón perfecto. Y cuando lo sostuve, me miró directamente y pude ver que en ese mismo instante sabía quién era yo. No puedo explicarlo, aunque ahora tengo una mejor idea gracias a Jay, pero fue como si en ese momento pudiera verme completamente. ¿Eso tiene sentido?

El grupo respondió, positivo y alentador, y Amy sintió que la mano de Megan se extendía hacia ella.

—Bueno, eso fue lo que sentí. Podía verme completamente y yo agradecía ese análisis. Nos unió de una manera que nunca podría ser quitada. Y aunque sabía que nunca recordaría ese momento, siempre formaría parte de él y eso me reconfortaba.

—Se lo llevaron más tarde ese día. Eso era parte del trato. Era demasiado joven. No tenía dinero, ni familia, ni casa que ofrecerle. Eran una pareja encantadora y no los culpo por lo que pasó. No podían tener hijos propios y tenían mucho amor que ofrecer. No les dije que le había llamado Aiden y ni siquiera me preguntaron.

—¿Lloré cuando se lo llevaron? Por supuesto que sí. Pero sabía que teníamos esa conexión. Él me había visto y yo lo había visto a él. Ahora yo era parte de él y nadie podría quitarme eso.

Jay la rodeó con su brazo y ella se dejó llevar por él. Él sabía lo que iba a pasar y ella agradeció el consuelo. La primera vez que habló frente al grupo, él le dijo que no era necesario que continuara, pero ella había luchado y ahora haría lo mismo.

—No he vuelto a verle. Sabía dónde vivía, pero me habría destruido verlo. Y no habría sido justo para él ni para sus nuevos padres —Amy hizo una pausa, con la boca seca. Respirando profundamente, continuó.

—Me enteré por casualidad. ¿Pueden creerlo? —dijo, con las lágrimas picando su fría piel—. Lo leí en *El Mercury*, en la sección de conmemoraciones. Si no hubiera decidido ir a la biblioteca ese día, quizá nunca me hubiera enterado. Podría haber pensado que seguía vivo incluso ahora.

Megan temblaba a su lado mientras continuaba.

—Está bien, Megan —dijo Amy—. El pequeño Aiden falleció justo antes de su cuarto cumpleaños. Tenía un defecto cardíaco que yo no conocía. Sus padres hicieron todo lo posible por él. Lo sé.

Amy agarró la mano de Megan mientras Jay la abrazaba con más fuerza.

—Por supuesto que estaba completamente destruida. No importaba que no lo hubiera vuelto a ver desde el día en que nació. Era mi pequeño y siempre lo sería.

—Cometí el error de intentar hablar con sus padres. La madre, en particular, no quiso entender. Estaba consumida por el dolor, ahora lo entiendo, pero cuando me dijo que Finley -el nombre que le habían puesto al pequeño Aiden- no era mi hijo, fue como si me hubiera apuñalado en el corazón.

—La verdad es que no estaba en un buen momento cuando me enteré. Ya estaba bebiendo y consumiendo. Mi vida era una mierda y siguió así hasta que conocí a Jay.

Otro murmullo de aprobación recorrió el grupo, Jay la abrazó aún más fuerte.

—Había pensado en quitarme la vida, pero me faltaba valor. Una parte de mí pensó que sería una traición a la vida de Aiden, pero eso era pura cobardía.

Amy hizo una nueva pausa y miró a Megan que, a pesar de haber escuchado la historia antes, estaba consumida por las lágrimas.

—Yo también admito que estaba muy dudosa cuando Jay trató de introducirme al DMT. Ya había probado prácticamente todo y no creía en sus afirmaciones. Qué equivocada estaba —dijo, ante un coro de risas.

—Me gustaría agradecer a Jay que me haya mostrado que algo más nos está esperando, que Aiden no está perdido, que murió en vano. Lo he experimentado en mis viajes allí y no puedo esperar a estar con él de nuevo. Verás, él marcó mi alma ese primer segundo en que me miró y sé, solo sé, que está ahí esperando.

Jay la abrazó durante unos segundos más, mientras el grupo procesaba lo que le habían dicho, antes de dirigirse a Claire.

Claire sonrió.

—Estoy lista —dijo, mientras Jay la rodeaba con sus brazos.

Amy había charlado con la otra mujer en numerosas ocasiones.

Tenía más de treinta años, había estado entrando y saliendo de albergues durante los últimos diez años. Su cabello negro y lacio se balanceaba detrás de ella y cuando sonreía a Jay dejaba ver varios dientes perdidos.

—Esta es tu elección —dijo Jay, su voz tranquilizadora, el sonido fluyendo sobre el lejano traqueteo del mar.

—Estoy lista —dijo Claire, y Amy pudo ver en sus ojos y en su sonrisa desdentada que decía

la verdad.

CAPÍTULO UNO

La inspectora Louise Blackwell aparcó y corrió hacia el colegio, su carrera quedó momentáneamente bloqueada por la gruesa verja metálica. Emily la esperaba en la oficina de la escuela, con el rostro asomado a la ventana como lo haría un prisionero. Una profesora solitaria frunció el ceño mientras hacía entrar a Louise en el edificio escolar.

—Me llamo Louise Blackwell, soy la tía de Emily. Siento que haya tardado tanto en llegar, he estado conduciendo desde Weston —Louise miró a Emily, que estaba sentada con las piernas y los brazos cruzados en una de las sillas. Su sobrina no le devolvió la sonrisa. Su rostro se volvió hacia abajo, parecía estar al borde de las lágrimas.

—Estoy segura de que mañana tendrás más noticias de la escuela —dijo la profesora, abriéndole la puerta—. Adiós, Emily, hasta mañana —añadió, mientras Emily se deslizaba por la puerta.

—Hola, cariño —dijo Louise—. Siento haber tardado tanto en llegar. ¿Vamos a comer algo? Emily se miró los zapatos, balanceándose en el sitio.

—¿Dónde está papá?

Louise se agachó para estar a la altura de sus ojos. Había recibido la llamada en la estación. Su hermano, Paul, no había recogido a su hija del colegio hacía cuarenta minutos. Había llamado a sus padres, que vivían cerca, pero la llamada había ido directamente al contestador automático, así que se había visto obligada a hacer el viaje por la M5 desde Weston. Emily era un hueso duro de roer, pero tenía los ojos enrojecidos y una única lágrima se le escapaba por el lado izquierdo de la cara. Louise pensó en mentir, pero Emily merecía más.

—Estoy segura de que está bien, pero no pudo llegar a tiempo.

—¿Está borracho otra vez?

Louise se acercó a la niña, devastada por la pregunta que hacía parecer a su sobrina que tenía más allá de cinco años.

—Estoy segura de que está bien, cariño —El cuerpo de la niña temblaba en sus brazos, y no era la primera vez que Louise deseaba haber podido protegerla mejor de esto, de todo lo que le había pasado en su corta vida.

No era la primera vez que Paul hacía esto. La madre de Emily, Dianne, había muerto hacía tres años tras una breve lucha contra el cáncer. La rapidez de los acontecimientos había sorprendido a todos y, naturalmente, Paul había sido el más afectado. El consumo de alcohol no empezó a descontrolarse hasta el último año y Louise pensaba que lo había superado en los últimos seis meses, pero los problemas habían vuelto a empezar hace tres semanas, en el

aniversario de la muerte de Dianne.

Louise se culpaba por haber dejado que la situación llegara a ese punto, pero eso no eximía a su hermano de la responsabilidad. Quería encontrarlo, decirle exactamente lo que pensaba de sus acciones, pero no podía hacerlo con Emily a cuestas.

En el coche volvió a llamar a sus padres.

—Hola, Lou —dijo su madre—. Lo siento, papá y yo hemos estado fuera y acabamos de recibir los mensajes.

Louise se mordió la lengua, queriendo preguntar por qué no se habían encendido los móviles.

—Tengo a Emily —dijo—. Vamos a comer algo.

—Hola, Emily.

—Hola, abuela.

Louise se detuvo para poder quitarle el altavoz a su madre. Salió y cerró suavemente la puerta del coche.

—Tienes que ir a ver a Paul.

—Papá ya está en camino.

—Esto no puede seguir así, mamá —dijo Louise en voz baja, luchando contra sus propias lágrimas.

—Lo sé, cariño, lo sé. Trae a Emily después de comer. Tengo algo de su ropa escolar aquí, así que puede quedarse con nosotros por el momento.

Siempre buscaban soluciones temporales para el problema de Paul. Rechazaba todas las ofertas de ayuda, negaba por completo su situación. Había sido un marido devoto y su tiempo con Dianne había sido el más feliz que Louise había visto. Adoraba a Emily cuando nació, y aunque su amor por ella no había desaparecido tras la muerte de su esposa, era como si la presencia de su hija fuera un recuerdo constante de la mujer que había perdido. Louise estaba convencida de que él nunca haría daño a Emily a propósito, pero no comprendía el daño que ya le estaba causando.

Louise llevó a su sobrina a Pizza Express. No presionó a la niña, le dio espacio mientras se sentaban en silencio. Su padre le envió un mensaje para decirle que había encontrado a Paul en su piso. Había estado inconsciente, pero ya estaba respondiendo. Louise le dijo a Emily que su padre estaba bien, omitiendo los detalles, y la niña sonrió brevemente, con un mechón de queso caliente saliendo de su boca. ¿Qué podía decirle Louise? A pesar de su pregunta anterior sobre si Paul estaba borracho, era demasiado joven para que le dijeran que su padre necesitaba ayuda, que solo se comportaba así por lo que le había pasado a su madre. Ya había soportado demasiado. Una vez más, a Louise le invadió el deseo de agarrar a la niña y sacarla de todo aquello.

Louise rechazó el postre mientras Emily comía un helado.

—Te vas a quedar en casa de la abuela esta noche. ¿Está bien? —Emily asintió.

—Papá está enfermo, ¿no? —dijo.

Louise no sabía si la chica se refería a la resaca de su padre o a su estado mental en general, pero no iba a pedir más detalles.

—Se pondrá bien, pero es mejor que te quedes allí por el momento. Es divertido estar en casa de la abuela, ¿verdad?

—¿Tú también te vas a quedar? —preguntó Emily, con cara de esperanza y genuinamente feliz por primera vez desde que Louise la había recogido del colegio.

DE VUELTA A CASA de sus padres, Emily corrió a los brazos abiertos de su abuela. La madre de Louise la miró mientras se aferraba a Emily. Sus ojos estaban pesados, como si no hubiera dormido.

—Papá está dentro —dijo.

El padre de Louise se paseaba por el salón. Danny Blackwell, un hombre fornido y poderoso que ahora tenía más de sesenta años, era el hombre más dulce que ella había conocido. Lo había idolatrado de niña, posiblemente en detrimento de todas sus relaciones futuras. Aún no había conocido a ningún hombre que pudiera estar a la altura de él, aunque sabía que la comparación no era realmente justa; sabía que posiblemente era una forma de protegerse, de evitar que tuviera que comprometerse plenamente con otra persona.

Louise rara vez veía a su padre enfadado, pero ahora no podía ocultarlo.

—¿Cómo estaba? —ella le preguntó.

Su padre dejó de pasearse. Había sido totalmente ajeno a su llegada y la miró, momentáneamente confundido.

—No pude sacarle una palabra de sentido común. Apestaba a alcohol. Murmuró algo sobre un club de martes por la mañana en el pub local, y había una botella de whisky medio vacía sobre la mesa. Lo arrastré a un baño frío, pero apenas se movió. Sé que lo ha pasado mal, Louise, pero es un pequeño bastardo egoísta. ¿Cómo diablos puede hacerle eso a Emily?

—Lo sé, papá. Lo sé.

—¿Qué puedo hacer? No sé qué puedo hacer para ayudar —Su padre se desplomó en el sofá, enfrascado en una feroz batalla para contener sus emociones.

—Abuelo —dijo Emily, entrando corriendo en la habitación.

El padre de Louise se secó los ojos mientras Emily corría hacia él.

—Cariño —dijo, extendiendo las manos para abrazar a su nieta.

Louise volvió a la cocina y puso la tetera.

—Supongo que no sería bueno que tomara algo más fuerte —dijo su madre, enarcando las cejas.

—Mamá —dijo Louise, sacudiendo la cabeza. Su madre siempre había tenido un oscuro sentido del humor y solía ser la primera en calmar cualquier situación difícil.

Tomaron el té juntas, sonriendo al escuchar a Emily jugar con su abuelo, evitando cada una discutir la situación.

—¿Cómo está la playa? —preguntó su madre.

—Mejor ahora que ha llegado el clima cálido.

—¿Algún caso jugoso?

Solo lo preguntó por cortesía. Siempre había apoyado el papel de Louise en la policía, y estaba orgullosa de ella, pero no quería oír ningún detalle; no quería enfrentarse a la realidad del trabajo de Louise.

—Tengo que volver pronto, pero tenemos que hablar de lo que ha pasado hoy. Sabes que la escuela está en su derecho de llamar a los servicios sociales. ¿Imagina si visitan a Paul ahora? Emily podría ser atendida, mamá —Louise sintió que sus emociones se apoderaban de ella y se maravilló de la forma en que su hermano podía causar tanta angustia en su ausencia.

Su madre sonrió. Por fuera, nada parecía afectarla, pero Louise sabía que cargaba con el peso de todo lo que le había pasado a su familia. Había sido la más fuerte durante las últimas semanas

de la vida de Dianne y las traumáticas consecuencias. Había mantenido a la familia unida durante años, mientras Paul caía en el alcoholismo. Louise rara vez lo reconocía, pero tenía la suerte de tener dos padres tan buenos.

—Tu padre y yo hemos discutido el asunto y hemos decidido que vamos a cuidar de Emily durante los próximos meses en las vacaciones de verano —Sus palabras eran desafiantes, sugiriendo que Louise no debía discutir.

—¿Has discutido esto con Paul?

—Todavía no.

—No creo que vaya a estar de acuerdo, mamá.

—No tendrá elección. Como has dicho, tarde o temprano, los servicios sociales van a intervenir y ni siquiera tu hermano es tan estúpido como para arriesgarse a perder a Emily —Su madre se acercó a ella y le cogió la mano—. Mira, no quiero decir eso. Tu hermano no es estúpido, ni mucho menos, pero no está en condiciones de ayudarse a sí mismo en este momento. Hablaré con él y le explicaré que es lo mejor. Con suerte, será la patada en el trasero que necesita. Le hemos dicho que le conseguiremos ayuda y se lo volveremos a decir mañana —Cerró los ojos, inhalando profundamente por las fosas nasales—. Se está matando, Lou. Tu hermano mayor se está suicidando y tenemos que ayudarlo.

—Oh, mamá —dijo Louise, agarrando a su madre, perturbada por la ligereza de su cuerpo al percibir el familiar aroma de la lavanda en su cuello.

Su madre la apartó suavemente, avergonzada.

—¿Quieres...?

—Haré todo lo que pueda, mamá. Intentaré venir todos los fines de semana, y puedo ayudar por las noches.

—¿Y qué crees que hacemos? —dijo su madre, sonriendo. —¿Crees que tu padre y yo salimos de fiesta todas las noches? —

—¿No lo hacen? —dijo Louise, fingiendo sorpresa.

—Gracias por tu oferta y la aceptaremos cuando sea necesario, pero iba a pedirte que hablaras con Paul. No esta noche, sino en algún momento de los próximos días. Dile que apoyas nuestra decisión y trata de que consiga ayuda.

Louise dudaba que su hermano escuchara lo que tenía que decir, pero aceptó de todos modos.

—Bien —dijo su madre, juntando las manos como si ahora todo estuviera bien en el mundo —. Será mejor que te vayas. Seguro que tienes mucho trabajo que hacer y yo tengo una señorita a la que tengo que llevar a la cama.

CAPÍTULO DOS

Louise no pensaba en nada más que en Paul y Emily mientras conducía de vuelta a Weston. Recordó el día en que Paul y Dianne anunciaron que Dianne tenía cáncer. El sutil cambio que inmediatamente se hizo evidente en la postura de su cuñada y la forma envejecida en que se movía día a día. Aun así, el rápido deterioro de Dianne en las semanas siguientes fue un shock para todos. La siguiente vez que Louise la vio estaba en la cama del hospital, con su cuerpo consumiéndose ante sus ojos. Hablaron de Emily, Dianne le agradeció a Louise que estuviera presente en la vida de su hija y Louise le prometió innecesariamente que cuidaría de la niña. Ese fue el día en que Louise vio por primera vez el cambio en Paul: el endurecimiento de sus ojos, un desafío y una desesperación de los que nunca se había recuperado.

Aunque el cambio en él no fue bienvenido, no fue una sorpresa. Louise ya había experimentado este tipo de cosas con él. De niño, Paul había sido un hermano mayor amable y cariñoso, y aunque ocurrían las habituales peleas entre hermanos, siempre se habían llevado bien. A veces, y ella odiaba admitirlo, Paul había sido su mejor amigo. Una oleada de melancolía la golpeaba siempre al pensar en cómo esa amistad se fue erosionando poco a poco. Era una parte natural del crecimiento, pero aún así le dolía recordar a Paul llegando a la adolescencia y finalmente dejándola atrás.

En retrospectiva, todo había empezado. Debía de tener quince o dieciséis años cuando empezó a beber. Al principio, los padres de Louise no se preocuparon tanto -no era el único adolescente que bebía sidra blanca barata en el parque local-, pero Louise había odiado su cambio. Se volvió huraño y retraído, y se juntaba con gente nueva en la escuela. Cuando hablaba con ella, era breve e impaciente, y la joven Louise se había sentido de alguna manera culpable, como si fuera la responsable de su cambio.

Solo cuando Paul empezó a desarrollar hábitos más sofisticados, sus padres empezaron a compartir su preocupación. En las reuniones familiares nunca se habló de unas infames vacaciones, las últimas de Paul con ellos. Estaban en Cornualles cuando el padre de Louise encontró speed en los bolsillos de Paul. Nunca había visto a su padre perder los nervios de esa manera. Paul acababa de recibir unos resultados decepcionantes en sus exámenes de bachillerato y el ambiente que siguió al descubrimiento fue tan malo que todos volvieron a casa ese día.

Unas semanas más tarde, Paul se marchó al politécnico. Se despidió de Louise con un abrazo antes de irse, pero su relación ya había cambiado irremediablemente. El politécnico no hizo más que proporcionarle a su hermano tres años de fiesta; un modo de vida que continuó después de dejarlo y empezar un trabajo sin futuro en la televenta.

Probablemente seguiría viviendo esa misma vida si no hubiera sido por Dianne. El cambio fue inmediato, su consumo de alcohol disminuyó y las drogas cesaron. Louise empezó a ver el regreso del chico amable y cariñoso que Paul había sido antes. Había sido maravilloso verlo, y cuando nació Emily, Louise ya había dejado de preocuparse por él.

Louise había esperado que Emily mantuviera a Paul con los pies en la tierra cuando Dianne falleció, pero tal vez habían subestimado la influencia que Dianne había tenido en él. Lo había intentado, Louise lo sabía, pero sin Dianne no había nada que le impidiera volver a las andadas.

Louise salió de la autopista, pasando entre una marea de coches que abandonaban la ciudad costera, los turistas y los excursionistas que por una vez habían disfrutado de un día de sol. La jefa de la comisaría, Simone, había atendido la llamada de la escuela y sin duda estaba dando su opinión sobre el motivo por el que Louise había tenido que marcharse con tanta prisa, y Louise no tenía ningún deseo de enfrentarse a las miradas interrogantes y a los comentarios socarrones.

Aunque llevaba más de dos años viviendo en Weston, Louise se las había arreglado para mantener su vida privada -lo que existía de ella- separada de sus compañeros de trabajo. Era un secreto a voces que se había visto obligada a trasladarse a la ciudad costera. Antes había trabajado en el MIT, el equipo de investigación más importante con sede en Portishead. Tras una investigación en la que había disparado a un hombre desarmado -aunque se trataba de un vengativo asesino en serie llamado Max Walton-, le habían ofrecido un traslado de tipo —lo tomas o lo dejas —En aquel momento no pudo ocultar su resentimiento y eso, en parte, dificultó su integración. Las cosas habían mejorado en los últimos siete meses tras una exitosa investigación de un asesinato, pero Louise seguía siendo una extraña para el pequeño grupo de agentes de Weston.

De vuelta a su pequeño bungalow en Worle, en las afueras de Weston, Louise cenó sola frente al televisor. Mientras masticaba una carne marrón e indefinida, miró la sombra que cubría la mitad de la pared del salón. Hacía ocho meses, las fotografías cubrían cada centímetro de la pared de color crema. Aunque no resultaban agradables de ver -eran sobre todo fotos de víctimas de un brutal asesino apodado por la prensa como el Asesino de la Pensión-, habían dado a Louise un propósito sombrío. Desde entonces, su papel como inspectora del pequeño departamento de investigación criminal de Weston había sido tan poco interesante como la propia ciudad. Su éxito más reciente había sido la detención de un pequeño grupo de traficantes de marihuana que trabajaban en la urbanización Bournville, una investigación que ni siquiera habría tocado cuando formaba parte del MIT.

Colocó su plato en un lavavajillas que activaba como mucho una vez a la semana y se fue a la cama. Por costumbre, consultó su teléfono antes de dormir, medio esperando un mensaje no deseado de su antiguo colega de Bristol. Intentó dormir, pero sus pensamientos volvían una y otra vez a su hermano y a su sobrina.

Paul no había vuelto a beber inmediatamente después de la muerte de Dianne. Durante un tiempo, había seguido con normalidad. Louise lo había admirado en ese momento, por la forma en que había sido una presencia sólida para Emily, que solo entendía a medias lo que había sucedido. Luego, un domingo a la hora del almuerzo, no se presentó a una reunión familiar. Louise había ido a su piso y lo encontró dormido en el sofá, con una botella de vodka vacía a su lado, mientras Emily estaba sentada en un sillón viendo la televisión. Deberían haber hecho algo al respecto, haberle pedido ayuda inmediatamente, pero habían dejado que el problema se agravara. Ahora, a Louise le preocupaba que nunca pudieran ayudarle.

Se despertó a las 5.30 de la mañana con una sacudida. No tenía sentido intentar volver a

dormir. Se puso un café antes de ducharse, cambiándose después en un semi-trance. Cuando consiguió dar el primer sorbo de cafeína, su teléfono sonó.

—Ten cuidado con lo que deseas —murmuró para sí misma, mientras leía el mensaje.

VEINTE MINUTOS MÁS TARDE, Louise aparcó en el puerto deportivo de Uphill, aunque decirle “puerto deportivo” era una exageración. Aunque la zona estaba técnicamente unida al mar, solo lo hacía en los momentos de marea alta a través de los serpenteantes afluentes del río Axe. La mayor parte del tiempo el lugar era un vertedero de barcos viejos. Las embarcaciones abandonadas y en ruinas luchaban por el espacio en las llanuras de barro sobre el nivel del mar, Louise dudaba que alguna de ellas volviera a sentir el agua contra sus cascos.

Louise siguió la fila de oficiales hasta la zona acordonada al pie de un acantilado escarpado donde se había levantado una tienda blanca de campaña para la escena del crimen. Por encima de ellos, la iglesia en ruinas de San Nicolás brillaba al sol como una imagen perfecta de una postal.

El cuerpo de una mujer joven había sido descubierto esa misma mañana por el propietario de la cafetería del puerto deportivo, que había salido a dar un pequeño paseo antes de abrir. Al principio, Giles Lawson había pensado que la forma al pie del acantilado era una bolsa de basura desechada. Solo al acercarse al bulto se dio cuenta de que era el cuerpo retorcido del fallecido. Lawson se lo explicó a Louise fuera de la carpa del SOCO, donde los agentes de la escena del crimen y el patólogo del condado, Stephen Dempsey, estaban examinando el cadáver. Los ojos del dueño de la cafetería se llenaron de lágrimas al recordar el hallazgo del cuerpo.

—Nunca había visto un muerto —dijo.

Louise sintió cierta simpatía por el hombre, recordando el primer cadáver que encontró en su trabajo. Había vomitado en esa ocasión y habría compartido la historia con el hombre si hubiera pensado que le ayudaría. En lugar de ello, entregó al hombre a uno de los agentes uniformados y se puso el uniforme blanco del SOCO antes de entrar en la tienda.

Al entrar en el espacio reducido, Louise luchó contra el fastidio de la claustrofobia mientras se acercaba al cuerpo retorcido. La mujer había caído boca abajo. La habían fotografiado y grabado en video, y ahora la habían colocado de espaldas para que se vieran los restos de su cara. El aliento de Louise se calentaba contra su máscara protectora mientras luchaba contra las crecientes náuseas. Un SOCO se dedicó a fotografiar la cara pulposa de la mujer, y el flash de su cámara iluminó el interior de la tienda como si detuviera el tiempo.

—Señora, hemos encontrado esto —dijo uno de los otros SOCO, entregándole a Louise un bolso protegido por una pequeña bolsa de plástico—. Tenemos el nombre de una tarjeta de identidad, pero no una identificación con foto —El agente miró la cara destrozada de la mujer, como si sugiriera que el documento de identidad con foto no habría servido de mucho.

—¿Cómo se llama? —preguntó Louise.

Los ojos del oficial de policía estaban clavados en la mujer, como si tratara de encontrarle sentido a su forma deforme.

—Claire Smedley, señora.

—Gracias —dijo Louise.

En ese momento, independientemente de sus protestas sobre la naturaleza monótona de su trabajo actual, Louise no deseaba otra cosa que escapar de la tienda, estar lejos de esa alma desafortunada a centímetros de sus pies. El olor y la atmósfera empalagosa le traían tantos malos

recuerdos que sería fácil darse la vuelta y salir corriendo. En cambio, se arrodilló junto al patólogo.

Dempsey llevaba una máscara, pero ella vio su sonrisa en el brote de líneas de la risa alrededor de sus ojos. En sus primeras semanas en Weston, Louise había pasado la noche con Dempsey. Había cometido errores peores, pero lo que más lamentaba era el impacto que había tenido en su relación profesional, por mucho que Dempsey fingiera encogerse de hombros.

—Creo que tenemos a otra saltadora —dijo Dempsey a modo de saludo.

Louise no estaba segura de si esta revelación era una fuente de alivio o de frustración. Hace seis semanas, una joven de veintiocho años, Victoria Warrington, había caído de un acantilado en Brean Down. Victoria vivía sola en un sucio piso compartido en un bloque de pisos de Oldmixon. Todavía no tenían el veredicto del forense, pero todo apuntaba a un veredicto de muerte por suicidio. Aunque los suicidios no eran ni mucho menos infrecuentes en la pequeña ciudad costera, el método y las similitudes entre las dos mujeres eran posiblemente preocupantes.

—¿No hay señales de lucha? —dijo Louise.

—No algo que pueda ver en este momento. Al caer, se puso el brazo derecho delante de la cara. No puedo ver ninguna herida de defensa aparte de eso, pero por supuesto sabremos más después.

—Necesitamos un informe toxicológico lo antes posible —dijo Louise.

—De acuerdo —dijo Dempsey, dudando un segundo como si quisiera decirle algo, antes de volver al cadáver.

Fuera de la tienda, Louise fue detenida por el sargento Thomas Ireland.

—¿Qué te retuvo? —dijo ella, el aire caliente de la mañana daba poco respiro al calor de la tienda.

Thomas sonrió y Louise apartó la mirada, reprendiéndose a sí misma por su respuesta emocional al verlo. Thomas era lo más parecido a un amigo que tenía en la oficina y en sus momentos más débiles admitía que su relación se desarrollaba más allá de lo profesional. En el pasado, esos pensamientos eran meras fantasías, pero tras un año turbulento, Thomas y su mujer habían decidido solicitar el divorcio. La separación no debería haber cambiado nada entre Thomas y Louise, y ella imaginaba que era principalmente en su mente, pero de vez en cuando notaba alguna que otra mirada de él. Nada podía salir de ello. Por un lado, Thomas le rendía cuentas y ella no estaba dispuesta a embarcarse en una aventura con un hombre que iba a divorciarse. Además, la estación de Weston -y la propia ciudad- no era un lugar para secretos. Louise ya tenía bastantes problemas para encajar sin ser conocida como la jefa que se acostaba con su personal.

—Tenemos un nombre —dijo ella, ocultando su vergüenza mientras Thomas la miraba desconcertado.

—¿Quieres que lo compruebe?

Louise había querido comprobar ella misma el estado de la joven, pero le entregó a Thomas la funda de plástico con la identificación de Claire.

—Avísame cuando encuentres a un familiar. Me gustaría estar allí.

Cuando Thomas se dio la vuelta para marcharse, Louise se dijo a sí misma que se controlara. Le dio cinco minutos antes de salir del aparcamiento a pie. Aún no eran las 9 de la mañana, pero el sol ya estaba en lo alto del cielo sin nubes. Le encantaba Weston en días como este, por escasos que fueran. La luz cambiaba la ciudad. En lugar de resaltar sus defectos, los ocultaba de alguna manera, sus rayos distorsionaban el paisaje hasta convertirlo en una visión perfecta.

Incluso el aire tenía un sabor diferente, el olor del mar lejano atraía en lugar de repeler.

Louise dobló la esquina y comenzó la empinada subida a la iglesia en ruinas, sorprendiéndose al ver un pequeño rebaño de vacas en el campo junto a la entrada. El ascenso la dejó sin aliento, sus piernas parecían de plomo cuando llegó a la cima. *¿Cuándo me puse tan fuera de forma?* pensó, prometiéndose a sí misma que volvería a correr la próxima vez que tuviera un momento libre.

Desde su posición, el paseo marítimo de Weston-super-Mare se curvaba a su derecha, y los dos muelles -el Grand y el viejo muelle abandonado de Birnbeck- sobresalían en el lecho de lodo donde el mar llegaría más tarde. Más allá, el montículo de roca conocido como Steep Holm sobresalía del turbio mar. Louise no podría volver a ver la pequeña isla sin recordar los acontecimientos que se desarrollaron allí a finales del año anterior, cuando buscaba al Asesino de la Pensión. De forma ausente, se tocó la pequeña cicatriz de su brazo que la uniría para siempre a ese lugar.

En lugar de una tienda de campaña, los SOCO habían acordonado una zona cercana al borde del acantilado, junto al muro del cementerio de la iglesia que daba a Brean Down y a la fangosa desembocadura del río Axe. Todavía se estaba trabajando en la zona, pero uno de los SOCO dejó la cinta de la barrera para hablar con ella. Cuando se quitó la máscara de la boca, Louise la reconoció como Janice Sutton, con la que había trabajado muchas veces en Bristol.

—Vaya caso —dijo el SOCO—. ¿Cómo están las cosas contigo, Louise? No te he visto desde aquel desagradable asunto del año pasado.

—Me alegro de verte, Janice. Pensé que habías dejado de cubrir este parche.

—Ya me conoces, voy donde se me necesita. No estamos seguros de tener mucho para ti en este momento. El suelo está tan seco que nos cuesta encontrar huellas —dijo el SOCO, mirando un pequeño matorral de hierba que brotaba del suelo que era principalmente arena y barro seco—. Como puedes ver, había una pequeña hoguera —añadió, señalando un montón de palos quemados—. Supongo que de la noche anterior. Pasamos por esa zona, como procedimiento habitual.

—¿Alguna señal de lucha?

El SOCO se encogió de hombros como si no se le hubiera ocurrido que esto fuera otra cosa que un suicidio.

—Imposible de decir en este momento. No hay sangre en la escena hasta ahora.

Janice señaló a un hombre con el uniforme del SOCO que rondaba por el borde del acantilado.

—Ahí es donde estimamos que cayó. Es mejor que no entres de momento —añadió, mirando los zapatos de Louise.

—¿Pudo haber sido un accidente?

—Supongo que sí. Como puedes ver, hay una gran caída justo al lado de la pared. Imagino que Dempsey te dará más información al respecto. Supongo que, en la oscuridad, tal vez estaba molesta, podría haber sido un accidente.

Louise se frotó la nuca, sin saber qué era peor: elegir saltar o caer accidentalmente.

CAPÍTULO TRES

Amy terminó de fregar el suelo de la cafetería antes de marcharse. Keith, el dueño de la cafetería, frunció el ceño mientras le entregaba una pequeña parte de las propinas del día en un sobre marrón, como si le estuviera haciendo un favor. Se aferró al sobre mientras ella lo cogía.

—No te lo gastes todo de una vez —dijo, disfrutando claramente de su lucha.

Amy bajó los ojos y el agarre de Keith se aflojó. No era una persona violenta, pero en ese momento Amy solo deseaba lo peor para su obeso jefe, cuyos ojos recorrían su cuerpo de arriba abajo mientras se quitaba el mugriento delantal granate que utilizaba para limpiar.

—No llegues tarde mañana —le advirtió, con la lengua escurriéndose entre sus labios bulbosos y agrietados.

Amy se marchó sin contestar, su humor mejoró al salir al sol. Era la primera hora de la tarde y dio un corto paseo desde la grasienta cafetería de Keith hasta Grove Park. En su casa no le esperaba nada, salvo las mismas paredes grises y húmedas de su piso. Pasó por delante de la casa de juegos al final de la calle principal y dejó caer una moneda de cincuenta peniques en el cuenco de un vagabundo y su perro.

El parque era una fantasía. Caminando alrededor de las hileras de flores perfectamente dispuestas y subiendo la pendiente por la zona boscosa, Amy casi podía creer que esa era su vida. Se imaginó una pequeña casa unifamiliar en lo alto de la colina, con vistas a la única ciudad que había conocido. Qué alegría tan sencilla sería cruzar la carretera cada mañana y adentrarse en este verde país de las maravillas, aunque solo fuera por un tiempo. No lo resolvería todo, pero sería mejor que su alternativa actual.

En la cima de la colina se sentó en un banco del parque, recibiendo un suspiro de exasperación del jubilado que ya estaba sentado allí. Deseando haber traído un libro, Amy se quedó mirando la ciudad. El mar estaba dentro, el reflejo del cielo sin nubes enmascaraba su habitual color marrón. Siguió la línea de la costa hasta donde podía ver, pero no pudo distinguir la zona donde había estado la noche anterior. El recuerdo llegó con una punzada de melancolía. Claire se había despedido de todos con un abrazo antes de que Jay le inyectara la dosis completa de DMT. El grupo la había observado, custodiándola, mientras iba a ese otro lugar, y de la mano de Jay había caminado hasta el borde del acantilado, donde se había soltado de la mano de Jay y había seguido caminando.

Aunque se sentía feliz por la otra mujer, Amy había dejado de mirar en ese momento. Como el té de ayahuasca aún le subía a la sangre, miró hacia otro lado cuando Claire dio el último salto,

tarareando para no oír el ruido del cuerpo de Claire al caer. Se dio la vuelta -sintiendo la inhalación del grupo cuando Jay miró por encima del borde del acantilado y confirmó que Claire había seguido adelante- y sintió la mano de Megan entre las suyas cuando todos empezaron a abrazarse y besarse, celebrando la vida de Claire y su viaje al nuevo lugar donde ahora estaba segura y feliz.

Antes de conocer a Jay, nunca habría concebido que el hecho de que alguien se quitara la vida fuera algo positivo. Sí, antes había sentido la atracción, pero su deseo de quitarse la vida era un medio para acabar con su tristeza. Ahora creía que era más un principio que un final. Nunca había caído en el engaño de la religión, y había tenido dudas cuando Jay le sugirió por primera vez que probara el DMT. Sin embargo, lo que le había mostrado superaba toda fantasía. No solo había visto, sino que había experimentado el universo en general. Aunque suene insensible, se alegró de que Claire hubiera tomado su vida, de que hubiera llegado a ese otro plano de existencia. Esperaba estar allí algún día.

Lamentó no haber tomado el número de teléfono o la dirección de Megan. Ahora quería verla aunque estuviera prohibido. Su interacción estaba restringida al grupo en línea. Jay era el que mejor lo sabía y Amy lo respetaba, pero aun así deseaba poder ver a Megan y compartir la extraña sensación de vacío que le producían los acontecimientos de la noche anterior.

Suspirando, se puso en pie y emprendió el camino por la carretera de Bristol de vuelta a su piso en Milton, preguntándose si ya se había descubierto el cuerpo de Claire.

EL MISMO OLOR a polvo llegó a las fosas nasales de Amy cuando abrió la puerta de su bloque de pisos. El olor quedaba atrapado para siempre en la alfombra y en el papel pintado grisáceo que se desprendía de las paredes en pequeñas manchas, como la piel expuesta demasiado al sol. El apartamento de Amy era poco más que una habitación de lujo, aunque al menos tenía su propio cuarto de baño y una pequeña cocina. Conocía a la mayoría de los ocupantes del edificio de vista, aunque no había nada parecido a una comunidad entre los inquilinos. Más allá de los saludos y las inclinaciones de cabeza, cada uno se mantenía al margen, perdido en sus vidas secretas.

De la pequeña nevera que ocupaba la mitad de la encimera, Amy sacó huevos y un puñado de verduras para su tortilla. Calentó una cacerola con agua -su hervidor improvisado- y echó los huevos, la cebolla y los tomates en la sartén. El resultado fue más un revuelto que una tortilla, pero su apetito se había saciado tras el almuerzo en el trabajo, la única ventaja de trabajar para ese ogro.

Se sentó con la cena en el regazo, viendo clips de YouTube al azar en su ordenador portátil. No podía concentrarse, su mente estaba en otra parte. No sabía si era lástima o celos lo que sentía por Claire, y esa incertidumbre la asustaba.

Cuando conoció a Jay, todo parecía tan claro. Absurdamente, se frotó la muñeca izquierda donde él la había tocado aquella primera noche. No se había sentido como una intrusión, el tacto de su piel y sus amables palabras la tranquilizaron de una manera que nunca había experimentado. No creía en el amor a primera vista, pero había habido una conexión que no creía posible. Él le hablaba, sus ojos oscuros no se apartaban de los suyos, y era como si la conociera de toda la vida. Apenas tuvo que explicarle los traumas de su vida, su padre ausente y su madre drogadicta, sus años entrando y saliendo de centros de acogida donde había sufrido tales abusos

que vivir sola era un sueño lejano, la única ambición de su vida. Y cuando le habló de Aiden, él la escuchó atentamente y solo le ofreció consuelo, no le juzgó.

Jay la conocía más que ella misma. La escuchó y comprendió, y los pocos y preciosos días que pasaron juntos durante los meses siguientes fueron los mejores de la vida de Amy.

Ya no pudo verlo a solas y lo aceptó. Su misión era demasiado importante. Lo había visto hacer su magia con los demás y se sentía orgullosa de la forma en que había ayudado a tanta gente, aunque eso mermara el tiempo que compartían juntos.

Podría haber sido su última noche -Claire se había unido al grupo hacía solo dos meses- y, aunque todavía lo deseaba, tuvo que apartar la mirada cuando Claire saltó del borde del acantilado. En ese momento captó la mirada de Jay y temió haberle molestado hasta que él le ofreció su sonrisa secreta. Ese simple gesto hizo que el mundo volviera a tener sentido. No dudaba de él; era el aspecto físico del que se había alejado: el crujido visceral de los huesos cuando Claire aterrizó, la sangre y el dolor momentáneo antes de salir de este plano.

Los huevos, aunque espolvoreados generosamente con sal y pimienta, no sabían a nada. La textura gomosa dejaba un sabor vacío en la boca de Amy. Se obligó a comer porque no había nada más que comer en su habitación. Cómo deseaba más del té que Jay le había dado anoche. No era lo mismo que el golpe completo que recibió Claire -Amy solo había recibido ese placer una vez-, pero nunca dejaba de centrarla. Con el estímulo de Jay, había aprendido a descifrar los mensajes que la droga le enviaba: la interconexión entre las realidades, la promesa de algo más, algo mejor. La noche anterior se había sentido parte de un universo más grande, una existencia más allá de la escasa soledad de su apartamento, y ahora quería volver a sentirlo.

Apagando YouTube, pasó por el laborioso proceso de conectarse a la sala de chat. Jay había tomado las precauciones necesarias para mantener sus conversaciones en privado, pero la ruta era tan engorrosa que a veces no se molestaba en hacerlo.

Diez minutos después, rebotando de una dirección IP a otra con una señal Wi-Fi que era poco mejor que una vieja conexión telefónica, llegó al grupo privado. Una sensación de calidez la invadió al ver la luz verde junto al avatar de Megan y los tres puntos parpadeantes que significaban que estaba escribiendo un mensaje.

HOLA CARIÑO, he estado esperando que te conectaras. ¿Todo bien?

AMY CERRÓ los ojos y se hundió en su silla. Era sorprendente lo conectada que se sentía en ese momento, como si Megan estuviera sentada en la habitación con ella. Contestó y los demás se unieron a la conversación. Hablaron en el código que Jay les había enseñado, sin revelar dónde habían estado la noche anterior ni lo que habían visto. A Amy le hubiera gustado hablar a solas con Megan, pero se contentó con compartirla con el grupo. Cada una estaba lidiando, a su manera, con lo que había pasado anoche y estar en grupo era beneficioso para la mayoría.

Solo cuando se desplazó por la lista de nombres se dio cuenta de que el nombre de Claire ya había sido borrado de la lista.

CAPÍTULO CUATRO

En el último año, Louise había estado en suficientes iglesias en toda su vida, aunque nunca había visitado la iglesia en ruinas de San Nicolás, situada en un acantilado. Se asomó a través de las puertas cerradas del edificio y por el agujero donde había estado el tejado, mientras un hombre con un collar de perro se acercaba a ella con un juego de llaves.

—Tristan Reeves —dijo el hombre—. Soy el reverendo de la Iglesia de Uphill, y cuidador de este buen edificio. Me dijeron que me necesitaban —el vicario estaba pálido, la mano que sostenía las llaves temblaba mientras Louise explicaba lo que había sucedido la noche anterior. Era un hombre alto, con gafas, con un acento anodino y bien hablado que sugería que era un forastero.

—¿Qué edad tenía? —preguntó, con la voz vacilante.

Louise se imaginó el montón de huesos y carne que habían encontrado en el fondo del acantilado.

—Treinta. Creemos que su nombre es Claire Smedley. ¿Será una de sus feligreses?

—No lo creo. ¿Tienes una foto de ella? ¿Te das cuenta de que ya no realizamos servicios aquí? —añadió.

Louise había leído el aviso en el tablero, aunque la falta de techo la delataba un poco.

—Le haré llegar una en cuanto tengamos alguna identificación positiva. ¿Así que hay muchos turistas aquí?

—Sí. Obviamente es un lugar hermoso y la iglesia tiene una historia considerable. Abrimos las puertas a determinadas horas para que la gente pueda ver el interior.

—Creemos que hubo una fogata aquí anoche, en la parte trasera de la iglesia. ¿Sabe algo de eso?

—A veces los niños se reúnen aquí arriba, lejos de las miradas indiscretas. A menudo tenemos que limpiar después de que ellos se van. Hay muchas latas y botellas de alcohol desechadas, ese tipo de cosas, pero solo vengo aquí una vez a la semana como mucho. Tenemos un cuidador que revisa el lugar los fines de semana. Puedo darte sus datos si quieres.

Louise tomó los datos del cuidador y le dio las gracias al clérigo. Los SOCO habían terminado su trabajo en la zona y Janice le permitió entrar en la cinta de la barrera. A Louise no le gustaban las alturas y subió tímidamente el alto muro de piedra que separaba el cementerio del borde del acantilado. Había un trozo de hierba, seis o siete metros antes de la caída. Se inclinó hacia el suelo y se alegró de tener a Janice detrás mientras miraba por encima del borde. La caída era muy pronunciada y el lugar de aterrizaje era la tienda blanca de los SOCO.

Louise regresó al muro y volvió a trepar por él, satisfecha de estar en el lado correcto de la barrera. Intentó comprender cómo alguien podía estar tan desesperado como para saltar el borde - había que tener un valor increíble para dar esos pocos pasos-, pero sabía que era inútil intentar ver las cosas desde el punto de vista del saltador. A no ser que te encuentres en una situación de agobio, tal vez por los acontecimientos de tu vida o por una depresión o enfermedad mental relacionada, es imposible concebir lo que pasa por la mente de alguien que está dispuesto a quitarse la vida.

No es que Louise no tuviera experiencia. Como agente de libertad condicional, había trabajado en la zona de Clifton, en Bristol. Uno de los lugares más emblemáticos de Bristol era el puente colgante de Clifton, que atravesaba el río Avon. Parecía que todos los días la llamaban para acudir a la obra maestra de Isambard Brunel, ya fuera para intentar convencer a un saltador o para ayudar a alguien que se había caído. A menudo era una llamada de atención, una necesidad desesperada de interacción humana. Louise consideraba que algunos de sus mayores logros eran las veces en que rescataba a alguien del puente y conseguía más ayuda. Cada saltador tenía siempre una historia diferente: un ser querido perdido, una adicción que se le había ido de las manos, una enfermedad incurable, una depresión que había acabado con ellos.

Los paralelismos con Paul eran evidentes y un escalofrío de preocupación recorrió a Louise al contemplar que a su hermano le ocurría lo mismo. No se trataba de una simple fantasía. La enfermedad de Paul no era únicamente su adicción al alcohol. Es comprensible que la muerte de Dianne le haya cambiado. Aunque habían buscado ayuda para él, su recuerdo le consumía. El alcohol era un subproducto de esa desesperación, pero también era una enfermedad en su interior que la muerte de Dianne había exacerbado. A Louise le asombraba admitirlo, pero no era descabellado imaginarlo quitándose la vida.

DESDE UPHILL, Louise hizo el viaje a la nueva sede por el centro de la ciudad. Días como este le recordaban las excursiones familiares que hacían de niños a Weston. Hasta mucho más tarde, Louise siempre había equiparado Weston con el sol. Había hecho felices viajes sentada en la parte trasera del coche con Paul cuando hacían el corto trayecto desde Bristol. Habían hecho picnics en la playa, habían paseado por el muelle y a veces les habían permitido visitar el Tropicana, la ya desaparecida piscina al aire libre de la ciudad. Era triste pensar que esa versión de Paul, el joven despreocupado de piel pálida, se había ido para siempre. Sin embargo, por mucho que deseara poder quitarle el dolor, tenía que pensar en Emily y en lo que esto le estaba haciendo. Quería agarrar a su hermano y decirle que se recompusiera, pero, como demostró la mujer que yacía bajo la tienda blanca de Uphill, la vida rara vez era tan sencilla.

Llegó a la nueva estación quince minutos después. El edificio gris, construido expresamente, estaba situado en un lúgubre polígono industrial de Worle. Aunque era más conveniente para ella, lamentó el traslado desde Winterstoke Road, que estaba a unos cientos de metros del paseo marítimo. El nuevo edificio era aislante y estaba tan desprovisto de carácter que Louise sentía que podía estar trabajando en cualquier lugar del país.

El suave zumbido del aire acondicionado la recibió cuando la hicieron pasar al departamento de Investigación Criminal, en la segunda planta. Aunque carecían de alma, las nuevas oficinas ofrecían mejores instalaciones y no echaría de menos el olor del último edificio, un hedor subyacente de olor corporal y comida caliente que podía invocar en sus fosas nasales solo con el

pensamiento.

Se detuvo ante el escritorio de Thomas y le pidió que la pusiera al día. No se había dado cuenta antes, pero él parecía estar cansado, con los ojos cargados de bolsas oscuras. Había pedido que no le preguntaran sobre el divorcio en curso, pero Louise sintió que le estaba fallando, como si sus propios sentimientos complicados le impidieran estar a su lado. Afortunadamente, él la rescató hablando.

—Tenemos un nombre y una dirección confirmados para la saltadora. Claire Smedley. Tiene un piso en Kewstoke. Quedó huérfana de niña, entró y salió del sistema de acogida. Tengo la dirección de un antiguo padre de acogida, pero dejó su cuidado cuando tenía trece años.

Louise le cogió la dirección.

—¿Todo bien, Tom? Pareces un poco pálido.

—Sí, solo un poco cansado. Me estoy quedando en casa de mis padres mientras... bueno, ya sabes. Me siento como un maldito adolescente de nuevo.

—¿Cómo está Noah?

Noah era el hijo de cuatro años de Thomas.

—Está bien. No entiende lo que está pasando, obviamente. Todavía puedo verlo cada dos días, así que eso es bueno —dijo Thomas, sonando como si fuera cualquier cosa menos eso.

—Estoy aquí para ti si necesitas hablar —dijo Louise, odiando lo inadecuado de las palabras al salir de su boca.

—Gracias, Louise, te lo agradezco. ¿Quieres compañía? —Louise debió de poner cara de asombro porque añadió—: Para ir a la dirección. A la casa de Claire Smedley.

—Sí. Eso estaría bien.

SE SENTARON en agradable silencio mientras Louise tomaba la vieja carretera de peaje hacia Kewstoke. Le gustaba esta parte oculta de Weston, las carreteras estrechas y sinuosas y las casas remotas. Era como entrar en el pasado, y cuando tenía tiempo siempre conducía por este camino hasta el centro de Weston. Al llegar al pequeño pueblo, tomó la sinuosa carretera de Sand Bay. Como su nombre indicaba, el lugar era una playa que compartía el mismo canal de agua que su vecino más ilustre, más arriba en la costa. Louise prefería este lugar. El paseo marítimo era menos chillón y la pequeña bahía era mucho más tranquila, aunque ofrecía una playa y unas vistas que, en opinión de Louise, superaban a las de Weston.

Louise se esforzó por concentrarse en el caso, pero sus pensamientos se desviaban hacia Emily. Se decía a sí misma que estaba siendo histérica, pero ver el cuerpo de Claire al pie del acantilado no había hecho más que aumentar su preocupación por su sobrina.

Al igual que Claire, Emily era ahora una especie de huérfana. Afortunadamente, Emily seguía teniendo una familia cariñosa a su alrededor, pero era demasiado fácil imaginarla en el lugar de Claire. Aún no sabía mucho de la historia de Claire, pero estaba casi segura de que la pérdida de sus padres a una edad temprana había contribuido de una u otra manera a que se encontrara en una situación en la que quitarse la vida le parecía la única respuesta. No era tan descabellado imaginar que Emily siguiera el mismo camino si no tenían cuidado.

—Andas como dispersa —dijo Thomas.

Louise respiró profundamente.

—Lo siento, estaba a kilómetros de distancia.

La casa de Claire estaba en el paseo marítimo, al final de una callejuela sobre un taller de neumáticos. Un hombre con un mono azul dejó de hacer lo que estaba haciendo cuando Louise y Thomas salieron del coche. Mientras caminaba hacia ellos, se pasó las manos grasientas por el pecho.

—¿Sargento Ireland? —le preguntó a Thomas, con un acento muy marcado del oeste del país.

—Señor Applebee. Gracias por reunirse con nosotros.

—Vivo aquí, ¿no?

Applebee, un hombre bajo y corpulento, con un estómago rotundo que sobresalía de la tela de su mono, hacía honor a su nombre. Era el propietario de los apartamentos situados encima del garaje. Thomas se había puesto en contacto con él antes y le había explicado lo que le había ocurrido a Claire.

—Esta es mi colega, la inspectora Blackwell. ¿Le importaría llevarnos al piso de Claire?

Applebee gruñó, sus ojos no alcanzaron los de Louise mientras la miraba de arriba abajo.

—Supongo que sí —murmuró, caminando de nuevo hacia el garaje.

Dentro, un maltrecho Fiat Punto colgaba precariamente de un elevador hidráulico. Le faltaban los neumáticos y estaba tan oxidado que Louise dudaba que volviera a ver la carretera.

—Es un buen coche, si te interesa —dijo Applebee, sacando un juego de llaves de un oxidado gancho—. Por aquí —dijo, abriendo una puerta lateral que conducía a una escalera poco iluminada.

—¿Cuántos pisos hay aquí? —preguntó Thomas mientras subían las escaleras, Louise luchaba contra los olores de nicotina y orina en el hueco de la escalera.

—Cuatro, aunque solo tres están alquilados. Ahora solo dos, supongo. A veces dan más problemas de los que valen. Aquí —dijo Applebee, abriendo una puerta cubierta de pintura desconchada—. El estado en que se encuentre el lugar no tiene nada que ver conmigo.

La frialdad golpeó a Louise cuando atravesó el umbral. Impregnaba la habitación a pesar del resplandor del sol que se filtraba a través de las cortinas opacas. Llamar al lugar un piso era un nombre equivocado de primer orden. Era una habitación con una pequeña cama individual y una mesa de jardín de plástico barato en la que había una tetera y una tostadora.

—Se supone que aquí no se puede cocinar —dijo Applebee, mientras Louise pasaba los dedos por la superficie de la mesa manchada de grasa.

—¿Dónde se cocina?

—Hay una cocina compartida.

—Y un baño compartido, supongo.

Applebee percibió el desdén en su voz y la ignoró. Louise abrió la ventana, permitiendo que el aire fresco se filtrara en la habitación. *Nadie debería vivir así*, pensó. Claire parecía no tener posesiones más allá de la poca ropa que había en una cómoda y la que había en el suelo.

Thomas se agachó junto a la cama individual.

—Aquí hay un cable de alimentación. Para un portátil.

Louise miró a Applebee, incapaz de ocultar sus ojos acusadores.

—¿Ha estado aquí recientemente, Sr. Applebee?

—No —dijo Applebee, con demasiada vehemencia.

—¿Así que si hacemos un registro de este lugar no vamos a encontrar el portátil de Claire?

—¿De qué demonios estás hablando? Me llamaron por teléfono hace un par de horas —dijo, señalando a Thomas—, y he estado trabajando en los coches desde entonces. Nunca entro en

estas habitaciones si no es necesario.

Louise podía creerlo.

—Ese portátil podría tener alguna prueba vital para nosotros. Si sabe dónde está, ahora sería un buen momento para decírnoslo.

—No tengo ni idea. La he visto en un portátil. Una cosa enorme, monstruosa, como algo salido de los años ochenta. Incluso si hubiera estado tan necesitado, esa máquina no habría valido nada.

Louise arrancó el edredón de la cama. Todo en la habitación parecía cubierto de una película de polvo.

—¿Tenía un teléfono?

—Tengo un número de ella, así que supongo que sí.

No se había encontrado ningún teléfono en el cuerpo ni en la escena del crimen.

—¿Y la conexión a Internet? ¿Ustedes la proporcionan?

—Hay una pequeña cuota. Comparten el código del Wi-Fi.

—Muy generoso. Necesitaremos los detalles de eso.

—Como sea. ¿Puedo volver a mis coches ahora?

—Una chica ha muerto, Sr. Applebee —dijo Louise.

—¿Acaso no lo sé? ¿Qué voy a hacer con toda esta mierda ahora, y quién va a pagar su maldito alquiler?

La piel de Louise se estremecía, el calor le punzaba el cuerpo. Miró a Thomas, que negó con la cabeza.

—Gracias, Sr. Applebee —dijo ella—. Ha sido usted de gran ayuda.

CAPÍTULO CINCO

El Detective en Jefe Robertson llamó a Louise a su despacho en cuanto volvió. Su jefe estaba tan entusiasmado con el traslado al nuevo edificio como Louise. Su despacho era la mitad de grande que el anterior y daba al asfalto gris del aparcamiento de la comisaría. Al igual que ella, Robertson era un forastero. Originario de Glasgow, conservaba un marcado acento a pesar de haber pasado más de la mitad de su vida al sur de la frontera.

—¿Esa chica, Claire Smedley? ¿Hemos confirmado la muerte por suicidio? —preguntó, mientras Louise se sentaba frente a él.

—Todo apunta a ello por el momento, aunque solo hemos conseguido hablar con una persona que la conoció antes. Hay indicios de una pequeña reunión anoche junto a la iglesia. Una hoguera apagada, algunas botellas vacías.

—Entonces, ¿podría haber sido un accidente? —dijo Robertson, momentáneamente animado por la idea antes de recordar que estaban hablando de la vida de una joven. Bajando el tono a un gutural, dijo—: ¿Tal vez había un grupo allí, ella se resbaló, se asustaron y se dispersaron?.

—Estamos realizando todos los procesos habituales para averiguar quién estaba allí. Desgraciadamente, no hay cámaras en la iglesia, aunque estamos revisando las imágenes de las cámaras de seguridad del puerto deportivo.

Robertson se recostó en su silla, asintiendo para sí mismo como si sopesara las posibilidades de que fuera un accidente.

—¿Has considerado las similitudes con Victoria Warrington? —dijo Louise.

Robertson dejó de mecerse como si le hubiera insultado.

—No quiero que esto sea otro suicidio, Louise —dijo.

—No estoy segura de que esa sea nuestra decisión, Iain —El comentario era innecesario y se arrepintió de haberlo dicho.

—Sabes lo que la prensa hará con esta información, ¿no?

—¿Crear algo que no existe? —dijo Louise.

—No se trata de eso. La ciudad todavía se está recuperando de ese psicópata de los Simmons —dijo Robertson, refiriéndose al Asesino de la Pensión.

—La ciudad no parece estar sufriendo en absoluto. Por lo que me han dicho, las reservas han aumentado, el lugar nunca ha estado más ocupado.

—Sabes tan bien como yo que eso es una cortina de humo. Fuimos una gran noticia durante unas semanas en el invierno y eso despertó la curiosidad de algunos imbéciles voyeuristas. Cuando termine el verano, volveremos a la normalidad. Me refiero a los residentes. Los que

vivieron toda esa mierda. No subestimes el daño psicológico que ese tipo de cosas puede tener en una comunidad como esta.

—No tienes que sermonearme, Iain —dijo Louise, irritada. De los dos, ella tenía mucha más experiencia en el manejo de crímenes violentos y sus consecuencias. Pero él tenía razón. Había notado un sutil cambio en la ciudad. Era difícil de precisar. El lugar se sentía más tranquilo, especialmente por la noche, como si una sensación de malestar se hubiera extendido entre la población. Robertson tenía razón: lo último que necesitaban era otra tragedia y un suicidio vinculado podría ser precisamente eso.

Era diferente a su época en Bristol. El puente colgante había sido utilizado durante mucho tiempo como destino de suicidios, un hecho espantoso que lo conectaba con lugares similares en todo el mundo. Por muy triste que fuera, se esperaba que ocurriera allí. El suicidio era una trágica realidad de la vida, lo suficientemente común como para ser aceptada sin mucha fanfarria y los incidentes en el puente rara vez preocupaban a las noticias.

Sin embargo, si la muerte de Claire era un suicidio, las similitudes entre ella y Victoria harían saltar la alarma en el pueblo, fuera o no una coincidencia.

—Entiendo tu preocupación, Iain, pero si Claire ha muerto por suicidio es algo que tendremos que afrontar. Sí, la muerte de dos mujeres jóvenes que caen de grandes alturas sería una terrible coincidencia, pero podemos evitar que se convierta en un drama —dijo Louise, dudando de sus palabras.

—¿Supongo que aún no tenemos una nota?

En ese momento, después de la muerte de Victoria, la investigación estaba prácticamente concluida. Se había encontrado una nota en la casa que compartía con otras seis personas en Oldmixon. Se había disculpado por no haber avisado antes a sus compañeros de piso y les había dicho que no se preocuparan por ella, ya que iba a un lugar mejor.

Por eso, después de dejar el piso de Claire, Louise había acordonado todo el edificio mientras un equipo de agentes uniformados recorría cada centímetro del lugar, para disgusto de Applebee. Había oído a uno de los agentes uniformados sugerir que era un poco exagerado y ese agente había averiguado exactamente su opinión al respecto, para vergüenza del hombre. Louise quería que la vida de Claire fuera importante y encontrar una nota era el primer paso hacia ese objetivo.

—Si hay una nota, la encontraremos —dijo.

El ambiente frío de la oficina abierta no era propicio para trabajar. En el MIT, un oficial de su rango nunca se habría ocupado directamente de un incidente de este tipo e incluso ahora se preguntaba si le estaba dedicando demasiado tiempo. A pesar de las preocupaciones de Robertson, lo más probable era que la muerte de Claire fuera otro incidente desafortunado. Nada sugería que las muertes estuvieran relacionadas, más allá de las similitudes de edad y el método de muerte, así que ¿por qué se obsesionaba con ello?

Un rápido vistazo a sus casos abiertos reveló la respuesta: una serie de robos de poca monta en Winscombe, avistamientos de un traficante de drogas que merodeaba por la puerta de un instituto, un caso de lesiones graves en un club nocturno del centro de la ciudad que ya estaba en manos de la Fiscalía de la Corona. Louise quería más de su carrera. Peor aún, una vez la tuvo y se la quitaron.

CUARENTA MINUTOS MÁS TARDE, Louise había salido de la oficina y subía por las empinadas

orillas de Brean Down. Había una pizca de nubes y Louise luchaba contra una fuerte brisa mientras subía a trompicones la pendiente. Una colonia de gaviotas volaba en círculos sobre su cabeza. Se movían como si estuvieran atrapadas en las corrientes de aire, cayendo y subiendo, y sus alas parecían no moverse.

Louise recuperó el aliento al llegar a la cima. Brean Down era la parte de tierra firme más cercana a Steep Holm, y la isla estaba más definida desde su punto de vista. Contempló la bahía, imponiendo sus propios malos recuerdos en la roca de tierra que había visitado por última vez a finales del año pasado. Un chillido agudo la sacó de su ensueño, cuando una gaviota se abalanzó sobre un niño que llevaba un bocadillo. El niño chilló, medio aterrorizado, medio encantado con el juego, mientras su madre espantaba al ave. Louise sonrió a la madre, que puso los ojos en blanco, sugiriendo que el niño tenía tanta culpa como las gaviotas.

A veinte metros de donde se encontraban estaba el lugar donde Victoria Warrington se había quitado la vida. En el lugar exacto en el que había saltado, un hombre de mediana edad en pantalones cortos y camiseta era arrastrado por un Rottweiler. El perro se divertía como nunca, moviendo la cola y soltando la lengua, mientras el hombre luchaba por mantenerlo bajo control. La correa del perro estaba estirada hasta el punto de ruptura mientras las chanclas del hombre resbalaban sobre la hierba, la alegre pareja ajena a la tragedia que había ocurrido en ese mismo lugar hacía unas semanas.

Louise contempló las rocas irregulares, con una caída mucho más pronunciada que en Uphill. Se sentía mal al comparar los dos sitios. Si Victoria hubiera sabido lo que le esperaba en la oscuridad, la punta de las resbaladizas rocas que casi le habían arrancado el cráneo del torso. Su muerte habría sido instantánea, pero Louise se preguntó, como lo había hecho en Uphill, si Victoria había experimentado una fracción de segundo de dolor inimaginable al golpear las rocas.

Una hora más tarde y habrían perdido su cuerpo por completo. Una pareja de ancianos había descubierto el cuerpo durante un paseo matutino y lo había denunciado antes de que el mar entrara y se llevara el cuerpo. Eso significó que los agentes tuvieron pocas posibilidades de examinar la escena, ya que el agua del mar borró todo rastro de pruebas minutos después de que llegaron y se llevaron el cadáver.

A partir de ahí, el caso había sido sencillo. La nota de suicidio se encontró en el piso de Victoria, otra vida joven que ya no estaba dispuesta a aceptar lo que el mundo le ofrecía.

Louise no sabía por qué estaba aquí, solo que le parecía correcto, incluso respetuoso, visitar el lugar hoy. Había asistido al funeral de Victoria, consternada por ser la única persona allí, aparte de los enterradores y los funcionarios. No era su trabajo, no era posible dedicar más que un pensamiento pasajero a la gente con la que trataba a diario. En su tiempo, de una forma u otra, había presidido tantas muertes que si las llevara consigo no podría seguir su día a día. Sin embargo, le consternaba pensar que el recuerdo de Victoria no seguiría vivo después de aquel momento en que su cuerpo fue introducido en el horno crematorio; ahora le preocupaba pensar que el recuerdo de Claire Smedley correría la misma suerte.

Louise apartó la mirada mientras su mente le jugaba una mala pasada: el recuerdo del cuerpo roto de Victoria sobre las rocas fue sustituido por una visión de Emily en la misma situación. Se apresuró a bajar por el camino de piedra como si pudiera dejar atrás la imagen. Cuando llegó al fondo se quedó sin aliento. Cuando recuperó el aliento, pidió un café para llevar en la pequeña cafetería. Paul la llamó mientras cruzaba el aparcamiento de grava. Dejó que el teléfono sonara hasta que llegó al coche y contestó mientras se apoyaba en la puerta del conductor.

—Paul.

—¿Fue tu idea dejar que mamá y papá se llevaran a Emily? —dijo, a modo de saludo.

Louise consideró colgar. No se podía hablar con él cuando se ponía así, pero estaba tan agitada en ese momento que daba la bienvenida a la consiguiente discusión.

—¿Podríamos haberla dejado dormir en la calle si eso te hubiera hecho más feliz?

—No seas ridículo. No tenían derecho a llevársela.

—¿Puedes siquiera escucharte a ti mismo, Paul? Estabas demasiado borracho para recoger a tu hija de la escuela. Demasiado borracho. Papá ni siquiera pudo despertarte cuando fue a verte. ¿No puedes entender eso?

La línea se quedó en silencio y ella estaba a punto de colgar cuando Paul dijo:

—Me he equivocado.

Louise colocó su café en el techo de su coche. El aparcamiento daba a la manta de barro que era actualmente el canal de Bristol. Era difícil aceptar que a veces el mar llegara hasta los altos diques.

—¿Te has equivocado? —siseó al teléfono—. Hay errores, y luego está la maldita irresponsabilidad. ¿Te das cuenta de que si hubiera estado trabajando me habría visto obligado a involucrar a los servicios sociales en esto? Me sorprende que la escuela no los haya involucrado ya.

—Oh, que se jodan.

—Dios mío, ¿estás borracho ahora?

—No.

—Paul, tienes que recomponerte. Si no es por ti, entonces por tu hija. Vas a perderla, Paul — Louise dudó, no quería meter a su esposa en la conversación, ya que él siempre se callaba al mencionar su nombre—. ¿Crees que esto es lo que Dianne hubiera querido?

—No —dijo Paul, con voz inestable.

—Ya han pasado tres años. No digo que tengas que dejar de llorar, Paul, pero tienes que ordenar tu vida por Emily. Podemos conseguirte ayuda, solo tienes que estar dispuesto a aceptarla.

—Fue solo un error, Lou.

Louise se frotó la frente.

—¿Cuántos errores más quieres cometer, Paul?

—No volverá a ocurrir.

Louise no creyó una palabra de lo que dijo su hermano.

—Eso no es suficiente, Paul. Necesitas ayuda.

—No voy a ir a ningún maldito consejero, Lou. No saben de qué diablos hablan.

—Encontraremos la mejor ayuda para ti. Te lo he dicho. Solo tienes que dejar que te ayudemos.

—Voy a llevarme a Emily esta noche.

Louise apartó la mirada de su teléfono, con los músculos de la mandíbula apretados.

—Escucha, Paul, ni siquiera intentes llevarte a Emily esta noche. Nadie va a impedir que la veas, pero es mejor que se quede en casa de mamá y papá por el momento.

—Me la voy a llevar.

—Paul, si intentas llevártela de nuevo, haré que las autoridades se involucren, ¿me oyes? —

Estaba lejos del teléfono.

—¿Le harías eso a tu propio hermano?

—Lo haría para proteger a Emily.

—Bueno, jódete, hermana.

Louise colgó. Entendía su comportamiento hasta cierto punto -era un adicto ahora, siempre lo había sido, y había sufrido una tragedia que a mucha gente le costaría superar- pero ¿por qué no podía pensar en Emily? Era lo último que necesitaba en ese momento.

Intentó volver a pensar en el caso mientras conducía. Sería fácil olvidarse de Claire Smedley. Ya sentía que todo el mundo seguía adelante. Sí, fue una tragedia, pero a veces ocurren cosas terribles. Mientras se cumpliera el procedimiento, Louise no tendría que involucrarse más en el caso. El informe del forense era una conclusión inevitable y pronto Claire sería una estadística, otro del pequeño porcentaje que se quita la vida cada año en el Reino Unido.

Pero Louise no podía dejar las cosas así. Recordó la sucia habitación en la que vivía Claire y algo que la había estado molestando subconscientemente todo el día comenzó a revelarse.

Tenía que hacer otra visita al casero de Claire.

CAPÍTULO SEIS

El tráfico del centro de la ciudad estaba terrible. El día estaba terminando, los coches aparcados en la playa -una extraña concesión particular de la ciudad- dejaban la rampa en fila india mientras Louise bordeaba el paseo marítimo. Era solo el final de la tarde, pero ya había grupos de juerguistas preparándose para la noche que se avecinaba. Un grupo de jóvenes descamisados recorría el paseo marítimo cantando canciones, mientras se pasaban un gran recipiente de plástico con un líquido de color marrón claro. Se detuvieron cuando una fiesta de despedida de soltera -vestidas de rosa fluorescente- se cruzó en su camino. Los comentarios lascivos tardaron unos segundos en empezar, Louise se rio de la cara de asombro de los chicos cuando las mujeres les arengaron durante unos segundos. Mientras la despedida de soltera se dirigía a la playa, los chicos las seguían en silencio. Louise se estremeció al pensar lo que podría ocurrir si la misma situación se repitiera dentro de unas horas, cuando los chicos se hubieran animado.

A su derecha estaba el Kalimera, un restaurante griego que solía visitar todas las mañanas antes del trabajo. Echaba de menos la soledad de aquel lugar, las madrugadas tomando café ante un paisaje marino desierto. Incluso echaba de menos la hosquedad de la dueña del restaurante, Georgina, que la trataba con una hostilidad latente en sus visitas. Louise no había podido justificar su excursión diaria al restaurante desde el traslado a la estación y aún no había encontrado una alternativa adecuada. Tal vez si saliera treinta minutos antes mañana podría hacer una parada rápida.

El tráfico seguía siendo lento mientras se dirigía hacia el Lago Marino. Se esforzó por ignorar el trozo de roca que se veía a lo lejos, mientras su mano se frotaba la herida curada en el brazo de su última visita. Aquella noche había partido de este mismo lugar junto al lago. Todavía podía saborear el agua salada y sentir el frío en su piel cuando el bote atravesó la oscuridad. Le parecía que había sido ayer y se dio cuenta de que siempre relacionaría esta zona de la ciudad con aquella noche.

No era la única que tomaba la ruta panorámica para salir de la ciudad. La autopista de peaje, pasando por el muelle de Birnbeck -el viejo muelle, como lo conocían los lugareños- se movía lentamente mientras los turistas regresaban a sus parques de caravanas y casas de playa alquiladas para pasar la noche. Louise pensó en la nota de suicidio de Victoria y en la falta de gente en su funeral. En verano, Weston era un lugar de transición, la población cambiaba semanalmente. En invierno, Weston podía ser un lugar desolado. A Louise le recordaba a un club nocturno una vez que se apagaban las luces al final de la noche, la ilusión de las brillantes luces

destruida por la sombría realidad. Con la marcha del verano, Weston se convertía en ese club nocturno vacío: frío y monótono, sin el jolgorio de los turistas que se marchaban. Era demasiado fácil ver cómo Victoria y Claire sufrirían en un entorno así. Estaban en la periferia de la ciudad, no formaban parte de las multitudes del verano y eran invisibles para la gente del pueblo en los meses de invierno.

El claxon de un coche le llamó la atención cuando Louise tomó una carretera secundaria en dirección a Sand Bay. El conductor le gesticuló salvajemente mientras avanzaba por la carretera de peaje, con el coche repleto de niños. Louise lo ignoró y continuó hacia la antigua residencia de Claire Smedley.

Applebee estaba fuera trabajando en un coche, ya que el equipo uniformado se había marchado. Ahora llevaba un chaleco. Louise imaginó que su piel era de una tonalidad blanca, pero estaba tan cubierto de grasa y aceite que no podía estar segura.

—¿Vuelves tan pronto? —dijo Applebee, limpiándose las manos en un paño más sucio que el chaleco. Sonrió, Louise no vio nada agradable en el gesto. Se imaginó lo que Claire había pensado de él, al pensar que tenía que pasar por su garaje cada vez que quería ir a casa.

Louise se acercó al hombre. Se oía su respiración agitada y su frente estaba húmeda de sudor. Le pareció que había mentido esta mañana y ahora estaba convencida. Decidió probar una media verdad.

—Esta mañana faltaba algo en la habitación de Claire —dijo.

—¿Ah, sí? —dijo Applebee, limpiándose de nuevo las manos con el trapo sucio—. Sus colegas no parecían creerlo. Han revisado cada centímetro de su casa.

Louise estuvo a punto de arrestarlo en ese momento. Sabía lo que había hecho, pero decidió que había una manera más fácil.

—Creemos que la muerte de Claire podría ser parte de una investigación en curso. Cualquier cooperación que pueda darnos en este momento sería muy apreciada.

—No sé a qué te refieres —dijo Applebee, limpiándose enérgicamente las manos como si tratara de destruir pruebas.

—Digamos, por ejemplo, que Claire dejó algo a su cargo, algo para que lo guardara mientras salía. Nadie pensaría mal de usted por olvidarse de eso, señor Applebee. ¿Un ordenador portátil, tal vez?.

Applebee se limpió la frente con el trapo sucio, con los ojos entrecerrados por el sol. Louise vio que su cerebro daba vueltas, llegando finalmente a la conclusión de que le habían ofrecido una oportunidad.

—Ahora que lo mencionas, me dejó algo. Iba a llamarte cuando terminara el coche. Con todo el caos de hoy me olvidé por completo.

—Entiendo —dijo Louise, cruzando los brazos.

Le siguió al interior, donde él sacó el portátil de un hueco.

—Colóquelo en la encimera —dijo Louise, desapareciendo toda pretensión de buena voluntad mientras usaba guantes para poner el portátil en un recipiente protector—. ¿Había algo más? Una nota quizás.

Applebee negó con la cabeza y, por la expresión de miedo que había en sus ojos, ella supo que esta vez decía la verdad.

LA OFICINA del CID estaba desierta, excepto por la figura del sargento Greg Farrell, que trabajaba con su ordenador portátil, y las luces fluorescentes se reflejaban en el brillo de su cabello. Farrell era una estrella emergente en el departamento. Era joven y tenía hambre de éxito, y aunque Louise admiraba su energía, a veces chocaban cuando su determinación era superada por su arrogancia. En cierto modo, eran almas gemelas. Ninguno de los dos quería estar en Weston. Farrell quería algo más grande y mejor y estaba trabajando para conseguirlo, mientras que Louise quería volver al tipo de papel que le habían quitado.

—Oye, jefa, no te había visto —dijo Farrell, levantando la vista de su pantalla mientras Louise se sentaba detrás de su escritorio.

—Estás trabajando hasta tarde —dijo Louise.

Farrell sonrió. El gesto solía molestarla. Más que una sonrisa, siempre pensó que intentaba socavarla, pero ahora lo aceptaba como parte de él.

—Esa serie de robos en Worlebury. Necesito cotejar todos los informes de los testigos. No es exactamente un trabajo de investigación de alto nivel, pero qué se le va a hacer. ¿En qué estás trabajando?

—El suicidio en Uphill.

Farrell frunció el ceño, pero la ligereza de sus ojos no se disipó del todo.

—Tania Elliot ha preguntado hoy por eso. Dice que iba a llamarte.

Tania Elliot era la periodista más famosa de la ciudad. Tras el caso del Asesino de la Pensión, se había hecho un nombre vendiendo la historia a nivel nacional. Actualmente trabajaba para el *Bristol Post*, pero siempre estaba presente en los asuntos de la ciudad.

—Tengo una llamada perdida de ella. Por el momento, puede permanecer perdida —dijo Louise, sacando unos guantes de protección del cajón del escritorio.

Como había sugerido Applebee, el portátil de Claire Smedley era un ladrillo. Louise quería echarle un vistazo antes de enviarlo mañana al departamento de informática de Portishead. La máquina gimió al pulsar el interruptor de encendido, y el ventilador se puso inmediatamente en marcha. Farrell levantó la vista al oír el ruido y sonrió antes de volver a su trabajo.

La pantalla de inicio estaba repleta de decenas de iconos. Louise se sorprendió al ver un enlace a MySpace, pues creía que el sitio de redes sociales ya no funcionaba. Hizo clic en el icono, ya que el correo electrónico y la contraseña de Claire se almacenaban automáticamente en el sitio. En su perfil no aparecía nada más que una única foto del Gran Muelle de Weston de hace diez años. Louise buscó en las redes sociales más populares, pero no pudo encontrar más perfiles de la mujer. El equipo técnico podría hacer una búsqueda más exhaustiva y, si había algo en la máquina, lo encontrarían.

El portátil se resiste, el ventilador grita como si algo se hubiera roto. Como no quería arriesgarse a romperlo, Louise estaba a punto de cerrar la máquina cuando vio un icono de una aplicación de procesamiento de textos de código abierto. No tuvo que desplazarse mucho por los archivos recientes para encontrar lo que buscaba. Solo había un archivo, titulado simplemente: Adiós.

CAPÍTULO SIETE

Amy pasó las tres horas siguientes pasando del chat de grupo a YouTube y a los canales de televisión en abierto de su ordenador portátil. Le reconfortaba tener el chat de grupo abierto. No era como estar sola. Cada nuevo mensaje se reproducía en la parte inferior de la pantalla mientras veía un programa de humor en iPlayer. Se suponía que había que tener una licencia de televisión para ver los programas, pero nadie se había fijado en ella. Si lo hacían, ella alegaba ignorancia, esperando que su falta de televisión fuera un buen atenuante.

Los mensajes eran bastante aleatorios. Algunos del grupo eran propensos a hablar con tópicos. Había muchas reflexiones y comentarios superficiales sobre la inutilidad de la vida y murmuraciones sobre lo que hay más allá. La mayoría eran el tipo de tonterías que se dan en personas drogadas, como Amy imaginaba que así eran la mayoría del grupo. Sin embargo, al igual que ella, todos habían experimentado algo que diferenciaba su charla sobre drogas: Jay los había reclutado.

Jay había tardado semanas en revelarse ante ella. A la segunda o tercera vez que se vieron, ella ya sabía que su relación era algo fuera de lo común. Sí, por supuesto, le gustaba. Era casi imposible no hacerlo. Era el arquetipo de desconocido alto y moreno, la encarnación de sus fantasías. Había querido estar con él desde la primera vez que lo vio, pero de alguna manera él trascendía lo físico. Se habría entregado a él entonces, como lo haría ahora, pero aunque se habían cogido de la mano y se habían abrazado, Jay nunca se había interesado por ella. Comprendía que su evasión era parte de su encanto, que en parte lo deseaba, pero había mucho más que eso. Ella nunca había conocido a nadie como él. Él sabía cosas que nadie más sabía. Había viajado por el mundo, había visto cosas que ella solo podía soñar.

Al principio le había contado su visita a la selva amazónica peruana y cómo había cambiado su vida. Al principio, ella no había entendido el relato de su visita, los días y las noches con los indígenas, y cuando le contó que había probado la droga por primera vez, le pareció lo peor del mundo.

—Tengo que contarte toda la historia para que la entiendas —le dijo, antes de proceder a contarle la noche siguiente, cuando tuvo la visión.

Cualquier otra persona se habría mostrado incrédula. Había consumido suficientes drogas en su época, había experimentado suficientes viajes extravagantes como para detectar a un compañero de viaje, pero la emoción cruda en su voz la hizo escuchar. Había oído hablar del DMT pero nunca lo había probado. Había dejado atrás cualquier cosa más allá de un esparcimiento ocasional. Había escuchado historias similares sobre la auto-revelación, pero

nunca le había atraído. Sin embargo, la forma en que Jay hablaba de ello hacía que sonara como algo más, algo que cambiaba la vida. Le habló de los otros mundos que había experimentado, de su convicción de que algo más les esperaba más allá de los confines de este mundo.

—Y puedo demostrártelo —le dijo, y ella le creyó.

Estaba a punto de apagar el portátil cuando una nota de Megan apareció en la pantalla. Durante los últimos treinta minutos se había mantenido una conversación sobre los cambios de estación que ella había ignorado, aparte de decir que su estación favorita era la primavera. Había esperado a ver si Megan respondía a eso, pero no había comentado nada hasta ahora:

YO TAMBIÉN SOY una chica de verano. Nada me gusta más que los largos paseos por el parque en una mañana de verano. Hay que ver la luz del parque Ashcombe para creerla.

Amy sintió que el corazón le latía en el pecho. Ashcombe Park estaba a menos de media milla de su casa. ¿Había querido Megan que este mensaje fuera para ella? Jay les advertía continuamente que no debían encontrarse fuera de la red. Lo había recalcado aún más tras el fallecimiento de Claire. Rara vez estaba presente en las charlas, pero sabían que las observaba. Era un riesgo por parte de Megan, pero ya cuatro del grupo habían dicho lo mucho que les gustaban las mañanas de verano, ajenos a la posibilidad de un mensaje oculto. Amy no respondió, no quería arriesgarse a que nadie supiera que había recibido el mensaje. En su lugar, deseó a todos una buena noche antes de cerrar la sesión. Al día siguiente no tenía que estar en el trabajo hasta la tarde. ¿Qué mejor manera de pasar la mañana que una visita a Ashcombe Park?

Amy se despertó con dolor de cabeza a las 6 de la mañana. Le costó mucho conciliar el sueño, ya que su mente estaba consumida por la idea de ver a Megan. No estaba segura de por qué ese pensamiento la excitaba tanto. En realidad, apenas conocía a la mujer. Tal vez era simplemente la idea de hablar con alguien que no fuera Keith y los mismos clientes que veía todos los días en la cafetería.

Después de desayunar una tostada rancia y un té, salió del edificio bajo el agradable resplandor del sol de la mañana. Hacía mucho tiempo que no afrontaba un día con tanta expectación. Desde su época con Jay, ningún día había estado tan lleno de posibilidades. En las noches en las que eran convocados no había tiempo para la anticipación. Por lo general, les avisaban con un día de antelación como máximo, y su cuerpo estaba tan lleno de adrenalina que rara vez era capaz de apreciar el tiempo por lo que era.

Ahora saboreaba esa sensación mientras caminaba por Milton Road hacia el parque. No había estado allí desde que era una niña, cuando un grupo de ellos se escapaba de la escuela, cambiando de lugar cada vez como si a alguien le importara realmente su ausencia.

Amy caminó por la franja de hierba que solía albergar un campo de pitch and putt, y sonrió al llegar a la zona de juegos, recordando a la adolescente malhumorada que había sido una vez. Vestida con el espantoso uniforme escolar marrón, se había sentado en los columpios con los demás absentistas fumando un cigarrillo tras otro, inhalando raramente, pensando que se veía tan genial. Ahora estaba sola en los columpios, sin cigarrillos, con un pantalón de deporte raído y una camiseta demasiado grande, esperando a alguien que probablemente no tenía intención de visitar el parque esa mañana.

Las ramas colgantes de los árboles tapaban el sol. Amy se cruzó de brazos para entrar en calor. Le hubiera gustado haber hablado más con Megan en el chat de grupo de la noche anterior.

El parque era una zona enorme y si su nota había sido un mensaje codificado, había muchas posibilidades de que se perdieran. En la parte trasera del parque, un adolescente se acercó en bicicleta y se detuvo al ver a Amy en los columpios. Se quedó mirándola como si fuera un fantasma. Parecía demasiado joven para ser una amenaza, pero a ella no le gustaba la forma en que la miraba.

Con los ojos de él todavía en ella, Amy se bajó del columpio, con una tensión familiar en el estómago. Intentó no precipitarse, pero el pánico había empezado a dominarla y, con los ojos centrados en el suelo, chocó directamente con una segunda persona que debía de estar detrás de ella todo el tiempo.

CAPÍTULO OCHO

Louise no tardó en descifrar las similitudes entre las dos notas. Cada una de ellas contaba historias angustiosas sobre vidas trágicas, pero no fue eso lo que le llamó la atención. Lo que la hizo detenerse y tomar nota fue la repetición de dos líneas en ambas notas:

*Hay otros mundos además de este
La muerte no es el final*

RECORDÓ las líneas de la nota de Victoria. Entonces le parecieron extrañas, fuera de sincronización con el resto de la nota, y ahora le resultaban chocantes. Como no había mucho que hacer anoche, Louise imprimió la nota de Claire y guardó el portátil en la caja fuerte para transferirlo al MIT. Reconoció la segunda línea -la muerte no es el final- como el título de una canción de Bob Dylan. Anoche había descargado la letra, y fue lo primero que miró esta mañana al despertarse, mientras sus sueños se llenaban de imágenes de los cuerpos destrozados de Victoria y Claire.

Cuando se duchó y desayunó eran solo las 6.30. El señor Thornton, su monosilábico vecino, la esperaba fuera. El anciano tenía la habilidad innata de sacar siempre la basura a la misma hora que Louise salía de casa. Suponía que el hombre se sentía solo, pero cada vez que intentaba entablar una conversación con él solo le ofrecía una respuesta de una sola palabra. Sin inmutarse, volvió a intentarlo.

—¿Está disfrutando de este buen tiempo? —le preguntó, encogida por su mundanidad.

—Demasiado calor para mí —dijo Thornton, retirándose al interior.

—Ya veo —dijo Louise, entrando en el coche. Para ella era todo lo contrario. Le encantaba este tiempo, la forma en que no solo cambiaba el ambiente de la ciudad, sino también a sus habitantes. Era una ilusión, pero una ilusión en la que estaba feliz de caer.

Tomó la carretera secundaria que salía de Worle por la autopista de peaje, pasando por el desvío hacia Sand Bay y la antigua vivienda de Claire Smedley. La nota de la mujer estaba en el asiento a su lado. Era incongruente pensar en la esperanza de las últimas palabras. De nuevo, su sobrecargada imaginación la sorprendió con una visión de la nota, esta vez firmada por Emily.

Cuando aún faltaban noventa minutos para su reunión con Robertson, aparcó en el paseo marítimo y cruzó la calle hasta el Kalimera. No había visitado el restaurante griego desde el traslado de la estación y la recepción de la propietaria, Georgina, no fue cálida. La escultural mujer bajó la cabeza en señal de saludo, sus oscuras cejas apuntando hacia dentro mientras sus

ojos se entrecerraban.

—Me alegro de volver a verte, Georgina.

—¿Café?

Louise sonrió. Durante el primer año que había visitado el restaurante, ni siquiera sabía el nombre de la mujer. Con el tiempo, habían desarrollado una especie de entendimiento. Louise aceptó su comportamiento enigmático como lo que era y decidió disculparse por su prolongada ausencia.

—¿Crees que abro este lugar temprano solo por la posibilidad de que aparezcas? —dijo Georgina, con una sonrisa en su rostro muy maquillado.

Louise miró los asientos vacíos a su alrededor.

—Prometo que intentaré venir más a menudo —dijo, mientras Georgina le daba la espalda para preparar el café.

Georgina llevó la bebida caliente al asiento de Louise junto a la ventana cinco minutos más tarde, sorprendiendo a Louise al sentarse junto a ella.

—¿Por qué abren este lugar tan temprano? Nunca lo había preguntado.

—No puedo dormir más de tres o cuatro horas. Llego temprano y empiezo los preparativos. ¿Por qué no abrir? No eres nuestra única cliente.

El comentario no pretendía ser hostil y Louise agradeció la compañía de la mujer. Cuando se mudó a Weston, el Kalimera había sido su refugio. A veces pensaba que solo había sobrevivido a su estancia en la ciudad gracias a los treinta minutos de tranquila contemplación que pasaba allí cada mañana antes del trabajo.

—¿Cómo está ese guapo colega tuyo del trabajo? —preguntó Georgina.

Aunque era callada, la mujer tenía una gran perspicacia cuando se trataba de personas. Se había dado cuenta de la atracción que sentía Louise por Thomas antes de que Louise lo entendiera realmente.

—Se está divorciando —Una mirada socarrona cruzó la cara de Georgina, pero no hizo ningún comentario. Era una antigua amiga del colegio de Thomas y sabía que tenía un hijo pequeño. No es que Louise tuviera planes de discutir el asunto con ella. Thomas estaba en la lista de prohibidos y lo seguiría estando durante mucho tiempo.

Las cosas ya eran bastante complicadas.

Pensar en el hijo de Thomas le recordó que había prometido ver a Emily esa noche. Ayer no había tenido tiempo de ver a su madre y estaba preocupada por cómo le iba a Emily sin su padre.

—Será mejor que me vaya —dijo, escurriendo los restos del café.

—Espero verte antes de fin de año —dijo Georgina, inexpresiva, mientras Louise se marchaba.

La primera oleada de turistas se dirigía al paseo marítimo cuando Louise salió del restaurante. La previsión era de otro día de calor y ya unos cuantos coches se arrastraban hacia la playa en previsión del día que se avecinaba. Louise sintió nostalgia de su propia infancia y de los días de promesa junto al mar. Echaba de menos a su hermano de entonces, su entusiasmo y su implacable energía. Odiaba lo que le había sucedido y, lo que era peor, su reacción ante aquellos acontecimientos. Su estado de ánimo se nubló aún más al pensar en Claire Smedley. El sol resaltó la promesa desperdiciada de la chica y Louise se sintió más motivada que nunca para averiguar qué la había llevado a la muerte.

Louise se unió a los viajeros que salían de la ciudad hacia Bristol mientras se dirigía a la estación por Locking Road -con sus edificios victorianos de ladrillo brillando al sol- hacia

Worle. Al entrar en el aparcamiento de la estación, se le aceleró el pulso al reconocer al hombre sentado tras el volante de un flamante Mercedes. Estaba hablando por teléfono y no se había fijado en ella. Aparcó, odiando la forma en que se le aceleraba el pulso, y esperó a que se alejara.

El hombre era el Detective en Jefe Finch, actual detective jefe del MIT en Portishead. Habían trabajado juntos como detectives en el MIT antes de que Louise fuera descartada para un ascenso tras un incidente en el que había matado a un hombre desarmado -Max Walton- que había sido responsable de los asesinatos de decenas de personas inocentes. Finch le había dicho a Louise que Walton estaba armado, hecho que él había negado durante la vista. Louise nunca le perdonó la mentira y las relaciones entre ellos no hicieron más que empeorar tras su traslado a Weston. Era como si el caso contra Louise, y el ascenso de Finch, le hubieran dado la libertad de ser el hombre que realmente era. Pasó los siguientes dieciocho meses tratando de obligar a Louise a dejar la policía. Le enviaba mensajes anónimos casi a diario, y durante el último caso importante intentó hacerse cargo.

El ambiente dentro de la comisaría estaba apagado, como si todos se estuvieran preparando para las consecuencias de la visita de Finch. Al entrar en la planta del CID, Louise juró que podía oler la loción de afeitar de Finch en el aire. Le picaban los ojos.

—Buenos días, Louise —dijo Simone, la jefa de la oficina.

Louise ignoró la sonrisa de Simone y se dirigió directamente al despacho del Detective en Jefe Robertson. Robertson levantó la mano cuando Louise entró sin llamar, como para advertirle antes de que hablara.

—¿Qué estaba haciendo aquí? —dijo Louise.

—¿Quién?

—No me vengas con eso, Iain. Tú sabes muy bien quién. Acabo de ver a Finch en el aparcamiento. ¿Por eso no podíamos vernos hasta las ocho y media?

—Siéntate, Louise. Por supuesto que no. El Detective en Jefe Finch llamó esta mañana. Le sugerí que viniera temprano, en parte con la esperanza de que no se vieran. Creí que ya habíamos superado todos estos juegos insignificantes, Louise.

Los ojos de Louise se abrieron de par en par. Robertson conocía la historia, y en general había demostrado ser muy solidario, así que el comentario la sorprendió.

—Intentó inculparme para quedarse con mi ascenso, Iain —dijo ella, incrédula.

—Tienes que dejarlo pasar. Eso fue hace casi tres años.

—Nunca lo olvidaré, Iain. Creo que sabes eso.

Robertson se mordió el labio, moviendo la cabeza de arriba abajo.

—Vas a tener que aceptar que te encontrarás con él de vez en cuando. ¿No crees que tengo enemigos aquí abajo? Fui a una conferencia la otra semana en Avonmouth y te juro que si hubiera tenido un arma, habría matado a unos quince o veinte oficiales —Robertson hizo una pausa, perdido en sus pensamientos—. Sin ningún remordimiento —añadió.

Louise se recostó en su silla. Robertson tenía una forma de suavizar las situaciones y parte de la tensión la abandonó.

—Pero, ¿por qué estaba aquí? —Ni siquiera le había contado a Robertson lo de la nota de suicidio de Claire Smedley, así que la aparición de Finch no podía atribuirse a eso.

Robertson se revolvió en su asiento como si la verdad fuera peor.

—Quiere pedir prestado al Sargento Farrell.

—¿Prestado?

—Tienen un par de agentes de baja por maternidad y hay un caso de crimen organizado en el

que están escasos de personal. Creo que será bueno para él.

—¿Para Finch o para Farrell?

—No estamos precisamente desbordados en este momento y Farrell ha estado haciendo un buen trabajo.

Louise no podía discutir. Aunque no quería perderlo, estaba de acuerdo en que a Farrell le vendría bien la experiencia.

—Probablemente no volverá, ¿lo sabes?

—¿Por qué iba a renunciar a todo esto? —dijo Robertson, extendiendo los brazos—. De todos modos, ¿querías verme?

Louise no prolongó la discusión aunque estaba convencida de que Finch los estaba manipulando. Habría muchos sustitutos capaces en el CID de Bristol, así que no había necesidad de que Finch se llevara a uno de su equipo. Finch era más que mezquino. No le bastaba con haber destruido la carrera de Louise. Le molestaba que siguiera sobreviviendo, que tuviera éxito aquí en Weston. Por sus propias y perversas razones, no se detendría hasta que ella dejara el cuerpo; si es que estaba dispuesta a detenerse. Tratando de olvidar a Finch, le mostró a Robertson la impresión de la nota de suicidio de Claire Smedley, y la cara del Detective en Jefe se desvaneció cuando Louise destacó las dos líneas que coincidían con la nota de Victoria Warrington.

—¿Podría ser una coincidencia? No quiero parecer bromista, pero imagino que ‘la muerte no es el final’ ha aparecido antes en una nota de suicidio.

—No digo que no lo haya hecho —dijo Louise, sin compartir la seguridad de su jefe—. Pero tenemos que considerar que esto es algo más que una coincidencia.

—¿Tenemos algo que sugiera que se conocían?

—Nada todavía, no es que hayamos buscado mucho. Tenemos que elevar esto, Iain, a delito grave.

—¿No crees que sea un suicidio?

—No estoy diciendo eso. Pero si es un suicidio o algo más, me preocupa que esta no sea la última muerte que tengamos que investigar.

CAPÍTULO NUEVE

Amy luchó contra un vago mareo cuando se giró para mirar a quien estaba de pie detrás de ella. Ya se había encontrado en situaciones semejantes, se había visto obligada a sucumbir a insinuaciones no deseadas en demasiadas ocasiones durante su infancia. Se replegó sobre sí misma cuando la figura le habló.

—¿Amy?

Abrió los ojos y una oleada de alivio la recorrió al ver a Megan. Amy la rodeó con sus brazos, sintiendo al principio una tensión sorprendida en el cuerpo de Megan, y luego un ablandamiento cuando ella le devolvió el abrazo. Amy se dio cuenta de que estaba llorando cuando se apartó.

—Amy, ¿qué pasa? —dijo Megan, con una voz llena de preocupación.

Debería haber sido reconfortante, pero la alarma de Megan la hizo sentir aún peor. Empezó a temblar, sus sollozos sacudían su cuerpo.

A lo lejos, el adolescente se alejaba pedaleando por la colina. En retrospectiva, había sido ridículo verlo como una amenaza.

—Lo siento, Megan, estoy un poco nerviosa en este momento.

—Está bien, cariño. Yo estoy igual. Con lo que le pasó a Claire...

Se suponía que no debían hablar nunca de las actividades del grupo fuera de los foros o de sus reuniones ocasionales, aunque se suponía que no debían reunirse en absoluto. Megan tenía razón, por supuesto. Por mucho que creyera en Jay, era natural que la muerte de un amigo le pesara. Lo mismo sentía por Victoria. Se había alegrado mucho por ella, incluso la había envidiado, pero una fría melancolía se había apoderado de Amy durante semanas después de su muerte. Al menos, eso explicaba sus nervios de punta.

—No puedo creer que estés aquí —dijo, como si Megan no hubiera hablado de los acontecimientos de la otra noche.

—Has entendido mi mensaje —dijo Megan, sonriendo. Su felicidad la hacía parecer más joven y eso, a su vez, hizo sonreír a Amy.

—No estaba segura de que fuera un mensaje para mí, pero aquí estoy.

—Sé que no debemos encontrarnos, pero necesitaba estar con alguien. El chat de grupo es genial, pero a veces me siento aislada. ¿Sabes a qué me refiero?

Amy puso su mano en el hombro de Megan, sintiendo la dura cresta del hueso, avergonzada por su anterior muestra de emoción.

—Jay no tiene por qué saberlo. Mientras tengamos cuidado, ¿qué daño puede hacer?

Subieron juntas la colina, con una ligereza en los pasos de Amy que no había experimentado desde hacía tiempo. El parque seguía desierto y, por un momento, fue como si el lugar fuera su jardín personal. Megan empezó a correr, con su delgada figura devorando el suelo, con su larga melena cayendo detrás de ella, riendo mientras avanzaba; Amy la siguió, echando a correr mientras se dejaba llevar por el momento. Juntas corrieron los metros que faltaban para llegar a la cima del parque. Cuando llegaron a la cima, Amy se quedó sin aliento. Se inclinó sobre las rodillas, tratando de aspirar aire, con los pulmones reventados, pero no podía borrar la sonrisa de su rostro.

Megan le ofreció un cigarrillo mientras caminaban por la carretera de Bristol. No tenían ningún destino en mente, Amy agradecía la libertad de simplemente caminar.

—¿Crees que Jay ha leído mi mensaje? —le preguntó Megan cuando se detuvieron junto a una parada de autobús, con la vista del Canal de Bristol y el mar de lodo brillando bajo la luz del sol.

Aunque rara vez comentaba en el foro, Jay era omnipresente. Durante su reunión, cuando Victoria murió, había reprendido a tres de los miembros por hablar del DMT en el tablón de anuncios. En ese momento, el hombre dulce y cariñoso que ella conocía, el único con el que podía hablar, había desaparecido. Su sustituto estaba rodeado de una oscuridad que ella no había visto antes en él, y un silencio descendió sobre el grupo mientras los tres miembros temblaban visiblemente ante él. La oscuridad duró un instante, y fue sustituida por la sonrisa benévola de Jay, que reiteró los riesgos que corrían.

—No lo entenderán —dijo al grupo—. Intentarán detenernos. Tenemos que estar atentos, sobre todo en las próximas semanas y meses.

Amy temía volver a ver esa faceta de Jay, pero se guardó su preocupación.

—Mientras no le digamos a nadie más, estaremos bien —le dijo a Megan.

Caminaron por Grove Park hacia la ciudad. Era un riesgo, pero Amy nunca había visto a Jay en el centro. No sabía dónde vivía, pero tenía la impresión de que estaba lejos de la ciudad. Tenía una vieja furgoneta que conducía a las reuniones; ella había estado dentro una vez pero él nunca la había invitado a quedarse en ningún sitio.

Cruzaron el puente de Knightstone que separaba el canal del lago marino. Con la marea alta, el agua del mar sumergía el cruce e incluso ahora chapoteaba en las rocas que rodeaban la pasarela. Se detuvieron y miraron hacia el horizonte como si se atrevieran con la subida de la marea.

—Lo vi con Claire —dijo Megan, con la mirada fija en el mar y en las dos islas -Flat Holm y Steep Holm- que surgían del agua marrón.

—¿Quién?

—A Jay.

A Amy se le revolvió el estómago.

—¿Qué quieres decir, Megan?

—Él estaba con ella esa noche, cuando ella, ya sabes...

—Todos estábamos.

—Llegué antes que los demás. Llegaron juntos en su camioneta.

Estaban tomados de la mano.

Era ridículo sentir celos por una chica muerta, pero Amy sintió ese dolor familiar.

—Ella sabía que iba a ser su momento —dijo Megan, insistiendo en el tema.

—Eso no lo sabes, Megan.

—Hablé con Lisa. Dijo que antes de que Victoria muriera había pasado la noche con Jay.

Amy respiró el aire del mar mientras a su lado, en el camino, dos gaviotas se peleaban por un trozo de comida. Las palabras de Megan le dolieron, pero las aceptó. Reconoció el dolor en la voz de su amiga, los celos tan claros en sus rasgos. Al resto del grupo le gustaba hablar entre ellos. A veces, Amy se sentía como una madre gallina. Era la mayor y se preguntaba si por eso Jay aún no la había dejado marchar.

—Todos tenemos mucha suerte de habernos encontrado, Megan. Pronto llegará nuestro momento. Tenemos que ser pacientes.

Esto pareció apaciguar a Megan, la preocupación desapareció de su rostro, su mirada bajó al agua de mar que había comenzado a gotear en el camino. Juntas, echaron a correr hacia el extremo opuesto, gritando de alegría mientras corrían hacia el mar que se acercaba.

De nuevo sin aliento, Amy se despidió de Megan con un abrazo.

—Tengo que ir a trabajar —dijo, notando la fragilidad de Megan.

—¿Nos vemos mañana? ¿En el parque?

—Tendrá que ser por la tarde. A las tres de la tarde, ¿vale?

—Nos vemos entonces —dijo Megan.

CAPÍTULO DIEZ

Louise habló con Farrell esa tarde. Había estado presente en la sesión informativa de la mañana sobre Claire Smedley y Victoria Warrington, pero no le había asignado ninguna tarea en el caso. Estaban sentados en una de las salas de interrogatorio, con Farrell frente a ella como si fuera un sospechoso.

—¿Así que nos dejas por la gran ciudad? —dijo Louise.

A Farrell le faltaba algo de su chispa habitual -las líneas de expresión le agrietaban la piel bajo los ojos y su pelo parecía quebradizo y desordenado-, pero su familiar sonrisa estaba presente.

—Eso parece. Escucha, Louise, quería que supieras que yo no pedí que me trasladaran. El Detective en Jefe Finch se acercó a mí. Se acordó de mi ayuda en el caso del Asesino de la pensión. Solo pensé, ya sabes, es MIT.

—Deja de divagar, Greg —dijo Louise, suavemente, tranquilizando al joven Sargento—. Es una buena oportunidad para ti. Solo quería hablar contigo antes de que te fueras. Tienes que asegurarte de no desperdiciar la oportunidad. Sería triste que te fueras de aquí permanentemente, pero si es lo mejor para ti, nadie se interpondrá en tu camino desde esta estación.

—Gracias, jefa, eso significa mucho.

Louise dudó. Farrell sabía de su estancia en el MIT, de cómo la palabra de Finch contra la suya la había llevado a ser trasladada a Weston. Quería advertirle sobre Finch, pero no quería parecer poco profesional. Lo más probable era que Farrell acabara trabajando estrechamente con Finch y ella no quería que éste supiera que había llegado a ella.

—No tengo palabras grandilocuentes para ti, Greg, salvo que tengas cuidado.

—Lo entiendo, jefa —dijo Farrell, con los ojos entrecerrados.

En el pasado, habían hablado brevemente de lo que le había ocurrido a Louise cuando trabajaba con Finch, y Farrell había visto de primera mano lo que Finch podía hacer a un equipo durante una investigación.

—Ten cuidado en quién confías.

—Sí señora —dijo Farrell, mientras Louise salía de la habitación.

Louise había reabierto la investigación de la muerte de Victoria Warrington. Ahora se trataba como una muerte sospechosa y se investigaba en conjunto con Claire Smedley. Se había creado una sala de incidentes separada en una habitación adyacente a la oficina principal del CID. Se había pasado el día investigando los antecedentes de las dos mujeres, pero aún no habían encontrado nada que sugiriera que se conocían. El casero de Claire, el Sr. Applebee, había sido

llamado para ser interrogado, al igual que el antiguo casero de Victoria. La investigación ya se sentía floja y Louise se daba cuenta de que algunos miembros del equipo aún no estaban totalmente comprometidos con su necesidad. La única conexión eran las dos notas, y admitió que las dos líneas coincidentes podían ser una coincidencia.

El teléfono de Louise sonó mientras volvía a su mesa. Era su madre. Louise le había enviado un mensaje de texto antes, cuando se dio cuenta de que iba a tener que trabajar hasta tarde.

—Hola, mamá. Siento no poder ver a Emily esta noche.

—Hola, Lou. No te preocupes, lo superará. No te llamo por eso. ¿Estás ocupada?

—Siempre, pero puedo charlar. ¿Pasa algo? —Su madre se calló y lo primero que pensó Louise fue que llamaba por Paul—. ¿Qué ha hecho? —preguntó.

—Intentó recoger a Emily de la escuela ayer. Tu padre estaba allí y tuvieron una pequeña discusión.

—Jesús, acabo de hablar con él. ¿Qué pasó?

—Tu padre le dijo en términos inequívocos que Emily iba a venir con él.

—¿Y lo hizo?

Su madre hizo una pausa.

—Sí, pero me preocupa que pueda volver a hacer lo mismo hoy.

—Dios, mamá, ¿por qué no me lo dijiste ayer?

—No quería preocuparte.

Louise se rio para sí misma. Decírselo ahora, cuando no podía ayudar, era lo más preocupante que podía hacer.

—No voy a poder ir hoy, mamá, tengo mucho que hacer.

—No estaba sugiriendo que lo hicieras —dijo su madre, sonando impaciente.

—¿Qué pasa, mamá?

—Oh, no lo sé. ¿Dijiste que habías hablado con Paul?

—Sí.

—¿Y cómo estaba?

—Beligerante, no responde. Paul siendo Paul, básicamente.

—¿Qué vamos a hacer, Lou?

Louise agarró su teléfono.

—Mira, voy a ir el fin de semana. Trataré de pasar algún tiempo con Emily para darte un descanso y podemos hacer un plan sobre lo que vamos a hacer a continuación.

—De acuerdo, cariño, eso suena bien.

—Vale, mamá, adiós —Louise se pasó los dedos por el pelo, su cuero cabelludo estaba seco y le picaba. No tenía ni idea de qué tipo de plan iban a elaborar. La única persona que podía resolver la situación era Paul, y él estaba empeñado en destruirse a sí mismo y a su familia. Ella le conseguiría ayuda si él la aceptara, pero aún no estaba en esa etapa. Tal vez el incidente con papá lo sacudiera, lo hiciera darse cuenta de lo cerca que estaba de perder a Emily. Tal vez era demasiado tarde.

Louise miró alrededor de la oficina, preocupada por la posibilidad de que alguno de sus compañeros hubiera escuchado su conversación. No era propio de ella arrastrar su vida personal al trabajo y no quería que nadie la acusara de falta de concentración.

En su ordenador portátil cargó fotos de Claire Smedley y Victoria Warrington. Odiaba pensar así, pero mientras miraba las imágenes de las dos mujeres, empezó a imaginarlas como habrían sido a la edad de Emily. Repasó los innumerables escenarios que podían llevar de una infancia

feliz a quitarse la vida de adulto. La madre de Emily estaba muerta y su padre era un alcohólico egoísta. No era difícil imaginar que la vida de su sobrina se desbaratara como la de esas dos desafortunadas mujeres.

Louise cerró la pantalla, más decidida que nunca a resolver los motivos de las muertes de Claire y Victoria; como si entender las razones de las tragedias pudiera evitar que algún día le ocurriera a Emily.

CAPÍTULO ONCE

Cuatro hombres vestidos con pantalones cortos chillones y jerseys de mujer habían estado molestando a Amy desde que llegaron esa mañana. El olor a alcohol era penetrante en el aire mientras ella colocaba los desayunos fritos en la mesa.

—Gracias, cariño —dijo uno de ellos -un cabeza rapada muy musculoso- con un amplio acento del País Negro, mientras colocaba su mano alrededor de la cintura de Amy.

Amy se soltó del agarre y su mirada se dirigió a Keith, que estaba detrás del mostrador sonriendo ante la escena.

—No creí que fueran tímidos aquí abajo —dijo el cabeza rapada.

Amy estaba acostumbrada a esa atención inapropiada. El café era un faro para esos hombres, que se sentían atraídos por Keith como si sintieran un espíritu afín. Mientras Amy volvía a preparar café para un hombre solitario que fumaba fuera, Keith se acercó al grupo de muchachos. En lugar de reprenderlos, pareció hacer una broma, la risa se desvaneció cuando Amy pasó junto a ellos.

—Anímate, amor, puede que no pase —dijo el cabeza rapada.

—Nunca pasará con esa actitud —dijo Keith, provocando más risas de su nuevo público.

Amy se detuvo junto a la puerta. Necesitaba todas sus fuerzas para no darse la vuelta y lanzar el café a la cara de su jefe. Pronto llegaría el momento en que lo haría, pero por ahora necesitaba el trabajo, así que abrió la puerta y colocó el café en la mesa exterior, el cliente la ignoró como si la bebida hubiera aparecido de la nada.

Keith la detuvo en la oficina trasera dos horas más tarde, cuando estaba a punto de irse.

—Ese tipo no se equivocó, ya sabes, antes —dijo. Como siempre, Keith estaba demasiado cerca. La grasa y el sudor cubrían su cuerpo, su aliento rancio a café instantáneo y sándwiches de huevo. Amy respiró por la boca mientras la habitación se reducía en tamaño.

—Te vendría bien animarte —continuó Keith.

¿Por qué los hombres se creían con derecho a comentar su comportamiento? Había escuchado el mismo mantra toda su vida, desde que era una niña: los hombres le decían que sonriera, que se sentara derecha, que se comportara. Le habría dicho a Keith exactamente lo que pensaba de su teoría y de sus nuevos y sórdidos amigos, pero por el momento estaba más preocupada por los estrechos límites de la habitación y la salida bloqueada por el considerable volumen de Keith.

—Puede que tenga algo que te anime —dijo Keith, acercándose para que Amy pudiera ver el sudor pegado a los pelos del pecho que brotaban bajo su delantal de cocinero.

Otro sentimiento que ya había escuchado demasiadas veces.

—Me voy a casa, Keith. ¿Está listo mi salario?

La respiración de Keith se hizo más profunda. No respondió, solo se balanceó en el lugar como si estuviera envuelto en un monólogo interno.

—Junto al mostrador —dijo finalmente, sin moverse.

Amy se vio obligada a pasar a su lado. Habría jurado que él estaba salivando, pero no quiso concentrarse en su cara mientras aceleraba su paso para salir de la habitación. Cogiendo el sobre marrón, salió del café temiendo ya su regreso.

Nunca en su vida había agradecido tanto la fresca brisa marina. Negándose a permitir que Keith la hiciera llorar, recorrió las calles secundarias hasta el paseo marítimo y el Lago Marino. Quería ver a Megan, pero había conseguido un trabajo a tiempo parcial en un campamento de vacaciones en Brean Down. Se habían visto a menudo desde aquella mañana en Ashcombe Park. Era una novedad tener a alguien con quien compartir cosas y se sorprendió de lo mucho que sentía la ausencia de Megan.

En el lago artificial, Amy se quitó los zapatos y se bañó las piernas en el agua de mar marrón. Aunque el sábado era generalmente conocido como el día del cambio, la zona estaba llena de veraneantes. Los niños construían presas y castillos de arena mientras sus padres se relajaban en las tumbonas, fumando y mirando sus teléfonos.

La visión de los niños felices me trajo recuerdos de Aiden. Ahora sería un adolescente y ella podía imaginárselo jugando con los otros niños en la arena. Amy se tumbó, con la arena gruesa resbalando por su pelo y su espalda, y el sol calentando su piel. Jay había sido la primera persona con la que había hablado de Aiden en años y con su ayuda había podido compartir su dolor con el grupo. Se preguntó cuándo volvería a tener esa oportunidad.

Se contentó con quedarse con los veraneantes por el momento. Se dirigió al interior para comprar un helado -mucho más barato en el supermercado que en los establecimientos del paseo marítimo- y regresó al paseo marítimo antes de que se derritiera. Se rio al ver a una mujer de gran estatura con un bikini ajustado haciendo esquí acuático entre los barcos amarrados. No parecía seguro -el cabo que la arrastraba estaba a punto de partirse por la mitad, y esquiaba a escasos centímetros de las embarcaciones de pesca y remo-, pero la mujer estaba tan inmersa en la acción de rozar el mar que no le importaba nada más. Amy envidió su concentración, deseando poder estar tan perdida en una actividad y que nada más importara. Siguió su camino como si fuera ella la que estuviera sobre los esquís, casi dejando caer su helado entre risas cuando la cuerda cedió y la mujer se precipitó de cabeza al mar solo para ser rescatada por el piloto de la lancha, con una sonrisa perfecta en su rostro.

Una vez terminado el helado, Amy cruzó la carretera y bajó los escalones de piedra tallada hasta la playa. Se quitó los zapatos, ya rebosantes de arena, y caminó por la playa hacia el Gran Muelle. El olor del mar despertó recuerdos contradictorios en su mente. Recordaba haber venido aquí de niña, haber remado en el mar e incluso haber montado en los burros, pero su infancia no había sido alegre y era difícil creer que hubiera sido feliz aquí. Sin embargo, el agua del mar le hacía sentir algo parecido a la felicidad. El recuerdo reciente de su enfrentamiento con los cuatro turistas y Keith era ahora un dolor lejano mientras caminaba por la orilla. De vez en cuando, el agua le rozaba los dedos de los pies y dejaba que la frialdad le envolviera los pies. Deseó que Megan pudiera estar aquí para compartir esto con ella. Amy se la imaginaba entrando y saliendo del agua, y nada deseaba más en ese momento que ver a su amiga llena de risas.

Bajo el muelle, una bandada de gaviotas se peleaba por una carroña. Amy se acercó a la

conmoción, el repentino cambio de temperatura le puso la piel de gallina. La presa de las gaviotas eran los restos de una paloma, y sus plumas opacas y raídas delataban su identidad. En cuanto se alejó, las gaviotas volvieron, aún más frenéticas por haberles negado su premio.

Amy corrió hacia el otro lado, contenta de haber vuelto a la luz del sol y alejada del inframundo del muelle.

Volvió a saltar al paseo marítimo. No quería malgastar su escaso sueldo el primer día, pero la entrada al muelle solo costaba una libra y podía disfrutar del espectáculo: el zumbido de las luces y los pitidos electrónicos de las máquinas recreativas, la energía inquieta de los niños excitados. Solo al llegar al paseo marítimo se detuvo y se agachó como si hubiera cometido un delito.

Allí, en la entrada del muelle, estaba Jay. Y no estaba solo.

CAPÍTULO DOCE

En su papel de detective, Louise no tenía fines de semana. Técnicamente podía elegir no trabajar, pero la realidad casi siempre se interponía. Incluso ahora, mientras hacía el corto viaje desde Worle hasta la casa de sus padres en Bristol, se sentía culpable por no haber estado en la comisaría. Había pasado la mayor parte de los dos últimos días trabajando en el caso del suicidio, y la investigación era cada vez más frustrante. Hasta ahora, muy poco relacionaba a Victoria con Claire. Aunque ambas eran de la zona oeste del país, habían asistido a escuelas diferentes y habían tenido una educación distinta. Claire había vivido en el sistema de acogida desde los trece años, mientras que Victoria había vivido con su madre hasta que ésta falleció cuando Victoria tenía diecinueve años. Se habían realizado búsquedas puerta a puerta en los barrios de las mujeres, pero por el momento lo único que relacionaba a las dos víctimas era la similitud de sus notas de suicidio. Incluso los informes toxicológicos habían sido un fracaso, ya que el único factor común era un rastro de marihuana en ambos flujos sanguíneos. Louise había solicitado más pruebas, pero los resultados tardarían al menos una semana en llegar.

Tomó la A370. Prefería la ruta a la monotonía de la M5 y disfrutaba de los vientos y las curvas mientras conducía por los pequeños pueblos que separan Weston de la gran ciudad.

Emily la estaba esperando. Cuando Louise entró en el garaje de sus padres, vio la cara de su sobrina pegada al cristal de la ventana del salón y, para cuando salió del coche, Emily ya había salido por la puerta principal. Louise se encorvó y Emily saltó a sus brazos.

—Dios mío, te estás haciendo grande —dijo Louise, mientras su sobrina la agarraba como si ya intentara impedir que se fuera. Aunque era muy cariñosa, Emily aún no había aprendido a expresar sus emociones verbalmente, pero la duración del abrazo y la fuerza que había detrás de él le decían a Louise todo lo que necesitaba saber sobre lo que sentía la niña.

—Vamos, entremos —dijo Louise, separando los dedos de la niña.

—La abuela está haciendo panqueques —dijo Emily, saltando por el pasillo.

—¿Lo está haciendo ahora? No recuerdo haber comido panqueques cuando era niña.

—Los nietos reciben golosinas, no los niños —dijo Emily. Sonaba complacida con el hecho, pero Louise notó el veredicto condenatorio sobre la paternidad; empeorado de alguna manera por la juventud de su sobrina.

En el interior, su madre estaba volteando panqueques en la estufa, su padre bebiendo café y leyendo los periódicos del sábado. Les dio un beso a ambos en la mejilla, una ola de nostalgia la golpeó mientras se sentaba en la mesa de la cocina.

—¿Cómo estás, cariño? —preguntó su padre, dejando el periódico.

—Cansada.

—Trabajas demasiado.

—Dímelo a mí.

—Aquí vamos —dijo su madre, colocando las tortitas al estilo americano sobre la mesa—. Lote uno.

Su padre se frotó las manos.

—Pásame el jarabe de arce, Emily.

Nadie habló del miembro de la familia que faltaba mientras hablaban. Paul tenía que salir con Emily por la tarde y Louise esperaba que se hubiera recuperado de la resaca que suponía que tenía para entonces.

Su sobrina era muy fácil de leer. Su sonrisa iba y venía mientras comía su segunda tanda de panqueques como si su mente estuviera en constante confusión. Louise no estaba segura de poder perdonar a Paul por hacerla pasar por esto.

—Cámbiate —dijo Louise, una vez que terminaron—. Podemos ir al parque si quieres.

A Emily se le iluminó la cara y subió las escaleras de un salto.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con Paul?

—Ayer —dijo su madre.

—¿Cómo estaba?

—No parecía estar en su mejor momento, pero prometió que hoy llegaría a tiempo.

Louise llenó el lavavajillas y notó el cansancio en los ojos de su madre cuando el sol entraba por la ventana de la cocina.

—¿Ha dicho algo más sobre que Emily vive aquí?

—Preguntó cuándo podía llevársela. Dijo que se había peleado contigo por teléfono.

—¿Qué dijiste?

—Dijimos que hablaríamos con él cuando llegara —dijo su padre, sirviéndose más café.

—No estoy segura de que hablar sea suficiente en este momento —dijo Louise.

—¿Qué sugieres? —preguntó su madre.

—Tiene que saber que esto va en serio.

Su madre se sentó en una de las sillas de la cocina, gimiendo por el esfuerzo.

—Nos contó lo que dijiste.

—¿Qué querías que le dijera? —preguntó Louise, odiando el tono defensivo de su voz.

—Aunque Emily pudiera vivir con nosotros a tiempo completo, piensa en lo que eso le haría. Sería como perder a dos padres.

—Mamá, no espero que eso ocurra, pero Paul tiene que darse cuenta de que es una posibilidad. La amenaza de perder a Emily es lo único que tenemos para hacerlo cambiar. Podemos conseguirle ayuda, pero tiene que quererla. Si perder a Emily es la amenaza que necesita para actuar, entonces eso es lo que tenemos que hacer.

—No quiero dejar a papá.

Louise maldijo en voz baja mientras Emily entraba en la cocina, con la cabeza baja.

—No deberías escuchar a escondidas —dijo la madre de Louise.

—No quiero dejar a papá —repitió Emily, con lágrimas en los ojos mientras se quedaba rígida frente a ellas.

El padre de Louise agarró a la niña y la atrajo hacia él justo cuando ella rompió a llorar.

—Nadie quiere que dejes a tu padre —dijo, con los ojos enrojecidos.

—Lo siento, Emily —dijo Louise, acercándose a su sobrina—. Sabes que tu papá no está

muy bien en este momento.

—Echa de menos a mamá —dijo la niña, entre sollozos.

—Lo sé, cariño, todos lo hacemos. Queremos ayudar a tu padre a superar esto y podemos hacerlo juntos como una familia. ¿Vamos ahora al parque?

Emily frunció el ceño y besó a su abuelo antes de coger su abrigo del pasillo.

—¿Vas a poder quedarte para que podamos hablar todos juntos con Paul? —preguntó su madre, bajando la voz para que Emily no pudiera oírla.

Louise desvió la mirada.

—Tengo que volver, mamá. Ni siquiera debería estar aquí ahora.

—Es fin de semana.

—Lo sé, mamá. Tal vez pueda estar libre esta tarde, pero tengo que irme en una hora.

—De acuerdo. Lo entiendo —dijo su madre, aunque estaba claro por su lenguaje corporal que no lo entendía.

El parque al final de la calle era el mismo en el que Louise había jugado de niña; le vino a la mente un recuerdo feliz de haber jugado allí con Paul, solo para ser arruinado por un recuerdo posterior de verlo, años después, con sus amigos, fumando y bebiendo, mortificándola al decirle que se fuera a casa.

Emily seguía deprimida mientras caminaban por el perímetro hacia las pistas de tenis.

—¿Te apetece ir a los columpios? —dijo Louise.

Su sobrina frunció el ceño como si la pregunta fuera ridícula y Louise vio un atisbo de la adolescente en la que Emily se convertiría algún día.

Louise levantó las manos.

—Solo es una sugerencia.

—Una mala —dijo Emily, con una pizca de humor.

—Entonces, ¿qué quieres hacer?

—Podemos simplemente caminar.

Era la mejor idea que Louise había escuchado en mucho tiempo.

Debieron dar cuatro vueltas al parque antes de volver a casa, Emily la llevó de la mano durante las dos últimas. Caminaron casi en silencio, disfrutando ambas de la quietud del aire fresco y de la sencillez de estar en compañía de la otra.

Al acercarse a la entrada de la casa de sus padres, Emily se detuvo y la miró. Había tanta tristeza en sus ojos que todo lo que Louise pudo hacer fue no apartarse.

—¿Qué pasa, cariño?

Emily se detuvo, con la cara llena de concentración.

—¿Aún quieres a papá?

—Oh, pequeña, por supuesto que sí —Louise se encorvó y arropó a la niña—. Todo el mundo sigue queriendo a tu papá. Nos preocupamos mucho por él, por eso queremos que se recupere.

Louise esperó todo lo que pudo en la casa antes de salir. Tenía una cita por la tarde con uno de los técnicos de Portishead y no podía arriesgarse a llegar tarde, pero era muy difícil dejar a Emily, incluso con sus padres cuidándola. La niña la miraba con tanta tristeza que Louise quería dejarlo todo y quedarse con ella. Atrapada en el tráfico de la A369, habría llamado a Paul, pero no podía afrontar otra discusión. Tendría que confiar en que él haría lo correcto, y ella haría todo lo posible para que así fuera.

CAPÍTULO TRECE

La Jefatura de Policía de Avon y Somerset era un edificio construido expresamente en Portishead, en las afueras de Bristol. Era como una versión ligeramente anticuada, pero más grande, de la nueva comisaría de Weston. Uno de los técnicos con los que Louise solía trabajar en el MIT, Simon Coulson, le debía un favor y había accedido a intensificar el examen del portátil de Claire. Había terminado el trabajo a última hora de la noche y le propuso que se reuniera con él esa tarde.

Louise odiaba volver allí. Los recuerdos del caso Walton y sus consecuencias habían destruido sus asociaciones positivas con el lugar. Se negaba a dejarse acobardar por Finch -si él estaba allí que así fuera, se suponía que formaban parte del mismo equipo-, pero aun así se sintió aliviada al llegar al departamento de informática sin encontrarse con nadie conocido.

—Vengo cargada de regalos —le dijo a Coulson que, como de costumbre, estaba oculto tras un biombo. Colocó el café y los croissants sobre su escritorio, pero pasaron un par de momentos antes de que él levantara la vista.

—Louise, me alegro de verte —dijo, esforzándose por establecer contacto visual.

Coulson tenía la piel pálida y manchada de alguien que se ha sentado demasiado tiempo frente a las deslumbrantes pantallas de los ordenadores. El blanco de sus ojos estaba cruzado por líneas rojas y Louise se preguntó con qué frecuencia salía a la calle.

—Yo también me alegro de verte, Simon. Imagino que este no es realmente tu tiempo —dijo Louise, señalando el sol fuera de la oficina.

—Ya me conoces. El tiempo no puede afectarte cuando estás dentro.

Una parte de ella envidiaba la obsesión de Coulson. Vivía para su trabajo informático y se sentaba detrás de un portátil en algún sitio aunque no le pagaran. Podía ser una compañía sociable cuando quería -tenía un sentido del humor seco y no temía hablar cuando era necesario-, pero Louise estaba segura de que no tenía mucha vida más allá de su trabajo. Supuso que por eso estaba allí trabajando ahora; la ironía de que ella también lo estuviera no se le escapaba.

—¿Qué tienes para mí? —preguntó, dando un mordisco a uno de los croissants.

El cambio en la cara de Coulson fue tan evidente que hizo sonreír a Louise. Era como si se hubiera encendido, sus ojos estaban animados y llenos de asombro mientras sacaba dos ordenadores portátiles de un cajón del escritorio.

—Máquinas antiguas. Este fue recuperado de la casa de Victoria Warrington —dijo, entregándole una de las máquinas todavía en su bolsa protectora—. Son máquinas idénticas. Me sorprendió lo que encontré y tengo que admitir que casi no encontré nada —añadió, su

entusiasmo le impidió ir al grano.

—¿Qué has encontrado, Simon?

—Ah, sí, lo siento. Toma —dijo, señalando algunas capturas de pantalla en su portátil—. Tuve que profundizar bastante en el sistema para encontrar esto. Es una pieza muy inteligente. El usuario introduce una dirección IP en la barra de búsqueda para acceder a la página elegida, pero el software destruye automáticamente el historial de la dirección, tanto en la página como en el propio sistema. Es similar a la forma en que los usuarios acceden a la llamada web oscura, pero esto es bastante sofisticado, especialmente para máquinas de esta fecha.

—Entonces, ¿a qué intentaban acceder?

—Esa es la cuestión, no tengo ni idea. Hay un historial de Internet, cosas normales, redes sociales, porno y demás, pero no puedo decir cuándo o si se usó este software.

—¿Alguna idea?

—Como dije, alguna mierda de la web oscura. El usuario probablemente usó el software para acceder a un sitio encriptado donde podía conectarse con otros usuarios. Tal vez para comprar y vender cosas.

—¿Y encontraste esto en los dos portátiles?

—Sí, exactamente el mismo software.

—¿Podría ser una coincidencia?

Coulson resopló.

—De ninguna manera. Esto no es algo estándar, está hecho a medida por alguien que realmente sabe lo que está haciendo. Los usuarios estaban en contacto entre sí o con un tercero.

—¿Hay algo más que puedas hacer?

—Hay un departamento en la Met que se especializa en este tipo de cosas, tal vez puedan ayudar. Les haré llegar los portátiles. Ya he dejado una nota para ver si han encontrado este software específico antes, ya que es nuevo para mí y no está en nuestra base de datos.

—Gracias, Simon. ¿Qué vas a hacer el resto del fin de semana?

—Probablemente quedarme aquí y ponerme al día con el trabajo. ¿Y tú?

Louise se encogió de hombros.

—A mí también me parece que voy a trabajar —dijo, justo cuando el inspector Finch entró en la habitación.

Olió su loción de afeitado antes de volverse para mirarlo, el mismo aroma cítrico que siempre llevaba. Le repugnaba pensar que alguna vez le había gustado ese aroma.

—Louise, qué placer. Me han dicho que has vuelto a tu antiguo terreno —dijo Finch, enfatizando lo de antiguo como si Louise hubiera olvidado que ya no trabajaba en la estación.

Louise luchó contra la adrenalina. Coulson había vuelto a la pantalla de su ordenador y trataba de ser invisible.

—Ya me iba —dijo Louise.

—Te acompaño a la salida —dijo Finch, sonriendo.

Le avergonzaba pensar que alguna vez le había gustado esa sonrisa, cuando lo único que quería hacer ahora era arrancársela de la cara. En honor a Coulson, levantó la vista para comprobar que Louise estaba contenta con la sugerencia de Finch.

—Gracias por tu ayuda, Simon —dijo ella, asintiendo mientras Finch le abría la puerta.

No era la primera vez que Louise se preguntaba si Finch tenía algún tipo de dispositivo de seguimiento instalado en su teléfono. Solía enviarle mensajes anónimos cuando estaba sola, a menudo cuando se dormía, y ahora estaba aquí. Era una línea de pensamiento paranoica y odiaba

que Finch la hiciera pensar así. No entabló conversación con él, sino que se obligó a mantener el paso firme por los sinuosos pasillos, cuando lo que realmente quería era salir de allí lo antes posible.

—Tu hombre está trabajando muy bien aquí —dijo Finch, todavía sonriendo.

—Farrell es un buen oficial.

—Su mejor, diría yo.

Las paredes de los pasillos parecían más estrechas de lo que Louise recordaba, y a pesar de la relativa seguridad de estar en una comisaría, le seguía inquietando estar a solas con Finch. No es que él la asustara, sino que le preocupaba lo que haría si tenía que soportar su proximidad durante mucho tiempo. Por la mirada de suficiencia que tenía, estaba segura de que Finch lo entendía. Quería que cometiera un error, que dijera o hiciera algo que la hiciera parecer poco profesional, pero ella no iba a darle esa satisfacción.

—¿Qué querías con Coulson? —preguntó él, claramente decepcionado por su falta de respuesta.

—¿Qué te parece? Trabaja en Informática, imagínate —

—¿Específicamente?

—¿Por qué no se lo preguntas tú mismo, Timothy? Estoy segura de que lo harás en cuanto me vaya.

Finch hizo una mueca al escuchar la pronunciación completa de su nombre de pila.

—No sabía que teníamos la costumbre de ocultarnos cosas, Louise.

—Hay muchas cosas que no sabes, Tim. Nada cambia, supongo —dijo Louise, atravesando las puertas de cristal del aparcamiento.

—Nos vemos —gritó Finch, mientras se acercaba al coche.

Louise mantuvo su paso firme, ignorando la mirada de Finch mientras abría la puerta del coche y se sentaba, dejando escapar un largo suspiro en lugar de un grito.

Lo único que deseaba era tomar el camino corto de vuelta a Bristol y pasar el resto del día con Emily y su familia. Aunque sentía pena por Coulson y su solitaria obsesión, el espejo de su propia vida era demasiado claro. Mientras que la mayoría de su equipo disfrutaba del fin de semana libre, ella estaba tan sola como Coulson, trabajando cuando podría estar haciendo cualquier cosa. En el MIT le ocurría lo mismo, pero a veces se preguntaba por qué gastaba tanta energía en detrimento de todo lo demás. No podía negar que seguía teniendo la necesidad de probarse a sí misma. Le costaba reconocerlo, pero el desencuentro con Finch había mermado su confianza. Por muy injustamente que la trataran, ahora la veían con recelo tanto en la central como en Weston. No era una hipérbole sugerir que mucha gente se alegraría de que dejara el cuerpo. Sería la opción más fácil. Sus habilidades eran transferibles y ya había recibido ofertas de trabajos mejor pagados y con horarios mucho más sociables. Pero no iba a dejarse imponer por otros. Había trabajado muy duro para llegar a su rango y, aunque su ubicación actual distaba mucho de ser la ideal, aún podía marcar la diferencia, y si eso significaba muchas horas solitarias de trabajo extra no remunerado, que así fuera.

Coulson había prometido enviarle por correo electrónico todos los detalles que había descubierto, así que volvió a Weston. Había hecho bien en calificar de sospechosas las muertes de Victoria y Claire, pero el hecho de estar en lo cierto no le servía de consuelo. La explicación más sencilla era que estaban en contacto en algún tipo de foro de suicidas. Louise se había topado con este tipo de grupos, muchos de ellos bastante abiertos en Internet, durante su estancia en Clifton. Al principio le parecieron extraños, lugares oscuros y extraños en los que la gente

discutía diferentes formas de acabar con sus vidas. Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba en los foros de discusión, más común le parecía. Eran personas normales que vivían momentos anormales. Los juicios estaban mal vistos y la comunidad era casi siempre solidaria. Nadie defendía que la gente se quitara la vida y siempre había enlaces a redes de asesoramiento y apoyo. Louise imaginó que estos lugares salvaban cientos de vidas cada año.

Con los nuevos conocimientos sobre los ordenadores portátiles y el software de cotejo, Louise estaba convencida de que en las próximas semanas se descubriría un vínculo definitivo entre las dos mujeres. Era trágico que tuvieran que tomar una decisión tan definitiva, pero había un pequeño consuelo en saber que probablemente se tenían la una a la otra para discutir sus opciones antes de morir.

La preocupación inmediata de Louise era saber si las dos mujeres habían mantenido conversaciones con otras personas de ideas afines. La idea de que hubiera más suicidios era preocupante y, aunque luchaba contra ella, la mente de Louise volvía a pensar en Emily.

La parte racional de su cerebro le decía que era inevitable hacer comparaciones con la infancia de las mujeres muertas y lo que le estaba ocurriendo a Emily, pero odiaba la forma en que su vida personal y profesional se estaban fusionando. La mirada de Emily cuando le preguntó si Louise seguía amando a Paul la atormentaba, y estaba afectando a su forma de ver el caso. Era como si su mente estuviera vagando más allá de su control en este momento, y los pensamientos de una versión más vieja de Emily registrándose en un sitio web de suicidio y compartiendo su desesperación con extraños en línea la acompañaron durante todo el camino a casa.

El calor la estaba dejando sin energía, y Louise se alegró de no ver al Sr. Thornton cuando entró en el garaje, ya que su límite de conversación se había agotado. Se sirvió un litro de agua y se sentó al abrigo del salón del bungalow mirando hacia su minúscula zona de jardín pavimentada. No se oía nada de los otros bungalows. La zona era un pueblo de jubilados en todo menos en el nombre. Louise se imaginaba una calle llena de ancianos solitarios, acurrucados en sus salones, tal y como ella lo estaba haciendo ahora. Apreciaba la paz, pero temía estar envejeciendo antes de tiempo. Antes de mudarse a Weston, había vivido en un piso a la vuelta de la esquina de Clifton Village, en Bristol, con sus bulliciosos bares y restaurantes. Su pequeño bungalow estaba tan alejado de aquel piso que bien podría haber estado en otro país, sin importar los treinta kilómetros que separaban ambos lugares.

La idea la impulsó a trabajar. Sacó de su bolso fotos de Victoria Warrington y Claire Smedley y las pegó en el panel vacío de la pared del salón. Debajo añadió impresiones de ambas notas de suicidio. Trazó una línea entre las dos y escribió la palabra “software” debajo. Quizá estaba prestando demasiada atención al caso, pero quería que esas dos vidas importaran. Con todo lo que estaba pasando con su propia vida en este momento, se sentía más importante que nunca. Aparte de las notas de suicidio y de sus condiciones de vida, seguía sabiendo muy poco sobre las dos víctimas. Hasta ahora, la única persona que había tenido contacto con Claire Smedley era su casero, Applebee. Louise se negaba a creer que él fuera su único contacto humano. Había una hoguera en el lugar de su muerte, signos de que otras personas habían estado en la zona durante o cerca del momento en que su vida había terminado. Louise tenía que encontrarlos, había que dar credibilidad a la vida de Claire.

Louise pasó las siguientes horas investigando los foros de suicidio en Internet en busca de signos de actividad, de menciones a Victoria y Claire. La gran mayoría de las personas eran anónimas, como era de esperar, pero había alguna que otra mención a las dos mujeres; aunque no

se nombraban, se hacía referencia a las muertes en Weston.

Cuando Louise cerró el portátil ya había anochecido. Se preparó un sándwich y vio una película de ciencia ficción sin sentido en la ITV antes de prepararse para ir a la cama. En la oscuridad de su dormitorio, escuchó el sonido lejano de los coches que circulaban por la autopista, y sus pensamientos se alternaban entre su sobrina y su hermano, Victoria y Claire, y lo que aún se desconocía.

CAPÍTULO CATORCE

Amy luchó contra el dolor de los celos. No tenía ningún derecho sobre Jay. Ni siquiera se habían besado y ella lo había visto muchas veces rodeado de otras mujeres. ¿Por qué, entonces, era tan difícil verlo a solas con otra mujer?

La mujer se llamaba Sally y formaba parte del grupo desde antes de que Amy se uniera. Era bajita y fornida, con un pelo negro que parecía tener mente propia. Amy había hablado con ella varias veces en las reuniones y siempre había sido amable y acogedora. No era la enemiga de Amy, y estaba mal verla así. Amy recordó lo que Megan había dicho sobre la llegada de Claire con Jay la noche en que saltó, y los rumores de que Victoria había estado durmiendo con Jay antes de morir. ¿Significaba esto que Sally sería la siguiente?

Observó desde la distancia cómo Jay les compraba a ambos un helado, de los que se arremolinan en el quiosco al pie del muelle. Incluso desde su posición de espía, nunca había visto a Sally más feliz mientras se alejaban juntos por el muelle.

¿Podría arriesgarse a seguirlos? Si Jay la veía, sabría que lo había seguido, aunque no hubiera tenido la intención de hacerlo. ¿Y qué conseguiría ella observándolos juntos? De mala gana, se quedó donde estaba, observando desde la entrada del muelle -mientras los turistas pasaban a su lado sonrientes y ajenos a sus sentimientos- hasta que las dos figuras se perdieron de vista.

Al pasar junto al vendedor de helados que había atendido a Jay, a Amy se le pasó por la cabeza que Jay podría saber que se había reunido con Megan. ¿Era una forma de castigarlos? Creía que Jay estaba por encima de esas cosas, pero nunca lo habían puesto a prueba de esa manera. Se sentó en el muro del mar y se quedó mirando el muelle, esperando a que la pareja volviera. Sabía que se podía confiar en Jay. Nunca había confiado más en nadie en su vida. Sonaba ridículo, sobre todo para alguien tan cínico como ella, pero desde el primer encuentro se dio cuenta de que él la comprendía. Era tan fácil contarle todo. Era como si él ya lo supiera todo. Incluso cuando vino a contarle lo de Aiden, él lo sabía.

—Puedo ver la pérdida en tus ojos —le dijo, haciéndola llorar por primera vez en años.

¿Y qué si ahora estaba con Sally?

Pasó por delante de la hilera de recreativos hacia la calle principal. Sally tenía sus propios problemas y no era justo limitar la ayuda que Jay podía ofrecer. Él haría lo correcto con Sally como lo había hecho con ella. Le había enseñado que los celos eran una emoción vacía, le había mostrado que lo que había más allá de este mundo estaba libre de esas mezquinas preocupaciones. Deja que Sally esté con él por ahora. Ya llegaría su momento.

Pero mientras caminaba por Grove Park, con el olor a hierba cortada en el aire y haciéndola

estornudar, Amy seguía pensando en Sally y Jay juntos. Dondequiera que mirara, parejas felices y grupos de personas sonrientes disfrutaban del sol. Era como si ella fuera la única persona sola en todo el pueblo. Normalmente esto no le molestaba, era más un placer que una carga, pero saber que podría haber sido ella la que estuviera en el muelle con Jay servía para resaltar su aislamiento. En un momento dado, incluso pensó en coger un autobús a Brean para sorprender a Megan en el trabajo, pero no tenía ni idea de los turnos que tenía.

Al final, fue un alivio volver al apartamento. Encendió la radio y se perdió en las inanes melodías durante un rato mientras se tumbaba en la cama con las cortinas cerradas. En momentos como este, quería ver las fotos escondidas bajo la cama, pero normalmente se resistía. La última vez que las vio fue el día que las puso en la caja, unas semanas después de leer el informe del periódico. Solo tenía tres y, aunque podía imaginarse cada una de ellas con todo detalle, sabía que no tenía fuerzas para sostenerlas en sus manos.

Después de meter su comida preparada en el microondas, corrió las cortinas, decidida a no esconderse del mundo por completo. Una vez más, se dijo a sí misma que Jay tenía un trabajo importante que hacer y que era egoísta tener celos de sus acciones, pero a la vez se añoraba el momento en que se conocieron.

Hacía por lo menos un mes que estaban juntos antes de que él le diera una dosis de DMT. Había sido la versión diluida que compartieron en el té. Le había producido un agradable subidón y había insinuado lo que estaba por venir. A instancias de Jay, ella estaba preparada para la sugerencia de algo más, de una conciencia más allá de su mundo corpóreo. No era el primer alucinógeno que tomaba y estaba relajada con Jay, así que el viaje había sido positivo. Él le había prometido que la llevaría mucho más lejos y, aunque no lo había dicho abiertamente, había una sugerencia de algo milagroso esperándola.

Fue semanas después cuando la inyectó. Ella odiaba las agujas y había estado ansiosa toda la mañana, pero él había insistido en que era la forma más controlada de administrarla. Primero le dio el té y, cuando llegó el momento de la inyección, se sintió más relajada. Él la había tranquilizado tanto que ella había visto cómo la aguja le atravesaba la carne, antes de cerrar los ojos mientras su vida cambiaba para siempre.

Recordaba ese período como uno de los más felices de su vida. Jay era suyo y se reunían al menos dos veces por semana. Él la ayudó a instalarse en el apartamento y juntos encontraron el trabajo en la cafetería. El grupo era más pequeño entonces y cuando se reunían solo tomaban el té juntos. Pensó que eso era lo que realmente la molestaba. Sally había formado parte del grupo desde el principio, por lo que ya había pasado por el momento de ser el centro de atención de Jay. Le parecía injusto que ella volviera a ser el centro de su atención.

El mensaje apareció en la pantalla del portátil de Amy a las 9 de la noche. Megan aún no había iniciado sesión y Amy no había prestado mucha atención al grupo. El portátil siempre emitía un pequeño ruido cuando Jay enviaba un mensaje, un pitido de tres acordes que provocaba una reacción visceral en Amy, como si él estuviera en la habitación.

Al leer el mensaje empezó a comprender. Habían quedado de nuevo este jueves, aunque no era fin de mes. Era un nuevo lugar, en el bosque cerca de Worlebury. En ese momento, Amy sintió que era la única persona que sabía quién sería la siguiente.

Se preguntó si Sally también lo sabía.

CAPÍTULO QUINCE

A los pocos minutos de subir al coche el lunes por la mañana, Louise abandonó su propósito de visitar el Kalimera todos los días. Necesitaba llegar a la comisaría. Aunque había pasado la mayor parte del domingo investigando sobre los grupos de suicidas en línea, estaba inquieta por seguir trabajando en los casos de muertes sospechosas.

El agente uniformado que estaba detrás del mostrador de la entrada principal la ignoró cuando entró en el edificio, y mantuvo la cabeza gacha mientras la hacía pasar por la puerta de seguridad.

En el piso superior, el departamento del CID estaba vacío excepto por Simone.

—Se me olvidó preguntarte, ¿va todo bien con tu sobrina? —dijo la mujer, cuando Louise se acercó a la sala de incidentes.

Louise se detuvo en seco. Ni siquiera era consciente de que Simone sabía lo de Emily.

La confusión debió ser evidente en su rostro cuando Simone añadió:

—De cuando la escuela llamó el otro día.

—Oh, eso fue solo un malentendido —dijo Louise, abriendo la mampara de cristal de la sala de incidentes, deseosa de no prolongar la conversación.

Louise se había reportado con sus padres ayer. Paul había venido a comer el sábado. Estaba de resaca, pero no había bebido nada y se había marchado a primera hora de la tarde sin ningún problema. Esta semana era la última del curso escolar. Su madre había dicho que Emily había llorado cuando Paul se fue, pero que estaba contenta de quedarse en su casa por ahora. Sin embargo, después de la última conversación telefónica con su hermano, se preguntó si todo había sido un espectáculo para sus padres; si Paul estaba haciendo de padre perfecto hasta que le permitieran a Emily volver con él sin ningún problema.

Con un profundo suspiro, Louise repasó su manual de investigación. Se había hecho casi todo lo que se podía hacer. Ahora había que esperar. Las pruebas forenses ampliadas que había solicitado podían llegar cualquier día, y no había un tiempo estimado de llegada para el departamento de informática especializado de la policía. Si un agente de menor rango hubiera estado trabajando en el caso, le habría dicho que lo dejara de lado por el momento, así que ¿por qué le resultaba tan difícil hacer eso? Se quedó mirando las fotos de Victoria y Claire en la pared -una réplica del tablón de incidencias de su bungalow- antes de decidirse a seguir su propio consejo.

A veces era mejor alejarse, aunque fuera por unas horas, y volver con un nuevo enfoque. Simone le ofreció una falsa sonrisa mientras Louise volvía a su mesa en el despacho exterior

para revisar los casos pendientes. Una vez más, se maravilló de la diferencia entre los casos actuales y su antigua carga de trabajo en el MIT. Quizá eso explicaba su obsesión por las muertes sospechosas. Cuando competía con una serie de robos en viviendas y denuncias de traficantes de marihuana que rondaban por las afueras de los institutos, era difícil no interesarse demasiado.

Uno a uno, el resto del equipo fue entrando en el despacho. Thomas se detuvo junto a su escritorio y le preguntó cómo estaba. Tenía mejor aspecto que el otro día, como si hubiera dormido algo.

—¿Cómo está Noah? —preguntó ella.

—Está bien. He podido verlo todo el fin de semana —dijo Thomas, explicando el cambio de humor. Se quedó junto al escritorio como si quisiera decir algo más antes de marcharse.

Era un extraño tipo de tortura estar encerrada en un día como este. El aire acondicionado mantenía la temperatura constante, pero el sol atormentaba a Louise a través de las ventanas. Leyó todos los casos pendientes del departamento y reasignó un par de expedientes de Farrell. Tal era la monotonía de su trabajo, que no se inmutó cuando Simone le pasó una llamada del director del periódico local, *El Mercury*.

Dominic Garrett era un personaje de Falstaff que había conocido en un puñado de ocasiones. Cada vez había sido en un bar o en una función y nunca había visto al hombre sin una bebida en la mano. Un chismoso terrible, Garrett era probablemente la persona mejor conectada de la ciudad. No recordaba que la hubiera llamado directamente antes y, a los pocos segundos de la conversación, se arrepintió de haber cogido el teléfono.

—Ah, inspectora Blackwell, me alegro de oír tu voz, ¿cómo diablos estás?

Su parloteo era demasiado constante para ser una actuación. Vivía cada segundo como si estuviera en una obra de teatro, proyectando su voz aunque estuviera al teléfono. Se lo imaginó hablando en un bar abarrotado de gente, y sus ocupantes callando mientras él hablaba.

—Estoy muy bien, Sr. Garrett. ¿Cómo está usted?

—Ya, ya, no vamos a tener que pasar por eso otra vez, ¿verdad? —respondió él, reavivando una vieja conversación que habían tenido una vez.

—Lo siento, lo olvidé. Dominic, ¿cómo estás? —dijo Louise, siguiéndole el juego.

—Estoy espléndido, inspectora. Es el primer día de la semana, el sol brilla y estoy a punto de salir de la oficina. De hecho, por eso te he llamado. Me preguntaba si querías acompañarme a almorzar con un antiguo empleado mío.

—Estoy intrigada, Dominic, pero estoy un poco ocupada en este momento.

—¿Ni siquiera quieres saber quién nos acompañará?

—Si tuviera que adivinar, diría que Tania Elliot.

—Espléndido, supongo que por eso eres inspectora.

No hizo falta mucha deducción. Había evitado las llamadas de Tania desde que se descubrió el cuerpo de Claire, pero se sorprendió de que la periodista se tomara tantas molestias para verla.

—¿De qué se trata, Dominic?

—Son tiempos emocionantes, Inspectora. La Sra. Elliot está trabajando en otro artículo extendido. Ya sabes cómo es, ha probado el protagonismo y ahora quiere más.

—¿Y esto me involucra cómo?

—Oh, vamos, Inspectora. Esas dos pobres almas desafortunadas que se quitaron la vida.

—¿Qué pasa con ellas?

—Dejaré que la joven Tania te cuente más. Tiene una teoría sobre la relación entre sus muertes.

Louise dejó escapar un largo suspiro.
—¿Dónde y cuándo?

LOUISE APARCÓ en el aparcamiento del centro comercial, justo al lado del paseo marítimo. Al atravesar el Sovereign Centre y adentrarse en la calle peatonal, tuvo una sensación de déjà vu, como si pasara por delante de las mismas caras y oyera los mismos ruidos: el interminable murmullo de las gaviotas. A pesar de la infiltración de veraneantes, que casi se duplicaría al final de la semana, cuando los colegios se retiraran, Louise sintió la pequeñez de la ciudad costera en ese momento. La calle principal había visto días mejores. Recordaba lo ajetreada que había sido cuando era niña, la maravilla de caminar por su calle libre de la amenaza de los coches. En ese entonces había una cafetería, no la cadena que había ahora, sino una cafetería de verdad que vendía café en grano. El olor del lugar le había resultado extraño y hacía que sus visitas ocasionales fueran más exóticas. Ahora la calle estaba cansada, los escaparates en mal estado invadidos por tiendas emergentes que vendían accesorios para teléfonos móviles y libros de segunda mano.

Dominic Garrett la esperaba en la zona del bar del Hotel Royal Oak. Una amplia sonrisa se formó en su rostro cuando Louise se acercó, su rico barítono le dio la bienvenida.

—Inspectora Blackwell, qué gusto. Recordarás a Tania Elliot. Desgraciadamente ya no está en nuestra nómina, pero siempre ha estado vinculada a nuestro pequeño y humilde periódico.

Louise le tendió la mano a la periodista. Tania era una mujer diferente a la que había conocido en los últimos dos años. Había desaparecido la falsa confianza que debía consumir toda su energía cada vez que se encontraban. En su lugar, estaba la actitud relajada de alguien que ha sido reconocido por sus esfuerzos. Incluso vestía de forma diferente, con un elegante traje de negocios adornado con accesorios de aspecto caro en el cuello y la muñeca.

—Me alegro de verte, Louise —dijo, con un tono neutro, como si le estuviera haciendo un favor a Louise con su presencia.

Garrett pidió bebidas para ellos, Louise se sorprendió cuando el editor eligió un vaso de agua con gas para él.

—He pasado de la rutina de ‘son las seis en algún lugar del mundo’ a la de ‘no antes de las seis’ —explicó—. No ha hecho nada por mi cintura, pero tengo la cabeza más despejada durante el día.

La falta de alcohol no afectó a la personalidad del editor. Su presencia se había apoderado del bar. De camino a la mesa, se detuvo a hablar con diferentes grupos de personas en tres ocasiones, estrechando manos y haciendo bromas.

—¿Hay alguien que no conozcas? —preguntó Louise, mientras tomaban asiento con vistas a una zona ajardinada del patio.

—Creo que hay una familia en Worlebury que aún no conozco —dijo, gimiendo por el esfuerzo de tomar asiento.

—Entonces, ¿cómo puedo ayudarlos a los dos? —dijo Louise, con la pregunta centrada en la periodista que hasta ahora había permanecido callada.

Tania miró a Garrett antes de sacar un papel de su bolso y ponerlo delante de Louise sin hablar.

Louise miró a la pareja antes de desplegar el papel, preparándose para no revelar nada. Le

echó un vistazo superficial antes de hablar.

—Supongo que no tiene sentido preguntar de dónde has sacado esto.

El papel era una copia de las dos notas de suicidio de Victoria Warrington y Claire Smedley. Tania había subrayado las líneas que coincidían.

—¿Quieres comentar algo? —preguntó Tania.

—Más allá de decir que esto es una prueba y que no deberías tenerla.... no.

—Fue enviado por una fuente anónima.

Louise no sabía qué le preocupaba más. Que el periodista tuviera la nota, o que alguien de su equipo hubiera filtrado los mensajes.

—Parece que estamos al borde de una pandemia de suicidios —dijo Garrett, haciendo una mueca de dolor mientras daba un sorbo a su agua con gas.

—Eso es bastante hiperbólico incluso para ti, Sr. Garrett.

—Las pandemias tienen que empezar en algún sitio —dijo Garrett.

—¿Recuerdas lo que pasó en Bridgend? —dijo Tania.

Louise puso los ojos en blanco. Era evidente que la periodista se olía la historia. Hace unos años, un grupo de jóvenes adultos se había suicidado en la pequeña ciudad minera de Bridgend, en el sur de Gales. El total de muertes fue de veintiséis en un periodo de dos años. El equipo de Louise en el MIT había sido llamado para asesorar sobre la tragedia. No se había descubierto ninguna conexión clara entre los suicidios. Todos los jóvenes, excepto uno, se habían ahorcado.

—Creo que es demasiado pronto para hacer comparaciones con Bridgend, Tania. Los pactos de suicidio entre dos personas no son infrecuentes. Estas dos mujeres podrían haber acordado suicidarse. Esa es la teoría en la que estamos trabajando ahora. Sugerir cualquier otra cosa en esta etapa sería muy irresponsable.

—¿Se conocían las dos mujeres?

Louise temía la pregunta aunque la esperaba.

—No puedo confirmar o negar eso. Es una investigación en curso —Tania levantó las cejas hacia Garrett, los tres comprendieron la respuesta de Louise. Garrett volvió a beber, su disgusto por la falta de alcohol era demasiado evidente en su rostro.

—Estoy de acuerdo en que publicar cualquier cosa a estas alturas sería poco profesional. Tal vez podamos llegar a un acuerdo —dijo Garrett.

—¿Un acuerdo?

—Yo no publico nada por ahora. A cambio, tú me avisas de cualquier novedad antes que nadie —dijo Tania.

Parecía que la periodista quería que hubiera más muertes. Louise no se atrevió a decirlo y aceptó en principio. Significaba muy poco. Louise no tenía intención de poner al día a la periodista más allá de responder a sus llamadas de forma ocasional. Pero por ahora, sería mucho mejor que la historia se mantuviera fuera de la prensa. Podría incitar a otros a quitarse la vida y Louise estaba feliz de llegar a un acuerdo de este tipo por el momento para evitar que eso sucediera.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Amy visitó Ashcombe Park todas las mañanas de esa semana. Sabía que Megan no estaría allí -le había contado a todo el mundo sus aburridos turnos en la colonia de vacaciones en el chat del grupo-, pero aun así a Amy le reconfortaba hacer las excursiones diarias. Estaba desesperada por contarle a alguien lo de Jay y Sally. Saber lo que sabía era una carga. Los sueños de Amy estaban asediados por imágenes de Sally cayendo a su muerte y necesitaba que alguien le dijera que eso estaba bien, que era lo que Sally quería.

Era jueves, el día de la ceremonia. Llevaba más de una hora en el parque, sentada en los columpios disfrutando del aislamiento. Tenía que estar en el trabajo en cincuenta minutos. La idea le hizo desear quedarse en los columpios mucho más tiempo. Se impulsó y se elevó en el aire. Mientras subía y bajaba, mantenía la mirada hacia arriba, de modo que lo único que podía ver eran los árboles sobre un lienzo de cielo gris nebuloso. Cada vez que llegaba al cenit, se planteaba soltar las tensas cadenas para ver si ascendía a las nubes o volvía a caer a la tierra.

Estaba sudando cuando arrastró los pies por el suelo para detener el columpio. Se imaginó a Aiden de pequeño, sonriendo mientras lo empujaba en los columpios. El hecho de que las imágenes fueran pura imaginación no disminuía su impacto. Se había perdido esas sencillas alegrías, pero eso no significaba que fuera el final. Jay se lo había enseñado y, a pesar de las lágrimas que corrían por su rostro maquillado a toda prisa, ella le creía.

EL TRABAJO ESTABA TRANQUILO. Mañana era el último día del curso escolar en la mayoría de los lugares, así que en todas partes se preparaban para la avalancha de nuevos veraneantes. Keith había contratado a una nueva chica para que le ayudara durante la temporada. Nicole era una joven de diecinueve años que acababa de terminar su primer año de estudios en la Universidad de Swansea. Era una chica tranquila y frágil, y Amy ya había sorprendido a Keith mirándola. Amy revisó la lista de turnos para las próximas semanas. Afortunadamente, la temporada prometía ser tan ajetreada que no habría ningún momento en el que Nicole estuviera a solas con el dueño del café, pero eso no significaba que estuviera fuera de su alcance.

Amy acompañó a Nicole a la parada del autobús después de su turno. Fuera de la cafetería, Nicole se mostró más habladora y le habló de su curso de ingeniería de materiales en la universidad. No tenía mucho sentido para Amy, pero le alegraba ver a la chica tan animada.

—Sé que no necesitas que te lo diga, pero vigila a Keith —dijo Amy, una vez que la chica dejó de hablar.

—¿Es un poco baboso? —dijo Nicole, con un gruñido—. Tenía un presentimiento. Me sorprendió lo difícil que fue conseguir un trabajo este verano. Todos los lugares decentes estaban llenos. Sin ánimo de ofender —añadió Nicole rápidamente.

Amy se rio.

—No me ofendo —Quería advertir a Nicole de que Keith era algo más que un baboso. No tenía pruebas, pero estaba segura de que el hombre era peligroso—. Espero que no te importe que te lo diga, pero si puedes encontrar algo más, deberías aceptarlo.

—¿Tan malo es? —dijo Nicole, mientras llegaba su autobús.

Amy se encogió de hombros.

—Nos vemos mañana.

—Adiós —dijo Nicole, subiendo torpemente al autobús.

Mientras Amy caminaba de vuelta por la ciudad, se arrepintió de haber sido tan directa con Nicole. Era lo último que necesitaba oír en su primer día de trabajo. Debería haber esperado, al menos permitirle recibir su primera paga antes de asustarla. Al menos estaría en el trabajo casi todos los días durante las próximas cuatro semanas. No debería ser así, pero podría vigilar a la chica y, con suerte, le surgiría algo más a Nicole mientras tanto.

Una anticipación nerviosa la recorrió mientras se preparaba para la noche. Estaba demasiado emocionada para comer mucho, pero se obligó a comer media tortilla española con un vaso de leche. Siempre se ponía así antes de las ceremonias, y la sensación se había intensificado cada vez desde aquella noche en Brean cuando Victoria había saltado. Antes de eso, su energía nerviosa se había centrado en volver a ver a Jay. Y aunque eso seguía siendo así, y a decir verdad no podía esperar a verlo, también tenía ganas de volver a ver a Megan. Pero había algo más. Si su teoría era correcta, entonces Sally sería la que saltaría esta noche.

El conocimiento la ponía en conflicto. Era la razón por la que todos formaban parte del grupo. Jay, con la ayuda del DMT, les había mostrado que algo mejor aguardaba más allá de los confines de este mundo. Antes no lo habría creído, lo habría descartado como una tontería, una ilusión, pero Jay se lo había mostrado. ¿Por qué entonces quería advertir a Sally? Seguramente Jay se lo habría dicho, la habría preparado como siempre le había prometido.

Amy lo atribuyó a los nervios. Nunca había sabido de antemano quién iba a ser elegido, así que esto la había asustado. Todo saldrá bien. Tenía fe en Jay. Sabía lo que estaba haciendo y verlo junto a Sally a principios de la semana no cambiaba nada.

Se lavó, la grasa de la cafetería tardó en salir de su piel, y se volvió a maquillar. Desde que era una adolescente, nunca había salido a la calle sin él. No es una cuestión de vanidad. Lo llevaba como medio de protección. El maquillaje era una máscara tras la que se escondía, para poder ser quien quisiera.

El calor del día era implacable. El cielo seguía lleno de nubes ocasionales, pero esto solo servía para aumentar el calor. Antes de salir, Amy se puso a la sombra en la parte delantera de los pisos y trató de controlar su respiración. Su cuerpo zumbaba expectante y luchaba contra el goteo de sudor que se formaba en su sien. Permaneció así durante quince minutos, dejando que el frescor de la sombra le bajara el pulso y la temperatura corporal.

El punto de encuentro estaba a trescientos metros en la zona boscosa desde el aparcamiento de la carretera de peaje. Todavía temprano, Amy avanzó lentamente hacia el punto de encuentro, con sus ojos lanzados nerviosamente en busca de Megan u otros miembros del grupo.

Un grupo de hombres, probablemente adolescentes, le silbaron mientras avanzaba por Milton Hill. Amy les sonrió cuando quiso levantar el dedo corazón. Lo más probable es que no quisieran

decir nada con ello, pero eso no excusaba su comportamiento, que miraba lascivamente a una mujer sola cuando estaban en un grupo alimentado por la testosterona. Uno de ellos parecía incómodo. Levantó la mano como si se disculpara; de alguna manera, Amy era la que más lo despreciaba.

La temperatura bajó mientras ella hacía la empinada subida al aparcamiento. Las nubes, cada vez más oscuras, amenazaban con llover y se dio cuenta de que no estaba preparada para esa eventualidad. Al entrar en el aparcamiento se hizo el silencio, como si los pájaros y el resto de la fauna del bosque se prepararan para la tormenta. Reconoció la autocaravana de Jay, uno de los tres únicos vehículos del aparcamiento, y su corazón dio un vuelco involuntario al entrar en el sendero verde, en el corazón del bosque.

Intentando controlar un pánico creciente -disfrutaba de estar sola, pero este aislamiento era desconcertante-, Amy pisó el sendero seco y se apresuró a avanzar hasta que vio al grupo reunido junto a un gran sicomoro.

Jay la recibió con una gran sonrisa y un abrazo, y fue todo lo que pudo hacer para no llorar.

—¿Podríamos elegir un lugar menos espeluznante la próxima vez? —le preguntó, mientras él la acercaba. Podría haberse quedado así para siempre, a pesar de los ojos de los otros miembros del grupo que la miraban fijamente. Cerró los ojos para ahuyentar sus miradas, saboreando el olor del cuello de Jay y el calor de su piel, hasta que él se apartó suavemente.

Amy captó la mirada de Sally mientras daba un paso atrás. Su aspecto era diferente al de la vez que Amy la había visto con Jay junto al muelle. Amy no podía precisarlo, pero la mujer parecía mayor, más sabia incluso, por ridículo que sonara. Sally parecía completamente tranquila y no se preocupaba por el hecho de que Jay la abrazara. Amy estaba segura de que ahora Sally sabía que era su turno esta noche; Amy esperaba que estuviera igual de tranquila cuando llegara su momento.

Megan fue la última en llegar quince minutos después. Amy luchó contra sus propios celos ridículos mientras Jay la abrazaba, sus ojos oscuros se cerraban mientras la abrazaba con fuerza.

—Tenía miedo de no llegar a tiempo —le susurró Megan a Amy, mientras se abrían paso por el bosque—. Tuve que fingir que estaba enferma para librarme de mi turno.

Nunca nadie se había atrevido a faltar a una ceremonia. Iba más allá del miedo a perderse algo. Cada ocasión podía ser la noche de su elección. Aunque ahora era evidente para Amy que Sally sería la siguiente, todos los demás tenían la ilusión de que aún podía ser su turno.

La caminata se adentró cada vez más en los bosques, Jay avanzó sin mapa hasta que apareció un claro y se abrieron paso a través del peaje y de más bosques hasta llegar al borde del acantilado. Un murmullo general de aprobación se extendió por el grupo mientras montaban el campamento. Pronto se sentaron alrededor de una fogata, Megan acurrucada contra Amy como antes. Esta noche se sentía aún más adecuada, y Amy quería compartir lo que sabía sobre Sally, pero no había tiempo.

Jay se puso de pie, con sus rasgos iluminados por el resplandor del fuego. Detrás de él, el cielo se había oscurecido. Las nubes habían desaparecido y un banco de estrellas les guiñaba el ojo. Jay retiró la olla del fuego y la dejó enfriar.

Una a una, les ofreció el té de ayahuasca. A pesar de saber que esta noche le tocaba a Sally, Amy experimentó un revoloteo de duda cuando Jay se acercó a ella como si fuera a distinguirla.

—Para ti —dijo, entregándole el té. Amy tomó el trago, con todas sus dudas borradas por la melódica voz de Jay, y lo bebió de un trago. Ya estaba acostumbrada al olor acre, al sabor húmedo del té terroso que la había repelido la primera vez que lo probó.

El mundo físico se le escapó de inmediato mientras viajaba por un largo túnel de vórtices hasta el lugar que llamaba sala de espera. Aunque tenía cuatro paredes, la palabra “sala” era una exageración. Amy se sentía como si flotara y más allá de los confines de la sala sabía que Aiden la esperaba. Esta vez no atravesó la sala -el té no era lo suficientemente fuerte-, pero fue consciente de las otras dimensiones mientras su cuerpo palpitaba con una sensación abrumadora.

Jay la estaba esperando cuando regresó. Un par de los demás seguían en el proceso. Frente a ella, con su figura parpadeando entre las sombras del fuego, Sally ya había regresado. Parecía serena, como si hubiera hecho las paces con este mundo.

Una por una, contaron sus historias. A Amy le dolía cada vez, pero era importante. Era catártico, según lo había llamado Jay. Le había llevado algún tiempo comprender lo que él quería decir, pero ahora lo entendía. Estaba bien llorar y lo hizo cuando volvió a contar al grupo lo de Aiden.

Mientras Megan la rodeaba con su brazo cuando se esforzaba en la última parte de su relato, Amy notó una mirada de Jay. Solo había sido un parpadeo, un sutil cambio en sus rasgos. Era como si estuviera celoso de la atención que estaba recibiendo de su amiga. Nunca había visto esa mirada en él y llegó a la conclusión de que probablemente estaba interpretando demasiado. No tuvo tiempo de pensar en ello cuando Megan tomó su turno para hablar.

La historia de Megan nunca fue más fácil de escuchar. Era asombrosa la entereza con la que se encontraba después de lo que le había sucedido. Los abusos habían comenzado a una edad trágicamente temprana. Se prolongó durante más de dos años antes de que Megan fuera separada de su madre y su padrastro, pero no se detuvo ahí. Megan seguía culpándose de lo ocurrido en los años siguientes. Ahora cuenta al grupo, con lágrimas en los ojos, cómo la pasaron de un cuerpo a otro en los distintos centros de acogida. El espantoso maltrato iba más allá de lo que había experimentado Amy. Megan se acercó más al abrazo de Amy -su cuerpo era demasiado frágil, como un montón de ramitas- mientras hablaba, y de nuevo Amy vio que Jay se daba cuenta. Esta vez la sorprendió mirando y sonrió, como si la animara a cuidar de su amiga; le desesperaba pensar así, pero Amy no estaba convencida de que el gesto fuera auténtico.

Jay se puso en pie para agradecer a los demás su intervención. Sacó de su bolso la bolsa de tela con cordón y preparó la jeringa. En una ocasión había mostrado al grupo cómo el chamán que había conocido en Perú le había enseñado a fumar la liana; y cómo había descubierto por ensayo y error cómo se podía controlar mejor la dosis con la jeringuilla.

Los cánticos comenzaron mientras Jay caminaba detrás de ellos, tocando sus hombros como si comprobara que estaban preparados. Amy se unió al recital, las palabras “la muerte no es el final” cayeron de sus labios, pero por primera vez empezó a cuestionar el ritual. Si Jay ya había elegido a Sally, ¿por qué tanto fingimiento?

En dos ocasiones se detuvo junto a otro miembro del grupo y se demoró, para seguir adelante mientras los cánticos aumentaban de ritmo hasta que las palabras dejaron de tener sentido, convirtiéndose en un simple ruido rítmico.

Y entonces se colocó detrás de Sally y los cánticos cesaron.

Sally se mostró notablemente aplomada, casi sin emoción, mientras se desenrollaba la manga. Al igual que Amy, había tomado DMT antes con Jay. Aun así, había algo sórdido en el uso de una aguja. A Amy le recordaba la representación de los adictos en la pantalla, pero Jay era tan preciso que era como ver a un médico en acción. Sally echó un rápido vistazo al grupo reunido y asintió a Jay.

Se fue en cuestión de segundos.

Amy sabía lo que la otra mujer estaba experimentando. Era incomparable con el té. Amy había disfrutado de algunos atisbos de lo que ofrecía el DMT antes de tomar su primera dosis, pero no estaba preparada para lo que siguió. Había oído historias sobre el DMT -la disociación de la mente y el cuerpo, la confianza que muchos usuarios compartían en que lo que experimentaban era real y no un truco de la mente- pero había dudado de la validez de tales afirmaciones. A lo largo de los años había aprendido que la bebida y las drogas podían hacer que creyeras en cualquier cosa. Había hecho muchos propósitos mientras estaba drogada, pensaba que había llegado a alguna forma de entendimiento, pero su resolución cambió después de esa primera dosis completa de DMT.

Con la ayuda de Jay, el DMT la había guiado a algo más allá de su comprensión. Y lo que es más importante, el impacto no se había desvanecido con el tiempo. No había sido un efecto, había sucedido. Al igual que muchas personas que habían usado la droga, era casi imposible expresar lo que había sucedido con palabras. Decir que había viajado a otra realidad era inadecuado. Había experimentado algo. Quiso llamarlo amor, pero eso también era insuficiente. Era más completo que eso. Y aunque no tenía palabras para expresar el sentimiento que había experimentado, Jay tenía razón. Había tenido una visión de la eternidad y dentro de esa eternidad había sentido a Aiden esperándola. A partir de ese momento era lo único en lo que podía pensar.

Pasaron treinta minutos antes de que Sally volviera en sí. El grupo se turnó para abrazarla. Las vibraciones de su cuerpo sacudieron a Amy mientras sostenía brevemente a la mujer en sus brazos. Vio la certeza en sus ojos cuando Jay la condujo hacia la espesura en la parte trasera del campamento.

La caída era más pronunciada que en Uphill. Rocas dentadas apuntaban hacia arriba al pie del acantilado rodeado de un denso bosque. Mientras Jay alejaba a Sally de ellos, el grupo empezó a corear “La muerte no es el final” solo que esta vez Amy se contuvo.

Sally no dudó. Sonriendo, se adentró en el vacío. Amy se dio la vuelta cuando el choque de su aterrizaje hizo que una bandada de pájaros se elevara en el aire. El silencio se apoderó de la congregación y los cánticos se interrumpieron a mitad de la frase. Permanecieron inmóviles, contemplando la partida de Sally, hasta que una del grupo, Beatrice, iluminó el valle con su antorcha y rompió la calma con un fuerte grito.

—¿Qué es? —preguntó Amy.

Beatrice le entregó la linterna. Temblando, dijo:

—No creo que esté muerta.

CAPÍTULO DIECISIETE

El patio del colegio estaba inundado de padres cansados y niños hiperactivos. Cuando Emily vio a Louise, corrió a toda velocidad.

—Tía Louise —dijo, saltando a sus brazos extendidos.

—Como es el último día del curso, hemos pensado en darte una sorpresa —dijo la madre de Louise, que estaba junto a su padre.

Emily abrazó a Louise, pero su sonrisa se desvaneció. El dolor y la confusión que Louise veía en los ojos de la niña eran insoportables.

—Papá vendrá a verte mañana —dijo.

Emily la estudió como si estuviera confundida, como si buscara un indicio de que Louise no estaba diciendo la verdad. Louise mantuvo su sonrisa, maldiciendo internamente a su hermano una vez más, e involuntariamente dejó escapar un suspiro cuando finalmente Emily asintió, aparentemente satisfecha con su declaración.

La pizzería local ya se estaba llenando de familias cuando terminaron el corto paseo desde la puerta del colegio. Louise estaba agotada por el mero hecho de estar allí, ya que la energía excitada de los escolares era palpable. Le hizo preguntarse si alguna vez estaría preparada para tener sus propios hijos. Amaba a Emily con cada centímetro de su ser, pero ese amor se hacía más fácil al saber que no era responsable de ella en última instancia. Su padre solía bromear con Paul y Dianne diciendo que la alegría de ser abuelo era poder devolver a los niños al final del día. No era una broma que hubiera hecho recientemente.

De vuelta a casa de sus padres, con Emily en su habitación dibujando, Louise preguntó por su hermano. No había hablado con él desde su discusión por teléfono.

—Realmente no lo sé —dijo su madre—. Pensaba que las cosas iban bien, pero el martes no vino como se suponía. Llamamos y llamamos pero no hubo respuesta. Papá ni siquiera se acercó a ver si estaba bien, supusimos que había salido a beber o que estaba en casa bebiendo. Nos envió un mensaje de texto ayer a la hora del almuerzo disculpándose. Dijo que llevaría a Emily a pasar el día mañana. Me preocupa que hayamos cometido un error al alejar a Emily de él. En lugar de hacer que se reafirme en sus ideas, parece que le hemos dado la libertad que quería —

—Paul ama a Emily, mamá.

—Nadie dice que no lo haga, Louise —Había un toque de hielo en las palabras de su madre, como si Louise tuviera la culpa de las acciones de su hermano.

—¿Ha preguntado cuándo puede volver a tener a Emily?

—No ha preguntado desde la semana pasada y eso me preocupa.

—Iré mañana y hablaré con él, ¿qué te parece?

—Eso sería bueno, gracias.

Louise había terminado técnicamente el trabajo del día, pero revisó sus correos electrónicos mientras caminaba con Emily hacia el parque. La semana había sido un fracaso. Los análisis de sangre ampliados habían dado resultado negativo, salvo por algunos restos de cocaína encontrados en Claire Smedley, y la división especializada en informática de la policía no había vuelto a ponerse en contacto con ella por lo de los ordenadores portátiles.

Llevó a Emily al patio de recreo. Verla pasar de una actividad a otra ayudó a Louise a olvidarse de sus preocupaciones durante un rato. Era difícil aceptar que acababa de terminar su primer año de escuela. Recordó el día en que nació, lo frágil que se sintió Emily cuando la abrazó por primera vez. Habían pasado muchas cosas desde entonces. Habían perdido a Dianne, Louise había perdido su trabajo, y ahora Paul se estaba transformando en algo de lo que tal vez nunca se recuperaría. La única constante era Emily. Louise sintió un amor tan profundo por la chica que casi se puso a llorar pensando en todo lo que había soportado en su corta vida.

—Vamos —dijo mientras Emily saltaba de los columpios, aterrizando torpemente.

Volvieron caminando de la mano.

—Me voy de vacaciones —dijo Emily, mientras un mensaje sonaba en el teléfono de Louise.

—Lo sé. Estás de vacaciones —dijo Louise, distraída por el mensaje urgente.

Llamó a la oficina mientras Emily llamaba a la puerta de sus abuelos. La madre de Louise abrió la puerta y Louise señaló su teléfono mientras se dirigía a su coche.

—Simone, soy la inspectora Blackwell —

—Hola, Louise. Me temo que ha aparecido otro cuerpo.

LOUISE COMETIÓ el error de tomar la M5, temiendo que las carreteras secundarias estuvieran congestionadas. La autopista estaba atascada con conductores que pensaban dirigirse a sus lugares de vacaciones en Devon y Cornualles un día antes. A las afueras de Nailsea, Louise activó las luces de su coche sin distintivos y se metió en el arcén.

Los detalles que le había dado Simone eran mínimos, pero suficientes para sugerir una posible relación con las otras muertes. El cuerpo de una mujer joven había sido arrastrado al pie de las rocas junto a la carretera de peaje de Kewstoke. Un pequeño grupo de turistas la había descubierto esa tarde, con el cuerpo cerca de la orilla. La marea iba a alcanzar su punto más alto a las 21.13 horas y Louise no sabía en ese momento si el agua llegaría al cuerpo. Se había enviado a los SOCO, pero ella quería ver el cuerpo antes de que lo trasladaran.

Dejó la autopista en Worle y tomó las carreteras secundarias. La carretera de peaje había sido acordonada justo después del desvío a Kewstoke. Bajó la ventanilla y habló con uno de los agentes uniformados, el agente Hughes.

—¿Hacia dónde debo dirigirme? —preguntó.

—Tenemos dos campamentos preparados, señora. Uno en la parte superior de la carretera y otro en la orilla. El cuerpo está resultando difícil de alcanzar —dijo Hughes.

Louise tomó el desvío hacia la orilla. Llegó a la zona de la playa y vio el espectáculo surrealista de los SOCO de traje blanco arrastrándose por las rocas irregulares. El patólogo, Dempsey, se estaba poniendo el traje de protección mientras ella salía del coche. Louise miró su reloj. Eran las 19:15.

—No tenemos mucho tiempo, Stephen —dijo.

—Dímelo a mí. ¿Vienes? Me vendría bien una mano —dijo él, mirando las dos bolsas en el suelo.

Louise asintió y se puso el traje que siempre llevaba consigo. A pesar de la hora y la cobertura de nubes, el aire era húmedo.

—Guíanos —dijo ella, a través de su máscara, mientras Dempsey se dirigía hacia la roca donde les esperaba el cuerpo.

El mar estaba ominosamente cerca. Sin el reflejo del sol, era un manto marrón que se acercaba a cada segundo. Louise resbaló al mirar hacia el exterior y su rodilla chocó con una de las resbaladizas rocas grises.

—¿Estás bien? —preguntó Dempsey.

—Sí. Sigue adelante.

El viaje fue más duro de lo que había previsto. Tardaron más de diez minutos en llegar al rudimentario límite establecido por los SOCO. Su antigua colega de Bristol, Janice Sutton, la esperaba al pie de las rocas irregulares donde había caído la mujer.

—Lo sé. ¿Qué posibilidades hay? —dijo Janice, mientras Dempsey pasaba junto a ella hacia donde trabajaba el equipo de expertos forenses.

—¿Qué estamos mirando? —dijo Louise.

Janice le entregó una bolsa de pruebas.

—Otra vez una joven. Esta vez tenemos una identificación con foto.

Aunque llevaba los guantes puestos, Louise no abrió la bolsa. Pudo ver el permiso de conducir de la mujer a través del plástico. Sally Kennedy, veintiocho años.

—Tendremos que verificar eso, naturalmente. Desgraciadamente, su cara está muy dañada. El pelo es bastante característico, así que creo que coincide.

Louise miró la fotografía de una mujer sonriente con pelo negro grueso y enjuto.

—¿Sabes que vamos contrarreloj?

—Creo que hemos tenido suerte. Dependiendo del tiempo que lleve allí, solo habrá perdido la marea baja de esta mañana por unos pocos metros.

A la izquierda de Louise, dos cuerpos vestidos de blanco bajaban por el acantilado.

—Hay un saliente en la cima desde el que cayó —dijo Janice—. Tenemos un equipo allí arriba ahora.

Louise siguió el camino de Dempsey. Un par de agentes estaban fotografiando y grabando la escena. Louise no quería molestar, pero sentía la necesidad de ver el cuerpo in situ.

Miró al lado de Dempsey, que estaba examinando el cadáver, con un trabajo acelerado por la marea que se acercaba. Un mechón de la espesa cabellera de Sally estaba pegado a la roca, cubierto de sangre. Estaba girada hacia su lado izquierdo, pero el derecho debía de haber impactado con algo en su descenso, ya que sus rasgos estaban prácticamente perdidos.

—Otra saltadora —dijo Dempsey a través de su máscara.

La opinión de Louise sobre Dempsey era complicada, ya que sus sentimientos se veían empañados por la borrachera de una noche que tuvo con él cuando se mudó a Weston. Durante un tiempo, todo lo que él decía la ponía en contra. Solo cuando se dio cuenta de que posiblemente él sentía algo por ella y de que no lo había tratado con la amabilidad que podría haber tenido, sus pensamientos se suavizaron. Sin embargo, le molestaba su certeza, su mano aún en contacto con la joven muerta.

Él se volvió para mirarla, con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa, Stephen?

—Parece que la hora de la muerte puede haber sido algunos minutos después de su caída.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Desde la playa de Sand Bay, Amy y Megan observaron cómo los uniformes blancos cruzaban la playa hasta llegar al cuerpo de Sally. Habían estado a punto de llamar a la policía antes, sabiendo que el mar probablemente alcanzaría el cuerpo de Sally con la marea alta. Había sido una especie de alivio cuando vieron al grupo de turistas encontrar el cuerpo a primera hora de la tarde.

Beatrice tenía razón, la caída no había matado inmediatamente a Sally. Cuando Amy la había iluminado con la linterna la noche anterior, habían visto el más mínimo movimiento: la última respiración superficial de Sally. Amy había mantenido la antorcha fija mientras los demás miembros del grupo empezaban a entrar en pánico. Se sintió bien al mantener la luz sobre ella, al verla partir. No había habido forma de ayudar más allá de saltar al vacío tras ella. Amy había mirado a Jay y la indecisión en sus ojos la había desconcertado.

—Todo el mundo tiene que irse. Vayan directamente a casa y no hablen con nadie —dijo finalmente.

Entonces le quitó la antorcha a Amy.

—Se ha ido —dijo en voz baja. Amy había echado un último vistazo a Sally y parecía que finalmente había dejado de respirar.

—Podría estar sufriendo —dijo Amy.

—Se ha ido, nadie podría sobrevivir a eso —dijo Jay, mientras todas empezaban a irse.

Al final, ella le creyó. Megan tiró de su brazo, llevándola de vuelta a través del bosque. Megan se había quedado toda la noche y se habían ido a primera hora, cogiendo el autobús a Sand Bay.

Jay se habría puesto furioso si lo hubiera sabido. Siempre les había advertido que no debían volver al lugar de los difuntos. Habían evitado entrar en el bosque y ni siquiera habían visto el cuerpo de Sally, pero Amy había determinado la ubicación de Sally desde su punto de vista en Sand Bay y juntas habían observado cómo se acercaba el mar esa mañana, el agua no llegaba a las rocas, y habían permanecido allí desde entonces.

—Tengo algo para ti —dijo Megan, que se balanceaba en el lugar, con sus delgados brazos rodeando sus piernas—. Iba a dártelo anoche, pero después de todo....

Amy apartó los ojos de la vista lejana de los policías de uniforme blanco.

—¿Un teléfono? —dijo, mirando el teléfono móvil de estilo antiguo en la mano de Megan.

—Tómalo. Se lo compré a uno de los chicos del parque de atracciones. Está completamente borrado y te he comprado una tarjeta SIM de pago en la tienda. Ahora podemos mantenernos en

contacto.

Amy no sabía qué decir. Cogió el teléfono y abrazó a Megan.

—¿Crees que deberíamos irnos ya? —preguntó Megan, una vez que Amy la hubo soltado.

—¿Podemos esperar? Solo quiero ver que la tienen.

No habían hablado realmente de lo que había pasado anoche. Amy se había sorprendido a sí misma cayendo directamente en el sueño cuando volvieron a su casa y cuando le dijo a Megan que quería ver a Sally esa mañana, su amiga aceptó sin hacer comentarios. Amy no podía precisar qué era lo que la preocupaba. La única diferencia real entre la muerte de Sally y la de Victoria y Claire era el hecho de que Sally no había muerto instantáneamente. Nadie había estado preparado para tal eventualidad. En retrospectiva, su pánico había sido la respuesta más natural. Odiaba la idea de que Sally sufriera, aunque solo hubiera sido durante unos minutos.

El equipo de agentes de policía vestidos de blanco recuperó el cuerpo en cuestión de segundos. En un momento dado, Amy pensó que iban a tirar del cuerpo con cables por la ladera del acantilado, pero si ese había sido el plan, se abandonó. El estómago de Amy se quejó mientras cuatro de los agentes llevaban la bolsa negra para el cuerpo a través de las rocas. Esta última indignidad fue la más difícil de soportar. Amy no se había planteado qué pasaba con los cuerpos una vez descubiertos. Se había conformado con saber que se habían ido más allá del dolor de este mundo. Ver cómo se llevaban a Sally como una bolsa de basura la hizo cuestionarse todo, incluido Jay.

Anoche, vio una faceta de su personalidad que nunca había experimentado: la insinuación de celos al verla con Megan y la indecisión en sus ojos al ver que Sally seguía viva. Tal vez fuera paranoia, pero hasta ese momento había visto a Jay como alguien casi infalible. Era natural que se sintiera dudosa después de lo sucedido, pero ¿y si Jay no era todo lo que ella creía? Era egoísta pensar así, especialmente ahora que Sally estaba siendo arrastrada a la parte trasera de la ambulancia, pero Jay le había prometido que sería indoloro. Pero no había sido indoloro para Sally, ¿y si a ella le ocurría lo mismo?

Megan le agarró la mano como si respondiera a sus pensamientos.

—Tengo que irme —dijo, con suavidad—. No puedo perder otro turno.

Amy había dicho que estaba enferma esa mañana. Había dejado un mensaje y, aunque se enfrentaría a la ira de Keith mañana, no le importaba. Él nunca podría encontrar a alguien como ella para hacer el trabajo, especialmente por un salario tan escaso. Su verdadera preocupación había sido dejar a Nicole con él durante el día.

De la mano de Megan, Amy se dirigió a la parada del autobús en el paseo marítimo de Sand Bay. Era tan hermoso que por un segundo Amy olvidó por qué estaban allí. Trató de aferrarse al momento, pero las visiones de Sally sola al pie del acantilado la destruyeron. Todo se desvaneció muy rápido y mientras el autobús los llevaba de vuelta a Weston -pasando las luces parpadeantes de los servicios de emergencia en la carretera de peaje- Amy se obligó a aferrarse a su creencia en Jay. Después de todo, era humano. ¿Cómo iba a saber que Sally sobreviviría a la caída? Solo había durado unos segundos y su reacción había sido humana.

Amy había visto lo que había más allá. Jay se lo había mostrado y la llevaría hasta allí. Si tenía que soportar unos momentos de dolor para llegar a ese lugar, para estar con Aiden de nuevo, que así fuera.

CAPÍTULO DIECINUEVE

C omo si fueran fantasmas -sus trajes blancos brillaban en la oscuridad de la luna-, llevaron el cuerpo a través de las rocas hasta la ambulancia que los esperaba. Louise se había adelantado, el mar creciente amenazaba con atraparla.

Los SOCO colocaron el cuerpo en la parte trasera de la ambulancia, la silenciosa luz intermitente con una solemne sirena. Louise ya había rastreado la dirección de Sally Kennedy hasta un parque de caravanas en Winscombe. Un equipo había sido enviado allí ahora. Louise ya sabía qué esperar, un ordenador portátil y una nota de suicidio, y había pedido al equipo que los buscara primero.

Mientras la ambulancia se llevaba el cuerpo, Louise pensó en lo que le había dicho Dempsey. El hecho de que Sally hubiera vivido unos minutos después de la caída no debería haberle preocupado, pero lo hizo. Louise se preguntó si la joven había estado consciente durante esos minutos mientras se desangraba.

¿Se habría arrepentido de sus actos o habría intentado pedir ayuda? ¿O simplemente había deseado con más fuerza que la muerte la reclamara?

Louise tenía pocas dudas de que los tres suicidios estaban relacionados. Por lo menos, eso demostraba que su instinto de marcar las muertes de Claire y Victoria como sospechosas era correcto. El caso tenía definición ahora, especialmente con el vínculo del software. Algo debía relacionar a las tres mujeres y, si conseguía averiguar qué era, estaría más cerca de resolver la cuestión que tanto le preocupaba: ¿por qué?

Louise estaba a punto de dirigirse al aparcamiento de caravanas de Sally cuando otro vehículo entró en el parking. Louise no se sorprendió al ver que la periodista Tania Elliot aparcaba y se dirigía hacia ella, con su cara estrecha enmarcada por su corte de pelo.

—Inspectora —dijo, con su cuaderno en la mano como un arma.

—Ha pasado mucho tiempo, Tania. ¿Cómo estás? —dijo Louise.

Tania se rio ante el sarcasmo de Louise y en ese momento Louise sintió que podrían haber sido amigas.

—Siento que hayamos tenido que hacer esto para reunirnos —dijo la periodista, señalando a su alrededor como si la culpa fuera de su ubicación—. Creo que había otra saltadora.

Louise quería descartar a la mujer, pero después de su encuentro sabía que era importante mantenerla a su lado. Un informe sobre tres suicidios vinculados sería devastador y era vital retrasar la inevitable historia el mayor tiempo posible.

—Parece que hubo otro suicidio, pero aún no puedo confirmar nada. Recuerdo nuestra

conversación, Tania. Prometí que te mantendría informada y lo haré.

—¿Tienen el nombre de la fallecida?

—Creemos que sí, pero aún no podemos confirmarlo.

—¿Creen que la muerte está relacionada con Claire Smedley y Victoria Warrington?

—Escucha, Tania, sabes tan bien como yo que es demasiado pronto para especular sobre eso. Acabamos de poner a la pobre mujer en una bolsa para cadáveres.

—Esta es la tercera mujer que se quita la vida saltando de un acantilado, seguramente no es una coincidencia, Inspectora.

Louise respiró profundamente, sus pulmones se llenaron con el aire del mar.

—Hemos discutido esto. Todavía no puedo hacer ningún comentario, Tania, pero en cuanto tenga algo concreto te lo haré saber. Si publicas cualquier suposición basada en esto, pondrás en peligro la investigación.

Tania siguió hablando como si no hubiera escuchado.

—¿Crees que este será el último suicidio, Inspectora Blackwell?

—¿Extraoficialmente, Tania?

—Por supuesto.

—Honestamente no lo sé, pero estoy segura de que no querrías la sangre de nadie más en tus manos, ¿verdad?

—Eso es un poco melodramático.

—¿Lo es? Tenemos que averiguar qué une a estas mujeres, por qué han saltado. Lo que no necesitamos es crear pánico, o peor, poner ideas en la mente de personas vulnerables.

—Ese es mi trabajo, Inspectora.

—Lo entiendo, Tania, pero te pido que esperes.

—¿Me lo dirás en cuanto confirmes el nombre de la víctima?

Louise luchó contra su creciente rabia, pero aceptó.

—¿Y si encuentras una nota?

—Tendremos que procesarla, pero te lo haré saber antes que nadie —

—Puedo esperar un día más, pero no puedo arriesgarme a que alguien se entere de la historia.

—Lo entiendo. Tienes que ser la primera y lo harás —dijo Louise, sin poder ni querer ocultar el desprecio en su voz.

THOMAS ESTABA en la dirección que tenían de Sally y coordinaba el registro de su casa. Desde fuera, la caravana de Sally parecía estar abandonada. No era fija como la mayoría de las caravanas del parque, sino más bien del tipo de remolque anticuado. De forma oblonga, su carcasa era de color marrón oxidado, y el conjunto se balanceaba precariamente sobre dos neumáticos pinchados y montones de ladrillos.

—Hemos hablado con los propietarios del parque —dijo Thomas—. Al parecer, Sally realizaba trabajos esporádicos en el lugar y, a cambio, le permitieron mantener su caravana aquí.

—¿Esto es legal? —dijo Louise, entrando. El interior hacía que el bungalow de Louise pareciera un palacio. Había dos habitaciones. Una para vivir y dormir, y una pequeña zona en forma de armario que antes era un aseo.

—Está conectado a la red eléctrica, pero no tiene cañerías —dice Thomas—. Los propietarios dijeron que utilizaba el bloque de duchas y que se le permitía usar la zona de la cocina, pero que

rara vez lo hacía.

Louise debería haberse escandalizado por la forma en que vivía Sally, pero ya había visto cosas mucho peores. Al menos Sally tenía un lugar al que podía llamar hogar.

—¿Has encontrado un portátil?

—Había una nota adjunta —dijo él, entregándole la hoja cubierta de plástico.

Cualquier duda restante se desvaneció cuando ella leyó la nota. Esta vez no había ninguna historia de vida, solo las dos líneas que habían formado un perverso gusano en la mente de Louise:

HAY otros mundos además de este

La muerte no es el final

DESPUÉS DE QUE casi no se descubriera el portátil de Claire, el hecho de que la nota de Sally estuviera pegada a su portátil parecía deliberado. A pesar del error en el piso de Claire, parecía importante para las tres mujeres que se descubrieran sus notas.

—¿Hemos encontrado algo más significativo?

—Solo esto —dijo Thomas, entregándole una segunda bolsa con varias fichas de papel.

Louise las reconoció como los vales de papel que las máquinas de los salones recreativos escupían en lugar de premios reales. Los vales se podían recoger para comprar premios en las tiendas de regalos de los salones recreativos. Era una estafa perfecta, ya que el coste de los juegos superaba con creces el coste de los premios. No era nada nuevo. De niña, Louise había recogido vales similares en sus visitas diarias a la ciudad. Una vez ahorró sus fichas durante dos veranos y compró un juguete, un hombrecito de plástico con un paracaídas improvisado en la espalda. Paul también tenía uno y juntos lanzaban a sus hombrecitos por el borde del muelle. Louise aún podía imaginarse su asombro mientras el viento los llevaba hacia el barro, un año de anticipación que se esfumó en segundos.

—Parecen recientes —dijo Thomas, mirando el rollo de fichas. —¿Sabemos ya de dónde son?

Thomas dio la vuelta a una de las fichas. A la escasa luz de la caravana, Louise leyó la letra pequeña: Propiedad del Gran Muelle.

CAPÍTULO VEINTE

Louise estaba en el paseo marítimo a las 6 de la mañana del día siguiente. Tras varias llamadas, el director de operaciones de fin de semana del Gran Muelle había accedido a reunirse con ella y Thomas a las 7 de la mañana.

Georgina le sirvió el café en silencio. Mientras que antes sentía que la dueña simplemente no la quería, Louise ahora pensaba que estaba enfadada con ella por no haber vuelto antes.

—¿Cómo va el negocio? —preguntó, mientras Georgina colocaba el café en la barra.

—Mira a tu alrededor —dijo Georgina, señalando el restaurante vacío.

—Por lo general, está vacío. Rara vez veo a alguien más aquí a esta hora de la mañana.

—Ese no es el punto —dijo Georgina, dándole la espalda y caminando hacia la cocina.

Louise podría haber prescindido del histrionismo de la dueña del restaurante, pero sonrió mientras llevaba su café al asiento de la ventana con vistas al paseo marítimo. El lugar siempre le daba una sensación de calma, y Georgina solo había respondido así porque había echado de menos verla. Una vez más, se prometió a sí misma visitar el lugar más a menudo mientras ojeaba sus notas.

Anoche, después de la medianoche, abandonó el parque de caravanas. Había obligado al equipo a trabajar al máximo. Juntos habían registrado cada centímetro de la escasa casa de Sally. Louise recuperó una libreta de direcciones maltratada y ordenó a su equipo que fuera a la oficina a primera hora de la mañana para revisar todos los números y direcciones. Quería encontrar a alguien que conociera a Sally, aparte del propietario del parque de caravanas, y en algún lugar tenía que haber un vínculo entre ella y las otras dos mujeres muertas.

Louise se removió en su asiento, inquieta por la llegada de las siete de la mañana. Tener que trabajar según los horarios de otras personas era una parte del trabajo que la frustraba. Quería que todo estuviera resuelto en ese momento y habría quedado con el director de operaciones anoche, fuera cual fuera la hora.

Dejando el pago en el mostrador, Georgina seguía ausente, Louise se dirigió al otro lado de la carretera, al paseo marítimo. Con el cierre de los colegios ayer, hoy sería uno de los días más concurridos de la temporada. Ya hacía calor y los olores familiares del mar y la hierba recién cortada en el césped de enfrente hacían que Louise sintiera nostalgia de su infancia. En sus visitas diurnas con Paul, el Gran Muelle había sido una especie de santo grial. Habían disfrutado jugando en la playa y, en menor medida, en el mar turbio, pero su objetivo diario había sido pasar un rato en el muelle con sus luces y su ruido, sus infinitas posibilidades.

Aún faltaban diez minutos para las siete y la entrada principal del muelle estaba cerrada.

Aunque había acordado reunirse con el director de operaciones en la entrada, Louise se coló por la puerta lateral, donde un grupo de hombres vestidos con monos de limpieza se abría paso por la pasarela del muelle.

Las tiendas de concesión cercanas a la entrada estaban tapiadas y, a primera hora de la mañana, el lugar parecía una ciudad fantasma, con la ilusión que creaba cuando estaba abierto. Un hombre con un traje gris mal ajustado se acercó a ella mientras se apoyaba en una de las persianas.

—¿Inspectora Blackwell? —dijo.

Louise le mostró su tarjeta de identificación.

—Stephan Daly —dijo—. Soy el director de operaciones de este fin de semana.

Daly tenía la palidez malsana de un fumador. Louise se fijó en sus dedos, y su corazonada se vio confirmada por la piel amarilla manchada de nicotina. Tenía un ligero temblor en las manos y se preguntó si estaba nervioso por conocerla o si estaba buscando su próxima dosis de nicotina. Louise le mostró el rollo de fichas de papel.

—¿Son de aquí? —dijo.

—Claramente —dijo Daly, señalando la insignia del Gran Muelle.

—Estamos buscando pruebas de video de la persona que ganó estas fichas. ¿Podría decirme de qué máquina proceden?

Thomas llegó mientras ella hablaba, comprobando su reloj para asegurarse de que no llegaba tarde. Louise le presentó a Daly.

—Estaba preguntando al Sr. Daly de qué máquina proceden las fichas.

—Me temo que es imposible decirlo. Usamos las mismas fichas en casi todas las máquinas. Todo lo que puedo decir es que probablemente fueron ganadas este mes. Solemos cambiar el color de las fichas cada pocas semanas —dijo Daly.

—¿Qué máquinas dan estas fichas? —preguntó Louise.

—Hay varias situadas en el edificio principal. Puedo enseñártelas si quieres.

—Guíeme por el camino.

—Odio estos lugares —dijo Thomas en voz baja, mientras caminaban por el paseo detrás de Daly.

—Te estás haciendo viejo —dijo Louise, aunque ella sentía lo mismo. Como todo en la ciudad, el muelle había cambiado hasta quedar irreconocible desde que Louise era una niña. Lo sintió al contemplar las tablas de madera bajo sus pies. Cuando era niña podía mirar el barro, y a veces el mar, entre los huecos de las tablas. La leve amenaza de peligro la había excitado entonces, pero ahora los huecos estaban sellados. Nada podía estar a la altura de la emoción que había sentido de niña, pero incluso el cuerpo principal del muelle parecía carecer de alma. En el pasado, el muelle había tenido algo de caótico, con su casa de la diversión y su tren fantasma. Ahora todo era un poco demasiado clínico, algo que se veía agravado por la falta de gente en el interior.

Todavía no estaban encendidas todas las máquinas, pero había suficientes luces parpadeantes y ruidos electrónicos que daban al lugar una sensación nebulosa y distorsionada.

—Empezamos aquí —dijo Daly, señalando una máquina tipo ruleta.

—¿Así que gasta dinero y recibe esto a cambio?

—Si ganas.

Daly los paseó por el muelle, deteniéndose en diferentes tipos de máquinas. Louise recordaba una de ellas -un juego de bolos con sus aros de puntuación- de su infancia.

—¿Y qué valor tienen estas fichas? —dijo Louise, recordando al hombre de plástico verde que había enviado en paracaídas desde el extremo del muelle.

—Los jugadores pueden canjear los vales en la tienda.

Algunas cosas nunca cambian. La tienda exhibía los mismos premios de baja calidad que recordaba de niña. Por mil fichas se podía conseguir un peluche de aspecto barato, no más grande que el tamaño de la palma de su mano. Detrás del mostrador había un aparato electrónico que valía diez mil fichas.

—Habría que gastar una fortuna para ganar uno de esos —dijo Thomas.

Daly se encogió de hombros como si el comentario de Thomas fuera irrelevante.

—¿Y quién cuenta todos los billetes? —preguntó Louise.

Daly señaló una máquina dentro de la tienda.

—Los pones ahí y los cuenta por ti.

—¿Hay más máquinas que emitan estos billetes? —preguntó Louise.

—También hay un par en la entrada del muelle.

Louise miró las cámaras repartidas por el vestíbulo.

—¿Todo está grabado? —preguntó.

—Sí, tenemos un sistema de control bastante completo.

—De acuerdo, vamos a necesitar toda la videovigilancia de estas máquinas para el último mes.

—¿El último mes? Estás hablando de cientos, no, miles de horas de grabación.

Louise le mostró a Daly una foto de Sally.

—Esta joven murió y parece que una de las últimas cosas que hizo fue visitar este lugar. Quiero saber con quién estuvo aquí. Empezaremos con las imágenes del jueves y partiremos de ahí. ¿Le parece bien, Sr. Daly?

La cara de Daly se enrojeció por la reprimenda.

—Puedo hacértelas llegar esta mañana —dijo.

—Tenemos que hablar con todos los empleados —dijo Louise a Thomas, mientras Daly se dirigía a la oficina—. Daly tiene razón sobre las horas de las imágenes. Veamos si podemos encontrar a alguien que haya visto a Sally en la última semana, más o menos.

Si Thomas pensaba que la petición de las cámaras de seguridad era exagerada, lo ocultó.

—Traeré algunos agentes —dijo.

—Avísame en cuanto Daly tenga las imágenes listas. Reuniré un equipo en la oficina para empezar a revisarlas —dijo Louise, esperando que el trabajo no fuera tan difícil como parecía.

FUE DESPUÉS del almuerzo cuando llegaron los primeros expedientes de Daly. Louise había llamado a Simon Coulson y se sorprendió cuando este aceptó crear el equipo de detección en Weston. Junto con un equipo de cinco agentes uniformados que Louise había conseguido reclutar, se hicieron cargo de la sala de incidentes.

—Incluso a triple velocidad nos va a llevar horas pasar por todos estos —dijo Coulson en voz baja antes de dar sus instrucciones al resto del equipo—. Pongan en pausa la pantalla en cuanto sientan que se están cansando. Solo hace falta un lapsus y podemos perder lo que estamos buscando —dijo a los agentes, que parecían menos que satisfechos de estar dentro mirando imágenes granuladas en sus pantallas.

—¿Tenemos más imágenes de Sally? —preguntó Coulson, una vez que habían empezado—. He escaneado sus datos y puedo pasar las imágenes del circuito cerrado de televisión por el software de reconocimiento facial, pero nos vendría bien algo más claro. Cuantas más imágenes puedas encontrar de ella, mejor.

—Veré lo que puedo hacer, pero por el momento solo tenemos el permiso de conducir y las fotos tomadas en la escena.

—De acuerdo, déjame a mí —dijo Coulson, volviendo a su mesa. Louise estaba impresionada por el cambio en el hombre. Era como ver a una persona diferente. Se había hecho cargo de la situación y estaba mucho más animado que la vez que lo vio en Portishead.

—Creo que le gustas —dijo una voz detrás de ella.

Louise se giró para ver a Simone. Ella frunció el ceño. Louise no estaba de humor para charlar con el director de la oficina.

—Simon es un profesional diligente, Simone. Todos deberíamos esforzarnos por actuar como él —dijo, dirigiéndose a su propia mesa.

THOMAS VOLVIÓ POR LA TARDE.

—Nadie recuerda haber visto a Sally —dijo—. Tampoco me sorprende. Cuando me fui, el muelle era una casa de locos. Nunca lo había visto tan concurrido. Nunca me gustó el lugar, pero ahora no lo soporto.

Thomas había vivido en Weston toda su vida, así que Louise se sorprendió.

—¿Te debió gustar de niño?

—La verdad es que no. Mis padres no tenían mucho dinero, así que cuando íbamos lo único que podíamos hacer era mirar cómo se divertían los demás.

—Pobre de ti —dijo Louise—. Recuérdame cuando todo esto termine y te invitaré a ir a los carritos chocones.

—Trato hecho.

Louise volvió a mirar su portátil mientras su piel se sonrojaba.

—Te iba a decir, Tom. Si necesitas volver a ver a Noah, no hay problema.

—Está bien. Becky lo tiene esta semana, así que soy un agente libre.

Louise hizo todo lo posible por ignorar el mensaje implícito -intencionado o no- y volvió a su pantalla sin hacer comentarios.

Más agentes se unieron al equipo que revisaba las imágenes de las cámaras de seguridad. La noticia de los suicidios se había extendido por la comisaría y Louise estaba orgullosa de la forma en que tanto su equipo como los agentes uniformados se habían unido para ayudar. Con su propio tramo de video para ver, sabía de primera mano lo tedioso que podía ser el trabajo.

Cuando se acercó el crepúsculo, recompensó al equipo pidiendo comida para llevar. Agradeció los gritos de aprobación, satisfecha de que un objetivo común uniera a todos. La comida india fue la opción predominante y pronto la oficina se llenó de recipientes de plástico y de olor a comida picante. Louise estaba a punto de tomar un bocado de biryani de gambas cuando sonó su teléfono.

—Hola, mamá, ¿va todo bien? —dijo, mientras se le hacía la boca agua al esperar que contestara—. ¿Mamá? —repitió, recordando ahora que había prometido ir a hablar con Paul la última vez que había hablado con su madre.

El silencio empezó a asustarla y volvió a preguntar con más urgencia.

—Mamá, ¿qué pasa?

Fue su padre quien finalmente habló.

—Lo siento, Lou. Es papá. Tenemos un pequeño problema aquí.

—Por el amor de Dios, papá, ¿qué pasa?

—Probablemente estamos exagerando, pero Paul se llevó a Emily hoy y aún no ha regresado.

Se suponía que volvería esta tarde. No contesta su teléfono. Acabo de ir a su piso. Entré pero no había nadie.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Los padres de Louise no son de los que sacan conclusiones precipitadas. Tenían razón en estar preocupados y no se habrían puesto en contacto con ella si no estuvieran convencidos de que era necesario. Dejando a Thomas a cargo, Louise se dirigió al coche. No estaba asustada, sino más bien enfadada con Paul por haber dejado que esto sucediera. Sin embargo, mientras se dirigía a su casa en Bristol, su mente no dejaba de imaginar los peores escenarios. Al pasar por un coche destrozado en la A370, recordó los numerosos accidentes de tráfico a los que había asistido a lo largo de los años, las terribles lesiones que había visto y las innumerables vidas que se habían perdido. Inmediatamente pensó en Paul conduciendo bajo los efectos del alcohol. Confiaba en que nunca lo haría, sobre todo con Emily, pero teniendo en cuenta su comportamiento reciente, no dejaba de ser una posibilidad. Entre los mensajes que dejaba en el contestador de Paul, imaginó otros escenarios. Paul en el pub con Emily, demasiado fuera de sí como para mirar el teléfono o cuidar de su hija; Paul inconsciente en el coche, Emily confundida y sola intentando despertar a su padre. ¿Podría ser realmente tan egoísta? Había hecho cosas muy malas desde la muerte de Dianne, pero eso sería imperdonable.

Su padre la esperaba en el piso de Paul. Había entrado y estaba registrando el lugar en busca de pistas como si fuera un SOCO. No podía ocultar su preocupación por su única nieta. Lo llevaba escrito en la cara, en las líneas de expresión marcadas en la frente y alrededor de los ojos. Lo que era más difícil de ver para Louise era la decepción. Su padre no era de los que se exceden en las muestras de emoción. Era un hombre alto y estoico. Amable y cariñoso, pero reservado. Ver su impotencia la hacía sentir culpable, como si fuera ella y no Paul quien había fallado a la familia.

Poniendo su voz de policía le dijo que no se preocupara, que probablemente Paul estaba retrasado y su teléfono se había quedado sin batería. Era demasiado pronto para que cundiera el pánico. Si alguien hubiera llamado a la comisaría, aún no habrían enviado a nadie a ocuparse de ello. Emily era la responsabilidad legal de Paul y solo había salido con ella unas horas. Sin embargo, compartía su preocupación. Paul le había prometido que la traería de vuelta a tiempo y, con lo que había sucedido recientemente, que no lo hubiera hecho era preocupante.

Echó un vistazo al piso, sin estar segura de lo que buscaba.

—¿Dónde dijo que la iba a llevar? —le preguntó a su padre.

—Iban a la ciudad a hacer algunas compras y luego al cine en Cribbs Causeway.

—¿Sabes lo que estaban viendo?

—Creo que era la nueva película de Spiderman. Mamá creo que lo sabe, le preguntaré.

El sonido de esperanza preocupada en la voz de su padre era angustiante. Lo más probable era que Paul entrara por la puerta en cualquier momento, pero aun así ella revisó todo lo que había en su habitación. Volvió a llamarle, maldiciendo en voz baja en su buzón de voz cuando su padre regresó.

—Mamá dice que era Spiderman. La de las cuatro y veinte. Paul dijo que vendría directamente a nosotros después. Esto es el colmo, Lou.

Louise se acercó a su padre, su cuerpo se tensó mientras ella lo abrazaba.

—Vamos, volvamos a casa. No deberíamos dejar a mamá sola —dijo.

Desde su coche, Louise se arriesgó y llamó a uno de sus antiguos colegas del MIT. Quería que alguien comprobara los ingresos recientes en el hospital y los accidentes de tráfico, pero no quería que nadie de Weston conociera sus asuntos; ya podía oír la falsa preocupación de Simone al oír que la única sobrina de Louise había desaparecido.

Además de trabajar con Louise en el MIT, la inspectora Tracey Pugh había sido asignada para ayudarla en Weston durante el caso del Asesino de la Pensión. Tracey era el único miembro de su antiguo equipo del MIT que seguía en el departamento de Finch. Finch había purgado al resto del equipo principalmente haciendo que los trasladaran fuera de la zona. Aunque Tracey trabajaba para Finch, Louise confiaba en ella y se alegró cuando Tracey respondió.

—Pensé que estarías en la ciudad un sábado por la noche —dijo Louise.

—La casualidad sería una buena cosa. Todavía estoy en la maldita oficina con uno de tus tipos.

Louise se confundió momentáneamente, pensando que se refería a Finch antes de recordar que Farrell trabajaba allí.

—¿Cómo le va? —preguntó Louise, más por cortesía que por otra cosa.

—Es un gran trabajador, lo reconozco. ¿Por qué llamas tan tarde?

Louise explicó la situación. Tracey era una especie de amiga de la familia. Emily la quería y Tracey sabía todo sobre Paul.

—No te preocupes por nada. Estoy en ello. Comprobaré la base de datos y me pondré en contacto con los hospitales. Ve a ver a tu madre.

Louise soltó un largo suspiro como si hubiera estado conteniendo la respiración desde que sus padres llamaron.

—Gracias, Tracey. ¿Podemos mantener esto entre nosotras?

—No hay necesidad de decirlo. Ve a ver a tu familia. Estoy segura de que aparecerá en cualquier momento, pero te avisaré si me entero de algo.

Se sintió más relajada sabiendo que Tracey estaba en el caso. Era difícil estar del otro lado de la valla. Siempre había sido capaz de empatizar con la gente en situaciones similares, pero ahora que le ocurría a ella empezaba a sentir más profundamente la preocupación que podía causar una persona desaparecida. Si había alguna noticia, Tracey la encontraría y probablemente su amiga tenía razón. Lo más probable es que Paul llegara pronto, arrepentido y dispuesto a enfrentarse a toda la fuerza de la ira de su familia.

La madre de Louise no estaba teniendo un enfoque tan racional de la situación. Estaba bebiendo mucho de una copa de vino llena hasta el borde.

—Nunca debí dejarlo ir —le dijo a Louise, en señal de bienvenida.

Louise abrazó a su madre y le quitó el vaso de la mano.

—Sé que es una preocupación, pero solo ha estado fuera unas horas. Podría haber sufrido una avería. Le he pedido a Tracey que lo investigue. Sabe que fueron al cine antes y lo comprobará

todo.

Louise no mencionó los hospitales ni los accidentes de tráfico. Puso la radio, desesperada por encontrar algo que rompiera el empalagoso silencio. Mientras se servía un vaso de vino, recordó lo que le había estado molestando desde que sus padres la llamaron. Bebió un trago, el vino rico y ácido, y cerró los ojos. ¿Cómo pudo ser tan estúpida?

—Acabo de recordar algo —les dijo a sus padres, odiando la expectación en sus ojos abiertos—. Emily me dijo que se iba de vacaciones cuando la vi ayer. Lo descarté en ese momento porque pensé que estaba hablando de una ruptura con la escuela. ¿Y si quería decir que se iba de vacaciones con Paul?

—¿Crees que Paul se lo habría dicho a Emily y no a nosotros? —dijo su padre.

—Para ser honesta, espero que eso sea lo que haya hecho. Sería un maldito alivio. Al menos sabríamos que están juntos —dijo su madre, buscando su vaso de vino.

—Debería haber preguntado a qué se refería —dijo Louise—. Me distraje con un mensaje de texto.

—No seas tonta. No es tu culpa, Louise —dijo su padre—. La culpa es de una sola persona y se va a enterar cuando llegue a casa —añadió, agriando su tono.

A pesar de sus palabras tranquilizadoras, Louise seguía sintiéndose responsable. Después de convencer a sus padres de que se fueran a la cama, se sentó en el salón con una segunda copa de vino. Era típico de Paul hacer esto, hacerla sentir culpable por algo que evidentemente era culpa de él.

Terminó la copa y llevó su portátil a su antiguo dormitorio. Ahora estaba redecorada, las paredes de un color crema neutro, pero siempre se sentía como una regresión al pasar la noche. No tenía sentido sentarse allí a preocuparse cuando podía estar trabajando, pero se sintió culpable cuando abrió el portátil y descargó un archivo con las imágenes de las cámaras de seguridad del Gran Muelle. Thomas seguía en la estación con el equipo y se sintió obligada a hacer su contribución.

Ver las imágenes aceleradas de la gente entrando y saliendo -colocando monedas en las máquinas y ganando sus fichas- estaba teniendo un efecto hipnótico. Por lo que ella sabía, Sally podía estar escondida fuera de plano e incluso si la descubrían, ¿serviría de algo? Louise no estaba segura de por qué era importante encontrar las imágenes de ella. En el fondo, supuso, estaba la esperanza de que Sally no hubiera estado sola y que quienquiera que hubiera estado con ella fuera el siguiente en quitarse la vida. Louise estaba desesperada por evitar que eso ocurriera, así que siguió observando hasta que sus ojos no pudieron soportarlo más y se quedó dormida, con los sueños plagados de turistas caminando a triple velocidad por el muelle y cayendo al mar.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Amy no dejó de mirar su teléfono durante su turno. Solo tenía un número, y conocía el adagio de que un teléfono vigilado nunca suena, pero aun así lo miraba cada vez que tenía un segundo para sí misma. No es que hubiera muchas oportunidades. Nicole se había presentado tarde y con resaca, y había sido menos que inútil toda la mañana. Keith la había observado con creciente hostilidad mientras cometía un error tras otro sirviendo a la tenue multitud del domingo por la mañana.

—¿Todo bien? —le preguntó Amy a la chica mientras colocaba un pedido de cafés en una bandeja para ella. Podía oler el alcohol en su piel y el dulce perfume con el que había intentado disimularlo.

—Una larga noche —dijo Nicole, con las manos temblorosas mientras llevaba la bandeja a un grupo de adolescentes que no tenían mucho mejor aspecto.

—Tienes que arreglarla —dijo Keith, mirando a Amy desde la parrilla.

¿Desde cuándo es mi responsabilidad cuidar del personal? pensó, alejándose antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse.

Los errores continuaron y después de que a Nicole se le cayera una tetera, el agua hirviendo se le escapó a uno de los clientes, Keith la llamó a la zona trasera de la cafetería. Amy terminó de tomar el pago y los siguió.

—Esto no te concierne —dijo Keith, que estaba de pie con las manos en las caderas, su estómago estirando su delantal a rayas hasta el punto de ruptura.

—¿Podemos hacer esto más tarde? —dijo Amy—. Está lleno de gente ahí fuera y prefiero no estar sola.

Nicole estaba frente a Keith, con sus delgados hombros encorvados como si se acobardara. Keith no era de los que ocultaban sus emociones y su ceño fruncido de caricatura era cómico en su severidad.

—Vuelvan al trabajo, las dos —dijo, con la saliva cayendo de sus labios.

—Gracias —dijo Nicole, pasando por delante de ella, con la frente llena de sudor.

—Intenta concentrarte. Intenta concentrarte, a ver si podemos pasar el resto del turno sin más accidentes —dijo Amy, siguiendo a Nicole y dejando a Keith solo en la oficina de atrás para que se enfade.

Amy decidió quedarse hasta el final del turno de Nicole. No sabía por qué se había vuelto tan sobreprotectora con su colega. Nicole no era la primera joven que trabajaba en la cafetería y no sería la última, así que ¿por qué se interesaba tanto por ella? Supuso que tenía que ver con los

acontecimientos fuera del trabajo. Los dos últimos días habían sido agotadores, y no podía quitarse de la cabeza la imagen de Sally, sola en la oscuridad, con el cuerpo destrozado pero aún respirando. ¿Estaba aún consciente? La idea era insoportable. Declinaba todo lo que habían hecho juntos; peor aún, empezaba a hacerla dudar de Jay.

Ayudó a Nicole a limpiarse y la acompañó a la salida del café antes de que Keith tuviera la oportunidad de detenerse y reprenderla.

—Gracias por quedarte. Te debo una —dijo Nicole, una vez que estuvieron fuera.

—No puedes darle la oportunidad de que se burle de ti —dijo Amy—. Si vuelves a trabajar en ese estado, no podré ayudarte.

—Lo sé. Las cosas se me fueron de las manos anoche. No debería haber venido a trabajar. Pero ahora necesito el dinero más que nunca.

—¿Cómo es eso?

—Anoche me gasté todo el sueldo —dijo Nicole, con un encogimiento de hombros cómplice.

Amy se vio reflejada en la chica. Ella había sido igual a su edad, aunque las cosas se habían deshecho pronto. Tal vez por eso se sentía tan protectora. Tenía la oportunidad de evitar que Nicole cometiera los mismos errores que ella. Nicole tenía el tipo de oportunidades que Amy nunca había tenido, y podía hacer algo con su vida.

—Ve a descansar —dijo Amy, cuando llegó el autobús de Nicole. Al escucharse a sí misma, pensó que sonaba como un padre. El pensamiento la nubló de melancolía, trayendo consigo recuerdos de Aiden. Volvió a comprobar su teléfono y consideró la posibilidad de llamar a Megan, a pesar de que todavía estaría trabajando.

Megan había reaccionado de forma diferente a la muerte de Sally. Amy había agradecido que la acompañara a la playa. De la forma más amable posible, Megan le había recordado sus objetivos, las razones por las que habían ido al bosque aquella noche. Sally había encontrado su camino y Megan le había recordado a Amy que había ido a un lugar mejor. Y aunque Amy había estado de acuerdo, deseaba haber podido articular mejor lo que la preocupaba; si tan solo pudiera entenderlo completamente ella misma.

Incapaz de enfrentarse a entrar en el chat del grupo, Amy se fue a la cama temprano, comprobando su teléfono una vez antes de caer en un sueño sin sueños

A LA MAÑANA siguiente se levantó temprano y se dirigió a la ciudad. Su turno era más tarde ese día, así que aprovechó para visitar la biblioteca central. Le encantaba el olor a humedad del viejo edificio y, aunque ya no era una gran lectora, había algo poderoso en el potencial de los libros; los cientos de mundos diferentes que se ofrecían a los curiosos.

En la biblioteca de referencia, ojeó los periódicos en busca de un informe sobre la muerte de Sally. *El Mercury* no saldría hasta el viernes y la muerte no parecía tener la suficiente importancia como para aparecer en los periódicos nacionales. En realidad, no era sorprendente. La gente se quitaba la vida continuamente y, a menos que se tratara de una celebridad o de alguien importante, rara vez aparecía en las noticias. Su mejor oportunidad era esperar a la tarde, cuando se publicara el *Bristol Post*. Con la cantidad de policías en la escena de la otra noche, tenían que publicar algún tipo de historia. Amy no estaba segura de lo que quería leer, solo quería que alguien le dijera que Sally no había sufrido.

Nicole estaba mucho mejor durante su turno. Una vez disipada la peor parte de la resaca, era

como una persona diferente, que revoloteaba de mesa en mesa sin preocuparse. Keith la dejó sola, enfrascada en las últimas páginas de su periódico sensacionalista entre los golpes en la parrilla, y el día transcurrió sin incidentes.

Al final del turno, Amy acompañó a Nicole a su parada de autobús. Una vez más sus acciones fueron como las de un padre y esta vez el pensamiento la hizo sonreír.

Al acercarse a la parada, Nicole se detuvo.

—Mañana es mi día libre. ¿Puedo invitarte a un helado para celebrarlo?.

A Amy le sorprendió la sugerencia de Nicole.

—No hace falta que lo hagas —dijo.

Nicole hizo una mueca.

—Creo que sí. Ayer estaba en un estado terrible. Si no fuera por ti, no estoy segura de haber podido arreglármelas. Y me defendiste delante de Keith. Eso no debe haber sido fácil.

—No te preocupes por él. De acuerdo, si insistes. Un helado sería perfecto y conozco el lugar adecuado.

Amy la acompañó al pequeño supermercado y llevaron sus helados al Lago Marino. El lago artificial parecía un charco gigantesco. Un grupo de niños estaba haciendo castillos de arena, pero sin el mar, y con el cielo salpicado de nubes a pesar del calor, el lugar no estaba tan concurrido como los últimos días. Se sentaron con la espalda apoyada en el muro del mar, Amy saboreando el dulzor enfermizo de su helado. Se había sentado allí tantas veces sola que era un poco surrealista venir aquí con Nicole tan pronto después de pasar tiempo con Megan. Las dos eran completamente diferentes. Sentía como si conociera a Megan desde hacía años, aunque su relación estaba en pañales, y ahora se sentía mucho más maternal con la joven que la acompañaba.

—No te conté toda la historia del sábado por la noche —dijo Nicole, mordiendo su helado y mirando hacia otro lado.

—¿Qué hiciste? —dijo Amy—. No me lo digas, había un chico de por medio.

Nicole se rio, con una pizca de nerviosismo en el gesto.

—En parte fue por eso que me sentí tan mal. Me quedé en Bristol y tuve que volver a primera hora para cambiarme y luego ir a trabajar. Mis padres aún no me hablan.

—¿Valió la pena?

—Creo que sí. Me envió un mensaje esta mañana.

Amy disfrutó de la felicidad de la chica. Había algo inocente en su forma de hablar, y Amy no quería disipar esa idea averiguando detalles concretos de su vida.

—Ten cuidado —dijo.

—Suenas como mi madre —dijo Nicole.

Amy se sonrojó. Se preguntó si su madre le habría advertido sobre los chicos de haber estado todavía en su vida. Tal vez si hubiera tenido ese tipo de influencia, Amy no se habría metido en tantos problemas. Se arrepintió de ese pensamiento tan pronto como llegó. Se sentía como una traición a Aiden, y eso era lo único puro que le había pasado.

—Ten cuidado —repitió Amy, esta vez moviendo el dedo.

Megan la llamó mientras acompañaba a Nicole de vuelta a la parada del autobús. Era la primera vez que oía sonar el teléfono. No tenía ni idea de cómo cambiar el volumen que debía de estar puesto al máximo, el tono de llamada digital hizo que varios transeúntes miraran hacia ella.

—¿Vas a coger eso? —dijo Nicole.

Amy tanteó el teléfono, y finalmente localizó el botón verde de respuesta.

—Hola —dijo.

—Amy —dijo la voz aguda de Megan. Sonaba diferente, emocionada hasta el punto de la histeria—. Me alegro de que hayas contestado. Necesito verte. Ahora.

—Bueno, bueno. ¿Está todo bien?

—Sí, solo necesito verte. ¿Puedes ir al parque?

—Sí, puedo pero dime qué pasa.

—¿En una hora?

Amy se rio.

—Claro, si eso es lo que quieres.

—Estupendo, nos vemos entonces —dijo Megan, colgando.

DESPUÉS DE DEJAR a Nicole en la parada del autobús, Amy caminó por la carretera de Bristol hasta Ashcombe Park. A pesar de que las nubes se oscurecían, hacía más calor que nunca, el aire era tan pesado que podía sentir la humedad contra su piel. Su helado con Nicole y la emocionada llamada de Megan la habían animado y casi se había olvidado de la otra noche, hasta que vio la pila de periódicos en el escaparate de un quiosco. Los titulares no mencionaban nada sobre Sally, y Amy consideró dejar el periódico por ese día para centrarse en las cosas positivas de su vida mientras aún tenía cosas que considerar. Al final, la curiosidad la venció y compró un periódico y lo llevó a la zona de juegos donde había quedado con Megan.

A última hora de la tarde, el ambiente era muy diferente. El patio de recreo estaba repleto de niños pequeños que gritaban y de jóvenes hiperactivos que corrían de un lado a otro de forma imprevisible. Amy se sentó en uno de los bancos, tratando de no sentirse visible, y buscó en el periódico.

Se sorprendió al encontrar la noticia enterrada en la mitad del periódico. La muerte de Sally solo aparecía en unas pocas líneas y no se mencionaba su nombre. Era solo un cuerpo que había sido encontrado cerca de las rocas en la carretera que sale de Weston. Mientras Amy cerraba el periódico, se le ocurrió que tal vez Sally no llevaba ninguna identificación. No sabía mucho de la mujer más allá de las historias de su vida que había comentado en las ceremonias. Como muchos de ellos, era una especie de huérfana. Su madre había muerto cuando Sally era una niña y su padre biológico no quería saber nada de ella. Aparte de eso, Amy sabía muy poco sobre ella. No sabía dónde vivía, la única vez que la había visto fuera de las sesiones de grupo fue el día que la vio en Weston con Jay. No sabía por qué la idea de que Sally no fuera identificada la traumatizaba tanto. Ahora estaba en paz y los que eran importantes para ella, Jay y el resto del grupo, sabían que había pasado a un lugar mejor. Sin embargo, se sentía mal que se fuera de esa manera, como un cuerpo sin nombre. De alguna manera, Amy tendría que dar a conocer a las autoridades su verdadera identidad.

La sensación de la carne sobre sus ojos desterró el pensamiento.

—Megan —dijo, oliendo el tenue aroma del perfume de su amiga.

—Qué suposición —dijo Megan, apartando las manos.

La felicidad maníaca que Amy había percibido por teléfono era aún más evidente. El rostro de Megan estaba en llamas, la alegría era visible en sus grandes ojos y en su amplia sonrisa, incluso en la vitalidad de su piel. Las manos de Megan se movían, aparentemente por sí solas, y en lugar de hablar rodeó a Amy con sus brazos.

—¿Qué pasa? —preguntó Amy, compartiendo la alegría de Megan.

Megan la abrazó un poco más antes de retirarse. Cuando lo hizo, había lágrimas en sus ojos.

—Es tan maravilloso, Amy, no puedo creerlo.

—¿Vas a hacer que te exprima la información? —Amy sonreía, pero una sensación de malestar se le había metido en el estómago al darse cuenta de la única cosa que podía hacer tan feliz a su amiga.

—Vino a verme hoy. Jay —dijo Megan, como si la sola idea fuera imposible.

—Eso es genial —dijo Amy, con el estómago ahora apretado.

—Quiere verme mañana. Creo que voy a ser la siguiente.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

El lunes por la mañana, Louise se dirigió a el Kalimera aturdida. Dormir en casa no había sido mejor que quedarse en casa de sus padres. Su mente había estado en un constante remolino, oscilando entre el caso de suicidio y su preocupación por Emily y Paul. Sus temores habían alimentado sus sueños; los cuerpos que había descubierto habían sido sustituidos por imágenes inquietantes de Emily y Paul, y de su madre y su padre.

El domingo había sido otro día de comprobación y doble comprobación de las cámaras de seguridad. El trabajo era lento y doloroso y era demasiado fácil pasar algo por alto. Simon Coulson había vuelto a ofrecer sus servicios y había utilizado su programa de reconocimiento facial en los archivos que habían recibido del Grand Pier, pero no estaban más cerca de encontrar a Sally que cuando empezaron.

Louise agradeció que Tracey hubiera accedido a reunirse tan pronto. La esperaba en el Kalimera, charlando con Georgina como si fueran amigas perdidas.

—¿A qué hora se llama esto? —dijo Tracey, limpiando la enmarañada trama de su cabello oscuro de su mejilla.

Era tan bueno ver la cara de bienvenida de su amiga. Esa sonrisa la había sacado adelante en algunos momentos difíciles y su positividad ya se estaba contagiando a Louise.

—Toma —dijo Georgina, colocando un americano recién hecho en la barra.

—Gracias —dijo Louise, sorprendida por el gesto—. No le has dicho nada, ¿verdad? —le preguntó a Tracey, cuando estaban sentadas a solas junto a la ventana.

—¿Por quién me tomas? —dijo Tracey, fingiendo dolor—. Como en los viejos tiempos, ¿eh?

Tracey había estado en comisión de servicio en Weston durante unas semanas el año pasado. En ese corto tiempo había hecho suyo el lugar. Tenía una facilidad para tratar con la gente que Louise envidiaba. Su ausencia se había sentido cuando regresó a Portishead, pero Louise dudaba que alguien sintiera lo mismo por ella si alguna vez se iba.

—¿Podríamos tener una vacante ahora si te apetece?

—Puede que tengas razón. Creo que a Finch le gusta el joven Sr. Farrell.

La conversación se detuvo en el nombre de Finch. Era el jefe de Tracey, pero aún así, escuchar su nombre en voz alta, le causó un gran impacto. No le había enviado ningún mensaje a Louise desde el día en que lo vio en el cuartel general, pero había estado en su mente.

—Gracias por venir, especialmente tan temprano.

—Pensé en tomar un poco de sol en mi día libre. Aunque normalmente el tiempo es así —dijo Tracey, señalando el cielo gris.

—Me alegro de verte, de todos modos.

—A ti también —dijo Tracey, levantando su taza de café. —Salud.

Hablaron durante un rato sobre Bristol y la introducción de Farrell en el MIT.

—Todavía no le he hablado de Paul y Emily —dijo Tracey, llevando la conversación a la razón por la que estaba allí.

—Te lo agradezco. Confío en él. Creo —dijo Louise, después de pensarlo un poco—. Obviamente, cuanta menos gente lo sepa, mejor en este momento.

—¿Nadie en Weston lo sabe?

—Todavía no.

Tracey frunció el ceño.

—Podríamos intensificarla. Si estás realmente preocupada.

El café de Louise estaba amargo y aún demasiado caliente.

—Estoy preocupada, pero no creo que eso sea suficiente para intensificar la situación. Lo que siento es por mis padres. Creo que Paul está siendo un idiota, demostrándonos que puede hacer lo que quiera y que puede cuidar de Emily.

—Tendrá alguna manera de probar eso.

—Ya no piensa con claridad, eso es parte del problema. Desearía no haber sido tan estúpida. Emily había dicho que se iba de vacaciones. Debería haber sabido que planearía algo así.

—No hagas eso.

—¿Qué?

—Culparte a ti misma. Eso es exactamente lo que él quiere que hagas. Él es el que está siendo irresponsable. Peligrosamente.

Tracey tenía razón. Su hermano había hecho algunas cosas estúpidas en su tiempo, pero esto era un nuevo nivel. Y las cosas podrían empeorar. Si no se ponía en contacto con ellos pronto, ella se vería obligada a ir más allá. Responsabilidad parental o no, esta no era la forma de criar a su hija y si se hacía oficial entonces los problemas se dirigirían hacia él.

—Tienes razón. Le va a costar mucho trabajo cuando vuelva —dijo ella.

TRACEY SE OFRECIÓ A IR a la comisaría para ayudar con las imágenes de las cámaras de seguridad, pero Louise se negó.

—Disfruta de tu día libre —le dijo antes de aceptar quedar con ella para cenar más tarde si el tiempo lo permitía.

A pesar de haber quedado con Tracey para tomar un café, fue la primera en llegar a la oficina. Puso la máquina de café antes de comprobar que la sala de incidencias estaba preparada. Mientras se preparaba el café, miró el libro de incidencias, comprobando las incorporaciones de ayer. Había una nueva entrada con el contenido recuperado de la caravana de Sally. Louise hizo clic en el enlace y estaba a punto de recorrerlo cuando una estruendosa voz escocesa la hizo saltar.

—Louise, a mi oficina ahora.

Louise se sirvió un café antes de dirigirse al despacho del Detective en Jefe Robertson.

—No sabía que estabas aquí, señor —dijo, sentándose.

Robertson la miró con intensidad estoica.

—¿Quieres decirme algo? —le preguntó, con una hoja de papel delante de él.

Louise no recordaba que estuviera tan serio en mucho tiempo.

—¿Señor?

Robertson empujó los papeles hacia ella.

—¿Puedes decirme qué demonios estoy viendo?

Ante ella había una lista de nombres y números. Era una lista de horas extras acumuladas durante el fin de semana. Louise bajó los ojos. A pesar de ser la investigadora principal del caso, debería haber recibido el permiso de Robertson para hacer horas extras no autorizadas. Lo primero que pensó fue en justificar su error culpando a la rapidez de la investigación y al hecho de que no había visto a Robertson desde el viernes, pero eso habría sido un error. Había cometido un error, uno importante a juzgar por las cifras sorprendentemente altas de la hoja, y tenía que asumir la responsabilidad.

Desafortunadamente, sabía que un simple perdón no sería suficiente.

—La he jodido.

—Ya lo creo que sí. Tengo que justificar estas cifras y, por lo que veo, hay poca o ninguna justificación para todas estas horas de trabajo desperdiciadas.

Robertson parecía estar mordiéndose la mano, y Louise se tragó la risa inapropiada que se acumulaba en su garganta.

—¿Cuánto tiempo piensan seguir con todo esto? —dijo, señalando la oficina exterior.

—Solo llevamos cuatro días —dijo Louise.

—¿Solo cuatro días? ¿Qué es exactamente lo que esperas encontrar?

No había nada que pudiera decir para aliviar la situación. Louise se había hecho esa misma pregunta sin parar durante el fin de semana. La verdad era que aún sabían muy poco sobre Sally. Como Victoria y Claire, Sally había vivido su vida como si fuera invisible.

—Sé que no es mucho, pero si conseguimos una imagen de ella en el muelle con alguien, podríamos obtener algunas respuestas. Tal vez evitar que le pase a otra mujer.

Robertson frunció el ceño. A su manera brusca, siempre había apoyado a Louise desde que se había mudado a Weston. Rara vez interfería en su trabajo, respetando la experiencia que ella traía consigo.

—No te has hecho ningún favor aquí, Louise. Ya hay mucho ruido sobre esta investigación, y un aumento de la factura salarial solo te hará las cosas más difíciles —dijo.

—¿Ruido?

—No seas frívola, sabes lo que quiero decir. Tres suicidios en siete semanas. Tres notas casi idénticas. Me preocupa que esto vaya a peor y cuando me preguntan qué hacemos, no me gusta decir que estamos todo el día mirando pantallas de ordenador, meando dinero en la pared.

—¿Pero no es eso el trabajo policial moderno, señor?

Robertson se rascó la nuca. Ella no podía decir si la mirada en su cara era una sonrisa o una mueca.

—Este es el último día de horas extras.

—¿Qué tal un reemplazo para Farrell?

—Claro, te prepararé un nuevo agente del CID —dijo Robertson, con su jerga de Glasgow.

—¿Podríamos recuperarlo?

—No insistas, inspectora. Ahora, si no hay nada más...

Louise se desplomó en su escritorio. Agradeció que el resto del equipo aún no hubiera llegado. En la conversación con Robertson, había intentado disimular el error, pero en realidad era un error devastador, que alguien con su experiencia nunca debería haber cometido. Tuvo que

admitir que su constante preocupación por Paul y Emily se había filtrado en su trabajo. Para Louise, eso era inaceptable. Por muy traumática que fuera su vida personal en el pasado, siempre había sido capaz de mantener la concentración en el trabajo. No tenía otra opción. Dada su historia con Finch, y su efectiva degradación a Weston, siempre estaba siendo vigilada. Un desliz como éste podría costarle todo, y ahora tendría la carga adicional de Robertson en su caso.

Empezó a cuestionarse a sí misma. Las imágenes de las cámaras de seguridad eran una posibilidad remota. Incluso si se lograba determinar la hora en que Sally había visitado el muelle, lo más probable era que no les dijera gran cosa. En cualquier caso, su conversación con Robertson había dado en el clavo. Reiteró lo aisladas que habían estado Claire, Victoria y ahora Sally en Weston. Sobre todo en verano, la ilusión de que todo el mundo se lo pasaba bien era difícil de superar. Sin embargo, estas tres mujeres habían llevado una vida oscura, sin familia ni amigos, al menos ninguno que fuera evidente. Eso hizo que Louise se cuestionara sus propias quejas sobre su lugar en la ciudad. Ella tenía familia y amigos cerca y las punzadas ocasionales de soledad no eran nada en comparación con lo que las tres mujeres muertas habían experimentado.

Louise observó al resto del equipo llegar al trabajo, comprobando si había señales de que conocían su error. Solo cuando Thomas se detuvo junto a su mesa se dio cuenta de que estaba actuando de forma paranoica. A pesar de haber trabajado todo el fin de semana, tenía buen aspecto. Recién afeitado, sus ojos tenían una luminosidad que ella no había visto en mucho tiempo.

—¿Volvemos a estar delante de esas pantallas, jefa? —preguntó.

—Sí —dijo Louise, tan segura como podía estar de que no había ningún doble sentido en su pregunta—. Y deja de llamarme ‘jefa’.

—Solo lo hago para quedar bien, jefa.

—No necesito tu ayuda en ese sentido. Pero hoy es el último día. Robbo está tirando del enchufe así que vamos a encontrar algo...

—Buena idea —dijo Thomas, y se dirigió a la sala de incidentes.

Tratando de olvidar su error anterior, Louise sacó un inventario de las pertenencias recogidas en la caravana de Sally. Le llamó la atención un artículo en particular, que figuraba como ‘un peluche verde’. No recordaba haber visto ese artículo en la caravana, así que cargó la imagen en su pantalla. Amplía la imagen de un dinosaurio de aspecto muy barato.

No lo había visto en la caravana de Sally, pero estaba segura de haberlo visto antes en algún sitio.

DEJANDO A THOMAS A CARGO, se dirigió al centro de la ciudad, aparcando en el Centro Soberano. El pequeño recinto estaba muy concurrido y tuvo que aparcar en la planta superior. Al parecer, el cielo nublado había animado a los veraneantes a dejar atrás la playa. Cubrían el muelle como si fueran hormigas y, cuando Louise llegó al final, el ruido de la gente combinado con el constante trino electrónico de las máquinas le dio ganas de volverse.

Perseveró, abriéndose paso entre las hordas de turistas, hasta llegar a la tienda de intercambio de fichas. Un grupo de adolescentes risueñas con colas de fichas de las máquinas miraban los estantes de las ofertas, calculando lo que podían conseguir.

Y en el estante inferior, Louise encontró lo que buscaba: el dinosaurio verde, idéntico al

recuperado de la caravana de Sally, disponible por apenas quinientas fichas.

Tomó la imagen con su teléfono y esperó a que las risas de los adolescentes se dispersaran antes de hablar con el joven que estaba detrás del mostrador. No parecía haber superado la adolescencia, pero su cuello estaba cubierto de varios tatuajes entrelazados. Una espiga sobresalía de su ceja, y su oreja izquierda tenía un túnel de carne que prolongaba su lóbulo. Su mirada, y su inevitable respuesta a ella, la hicieron sentirse vieja. No entendía por qué se lo hacía a sí mismo y, por la forma en que la miraba, se daba cuenta de que le importaba poco lo que ella pensara sobre su aspecto.

Para ahorrar tiempo, le enseñó su tarjeta de autorización. La respuesta del adolescente fue tan poco comprometida que daba risa.

—¿Lleva un registro de los regalos que se hacen?

El joven se tomó un tiempo para sopesar la pregunta.

—Se registran en la caja —dijo finalmente, con una voz de barítono sorprendentemente grave.

—¿Podría conseguirme una lista de cuándo se compró un producto concreto?

—¿A qué te refieres? —dijo.

—¿Está su jefe de operaciones, Stephan Daly? —dijo Louise, cada vez más impaciente. El joven se encogió de hombros y Louise se inclinó sobre el mostrador—. Le sugiero que lo averigüe —dijo, haciendo que el chico retrocediera y se golpeará la cabeza con la estantería que tenía detrás.

Louise tardó otros cuarenta minutos en conseguir lo que quería, una impresión de todos los intercambios del dinosaurio verde en el último mes. Aunque le sorprendió el número -cuarenta y ocho personas habían considerado prudente conseguir el juguete-, le impresionó la impresión que recogía el día y la hora exactos de los intercambios.

Escaneó las imágenes en su archivo y se las envió a Thomas. Cuando volvió a la comisaría, ya tenían una coincidencia con Sally.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Thomas le puso la grabación de dos minutos de Sally en el mostrador de la tienda en el momento en que Louise regresó a la estación. Sally parecía tan emocionada como un niño mientras miraba los productos que se ofrecían. Pero su entusiasmo no era lo que le interesaba a Louise. Era la persona que la acompañaba.

—Nos centramos en las imágenes de ese día, las revisamos ahora —dijo Thomas, mientras Louise volvía a ver el video.

La imagen era sorprendentemente de buena calidad y Louise pudo enfocar al acompañante de Sally y obtener una imagen decente del hombre.

—Este es el que buscamos —dijo.

—Ya se lo he enviado a Coulson. Lo está convirtiendo en una prioridad —dijo Thomas.

Louise miró de nuevo al compañero de Sally. Era mucho más alto y delgado que Sally. Tenía un aspecto clásico: pelo oscuro, ojos grandes y lúgubres, y labios carnosos que se formaron en una sonrisa cuando Sally eligió al tonto dinosaurio verde. Pero cuando Sally no le miraba, la sonrisa desaparecía. En su lugar, había un distanciamiento concentrado. Louise había visto la misma mirada en padres impacientes después de haber complacido a su hijo por algo que no les interesaba realmente. Solo que con este hombre el cambio era más profundo. Ante la mirada de Sally, la forma de su cuerpo cambió. Sus hombros se relajaron mientras su sonrisa parecía filtrarse en él. Pero fuera de la línea de los ojos de ella, su cuerpo se tensó, su espalda se enderezó y su cara se quedó en blanco.

—¿Estás viendo esto? —dijo Louise, mientras repetía el video para Thomas.

—No parece muy contento de estar allí —dijo Thomas.

Louise dejó que se reprodujera el video. Sally cogió su juguete y la pareja salió de escena.

—Y no parece alguien que quiera acabar con su vida —dijo Louise—. Me doy cuenta de que es una simplificación excesiva —añadió, mientras Thomas iba a hablar.

—No, yo estaba pensando lo mismo. Esto es solo dos días antes de que se quitara la vida. Supongo que no se puede adivinar su estado mental en este momento, pero algo sucedió para desencadenar sus acciones.

—¿Como por ejemplo?

—¿Él la dejó? Eso es si se estaban viendo.

Louise había pensado lo mismo. Era deprimente pensar que la mujer sonriente del video se quitara la vida por culpa de ese hombre, pero no era imposible.

—Eso no explicaría por qué Claire y Victoria se quitaron la vida. Por qué todas tenían las

mismas líneas en sus notas de suicidio.

Uno de los oficiales uniformados había localizado más imágenes de la pareja. Esta vez iban de la mano, caminando de vuelta por el muelle, Sally sosteniendo el dinosaurio contra su pecho con su mano libre.

—Esta es nuestra única prioridad por el momento —dijo al equipo reunido—. Quiero saber quién es este hombre y quiero hablar con él tan pronto como sea humanamente posible.

DE VUELTA A SU MESA, Louise intentó llamar de nuevo a Paul. Después de la pelea con Robertson, el mero hecho la hacía sentir culpable, pero la idea de Emily era un dolor constante en la boca del estómago que no podía ignorar. Su instinto le decía que estaba bien con su padre, fuera cual fuera su estado mental, pero estaba desesperada por saber algo de su sobrina. Maldijo en voz baja cuando la llamada fue directamente al contestador automático. En su visión periférica se dio cuenta de que Simone se había detenido en seco e intentaba escuchar a escondidas.

—¿Te ayudo, Simone? —dijo, colgando el teléfono de golpe y volviéndose hacia la directora de la oficina.

Simone se encogió de hombros, como si no tuviera ni idea de lo que estaba hablando Louise, y se alejó sin hablar.

¿Estaba Simone transmitiendo sus acciones a Robertson? Desechó la idea tan rápidamente como la había recibido, consternada por la paranoia que se extendía por sus pensamientos.

Pasó la tarde revisando las imágenes de video de Sally y el hombre misterioso. Era importante no adelantarse, y existía el peligro de interpretar demasiado la situación, pero la escena junto a la tienda no era el único signo de la duplicidad del hombre. Tal vez fuera simplemente un rasgo de su carácter, pero se dio cuenta de la inexpresividad de su rostro mientras caminaban por el muelle, y en un segundo video que habían recuperado de la pareja jugando a las máquinas; eso hacía que los cambios en su conducta cuando Sally lo miraba fueran aún más falsos.

Se sentía cada vez más frustrada por la falta de avances en el caso y en ese momento quería estar en cualquier sitio menos en el estéril entorno de la oficina. Envidiaba a Tracey por su día libre y le habría encantado pasar tiempo con su amiga en lugar de estar dándole vueltas a lo mismo. La experiencia le decía que debía hacerlo. Tenía claro que algo fallaba y la única manera de descubrir la anomalía era seguir trabajando.

Por mucho que lo intentara, le resultaba imposible ignorar su error con respecto a las horas extras no autorizadas.

Cada vez que sus pensamientos se dirigían a Paul y Emily, intentaba volver a centrarse en el caso. El conflicto solo servía para hacerla sentir que no estaba prestando a ninguna de las dos situaciones la atención que merecían.

—Llamada para ti, Louise —dijo Simone, distrayéndola.

—Hola, Inspectora Blackwell, es la Dra. Alice Everson de la UIF en Londres. La Unidad de Investigación Forense era una división especializada de la Met. Ante la insistencia de Louise, Portishead había enviado muestras forenses de las escenas de Claire Smedley y Victoria Warrington para su análisis—. Hemos tenido una interesante coincidencia con las muestras que nos enviaron. Nada en la sangre, pero encontramos algo en ambas muestras de cabello. Hemos

estado llevando a cabo un nuevo programa sobre psicodélicos y hemos descubierto rastros de DMT en ambas mujeres.

El DMT no era algo con lo que Louise se hubiera topado tan a menudo.

—Tengo un conocimiento rudimentario de cómo funciona el DMT, Dra. Everson. ¿Estamos hablando de la línea del LSD, de los hongos?

—Sí y no. Los usuarios recreativos del DMT suelen fumarlo. Dependiendo de la dosis, puede dar una respuesta alucinógena muy fuerte.

—¿Podría afectar su estado mental de alguna manera? ¿Además de alucinar?

Louise explicó lo que les había ocurrido a Claire y Victoria. Quería saber si la droga podría haberles hecho quitarse la vida.

—Bueno, dependiendo de la dosis, y es difícil determinarlo a partir de estas muestras, su estado mental se vería muy afectado. Sin embargo, no estamos hablando de alguien que toma un viaje de ácido y cree que puede volar. El DMT puede hacer efecto casi inmediatamente, dependiendo de cómo se tome, y es muy intenso. Es poco probable que puedan hacer tanto bajo su influencia. El viaje puede no durar mucho, pero durante ese tiempo el receptor suele estar bastante incapacitado.

—¿Podría promover tendencias suicidas?

—Es posible. Depende de con qué se mezcle. Sin embargo, no había rastros de drogas o alcohol en la muestra de sangre de la Sra. Smedley. Creo que ha habido otra muerte...

Las noticias se propagan rápidamente, pensó Louise.

—Eso es correcto.

—Creo que es poco probable entonces. Tal vez en un incidente aislado, pero las posibilidades de que provoque el suicidio de tres personas son escasas. Por supuesto, habría que analizar factores externos como la salud mental de la persona. Puedo enviar los detalles de la droga. Es una propuesta muy interesante. Hay muchas pruebas anecdóticas sobre visiones compartidas. No estoy segura de que ayude a tu investigación. Un factor muy importante a tener en cuenta es el entorno donde estas mujeres tomaron la droga. El efecto de los psicodélicos está muy influenciado por el lugar donde el usuario la toma y con quién la toma.

—Así que podrían tener un mal viaje si están en un mal ambiente.

—Mucho. Si lo toman bajo presión, o en circunstancias extremas, o con gente que no conocen o en la que no confían, entonces puede haber una diferencia dramática.

—¿Qué tan rápido podrías analizar la sangre y el cabello de la tercera mujer?

—Envíalo a mi atención y lo convertiré en una prioridad.

Louise agradeció a la doctora y colgó. Estaba a punto de empezar a buscar en Internet más información sobre la droga cuando vio que Simone volvía a merodear cerca de su mesa.

—Lo siento, estaba esperando a que terminaras tu llamada —dijo Simone.

—¿Qué pasa, Simone?

—Tienes una visita.

La directora de la oficina esbozó una sonrisa y Louise pensó primero en Finch. Sin querer ocultar su impaciencia, preguntó:

—¿Quién es?

—La periodista. Tania Elliot. Dijo que querías hablar con ella. La he puesto en la sala de entrevistas dos. ¿Le digo que se vaya?

Aunque era una mala práctica que la periodista visitara la comisaría sin ser invitada, después de su último encuentro con Tania le pareció prudente escuchar lo que la periodista tenía que

decir.

—Estaré allí en cinco minutos —le dijo a Simone, volviendo a prestar atención a su pantalla.

Diez minutos más tarde, Louise entró en la sala de entrevistas 2. Tania estaba sentada detrás del escritorio bebiendo té y no se levantó cuando Louise entró en la sala. Louise no se molestó en saludar. Es una norma no escrita que los periodistas no se acerquen a los funcionarios en su lugar de trabajo y Louise no iba a disculparse por hacer esperar a Tania.

—¿Qué puedo hacer por ti, Tania? —dijo, con una voz cargada de desinterés, mientras se sentaba frente a ella.

—Es una visita de cortesía —dijo Tania—. Vamos a publicar un artículo en el Post mañana por la noche. Pensé que te gustaría comentar algo —Tania le acercó a Louise dos hojas de papel boca abajo.

—¿De qué trata el artículo? —dijo Louise.

—Creo que lo sabes. Necesito tu comentario para mañana por la mañana, a menos que quieras hablar conmigo ahora —Tania inclinó la cabeza en forma de pregunta y Louise consideró la posibilidad de echarla de la oficina. Dio la vuelta a las hojas y el título del artículo la llamó la atención: *Epidemia de suicidios en la costa*.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Louise bajó los ojos, luchando contra su pulso creciente.
—¿Me estás tomando el pelo, Tania?

La periodista permaneció neutra y Louise agradeció su respuesta; incluso un atisbo de sonrisa podría haber provocado que Louise respondiera de una manera que luego lamentaría.

—Por favor, lee el artículo.

Louise recuperó el aliento. Quería echar a Tania de la comisaría, pero la curiosidad pudo con ella.

—Esto es puro sensacionalismo —dijo, una vez que terminó. Tania había relacionado correctamente los tres suicidios, pero el tono cómplice del artículo agravó a Louise.

—Tres suicidios en poco más de seis semanas. ¿Estás de acuerdo en que están relacionados, inspectora Blackwell?

—No estoy de acuerdo contigo, Tania.

—He visto las dos primeras notas de suicidio. ¿Había una nota para Sally? —dijo Tania, ignorándola.

—Pensé que estábamos de acuerdo en que esto podría hacer más daño que bien.

—Creo que esa fue tu conclusión. Quizá este artículo alerte a la gente. Les haga vigilar más a sus seres queridos.

Louise no estaba segura de que ninguna de las tres mujeres tuviera seres queridos, pero no iba a decírselo a Tania.

—No puedo impedir que publiques esto, Tania, pero si hay algún suicidio imitado, tendrás algo en qué pensar.

—¿Cree que los tres suicidios están relacionados, Inspectora, y si es así cómo?

—Puedes seguir los procedimientos normales si quieres algo de mí. No estoy segura de por qué estás aquí.

—Te lo dije, cortesía profesional. No quiero convertirte en un enemigo, Louise. Tengo un trabajo que hacer tan bien como tú. Aprecio el tiempo que me dedicaste durante el caso del Asesino de la Pensión y quería devolverte el favor.

Louise había experimentado ambos lados de la prensa. A veces, podían ser una ventaja, pero durante el caso Walton -que finalmente la había llevado a dejar el MIT- había sufrido en sus manos. Se sintió como si hubiera sido juzgada por los periódicos sin un juicio. Naturalmente, esto le había dejado una clara falta de confianza en todos los periodistas, y la lectura del artículo de Tania no la hacía cambiar de opinión.

—Bueno, gracias por el aviso. Hablaré con el departamento de relaciones públicas y se pondrán en contacto si es necesario —dijo, abandonando la sala de entrevistas.

—Que no vuelva a ocurrir —le dijo a Simone, enviando el artículo por correo electrónico al departamento interno de relaciones públicas antes de cerrar el ordenador por hoy. ¿Había cometido otro error? Podría haber vigilado más de cerca a Tania después de su reunión, podría haber solicitado la ayuda de Dominic Garrett para evitar que esto sucediera. Pero cuestionarse a sí misma no ayudaba en nada. Cogió su teléfono y comprobó si había noticias de Paul antes de salir de la comisaría.

Era un alivio estar fuera, a pesar del calor empalagoso. De mala gana, llamó a Tracey y canceló su encuentro. No podía enfrentarse a una noche de convivencia, ni siquiera con alguien tan fácil de llevar como su amiga. Pero tampoco quería estar sola, así que se unió a la serpenteante fila de coches que salían de Worle y se dirigió hacia la M5 y la casa de sus padres.

LLEGÓ UNA HORA MÁS TARDE, gran parte de su trayecto lo pasó inmóvil junto a Cribbs Causeway. El oscuro estado de ánimo de sus padres parecía haberse manifestado en la casa. Estaban sentados en el salón, envueltos en un manto de sombras, y su madre volvía a beber vino. A Louise no se le escapó la ironía, pero no intentó quitarle la bebida.

—Tracey está trabajando en ello. Acabo de hablar con ella y nos avisará si hay algún avistamiento. Nadie que coincida con la descripción de Paul o Emily ha sido admitido en el hospital en las últimas setenta y dos horas. Estoy segura de que se la ha llevado a algún sitio y es su forma egoísta de castigarnos.

Su madre se estremeció al mencionar el hospital y dio un trago a su copa de vino. Louise intercambió una mirada con su padre, pero ninguno de los dos hizo ningún comentario.

Louise preparó pasta para los tres y juntos fingieron ver la televisión de la noche. Cuando su madre fue a abrir una nueva botella de vino, su padre la detuvo y les preparó un té. Mientras la tetera hervía, sonó el teléfono de su madre.

—Es él —dijo ella, con la piel perdiendo todo su color.

Su padre cogió el teléfono antes de que Louise pudiera cogerlo.

—Paul —dijo, con una voz más esperanzada que enfadada.

Louise estudió a su padre en busca de su respuesta y luchó contra las lágrimas cuando su cuerpo se relajó.

—¿A qué demonios estás jugando, hijo? ¿Está bien Emily?

—Ponlo en el altavoz, papá —dijo Louise.

—Bien —dijo Paul, mientras su padre lo ponía en el altavoz.

Con su madre llorando, Louise tomó el teléfono de su padre.

—¿Dónde diablos estás, Paul? —dijo, su ira se apoderó de ella ahora que el shock del alivio se había disipado.

—No te lo voy a decir.

—¿Dónde está Emily?

—Durmiendo.

—Tienes que volver aquí mañana, Paul. ¿Tienes idea de lo que nos has hecho pasar?

—No me vengas con tu mierda santurrón —dijo Paul, con un tono acelerado.

—¿Has estado bebiendo?

—Sí, he estado bebiendo. ¿Y qué?

—Tienes que traerla de vuelta mañana, Paul, te lo advierto.

—¿O qué? Soy el padre de Emily. Eso es algo que todos parecen olvidar —Ahora estaba gritando y Louise temía que colgara.

Comprendiendo, su padre le devolvió el teléfono.

—Escucha, hijo, solo queremos lo mejor para ti y Emily. Por favor, vuelve. Podemos solucionar esto. Todos te queremos.

Louise oyó el sonido de su hermano luchando contra las lágrimas mientras se acercaba a abrazar a su madre. *Bastardo egoísta*, pensó, al mismo tiempo que le invadía la empatía de una hermana. Era difícil seguir enfadada con él. La muerte de Dianne había destruido lentamente a Paul y nadie sabía cómo ayudarlo.

Le oyó sollozar mientras decía:

—Volveré antes del fin de semana.

—¿Paul, Paul? —gritó su padre. Pero la línea se había cortado.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Amy no podía concentrarse en el trabajo. Se movía durante el día en un vacío, atendiendo a clientes sin rostro en piloto automático. La cafetería siempre había sido un lugar horrible para trabajar, pero hoy era peor que nunca. La grasa permanecía en el aire. Recubría su piel y su pelo, invadía sus pulmones y su cuerpo. Quería limpiarse por dentro y por fuera. Estaba cansada de la monotonía de su día, de Keith con su chaleco empapado de mugre, ladrando órdenes y ni siquiera tratando de ocultar su lujuria por Nicole.

—¿Estás bien? —preguntó Nicole. Estaban limpiando las mesas exteriores, con un toque de lluvia en el aire.

—Solo un poco agotada.

Megan se había quedado toda la noche. Para empezar, habían compartido la cama, pero Megan estaba tan inquieta y excitada por su encuentro con Jay, que Amy se había trasladado al sofá. Aun así, no había podido dormir.

Al principio, el entusiasmo de Megan había sido contagioso. Amy estaba realmente feliz por su amiga, todavía lo estaba, pero la realidad de lo que significaba su encuentro con Jay pronto empezó a perturbarla. No eran solo celos. Sí, su estómago se revolvía ante la idea de que Megan viera a Jay sin ella, pero hacía tiempo que había aprendido que Jay no era solo suyo.

La lección había sido difícil de aprender. Sabía desde el principio que había otras personas - el trabajo de Jay era demasiado importante como para limitarlo-, pero aún recordaba con horror la noche en que le presentaron al resto del grupo. Habían sido encantadoras, por supuesto, pero eso no había impedido la sensación de pánico cuando Jay la presentó. Una parte de ella había pensado -al menos esperaba- que no era cierto, que Jay era todo suyo, y ver a todas las demás había sido un shock.

Había visto la misma expresión en la cara de Claire cuando la presentaron -la última discípula de Jay, su grupo ya completo- unos meses después: la confusión y el pánico, la conciencia de que las cosas serían diferentes para siempre. Sin embargo, aunque la punzada de celos por compartir a Jay nunca se había disipado del todo, se había desvanecido. Era especial e importante formar parte del trabajo de Jay. Amy formaba parte de algo mucho más grande que ella misma y era egoísta e irresponsable cuestionarlo. Entonces, ¿por qué la noticia de Megan la había afectado tanto?

Debería sentirse bien por su amiga y había fingido estarlo la noche anterior. Megan había sufrido más que la mayoría de su grupo y se merecía estar con Jay, se merecía la oportunidad de ir a ese lugar especial que Jay les había mostrado. Y en verdad, Amy no se lo negaba.

Por fin se dio cuenta de que lo que le preocupaba no era la inminente muerte de Megan, sino que, sin ella, volvería a quedarse sola.

MIENTRAS VOLVÍA A CASA, pensó en llamar a Megan, pero se abstuvo. Jay la había recogido a la hora del almuerzo, así que Megan habría apagado su teléfono. No es que hubiera contestado. Megan no se arriesgaría a que Jay descubriera que estaban en contacto fuera del grupo.

Amy compró la primera edición del *Post* y la llevó a su lugar en Ashcombe Park. La amenaza de lluvia había remitido y, por una vez, disfrutó del ruido de los niños alborotando en el patio. Tomó asiento y encontró un pequeño artículo sobre Sally enterrado en el periódico. El artículo ni siquiera decía cómo había muerto Sally. Seguía sin aparecer su nombre y de nuevo Amy pensó en llamar a la policía, pues le resultaba insoportable la idea de que Sally desapareciera del mundo sin que nadie lo supiera.

Mientras Amy cerraba el periódico, se le ocurrió que en algún momento pronto leería un artículo similar sobre Megan. Algunos de los padres la miraron incómodos cuando rompió a llorar.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Cuando el teléfono de Louise sonó justo cuando se iba a dormir, se sorprendió al ver el nombre del Detective en Jefe Robertson parpadear en la pantalla, y su intriga pronto se convirtió en consternación cuando leyó el mensaje que la citaba en el trabajo para una reunión a las 7 de la mañana.

Había vuelto a pasar la noche en casa de sus padres, saliendo a hurtadillas de madrugada mientras ellos aún dormían. Se habían quedado hasta tarde, abriendo otra botella de vino. Louise había bebido con ellos -más para evitar que su madre bebiera que para cualquier otra cosa- y ahora se arrepentía, con la boca seca y una débil palpitación en la cabeza como recompensa por el exceso.

Entró y salió de su bungalow para ducharse y cambiarse en cuestión de minutos y llegó a la estación justo cuando llegó Robertson. Llevaba dos tazas de café y le entregó una antes de hacerla pasar. Ella le dio las gracias, pero él no respondió y le siguió en silencio hasta su despacho, preguntándose si le esperaba otra reprimenda.

Una cosa de la que no se podía acusar a Robertson era de ser rencoroso. No le gustaban los juegos y fue directamente al grano.

—Anoche tuve una bonita charla con el subjefe.

Louise respiró con fuerza. Las horas extraordinarias no autorizadas habían sido un simple error y le sorprendía que hubiera llegado hasta el ayudante del jefe de policía.

—Me preguntó si sabía algo de esto —dijo Robertson, empujando hacia ella una copia impresa del informe periodístico propuesto por Tania Elliot.

Al principio fue un alivio que las horas extras dejaran de ser un problema, pero cuando Louise bajó la mirada ese alivio se convirtió en consternación. Había enviado el informe al equipo de relaciones públicas, pero no lo había enviado a Robertson.

—No creí que tuviera que consultarlo contigo, Iain.

—¿Ah no?

—Era tarde y supuse que Relaciones Públicas se encargaría de ello —Era el procedimiento normal, pero en retrospectiva habría tenido sentido incluir a Robertson, especialmente después de la debacle con las horas extras.

—Se ocuparon bien de ello. Se lo enviaron a Morley con pánico, y ahora se ha soltado toda la mierda del mundo.

Louise sacudió la cabeza. Sí, el artículo podría causar algunos problemas, pero ella era lo suficientemente veterana como para no tener que consultarlo todo con Robertson. Sin duda,

Morley había visto su nombre en el informe y había decidido crear un problema donde no lo había.

El subcomisario Morley había presidido su salida del equipo de investigación principal. Si se hubiera salido con la suya, la habrían destituido por lo ocurrido durante el caso Walton. El hombre estaba firmemente de parte de Finch y le había dado tanto un ascenso a Detective en Jefe como vía libre para reformar completamente el MIT. Louise estaba segura de que Morley esperaba su dimisión. El traslado a Weston había sido como un despido, pero ella había aguantado y, desde entonces, él había estado esperando que cometiera un error.

—No sé qué quieres que diga, Iain. El artículo es bastante objetivo. Es el tercer suicidio y las notas son casi idénticas.

—¿Pero no menciona la última nota? —dijo Robertson.

—No, eso no se le ha filtrado todavía —dijo Louise, arrepintiéndose de su rebeldía nada más hablar.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Cuando volvieron a la comisaría, ya habían empezado a llegar llamadas relacionadas con el artículo del *Post*. Una pequeña pila de notas esperaba en el escritorio de Louise para que ella actuara, y temía que la reacción a la fotografía provocara más trabajo del que la pequeña comisaría podía soportar. La Dra. Alice Everson, de la Met, había llamado, así que Louise se ocupó primero de eso y le dio la pila de notas a Thomas.

La llamada a Londres fue directa.

—Siento haber perdido su llamada antes, Dra. Everson —dijo Louise.

—No hay problema. Hemos hecho algunas pruebas a su tercera mujer, Sally Kennedy, y hemos encontrado una cantidad casi idéntica de DMT en sus muestras de pelo. Puedes sacar tus propias conclusiones, pero estos resultados sugieren que ella ha tomado una cantidad similar de DMT que Claire Smedley y Victoria Warrington.

—Vale, no estoy segura de si quería oír eso o no.

—Sí —dijo Everson, como si estuviera distraída con algo—. Sí, aquí estamos. Me alegro de que hayas llamado. Estaba discutiendo tu caso con un colega. No trabaja en la policía, pero está interesado en las drogas psicodélicas y en particular en el DMT. Actualmente está llevando a cabo un ensayo clínico con DMT en Londres. Estaría interesado en hablar contigo. Está en una conferencia en la Universidad de Exeter y dijo que estaría encantado de reunirse contigo para discutir más. No está muy lejos de ti, ¿verdad? Su nombre es Dr. Mark Forrest.

—No, sería estupendo —dijo Louise, tomando los datos de contacto antes de colgar. Consiguió alcanzar a Forrest justo antes de que se marchara y quedó con él a la mañana siguiente.

Antes de marcharse, se puso en contacto con Thomas, que había estado coordinando la línea telefónica desde su regreso de Nailsea.

—Tenemos algunos nombres, pero hasta ahora no hay dos iguales —le dijo.

Pensó en preguntarle si quería ir a tomar algo, pero el día la había agotado. Quería volver para comer y ducharse, para dormir bien por una vez. Dudó un poco más de la cuenta.

—¿Todo bien, jefa? —preguntó Thomas.

Louise negó con la cabeza.

—Lo siento, estoy a kilómetros de distancia. Y deja de llamarme ‘jefa’ —añadió, alejándose.

EN CASA llamó a su madre mientras hervía unos raviolis. A pesar del drama de los últimos días,

la llamada de Paul había aplacado un poco a sus padres. Su madre parecía lúcida, casi como siempre.

—Su teléfono sigue apagado, pero supongo que no quiere que lo localicemos —le dijo a Louise.

A Louise no le gustaba la forma en que su madre ponía excusas a Paul, pero se contentaba por ahora con que hubiera llamado. Las próximas dos semanas serían duras para todos, pero ni siquiera Paul sería tan egoísta como para no volver a llamar.

—¿Cómo está papá? —preguntó.

—Ya lo conoces. Ahora está muy callado. Estoy preocupada por lo que pasará cuando vuelvan, pero por ahora estoy feliz de que ambos estén a salvo.

—¿Llamará tan pronto como se ponga en contacto contigo de nuevo?

—Por supuesto.

—Bien, mamá. Que duermas bien —dijo Louise, colgando.

Louise había intentado rastrear el teléfono de Paul en su aplicación de búsqueda de teléfonos, pero no tenía ningún dato de acceso para él. Pensó en pedirle ayuda a Coulson, pero dudaba que él pudiera hacer mucho en ese momento y no quería que nadie más se involucrara. Sin embargo, ya tenía una lista mental de dónde podría haber llevado Paul a Emily. Había descartado la primera posibilidad, Weston, pero había otras opciones. Si tuviera que adivinar, diría que había ido a algún lugar de Cornualles. Pasaban las vacaciones de verano en el condado, y Paul y Dianne habían llevado a Emily allí en un par de ocasiones cuando era un bebé. Louise no estaba dispuesta a iniciar una búsqueda de su hermano por todo el condado, pero si se diera el caso, al menos tendría una ventaja.

Mientras cenaba, en la pantalla del televisor aparecía una imagen de la compañera de Sally. Louise cerró los ojos mientras el lector de noticias repetía el número de emergencia, preguntándose si entre las llamadas molestas encontrarían oro.

A pesar de la promesa que se había hecho a sí misma, no se fue directamente a la cama. Se sirvió una buena dosis de vodka de la botella que guardaba en el congelador, y actualizó sus archivos, aún con el recuerdo del titular que había leído antes: Suicidio en el mar.

El trago tuvo un efecto inmediato, la tensión se disipó a medida que el alcohol se filtró en su torrente sanguíneo. Se puso en pie, tambaleándose ligeramente, mientras trazaba una línea que unía las imágenes de las tres mujeres en el tablón de anuncios. Debajo de ella escribió DMT y la conectó con la imagen del acompañante de Sally, el Sr. X.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

La alegría estaba pintada en la cara de Megan. Se notaba en el movimiento suelto de sus extremidades cuando cruzaba la calle para saludar a Amy al salir del trabajo. Aunque Amy sintió un poco de envidia, no podía envidiar a su amiga. Se dio cuenta de que Megan quería contarle todo allí mismo. Estaba a punto de hablar cuando Amy le presentó a Nicole, que había estado de pie detrás de ella como si utilizara a Amy para protegerse.

—Oh, hola —dijo Megan, con una mirada de confusión.

—Íbamos a tomar un helado —dijo Amy.

Los rasgos de Megan se endurecieron y no respondió.

—Está bien, estoy cansada —dijo Nicole—. ¿Por qué no te vas y te veo mañana?.

La tensión era evidente en el cuerpo de Megan y Amy se preguntó qué le había pasado a su amiga.

—De acuerdo, Nicole, si estás segura.

—Estoy segura. Nos vemos mañana. Encantada de conocerte —dijo Nicole.

Megan levantó la cabeza, escapando de su boca algo parecido a un gruñido. Amy la miró fijamente mientras Nicole se alejaba.

—¿Qué? —preguntó Megan.

—Eso fue un poco grosero.

—Lo siento, lo fue. Necesito contarte lo de anoche y no podía con ella allí. Por favor, discúlpate por mí mañana —dijo Megan, volviendo a tener la claridad en sus ojos.

Caminaron hacia el muelle y luego bajaron a la arena. El mar estaba a medio camino, la espuma blanca se disolvía al llegar a la orilla. Megan saltó al lado de Amy, tratando de decir todo a la vez. Amy se encontró desconectada, sus sentidos se concentraron en la ligera brisa marina, el toque de sal en el aire, el cosquilleo en su piel expuesta por el sol.

—Lo tomamos de nuevo. Juntos —dijo Megan, mientras caminaban detrás del viejo edificio donde había estado el parque acuático Tropicana.

Las palabras se filtraron hasta Amy y dejó de caminar.

—¿El DMT? —dijo.

Megan asintió tres o cuatro veces, emocionada como una niña.

—Fue una dosis completa, como cuando... Se detuvo, todavía sonriendo, al referirse a los otros que habían pasado.

—¿Te inyectó?

—Sí.

—¿Y Jay también la tomó?

Los ojos de Megan se abrieron de par en par con asombro.

—Él lo tomó primero —dijo—. Me senté con él. Parecía muy sereno. Habló con ellos y me dijo que estaban esperando de nuevo.

—¿Y lo estaban?

Megan empezó a llorar.

—Sí. Estaba aún más claro que cuando lo fumé. Me tomaron de la mano y me lo mostraron. Ahora lo entiendo de verdad, Amy. Me están esperando. Sé que me espera algo mejor, ¿no es increíble?

Amy abrazó a su amiga. ‘Ellos’ tenían diferentes nombres. ‘Los guardianes’, ‘las entidades’, ‘los guías’, ‘los alienígenas’. Amy había sido escéptica cuando Jay le habló por primera vez de la droga, de lo que podía esperar. Ya lo había hecho casi todo, excepto, afortunadamente, dejar de inyectarse. Había tomado su cuota de psicodélicos -hongos, LSD, entre otros- y lo único que sabía era que no había dos viajes iguales. Ella misma había experimentado reacciones muy diferentes y había visto los efectos tan dispares que tenían las drogas en los demás. Conocía a más de una persona que había llevado las cosas demasiado lejos, que había quedado permanentemente afectada por su consumo. Cuando Jay la conoció, llevaba años sin consumirlas. Había oído hablar del DMT, pero nunca había estado disponible, así que nunca lo había tomado.

Se rio cuando Jay le habló de los guardianes. Había oído rumores, pero cuando lo decía en voz alta sonaba ridículo.

—Está bien documentado —había dicho Jay, divertido por su humor—. Miles de personas en todo el mundo han tenido la misma experiencia. ¿Cómo es posible que todo el mundo tenga el mismo viaje?.

Le habló de su estancia en Perú, de cómo se unió a un grupo de viajes extremos y pasó meses con dos tribus amazónicas en las que acabó participando en la ceremonia de la ayahuasca.

—Para ellos es la vida. Todavía están conectados, nosotros —dijo, señalando la acumulación de luces en las calles y los edificios de oficinas—, hemos perdido nuestro camino.

Le había dado algunos libros para que los leyera y ella estaba de acuerdo con gran parte de lo que le había dicho, pero seguía dudando hasta ese día de que le dejara tomar la droga como es debido. La llevó a acampar a un lugar remoto que conocía en la península de Brean. Ya le había dado pequeñas pruebas, pero era la primera vez que se ofrecía a inyectarla.

La idea de usar una aguja la había inquietado, había visto las consecuencias de compartir agujas en el pasado, pero Jay había sido meticuloso con la seguridad. Nunca la obligó. La elección era de ella. Cuando ella aceptó, él actuó como consejero, con palabras tranquilizadoras y orientadoras, mientras el DMT llegaba a su torrente sanguíneo. Le había dicho lo que podía esperar -la sensación de flotar, las geometrías arremolinadas, la sala de espera y los guardianes- y, aunque no era exactamente como ella había imaginado, sus predicciones se habían hecho realidad.

El recuerdo de lo que ocurrió después nunca se desvaneció. A lo largo de los años había escuchado bastantes historias de drogas, había vivido momentos en los que se había sentido más conectada que en su vida normal, pero esto lo eclipsó todo. El mundo se disolvió y ella se convirtió en parte de algo más. Era más una sensación que una visión, una mezcla de colores y sonidos. Lo sintió en su interior y supo -en ese momento y después- que era real. Los dos guardianes estaban en la sala de espera flotante. No hablaron, pero le explicaron que habían

estado esperando a que se abriera paso, y mientras la conducían a un laberinto de colores y formas, empezó a ver la silueta de dos figuras.

No había necesitado explicarle a Jay lo que había sucedido. Él lo sabía. Y aunque Amy desconfiaba por naturaleza de la mayoría de las cosas, desde ese momento creyó en el poder de la droga. Su creencia se vio reforzada por los testimonios de todos los demás miembros de su pequeño grupo, incluida Megan, que habían experimentado reacciones similares.

Y cuando Jay le dijo que un día podría dejar este mundo e ir a ese lugar especial, no se asustó, sino que se desesperó por ir.

—¿Qué pasó después? —dijo Amy, odiando la insinuación de celos en su voz.

—Pasamos la noche juntos —dijo Megan, sonrojada.

Amy nunca se había acostado con Jay. Nunca habían discutido las razones y ella sabía que él no se había acostado con las demás; al menos hasta que les llegó el turno de seguir adelante.

Amy no pudo controlar los rápidos latidos de su corazón.

—¿Significa esto que...? —preguntó a Megan, que la miraba con una expresión de tal serenidad que era difícil sostenerle la mirada.

—Este fin de semana. Jay nos enviará un mensaje a todos pronto. Me ha pedido que te deje algo —dijo Megan, entregándole un papel.

Amy desdobló la nota, ambas lloraron al leer la vida de Megan. Amy tomó la mano de su amiga.

—Te echaré de menos —dijo.

Megan la abrazó con fuerza.

—La muerte no es el final. Te estaré esperando.

CAPÍTULO TREINTA

Louise llamó al Dr. Forrest a primera hora de la mañana. Aunque le hubiera gustado ver al hombre cara a cara, un viaje a Exeter le parecía extremo para lo que podría ser nada más que una conferencia sobre el consumo de drogas, y había demasiado que hacer en la estación.

El médico fue comprensivo.

—Está bien, ¿cómo puedo ayudar? —dijo.

Louise se sorprendió por el tono agudo de su voz, decepcionada por sus propias ideas preconcebidas.

—¿La Dra. Everson te mencionó que se han encontrado rastros de DMT en las tres víctimas de suicidio en nuestra ciudad en las últimas semanas?

—Sí, una situación muy trágica —dijo Forrest.

—¿Hay algo en tu investigación que relacione la toma de DMT con el suicidio?

—No específicamente —dijo el doctor.

—¿Qué puedes decirme? —preguntó.

—¿Qué entiendes del DMT? —preguntó Forrest.

—Por mis conversaciones con la Dra. Everson, conozco lo básico. Sé que es un alucinógeno.

Forrest se aclaró la garganta y un sonido chirriante pasó por el auricular de Louise.

—Lo entiendo. Te confieso, inspectora, que he estado pensando en tu caso desde que la Dra. Everson lo puso en mi conocimiento. Lo que despertó mi interés fueron las notas de suicidio. Esta idea de una conexión, otro mundo. Puedo enviar por correo electrónico algo de literatura sobre el tema. Ha habido algunos análisis interesantes a largo plazo de DMT y esta idea de otro mundo, o un universo paralelo ha sido prevalente. Una particularidad ha sido la sensación en muchos sujetos de que lo que han experimentado ha sido real.

—¿En qué sentido?

—Bueno, la respuesta retrospectiva habitual después de tomar un alucinógeno, el LSD por ejemplo, es una aceptación de que la experiencia fue esencialmente un truco químico de la mente. Sin embargo, muchos usuarios de DMT sostienen que su experiencia fue real, que la droga los transportó a otro mundo o plano de existencia. Además, suelen ser capaces de recordar la experiencia con mayor detalle incluso muchos meses después de tomar la droga. Y luego están los guardianes.

—¿Guardianes?

—Muchos de los voluntarios en los ensayos del DMT afirmaron haber sido encontrados por

guardianes en estos mundos paralelos. Pueden adoptar muchas formas -mi favorita en particular es la descripción de Terence McKenna, que los llamó ‘elfos de las máquinas que se transforman a sí mismos’-, pero parecen ser una constante como experiencia para muchos que toman la droga.

—Esto parece material de ciencia ficción —dijo Louise.

—¿No es así? Todavía no sabemos con certeza por qué los usuarios tienen experiencias tan similares. La naturaleza de la investigación de tales fenómenos hace que sea muy difícil de cuantificar. Sin embargo, algunos consumidores del DMT suelen estar convencidos de la existencia de una vida después de la muerte. Solo estoy especulando, por supuesto, pero tal vez esto fue un factor en la decisión de las mujeres de quitarse la vida. Sin embargo, es fascinante. Otra posible vía que podría explorar sería la conexión entre el DMT y las ECMs.

—De nuevo, tendrás que explicarme, Dr. Forrest.

—Mis disculpas, puedo quedar atrapado en la jerga. Las ECMs son experiencias cercanas a la muerte. Estoy seguro de que has oído hablar de ellas. Muchos pacientes que técnicamente mueren, tal vez por un paro cardíaco durante una operación, a menudo dicen ver cosas como una luz al final del túnel, o tener una experiencia fuera del cuerpo donde se ven a sí mismos en la cama del hospital. Una vez más, no tenemos una explicación real para esto, pero hay ciertas consistencias entre los recuerdos de las ECMs y los que han tomado DMT. Tal vez esto podría dar una pista sobre la motivación de estas tres mujeres. Es algo fascinante, ¿no?

Louise no comentó la fascinación del hombre y se mordió la lengua en lugar de reiterar que tres mujeres estaban muertas. Ciertamente, la relación con las experiencias cercanas a la muerte era interesante. Si el DMT había convencido de alguna manera a las mujeres de la existencia de una vida después de la muerte, podría ser una razón que las motivara a quitarse la vida.

—Volviendo a estos guardianes, me sigue pareciendo inconcebible que todos los que toman la droga vean lo mismo.

—No todo el mundo, por supuesto, y yo diría que no es exactamente lo mismo, ya que estos supuestos guardianes tienen diferentes apariencias. Además, en la investigación clínica más amplia realizada hasta ahora se utilizaron sesenta participantes y solo la mitad de ellos dijeron haber experimentado un plano de existencia diferente y un encuentro con un guardián. Obviamente, el hecho mismo de que los sujetos estén tomando una droga altamente alucinógena hace que los resultados sean difíciles de interpretar. Muchos voluntarios fueron incapaces de describir completamente lo que vieron, y además existe la posibilidad de una influencia habitual.

—¿Por qué quieres decir... ?

—En términos sencillos, lo que el sujeto experimentó podría estar influenciado por otros factores, como su entorno y las personas con las que estaba cuando tomó la droga. Y, por supuesto, habría que considerar la pureza de la propia droga. Hay innumerables derivados posibles y la droga podría estar mezclada con otros narcóticos.

—Lo que estás diciendo es que la gente a la que se le da el DMT podría ser impulsada a ver cosas específicas.

—Estoy diciendo que eso está abierto a debate, pero ciertamente la escena y el escenario son fundamentales para la experiencia alucinógena. No querrías tomar ningún psicodélico en un estado de ánimo equivocado o en una situación extrema. El carácter común de los guardianes es algo que todavía no se ha explicado del todo. Pero sí, es concebible que un usuario pueda, hasta cierto punto, estar abierto a la posibilidad de la sugestión. Te enviaré algo de literatura. Por favor, manténme informado y estaré encantado de ayudarte.

Louise colgó y se tomó su tercer café del día. Comprobó cómo estaban sus padres antes de irse a trabajar, sin sorprenderse de que Paul no hubiera llamado.

PENSÓ en su conversación con el Dr. Forrest mientras se dirigía a la estación. Toda la charla sobre otros mundos, guardianes y extraterrestres, y experiencias cercanas a la muerte la hacían sentir como si todavía estuviera soñando. El hecho de haber escuchado tales explicaciones de un científico de renombre, por recomendación de un especialista en meteorología, lo hacía aún más confuso.

Al llegar a la comisaría la recibió una tormenta. Era como si el verano se hubiera acabado en unos días gloriosos. Un cielo gris se cernía sobre la comisaría. El aparcamiento ya estaba lleno y Louise percibió la gran actividad al entrar en la puerta principal. No estaba segura de qué era lo que se proponía todo el mundo. ¿Se trataba de averiguar por qué las tres mujeres se habían quitado la vida? ¿O es que la comisaría estaba luchando contra la inevitable sensación de que habría más suicidios?

Revisó la nueva pila de notas que la esperaban en su escritorio, las listas de avistamientos de la compañera de Sally con información de seguimiento. Se conectó para ver el doble de correos electrónicos que la esperaban, incluido un correo del Dr. Forrest con la documentación que había prometido. Louise no estaba segura de tener el valor de decirle al equipo que el caso tenía algo que ver con los hombrecillos verdes, pero de todos modos hizo clic en los enlaces.

Louise no era una científica, pero no vio nada completo en los artículos que leyó. Parecía haber muchas conjeturas, aunque Forrest había tenido razón en cuanto a la constante referencia a los guardianes. Por el momento, la información era más perjudicial y confusa que útil, y se alegró cuando Thomas puso una taza de café sobre su mesa.

—Jefa.

—Gracias, lo necesito —dijo Louise, bebiendo el café como si saciara su sed.

—Pensé que te gustaría saber que tenemos una pista sobre nuestro hombre misterioso. Tres personas han dado el mismo nombre para él. Jay Chappell. ¿Puedo? —dijo Thomas, mirando su teclado.

—Claro.

Thomas cargó Facebook y localizó el perfil de Jay Chappell. Su página no se había actualizado en más de un año, pero la foto borrosa del perfil coincidía con la del compañero de Sally.

—Tenemos una dirección en Newport, Gales. La policía local está en camino.

—Que no se diga que la prensa no es útil —dijo Louise.

—Hay más. No estoy seguro de lo que significa, pero Coulson ha encontrado algunos grupos online a los que Chappell pertenece. Te enviaré los enlaces. Alguna mierda rara, de otro mundo.

A Louise se le apretó el pecho.

—¿Puedes ser más específico sobre esa ‘mierda de otro mundo’?

Thomas se rio.

—Lo siento, es un poco vago. Toma —dijo, tocándole el brazo mientras volvía a escribir en su teclado—. Algo relacionado con la selva peruana. Una tribu que fue a visitar.

—Eso es algo —dijo Louise, escudriñando la información. Ya había visto suficientes coincidencias como para no dejarse llevar, pero al leer sobre la incursión de Chappell en la selva

y su testimonio sobre la ayahuasca, la infusión de DMT, le resultaba difícil no hacerse ilusiones.

Sin embargo, todavía se sorprendió cuando una hora más tarde Simone condujo al hombre a la oficina.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

U n silencio colectivo descendió sobre la sala cuando Louise se acercó a Simone.

—Este es Jay Chappell. Acaba de ser procesado por la recepción —dijo Simone.

—Anoche vi mi foto en el periódico —dijo Chappell. Era más alto de lo que aparecía en la pantalla, al menos 1,90 m. Le sonreía. No de forma desagradable, más bien como si le divertiera encontrarse en la comisaría.

—Inspectora Louise Blackwell. Gracias por venir aquí. Simone, por favor busca una sala de entrevistas para el Sr. Chappell. Eso si le parece bien responder a algunas preguntas.

—Por supuesto, como sea puedo ayudar.

—Ojalá el trabajo fuera siempre tan fácil —dijo Thomas, mientras Louise volvía a por su cuaderno.

—Le entrevistaré a solas. Tú mira desde el enlace de video, a ver si detectas algo —dijo Louise—. Lleva a Coulson allí también. Asegúrate de que se está grabando bien.

Chappell se puso de pie cuando ella entró en la sala de interrogatorios tres, con un vaso de agua frente a él.

—Gracias de nuevo por venir a vernos tan pronto, Sr. Chappell. Debe haber sido un poco impactante verse en los periódicos.

—Lo fue, pero no tanto como ver las noticias sobre Sally. Y puedes llamarme Jay —La diversión inicial había desaparecido de los ojos del hombre, sustituida por una estudiada seriedad.

Louise le explicó las formalidades, ofreciéndole a Chappell representación legal si lo consideraba necesario, al tiempo que intentaba sonar lo más ligera posible sobre su conversación.

Chappell rechazó la sugerencia.

—No, sé por qué querías hablar conmigo. Estuve con Sally el otro día no mucho antes de que ella... Su vacilación parecía genuina, sus ojos se humedecieron mientras sus palabras vacilaban.

—¿Podría decirme cuál era su relación con Sally Kennedy?

Chappell resopló, sacando un pañuelo de su bolsillo.

—Lo siento —dijo—. La conozco desde hace algunos años. Somos buenos amigos, aunque no la veía tan a menudo como me hubiera gustado.

—Estaban cogidos de la mano en el muelle —dijo Louise, manteniendo un tono ligero, como si su comentario no significara realmente nada.

El hombre se encogió de hombros. Tenía una forma intensa de mirarla, sus ojos no se apartaban de los de ella. Louise imaginó que la mayoría de la gente encontraría su mirada

desconcertante, o halagadora, dependiendo de su punto de vista.

—Los amigos pueden tomarse de la mano, ¿no?

—Por supuesto. Entonces, ¿cómo conoció a Sally?

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo. La conocí hace años.

—Parecía que se lo estaba pasando muy bien en el muelle.

Chappell bajó la mirada.

—Así era. Por eso no entiendo por qué lo hizo.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio, Jay?

—Fue ese día. Tomamos un autobús a su casa. La dejé allí y me fui a casa.

—¿A Newport?

Louise notó un parpadeo de duda en el hombre. Sus ojos se entrecerraron y se detuvo antes de responder.

—Ya no vivo en Newport.

—¿Ah, no?

—No, vivo aquí... bueno, en Berrow, para ser exactos. Puedo darte la dirección.

—Gracias —dijo Louise, entregándole su cuaderno y su bolígrafo.

Lo estudió mientras escribía sus datos. Su aspecto clásico era aún más evidente en carne y hueso. Tenía una actitud muy fácil, una confianza que era bastante rara en la intensidad de una entrevista policial. Sonrió mientras le entregaba el cuaderno y ella notó lo que parecía una cicatriz alrededor de su cuello.

—Sé que esto debe ser difícil de responder para usted, pero ¿dijo o hizo Sally algo que sugiriera que quería quitarse la vida?

Chappell mantuvo el contacto visual con Louise mientras consideraba la pregunta.

—Parecía feliz cuando estaba conmigo, pero sufrió, inspectora Blackwell.

—¿Sufría, cómo?

—¿Ha visto dónde vivía?

Louise asintió, guardando silencio para permitir que Chappell hablara.

—Su vida fue arruinada con un trauma tras otro. Era propensa a los cambios de humor. Lo siento, eso no es del todo correcto. Le quito importancia. Era más que simples cambios de humor. Sufría de depresión. Iba y venía. Estoy sorprendido y devastado de que esto haya sucedido, no me malinterpretes, pero tristemente no es un shock completo.

—¿Le dijo algo durante su día juntos?

—No, como ya he dicho, se lo estaba pasando muy bien —dijo él, haciéndose eco de la descripción anterior de Louise, como si la imitara—. Eso es lo que pasa con la depresión. Puede aparecer así —continuó. Louise se sintió atraída por el movimiento de sus dedos chasqueando, el ruido resonando en la habitación.

Louise parpadeó antes de preguntarle a Chappell si conocía a Victoria Warrington y Claire Smedley.

El hombre era hábil, había que reconocerlo. Apenas reaccionó.

—No, lo siento. He leído el artículo. ¿Son las otras mujeres que se quitaron la vida?

—¿Las mencionó Sally? —dijo Louise.

—No, por supuesto que no.

Louise apretó los labios, luchando contra el impulso de apartar la vista de la intensa mirada de Chappell.

—¿Puede hablarme de su estancia en el Amazonas? —preguntó.

Él reaccionó esta vez, con una pequeña arruga en la frente.

—Realmente querías hablar conmigo, ¿verdad?.

La pregunta había cambiado la dinámica de la entrevista y Louise sabía que tenía que tener cuidado de no perderlo ahora.

—Estábamos tratando de localizarlo, Jay. Fue una lectura muy interesante. ¿Tomó ayahuasca cuando estuvo allí?

Un parpadeo de inquietud apareció y desapareció en el rostro del hombre.

—No me van a encerrar por eso, ¿verdad? —dijo Chappell, sonriendo.

—Era un país extranjero, fue por uso personal y todo eso —Louise igualó su sonrisa—. ¿Pero es algo muy importante?

—Solo puedes imaginarlo. Me cambió la vida.

—Creo que también cambió la vida de Sally —dijo Louise. Era un riesgo, pero todas las reacciones de Chappell hasta ese momento habían sido tan perfectas que sintió la necesidad de intentar despistarlo.

No sabía si había funcionado. Se encogió de hombros.

—¿Qué quieres decir?

—Se encontraron rastros de DMT en el cuerpo de Sally.

La boca de Chappell se abrió ligeramente como si estuviera a punto de hacer una pregunta.

—Normalmente no buscamos esas cosas, como sabes —dijo Louise.

Chappell frunció el ceño y se enfadó.

—¿Cómo voy a saberlo?

Sintiendo que la entrevista estaba cambiando, Louise dijo:

—¿Le importaría que le tomáramos las huellas dactilares y una muestra de ADN, Sr. Chappell? Es solo el procedimiento.

Louise vio una pizca de burla en Chappell al responder.

—Solo he venido a ayudar y ahora me tratan como si hubiera hecho algo malo.

Louise se puso en pie.

—Como he dicho, Sr. Chappell, es puramente de procedimiento.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Thomas llevó a Chappell a ser procesado. Los indicios de ira y burla que Louise había percibido en él al final de la entrevista habían desaparecido. Parecía deseoso de ayudar y acompañó a Thomas con una sonrisa. Louise no sabía qué hacer con el hombre, pero su reacción a su pregunta sobre el DMT había sido reveladora. Se lo había tomado como una afrenta personal, como si al hacer la pregunta ella lo hubiera ofendido de alguna manera. Lo que la intrigaba era el cambio de comportamiento. Antes había sido el entrevistado perfecto, tranquilo y respetable, aunque un poco confiado. Su enfado sugirió que su actuación anterior podría haber sido una fachada. La revelación del hallazgo del DMT en el cuerpo de Sally había sacudido a Chappell y Louise estaba convencida de que les estaba ocultando algo.

Al volver a su mesa, la esperaban dos llamadas perdidas: una de su madre y otra de la periodista Tania Elliot. Llamó primero a su madre, sin preocuparse por los mensajes del contestador.

—¿Todo bien, mamá?

—¿No escuchaste mi mensaje?

—No, pensé que sería más rápido llamar.

—Oh —dijo su madre, como si la idea fuera ridícula—. De todos modos, hemos recibido una postal hoy. De Emily.

Louise se tensó.

—¿De dónde es?

—La foto es de la playa de Sennen. El matasellos dice Cornualles.

Sennen era una zona preciosa de Cornualles. Como familia, habían pasado una vez unas vacaciones llenas de acontecimientos cuando Louise tenía doce años. Había sido el último momento realmente agradable que pasaron juntos, ya que fue el año anterior a que su padre encontrara drogas en el bolsillo de Paul. Había sido un raro verano en Cornualles: sol perfecto y nada de lluvia. Paul parecía retirarse al pasado, tratando de recuperar algo de la felicidad anterior con su hija.

—¿Qué dijo Emily?

—Ya sabes, no mucho. Que se lo está pasando muy bien y que nos echa de menos. Ella no va a poner que ha sido secuestrada.

—Oh, mamá, eso no es necesario, ¿verdad? —El sentimiento de culpa por haber ignorado el comentario de su sobrina de irse de vacaciones seguía atormentando a Louise, pero el hecho de que Paul hubiera llamado y enviado una postal era alentador.

—Bueno —dijo su madre, con su enfado palpable por teléfono.

—¿Puedes enviar a alguien allí?

—¿A Cornualles?

—Sí.

—¿Para hacer qué?

—Encontrarlos y traerlos de vuelta, por supuesto.

Louise entendía cómo se sentía su madre, pero no podía pensar en esa posibilidad en ese momento.

—No puedo hablar de ello ahora —dijo, mirando alrededor de la habitación para ver a Simone—. Pero no creo que tengamos que hacerlo todavía. Estoy segura de que volverá a llamar pronto y podremos hablar con él.

La línea se silenció y Louise escuchó el sonido distante de su madre sollozando.

—Todo irá bien, mamá. Ha llamado y ha enviado la postal. No se está escondiendo de nosotros, ¿verdad? —ella susurraba ahora, con su mano agarrando el auricular con fuerza.

—Te llamaré esta noche, Lou.

—De acuerdo, mamá. Adiós.

Louise se frotó la frente. Por centésima vez ese mes, maldijo en silencio a su hermano antes de recordar que la postal era algo positivo. Cohibida, miró alrededor de la oficina. Por mucho que lo intentara, no podía evitar que su vida privada se filtrara en su trabajo. Lo último que necesitaba ahora era que Robertson pensara que estaba demasiado centrada en un asunto familiar para dedicar toda su atención al caso. El conflicto le estaba llevando a cometer errores. Había metido la pata con las horas extras, pero también se le había pasado decirle a Emily que se iba de vacaciones. Tenía que enderezarse, recuperar su concentración. Podía ocuparse de ambas cosas, pero tenía que separarlas. Por ahora, tenía que centrarse en su trabajo.

—Ya se fue —dijo Thomas, volviendo.

—¿Viste la entrevista?

—Sí. No le gustó que mencionaras el DMT. ¿Tiene que ser más que una coincidencia? Ha estado en la selva y ha probado la ayahuasca, y tres mujeres se suicidan con restos de la droga en la sangre.

—Es nuestro trabajo demostrar que no es una coincidencia —dijo Louise, pero en realidad aún no sabía qué significaba todo esto. Podían relacionar a Chappell con Sally, y Chappell casi había confesado que había tomado la misma droga en algún momento. Sin embargo, el hombre había acudido a la comisaría por voluntad propia y había sido útil. Tomar la droga para uso personal no era en sí mismo un delito en Perú. Tal vez si se la hubiera vendido a Sally y a los demás, y ellos pudieran demostrar que se habían quitado la vida a causa de la droga, podrían tener un caso, una razón para perseguir a Chappell, pero por el momento eso era, como mucho, una suposición.

Ya podía oír los pensamientos de Robertson y los del subjefe. Sin un vínculo directo, este tipo de casos eran casi imposibles de perseguir. La cuestión principal era determinar el estado mental de la persona que se había quitado la vida. Todo lo que tenían para seguir en este momento eran las notas de suicidio, y ahora la evidencia anecdótica de Chappell de la depresión de Sally. Si Louise fuera ahora a Robertson y tratara de presentar a Chappell como sospechoso de la muerte de las tres mujeres, éste se reiría de su despacho.

Pero había algo que no encajaba. Las corazonadas y los sentimientos no tienen cabida en el trabajo policial, pero Louise entendía la motivación y el carácter de las personas. La relación

entre las notas de suicidio y el DMT era suficiente para mantener su interés en Chappell. Él ocultaba algo, y ella les debía a las tres mujeres seguir adelante en la investigación y averiguar qué era.

EL ENFOQUE de su sesión informativa de esa tarde fue todo sobre Jay Chappell.

—Tenemos que averiguar todo lo que podamos sobre este hombre. Me refiero a todo, desde el pasado hasta el presente. Thomas, necesito que te concentres en este enlace sobre el DMT. Simon, ¿cuánto tiempo te podemos tener en el cuartel general?

—El tiempo que sea necesario, hasta donde yo sé —dijo Coulson.

—Sé que es mucho trabajo, pero ¿podemos revisar las imágenes de las cámaras una vez más? Todo lo que necesitamos es vincular a Chappell con Claire o Victoria.

Sin Farrell, el equipo se sintió repentinamente falto de personal. Era la naturaleza de un departamento de CID en una estación tan pequeña. Si el Detective en Jefe Robertson volvía de su reunión con Morley, tenía la intención de solicitar el regreso de Farrell, una vez que hubiera resuelto cómo explicar su actual línea de investigación.

MIENTRAS LA LUZ seguía siendo buena, Louise decidió volver a visitar los tres lugares del suicidio. Quería volver a explorar los espacios, ahora que tenía fresca en su mente la conexión entre el DMT y Jay Chappell. Mientras se dirigía a la iglesia de San Nicolás, luchó contra su creciente frustración con el caso. Todo era tan intangible. Corría el riesgo de equivocarse, de buscar algo que no existía. Era indudable que las tres mujeres estaban vinculadas de un modo u otro, pero no significaba nada más que eso. Las presunciones podían acabar con cualquier investigación y ella debía centrarse en los hechos. Podía argumentar por ahora que Chappell estaba interesado en el DMT y que la droga se encontraba en el pelo de las mujeres, pero eso no podía comprometerla con esa línea de investigación indefinidamente.

Empezó a llover mientras caminaba por la empinada cuesta hacia la iglesia donde Claire Smedley se había quitado la vida. El cementerio estaba desolado, y la vista de Louise de la costa se veía obstaculizada por un creciente manto de niebla. Parecía increíble lo reciente que había sido el descubrimiento de los restos de una pequeña hoguera entre esas mismas lápidas. Louise trepó por el muro de piedra del perímetro. De espaldas al muro, admiró la impresionante vista de la península de Brean en la brumosa distancia.

Tras la muerte de Sally, la prensa había prestado más atención al suicidio de Claire; más atención de la que ella había experimentado en su vida. Louise pensó en el sucio apartamento de la mujer y en el obeso casero, Applebee, y en lo fácil que podría haber sido descartar su caso como un simple grito de ayuda de otra persona solitaria. ¿Realmente estaba tan abatida que solo podía ver una salida? ¿Y el DMT la había ayudado en esa decisión? ¿Y Jay Chappell la había influenciado de alguna manera? Tal vez si no hubiera visto ese atisbo de ira y resentimiento en Chappell, no estaría pensando en esas cosas, pero no podía quitárselo de la cabeza.

Un ruido de arañazos distrajo su atención y Louise miró por encima del muro para ver a dos liebres que corrían por el cementerio. Volvió a empujar el muro y su mano resbaló en la parte superior cubierta de algas. Agotada de energía, pensó en lo fácil que sería volver a casa, para descansar del agotador día y el mal tiempo, pero volver a visitar los lugares en los que Victoria y

Sally perdieron la vida parecía ahora más importante que nunca.

De vuelta al coche, encendió la calefacción para amortiguar el frío húmedo de su piel. Estaba a punto de partir hacia la segunda parte de su peregrinaje -Brean Down, donde había muerto Victoria- cuando sonó su teléfono.

—Tracey, ¿todo bien?

—Hola, Lou. Sí, todo bien. No hay nada de qué preocuparse, pero pensé que debías saberlo. Ha habido una oleada de robos en casas recientemente en Knowle. Estaba revisando la lista cuando me di cuenta que una de las casas robadas pertenece a tu hermano.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Megan había vuelto a pasar la noche. Al igual que antes, Megan había dormido plácidamente mientras Amy daba vueltas en la cama, entrando y saliendo de sueños problemáticos que ya no podía recordar.

La felicidad de Megan no se había desvanecido por la mañana, con la misma mirada serena cuando se despidió de Amy con un beso en la mejilla. La alegría de Megan se contagió a Amy, reduciendo su preocupación hasta que pensó que todo saldría bien. Un sentimiento que se desvaneció segundos después de recuperar el correo de la noche anterior de la unidad de reciclaje de papel fuera del bloque de pisos.

Amy hizo una doble toma, su corazón martilleaba tan ferozmente en su pecho que era audible para ella, mientras veía la fotografía de Jay. Le temblaban las manos y apretaba con fuerza el periódico mientras un vecino salía por la puerta principal y gruñía un saludo matutino.

Se buscaba a Jay para interrogarlo en relación con la sospechosa muerte de Sally Kennedy. Una segunda fotografía, más pequeña, mostraba a Jay en el muelle con Sally el mismo día en que Amy los había visto juntos. Amy se frotó los ojos, preguntándose si esto estaba sucediendo realmente. Había un número de teléfono en el artículo y por un segundo desesperado consideró llamarlo.

¿Y decirles qué? ¿Que viste a Jay y Sally juntos? ¿Que estabas allí la noche en que Sally tomó DMT y caminó por el bosque hacia su muerte? ¿Que te sentaste en la playa con Megan y esperaste a que alguien descubriera el cuerpo de Sally antes de que se lo llevaran al mar, sin saber nunca con certeza si estaba muerta o no?

Tiró el papel junto con el reciclaje y se alejó, tratando de contener el pánico mientras la amenaza de las lágrimas brotaba en su interior.

No pensó en nada más durante el trabajo, logrando ignorar las constantes críticas de Keith hacia ella y Nicole. Alguien reconocería a Jay. Nadie del grupo lo identificaría, pero alguien de la ciudad lo conocería. Ese pensamiento le hizo darse cuenta de lo poco que sabía realmente de Jay. Ni siquiera sabía si tenía un trabajo, aunque una vez había conseguido financiarse un viaje al Amazonas y siempre estaba bien presentado. ¿Y qué pasaría cuando lo identificaran? No había pensado en el aspecto criminal de su trabajo. Victoria, Claire y Sally habían querido acabar con sus vidas, pero Amy estaba segura de que las autoridades no verían sus muertes con tanta simpatía, especialmente cuando descubrieran que el resto del grupo había observado. Supuso que existía algún tipo de obligación para intentar evitar que la gente se quitara la vida. ¿Era egoísta al pensar así? Tal vez habían hecho algo malo, tal vez debería llamar al número después de todo y

evitar que le sucediera a Megan.

—¿Va todo bien? —preguntó Nicole, mientras esperaban en la parada del autobús de vuelta a casa—. Apenas has dicho una palabra en todo el día.

—Solo estoy cansada —dijo Amy, lo cual no era una mentira completa.

—¿Has pensado alguna vez en abrir tu propio local?

La mente de Amy estaba tan llena de pensamientos conflictivos e imágenes de Jay y los otros que la pregunta apenas se registró.

—¿Eh? —dijo ella.

—¿Tu propia cafetería? Tú diriges ese lugar tal y como está. Lo único que necesitas es un cocinero y ya está.

El inocente optimismo de Nicole sacó a Amy de su abatimiento.

—Me temo que necesitaría algo más que eso. Mi propia casa para empezar.

—Podrías conseguir un préstamo comercial.

AMY SE RIO.

—No le dan préstamos comerciales a alguien como yo.

Nicole frunció el ceño.

—Yo podría ayudar. Estoy estudiando negocios, y mis padres...

Amy la interrumpió.

—Creo que esta es una conversación para otro día —dijo. A pesar de sus recientes reservas sobre Jay y el grupo, su futuro ya estaba planeado. Ella no quería un lugar en este mundo y había hecho las paces con eso. Su creencia de que Aiden la estaba esperando era inquebrantable. Se lo habría explicado a Nicole, pero ella nunca lo entendería.

Para su alivio, el autobús de Nicole llegó antes de que pudieran seguir hablando.

—Piénsalo —dijo Nicole, subiendo los escalones.

Amy sonrió y se dio la vuelta.

NO DEJABA de mirar su teléfono mientras volvía a casa, aunque la única persona de su lista de contactos estaría en el trabajo hasta medianoche. Compró el *Bristol Post* en el quiosco cercano a su piso y lo había hojeado tres veces cuando llegó a casa. Era como si el periódico de ayer hubiera sido un engaño, la historia se había reducido a un artículo de ocho líneas en el interior del periódico. No había ninguna foto, solo una mención a que la policía estaba buscando a la persona que fue vista por última vez con Sally.

Se duchó en el baño, con el cuerpo nervioso como si hubiera bebido demasiado café. Después de cocinar pasta con salsa comprada en la tienda, se conectó al chat del grupo, desesperada por obtener alguna respuesta, pero estaba desierto, nadie se había conectado desde la noche anterior. Cerró la conexión rápidamente, temiendo haber cometido un error, que la sala de chat estuviera vigilada y que la policía llamara a su puerta en cualquier momento.

Sin embargo, cuando sonó el timbre treinta minutos después, no era la policía la que la esperaba fuera.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Tracey estaba en la puerta del piso bajo de Paul. Sonrió tímidamente al ver a Louise, como si de alguna manera el robo fuera culpa suya. Louise examinó un agujero en la ventana delantera, sorprendida de que el cristal no se hubiera derrumbado.

—Tiraron algo desde dentro —dijo Tracey—. Entraron por la puerta principal. Parece que han pateado la cerradura.

—¿Cuándo se cree que ocurrió?

—Anoche probablemente. Uno de los vecinos informó de la ventana rota esta mañana tras ver que la puerta principal estaba entreabierta.

Una fría corriente de aire dio la bienvenida a Louise cuando abrió la puerta principal. Había caminado por este mismo pasillo cientos de veces antes, con Emily corriendo hacia ella para saltar a sus brazos. Hacía solo unos días que la niña se había marchado, y Louise tuvo que recordarse a sí misma que solo se había ido de vacaciones, pero con la cerradura rota de la puerta, un lugar que normalmente resultaba acogedor era ahora sombrío y desolado. Las fotografías de Paul, Emily y Dianne llenaban las paredes. Le dolía mirarlas, sobre todo a Paul; era como si el hombre despreocupado y sonriente que aparecía en las imágenes ya no existiera.

Se preparó al entrar en el salón. A lo largo de los años había asistido a robos de forma habitual. Para los implicados, la invasión era lo más traumático del mundo, y Louise pronto había aprendido lo importante que era desvincularse de las emociones que esos robos despertaban. Era la única manera profesional de afrontar la situación y, mientras contemplaba la escena -el sofá roto y volcado, el oscuro trozo de papel pintado donde había estado la televisión-, intentaba hacerlo con una mirada desapasionada. *Era un robo más en una casa*, se dijo a sí misma, probablemente unos chicos sin escrúpulos que habían visto a Paul y Emily irse de vacaciones. Pero a medida que avanzaba por el piso, su determinación se desvanecía. En la habitación de Emily, se sentó en la cama de su sobrina sosteniendo uno de los libros rotos que estaban esparcidos por la habitación. Por suerte, Tracey se había quedado abajo y no pudo ver cómo le temblaba la mano al hojear el libro. El calor le recorrió el cuerpo al imaginarse a los desconocidos saqueando la habitación de Emily, y su desesperación se convirtió en rabia al agarrar el libro con fuerza y pensar en lo que haría a los responsables.

El patrón se repitió en el resto del piso. Todas las habitaciones estaban revueltas, pero apenas se habían llevado nada más que el televisor. Louise comprendió que no era lo que faltaba lo que afectaba a las víctimas de los robos en viviendas. Era la intrusión. Ella había conocido a innumerables familias que se habían visto obligadas a mudarse tras los robos, incapaces de vivir

en un lugar que otros habían invadido.

—Creemos que es parte de una ola de robos. Ha habido otros robos en la zona —dijo Tracey, que la esperaba en la cocina.

—No parece que se hayan llevado mucho, aunque han puesto el lugar patas arriba —dijo Louise.

Tracey se encogió de hombros. Ambas sabían que no había explicación para las acciones de los responsables. A Louise le preocupaba estar buscando algo que no estaba allí, pero toda la empresa le parecía mal, como si los ladrones se hubieran llevado el televisor solo para aparentar.

—Estás pensando que esto podría estar relacionado con la desaparición de Paul y Emily, ¿no? —dijo Tracey.

—¿Por qué pensarías algo así? —dijo Louise, con una sonrisa sin alegría.

—Puedo entenderlo, Lou, pero piénsalo. Imagina que tú misma investigas esto. Es solo una coincidencia. Tu hermano se está comportando como un idiota, sí, pero no hay nada más allá de eso. Son solo niños divirtiéndose como idiotas. No le darías importancia si no fuera el piso de Paul.

Louise sabía que tenía razón.

—Puedes irte. Necesito llamar a un cerrajero.

—Puedo quedarme, ayudarte a ordenar.

—No, está bien. Aseguraré el lugar y volveré mañana.

Tracey dudó antes de darle un rápido abrazo de despedida.

—Ya sabes dónde estoy —dijo.

SIN NADA MÁS, Louise se preparó un café negro instantáneo mientras empezaba a ordenar la cocina. Tracey tenía razón, por supuesto, pero seguía sin poder quitarse de encima la sensación de que el robo estaba relacionado con la desaparición de Paul.

Hizo una mueca de dolor mientras bebía el café insípido; otra cosa de la que culpar a Paul. ¿Quién bebía café instantáneo en estos días? Mientras vaciaba los cereales derramados en la papelería, se dijo a sí misma que su hermano tenía la culpa de todo. La casa nunca habría sido robada si él no se hubiera ido con Emily, y Louise y sus padres no tendrían que estar soportando esta especie de media vida esperando su regreso.

El trabajo de ordenación fue más duro de lo previsto, su energía se desvanecía mientras iba de habitación en habitación ordenando las cosas lo mejor posible. Tendría que decírselo a sus padres en algún momento, pero no podía cargarlos con esto todavía. Tendría que volver mañana. Volvió a culpar a Paul de las molestias.

Tenía mejores cosas que hacer que ordenar después de él, algo que, según ella, llevaba haciendo demasiado tiempo.

Louise dio una última vuelta por el piso antes de marcharse. Pensó en hacer una lista de las cosas que faltaban, pero no pasó de la televisión. Paul lo sabría mejor, pero no se habían llevado nada evidente.

Entró por última vez en la habitación de Paul. El olor le recordaba a su habitación de adolescente, el ligero olor a hongos atrapado en el aire. Tuvo que preguntarse si los ladrones habían estado en la habitación o si la ropa y las cajas de pizza vacías esparcidas por el suelo habían estado allí todo el tiempo.

Comprobó la mesilla de noche y encontró uno de los viejos iPhones de Paul. Sabía los nombres de algunos amigos de Paul, pero no tenía ninguno de sus números. Si conseguía abrir su libreta de direcciones, podría hablar con alguien que supiera qué demonios estaba pasando con la vida de su hermano, y eso podría acercarla un poco más a encontrar a Emily.

CAPÍTULO Treinta y Cinco

Tras una breve búsqueda, Louise encontró un cargador para el teléfono. Era un teléfono antiguo y Paul no lo había protegido con una clave. Mientras llamaba a los viejos conocidos de Paul -hasta ahora ninguno de ellos había visto a Paul desde la muerte de Dianne-, Louise pasó de los pensamientos asesinos sobre su hermano al caso en curso en Weston. Una imagen de Jay Chappell se filtró en su mente, y se le erizó la piel al recordar que había hablado con él ese mismo día. Ya había sido procesado, su ADN y sus huellas dactilares estarían ya en Portishead esperando a ser cotejados. Si pudieran relacionarlo con Claire o con Victoria, podría haber algo de lo que hablar con él de nuevo.

Louise se sorprendió de la intensidad de los sentimientos que ese pensamiento despertó en ella. Los resultados del ADN y las huellas dactilares tardarían días en llegar -por el momento, Chappell era técnicamente un no sospechoso de un no crimen, así que no habría prisa en la central- y Louise sabía que se estaba acercando al terreno de las corazonadas, pero estaba convencida de que aún no habían terminado con el hombre.

Tuvo suerte en la sexta llamada. Uno de los viejos amigos de Paul, John Everett. Everett había estado en la boda de Paul y Dianne. Estaba enojado antes de que comenzaran los discursos, y su comportamiento se deterioró rápidamente durante la noche. Ella no recordaba que Paul hubiera hablado mucho de él desde la boda, y no había vuelto a pensar en él desde ese día.

—¿Quién es?

—John, soy Louise Blackwell. La hermana de Paul.

La línea quedó en silencio y Louise pensó que Everett le había colgado.

—Oh, Louise —dijo finalmente. Su respuesta fue alargada, como si cuidara meticulosamente cada palabra.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien —dijo, la respuesta sonó como si fuera una pregunta.

—Me preguntaba si podrías ayudarme. Paul no contesta su teléfono y estoy tratando de localizarlo.

—Oh.

Estaba claro que Everett había estado bebiendo, y que también sabía algo.

—¿John?

—Realmente no sé nada, Louise, lo siento.

—Eso no aclara nada, John. ¿Dónde estás? Sería bueno ponerse al día. Tomar una copa. Ella había visto la forma en que él la había mirado durante la boda de Paul, y las veces que ambos habían salido juntos con Paul en el pasado, y trató de jugar con la atracción.

Podía oír sus pensamientos al otro lado de la línea. Las respiraciones rápidas y superficiales mientras contemplaba por qué ella quería hablar con él.

—Sería genial —dijo, arrastrando las palabras—. ¿Mañana por la noche?

—Me gustaría tomar una copa ahora, John. ¿Dónde estás?

De nuevo, una vacilación en su voz. Él sabía que ella estaba en la policía y su vacilación la hizo preguntarse si le estaba ocultando algo.

—Mañana sería mejor...

—Es una oferta única, John.

Eso llamó su atención.

—De acuerdo, puedo encontrarme contigo en el Commercial Rooms. ¿En una hora?

—De acuerdo, John, eso sería genial.

Sintió un poco de pena por Everett, mientras cogía sus llaves. El Commercial Rooms era un bar en el centro de Bristol, un mundo alejado de los antros locales en los que normalmente bebía en el sur de Bristol. O bien intentaba impresionarla, o esperaba que nadie los viera juntos.

Lo vio inmediatamente. Irradiaba inseguridad, de pie junto a la barra, con una pinta llena de cerveza amarga, observando a la gente como si todos fueran una amenaza.

—¿John? —preguntó ella al llegar a la barra.

Everett había ido al colegio con Paul, pero parecía al menos una década mayor que su hermano. Su carrera en el consumo de alcohol había comenzado antes que la de Paul y había continuado mucho después de que este hubiera abandonado sus viejas costumbres y se hubiera mudado con Dianne. Se notaba en los rasgos de Everett: el cabello graso y húmedo, la piel flácida de su rostro esquelético, el bulto de su estómago que parecía incongruente en su cuerpo escuálido. Le temblaba la mano al coger un cigarrillo imaginario.

—Me alegro de verte, Louise —murmuró.

Mientras pedía un agua con gas y otra bebida para Everett, buscó algo en los rasgos del hombre, algo que lo reconciliara con el joven que había sido antes, pero no encontró nada. Estaba tan alejado del hombre que había conocido, que era como ver a una persona completamente diferente. Cerró los ojos, ahogando el ruido del bar, y esperó que no fuera demasiado tarde para Paul y que pudiera conservar lo que Everett había perdido.

—¿Has visto mucho a Paul últimamente? —le preguntó, una vez que terminaron de intercambiar cumplidos. Le sonrió a Everett, intentando que se relajara.

Era casi demasiado fácil de leer. Sus ojos le delataban mientras fingía pensar en la pregunta.

—Tomamos una copa de vez en cuando —dijo, restando importancia a su respuesta.

Así que Everett era uno de los facilitadores de Paul. Ella no podía culparlo específicamente. Era obviamente una asociación simbiótica. Había visto innumerables ejemplos de este tipo de relaciones en todos los bares de la ciudad. Cuando Paul no había recogido a Emily de la escuela la otra semana, se había pasado todo el día bebiendo en el bar local. Se lo imaginó con Everett, compartiendo historias de guerra mientras bebían su bebida barata.

—¿Ha estado bebiendo mucho últimamente?

—Depende de lo que cuentes como mucho —dijo Everett, con un toque de desafío.

—¿Lo suficiente como para olvidarse de recoger a su hija del colegio? —La cara pálida de Everett se convirtió en un mosaico de manchas rojas.

—Me he enterado de eso —dijo, con los ojos bajos—. ¿Has hablado con él en los últimos días? —Everett negó con la cabeza.

—John, mírame. Esto es importante.

Everett levantó la vista. Louise se preguntó cómo sería su estado de ánimo en ese momento, qué pensamientos incoherentes estarían pasando por su cabeza.

—Le he llamado varias veces, pero su teléfono está apagado —dijo.

Louise tamborileó con los dedos sobre la barra del bar. Everett siempre había sido amable

con ella en la escuela. Era unos años más joven que él, pero nunca había sido malo, nunca se había burlado de ella por ser la hermana pequeña de Paul. En todo caso, la había tratado como si fuera mayor y ella nunca lo había olvidado. Decidió confiar en él ahora, con la esperanza de que una parte del hombre original siguiera existiendo.

—¿Sabes que Paul se ha llevado a Emily?

—¿Qué quieres decir con que se la ha llevado?

—Se fueron de vacaciones, pero Paul no le dijo a nadie, y no sabemos dónde está.

—¿Y?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ella es su hija, ¿no?

—Lo es, John, pero ese no es el punto. Paul tiene una red de apoyo. Todos cuidamos de Emily. No es propio de él irse así. Estamos preocupados por él. Estamos preocupados por Emily, John.

Everett hundió la boca en su bebida. Parecía estar al borde de las lágrimas.

—Sabías que se iba a ir, ¿verdad, John?

—Le dije que no se fuera. O al menos que no se llevara a Emily.

—¿Por qué iba a ir sin Emily? —dijo Louise.

Everett negó con la cabeza, con la mirada fija en su vaso casi vacío.

—Lo prometí —murmuró en su bebida.

—Tienes que pensar en Emily, John. Paul no está en el estado de ánimo adecuado. Debes saberlo, John.

Everett no podía mirarla. Los músculos de su cuello se tensaron como si le costara mantener la cabeza erguida.

—Paul tiene problemas —dijo—. Le debe dinero a gente a la que no deberías deberle dinero.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Amy miró por la ventana a la figura del patio. Como si supiera que lo estaban viendo, Jay levantó la vista hacia ella. Saludó con la mano, y el cuerpo de Amy se estremeció como reacción.

—Bajaré ahora mismo —dijo.

Amy deseaba que él le hubiera avisado de que iba a venir. Solo había estado en su casa una vez, el día que se mudó. Se había avergonzado del lugar entonces, pero ahora era aún peor. Su ropa estaba esparcida por toda la habitación y el aire interior era húmedo y empalagoso. Se echó atrás ante su reflejo en el espejo, la grasa del café en su pelo brillante y su piel llena de parches. Quería ducharse, limpiarse, pero no podía dejarle esperando. Se apresuró a cambiarse de ropa, y se despojó de su pantalón de chándal gris y su camiseta para ponerse unos vaqueros y un chaleco negro.

Se obligó a bajar las escaleras cuando todos los nervios de su cuerpo le decían que corriera. A pesar de sus recientes dudas, estaba desesperada por verle.

Respiró profundamente cinco veces antes de abrir la puerta de entrada comunal, pero se quedó sin palabras cuando él le sonrió.

—Amy, me alegro mucho de verte —dijo él, acercándola.

Ella saboreó su calor, el olor de su piel y el ritmo de los latidos de su corazón. Como siempre, su presencia le hizo olvidar todo lo demás. Podría haberse quedado así para siempre.

—¿Podemos hablar? —dijo él, con su voz profunda y rica vibrando en sus huesos.

—Mi casa es un desastre —dijo Amy, mientras Jay se alejaba de ella.

Su sonrisa le dijo que nada de eso importaba. Le cogió la mano.

—Muéstreme el camino —dijo.

Amy sintió que sus ojos la miraban mientras subía los escalones de su apartamento. Se aferró a la mano de Jay mientras lo guiaba hacia arriba, pero fue como si de alguna manera él la guiara, con su fuerte agarre.

—Lo siento, si hubiera sabido que estabas de visita... —murmuró ella, mientras le hacía pasar a su habitación.

Jay se llevó el dedo a los labios.

—Nada de esto importa —le dijo, mientras se sentaba en la silla de madera al lado de su viejo y maltrecho sofá cama.

—No —dijo Amy, aceptando como algo natural.

No le preguntó si quería una bebida o algo de comer. En cambio, tomó asiento en el sofá lo

más cerca posible de él. Él estaba un poco más alto en el sillón, y daba la impresión de que la miraba desde arriba. No era algo malo. A ella le gustaba mirar hacia arriba, hacia su sonrisa, y apoyó las manos en las rodillas de él mientras esperaba que hablara.

—¿Has visto los periódicos? —le preguntó él, tomando sus manos.

Ella nunca podría mentirle, pero no pudo sostener su mirada mientras asentía.

—Imagino que estabas preocupado.

Amy luchó contra las emociones que la simple pregunta evocaba. Siempre estaba preocupada por una u otra cosa, pero algo en la preocupación de la voz de Jay al preguntarle le dio ganas de llorar. ¿Había estado a punto de dudar de él? Ahora parecía absurdo. Él le había mostrado cosas. Le había demostrado, físicamente, que algo la esperaba más allá de esta forma de vida mundana. Sí, estaba preocupada y se reveló enterrando su cabeza en el regazo de Jay, mientras las lágrimas que había estado conteniendo durante una eternidad se liberaban.

Jay murmuró palabras de consuelo mientras le acariciaba el pelo. Si hubiera podido fallecer ahora, habría aceptado salir del mundo de esta manera; la combinación de sus palabras tranquilizadoras y la forma en que él le pasaba los dedos por el pelo hasta llegar a su cuero cabelludo la hacían desear cerrar los ojos y desvanecerse.

—Estamos tan cerca —susurró él y ella estuvo de acuerdo—. Pero ahora tenemos que tener cuidado.

De mala gana, Amy se levantó de su regazo y se limpió los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—He cerrado el grupo en línea. No podemos arriesgarnos en este momento.

Amy parpadeó.

—¿No podemos arriesgarnos a qué?

—Fui a hablar con la policía hoy. No hay nada de qué preocuparse, pero no podemos arriesgarnos a que interfieran en nuestro trabajo. Nos reuniremos mañana por la tarde. Se lo diré a todos personalmente.

Amy se esforzó por respirar. Comprendió que no era la única. Había luchado contra los celos al ver a Jay con Sally, y luego al enterarse del día -y la noche- de Megan con él. Pero esperaba que esa visita fuera especial para ella. Oír que no lo era, que simplemente estaba haciendo la ronda, le dolió más de lo que podía imaginar. Quería saber el orden en que había visto a todos. ¿Era ella la primera o la última persona a la que había llamado?

Como si leyera sus preocupaciones, Jay volvió a cogerle la mano. Ella intentó apartarla, pero él la sujetó con fuerza.

—Eres muy especial para mí, Amy, debes saberlo. Ya llegará tu momento, pero tiene que ser el adecuado. Tienes que estar preparada para volver a ver a Aiden.

Jay relajó su agarre y Amy permitió que le cogieran las manos. La mención de Aiden fue suficiente para desterrar sus dudas antes de que tuvieran tiempo de materializarse del todo. ¿Sabía él que Megan le había hablado de su tiempo juntos? Le sorprendería que no lo supiera. Él sabía todo sobre ella, sobre todos ellos; lo había hecho desde el día en que lo conoció.

Le dio las indicaciones para el lugar de encuentro de la noche siguiente. Quiso preguntar si le tocaba a Megan, pero la pregunta sería un acto de traición, así que se limitó a sonreír y aceptó verle allí.

Un vacío la invadió mientras bajaba a Jay por la escalera. Quería que se quedara, pero lo necesitaban en otro lugar.

—Te veré mañana —dijo él, besando las lágrimas de sus mejillas.

—Sí —dijo ella, permitiéndole a regañadientes liberarse de su abrazo.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Louise tomó la decisión de conducir hasta Cornualles a las cinco de la mañana, después de despertarse en la oscuridad y ser incapaz de volver a dormir. Esperó hasta las ocho para llamar al sargento Joslyn Merrick en la pequeña ciudad portuaria de St Ives, y a esa hora ya se había adentrado en el condado.

Eran las nueve y media y estaba sentada en una cafetería de la cadena adyacente a un supermercado en las afueras de St Ives. Joslyn se sentó enfrente, junto a su hija, que estaba ocupada haciendo dibujos en un bloc de notas, con un par de voluminosos auriculares que la aislaban de la conversación.

—Gracias por haber aceptado reunirme conmigo —dijo Louise.

—No tenía muchas opciones, ¿verdad? —dijo Joslyn, con un toque de acento de Cornualles—. ¿Qué pensabas hacer si no te respondía? —añadió con una sonrisa.

—No pensaba con tanta antelación. Probablemente me habría tomado un té con crema y me habría ido a casa.

Joslyn se rio y su hija levantó la vista antes de volver a su dibujo.

—Solo recuerda, mermelada antes que crema en los bollos.

—¿Cómo podría olvidarlo?

Louise había conocido a Joslyn durante el caso del Asesino de la Pensión y desde entonces seguían en contacto. Joslyn estaba casado, tenía dos hijos y, por lo que Louise pudo ver, parecía dirigir la pequeña comisaría de St. Ives.

Después de reunirse con Everett, a Louise le preocupaba que la visita de Paul a Cornualles no fuera lo que él decía que era. Everett le había hablado de las dificultades financieras de Paul. Al parecer, el dinero del seguro que había recibido tras la muerte de Dianne se había esfumado después de tres años de vida en los que solo trabajaba ocasionalmente y tenía un fuerte hábito de beber. Louise había oído hablar de la familia Manning, a la que supuestamente Paul había pedido dinero prestado. Era una familia criminal de poca monta con sede en Bristol, pero no lo suficientemente pequeña como para no suponer una amenaza para quienes les habían perjudicado. No estaba segura de lo que más le preocupaba de la situación. Que Paul hubiera hecho algo tan estúpido, o que ella hubiera sido tan ciega a su situación que no se hubiera enterado.

Joslyn escuchó pacientemente las explicaciones de Louise. La mujer era unos años mayor que Louise y probablemente había tratado cientos de casos de personas desaparecidas a lo largo de los años. No se apresuró a juzgar una vez que Louise terminó, cuando podría haber sido fácil

para ella descartar la preocupación de Louise en un instante.

—No me parece que saques conclusiones precipitadas —dijo—. Solo puedo imaginar lo que debe ser para tu hermano, para todos ustedes, perder a su cuñada. Obviamente, ¿sabes lo que te diría si fueras un civil?

—Por eso he acudido a ti directamente, Joslyn. No quiero que esto sea oficial.

—Pero tengo que preguntar. ¿Realmente crees que Emily está en peligro?

—Independientemente de mis dudas sobre Paul, sé que nunca dejaría que le pasara nada a Emily.

Joslyn miró a su hija, cuya atención estaba fija en su cuaderno de dibujo.

—No es eso lo que te he preguntado, Louise.

Louise respiró profundamente. Normalmente era muy rápida analizando las situaciones, pero con Paul y Emily su mente se volvía confusa.

—No sé hasta qué punto Paul le debe a la familia Manning. Esa es mi próxima llamada. No creo que tengan los recursos, o probablemente incluso la voluntad, para tratar de rastrear a Paul hasta Cornualles. Así que por el momento, no, no creo que Emily esté en peligro —Louise consideró sus propias palabras, preguntándose si habían sonado demasiado forzadas.

Sacó la postal de Sennen de su bolso y se la dio a Joslyn.

—Me doy cuenta de que esto no reduce la búsqueda, pero el matasellos es de Penzance. Solíamos venir a esta zona cuando éramos niños. He hecho una lista de los lugares donde nos alojábamos y las playas que visitábamos en familia.

Joslyn entornó los ojos concentrada mientras leía la lista. Le había impresionado la mujer desde la primera vez que la conoció, y admiraba la forma en que parecía compaginar la vida familiar con las presiones de ser sargento de la policía. Se preguntaba cuánto habría progresado su carrera si hubiera estado destinada en un lugar más poblado; si, como Louise, no tuviera una familia cercana.

—¿Has conducido por nuestro condado? —dijo Joslyn.

—Sé que es una petición enorme. Una tarea enorme.

Fue el turno de Joslyn de suspirar.

—No vuelvo al trabajo hasta finales de esta semana, pero puedo conseguir que alguien empiece a llamar a los campings y a los parques de caravanas. Podemos empezar con esta lista y desarrollarla a partir de ahí. De hecho, tengo en mente al hombre adecuado para hacer el trabajo —añadió con una sonrisa—. ¿Hay alguien en el condado con quien pueda quedarse?

Louise había interrogado a Everett sobre la misma cuestión.

—No lo creo. Que yo sepa, no tenemos parientes ni amigos en la región.

—Excluyendo la compañía actual, por supuesto —dijo Joslyn, con el ceño fruncido.

—Gracias, Joslyn, te lo agradezco mucho.

—De nada. Bueno —dijo, quitándole los auriculares a su hija—. Será mejor que nos vayamos. Es mejor no llegar tarde a Nana Boswell.

AL SALIR DEL APARCAMIENTO, Louise vio el mar, de un atractivo azul turquesa. No recordaba la última vez que había tenido unas vacaciones de verdad. Había tenido un permiso, pero no se había ido más de un fin de semana desde su época en el MIT. Entonces, se comprometió a tomarse unas vacaciones cuando todo esto terminara. Organizaría unas vacaciones familiares con

sus padres, con Paul y Emily. Se dio cuenta de que había dado las cosas por sentadas; de que, antes de la muerte de Dianne, Louise tenía la familia perfecta, pero nunca la había apreciado. Incluso cuando Paul empezó a beber, ella lo dejó pasar cuando debería haber intervenido mucho antes. Las señales habían estado ahí todo el tiempo, pero ella le había dejado seguir destruyendo su vida, como si pensara que un día Paul simplemente dejaría de hacerlo, encontraría una solución por sí mismo y daría un giro a su vida. Bueno, eso cambiaría cuando él volviera. Ella insistiría en que encontrara apoyo y le ayudaría a rectificar el lío en el que se había metido con los Manning.

Volvió a atravesar la vecina ciudad costera de Hayle, en busca de algún lugar donde comprar un bocadillo rápido. Al doblar la esquina de la calle principal, se quedó sin aliento al ver la figura lejana de un hombre de la mano de una joven que parecía tener la edad de Emily. Parpadeó, su corazón latía tan rápido que pensó que tendría que dejar de conducir.

Controlando su respiración, mantuvo la mirada fija en la pareja, que acababa de doblar la esquina del aparcamiento de un supermercado. Golpeó el volante mientras el tráfico avanzaba, y el coche que iba delante de ella se detuvo para dejar salir a un vehículo de la carretera lateral.

—¡Oye! —le gritó, sin sentido, al conductor, antes de tomar la curva demasiado rápido hacia el supermercado.

Algo parecido a la melancolía la golpeó cuando vio a padre e hijo todavía de la mano, entrando en el supermercado. Su respiración se aceleró y luego se ralentizó cuando desaparecieron de su vista. No podía creerse su propia estupidez. ¿Cómo pudo pensar, aunque fuera por un segundo, que las dos figuras eran Paul y Emily?

Al darse cuenta de que el coche se había parado, ocupando tres plazas de aparcamiento, volvió a arrancar el motor y salió hacia la A30. Intentó desviar su atención de Emily y Paul centrándose en el caso. Se sintió culpable por hacerlo, pero igualmente culpable por no tener toda su atención en su trabajo.

La sorpresa de que Jay Chappell hubiera entrado en la comisaría por su propia voluntad seguía preocupándola. No sabía muy bien por qué. Evidentemente, el motivo de su visita a la estación no podía ser totalmente desinteresado. Había aparecido su foto en el periódico, así que tenía sentido que limpiara su nombre, pero había una sensación de arrogancia, tanto en su dramática llegada como en la forma en que había respondido a sus preguntas como si fuera intocable. Ella estaba acostumbrada a enfrentarse a la arrogancia, a personas tan seguras de sí mismas que se creían más inteligentes, incluso mejores, que los agentes que las interrogaban. De alguna manera, Chappell lo superaba. Había visto en él una confianza inquebrantable que rara vez había encontrado, un tipo de confianza en sí mismo que no se podía fingir. No sabía lo que significaba, pero había algo que Chappell ocultaba.

Llamó a Thomas para que la pusiera al día. A petición de ella, él había estado investigando los antecedentes de Chappell, pero no tenía mucho que informar. No le preguntó dónde había estado y ella no ofreció ninguna explicación, aunque una parte de ella quería compartirla. Ni siquiera les había contado a sus padres su excursión a Cornualles y los únicos que sabían de los problemas de Paul con los Manning eran Louise, Everett y Joslyn.

Quizá debería haberle molestado más no tener a nadie en quien confiar, pero siempre estaba Tracey. Le contaría a su amiga lo de los Mannings cuando volviera, a pesar de que solo tenía como prueba la palabra de uno de los compañeros alcohólicos de Paul.

La amenaza del sueño la invadió mientras avanzaba lentamente por la M5. Bajó la ventanilla y dejó que el viento frío la revitalizara. Hubiera parado a tomar otro café, pero ya se sentía

bastante culpable por haberse ausentado de Weston.

FUE a primera hora de la tarde cuando llegó a la estación. Fue recibida con el habitual muro de silencio, la parte paranoica de ella sugería que todo el mundo sabía lo de Paul y Emily y dónde había estado esa mañana. Simone le dirigió una de sus miradas antagónicas al entrar en la oficina. Era sorprendente la cantidad de emociones que la mujer podía reunir en su rostro. Parecía a la vez decepcionada, pero conocedora, y Louise se apartó de ella antes de verse obligada a decir algo.

Una larga lista de correos electrónicos aguardaba su atención y ella se quedó mirando la pantalla con la esperanza de que desaparecieran. Tania Elliot le había dejado dos mensajes en la recepción, a los que había dado seguimiento por correo electrónico. Louise ignoró los correos y empezó a comprobar las actualizaciones de Jay Chappell.

Desgraciadamente, como Thomas había sugerido antes, seguían teniendo poca información sobre el hombre. Se habían cubierto los preliminares -registros de impuestos, lugares de trabajo, historial escolar, direcciones antiguas- pero poco más se había descubierto sobre él hasta el momento. ¿Se estaba equivocando al abordar el caso? Era posible que sus pensamientos estuvieran confusos por la situación de su hermano, pero solo podía pensar en Chappell. Cerró el portátil, incapaz de concentrarse, y salió de la oficina para tomar aire.

Treinta minutos más tarde, se encontró en la puerta de la casa de Chappell en Berrow, preguntándose por qué estaba allí. Al igual que ella, Chappell vivía en un bungalow, solo que el suyo era una vivienda unifamiliar de un tamaño al menos tres veces superior al suyo. Estaba pintada de un blanco sucio y rodeada de un césped, más barro seco que hierba.

Se dirigió a la puerta principal antes de saber lo que hacía y llamó al timbre, esperando, o suponiendo, que la inspiración le llegara si Chappell abría la puerta. El timbre sonó desde el interior, pero nadie respondió. Miró a través de la pequeña ventana de la puerta principal, con la vista oscurecida por el cristal esmerilado. No tenía ninguna razón para estar allí, pero no podía alejarse. Se acercó a las ventanas y trató de ver entre las rendijas de las persianas, pero la luz no llegaba al interior de la casa, como si Chappell estuviera tratando de ocultar algo. Sonrió para sí misma, reconociendo la presunción y la paranoia, y se detuvo antes de saltar la valla trasera para ver si podía ver algo en el jardín.

Parecía que había llegado justo a tiempo. Mientras volvía al coche, un vehículo se acercó a la entrada. Louise se mantuvo firme mientras la puerta del conductor se abría y Jay Chappell salía.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Louise vio la sonrisa antes de ver al hombre en sí, la luz distorsionó momentáneamente el rostro de Chappell, haciendo que su sonrisa dentada fuera lo primero que viera.

—Inspectora —dijo, sus rasgos se enfocaron al atravesar el resplandor—. Qué agradable sorpresa.

Louise miró hacia abajo y vio que le tendía la mano para que la estrechara. La dejó colgada, mientras Chappell mantenía el contacto visual con una intención feroz.

—Sr. Chappell, me alegro de que haya vuelto. Tengo algunas preguntas más que hacerle.

Chappell acabó soltando la mano.

—Por supuesto —dijo, sorprendiéndola—. ¿En qué puedo ayudar?

—¿Entramos? —dijo Louise.

Chappell sonrió, burlándose de ella.

—Perdóneme, inspectora, pero ha publicado mi cara en los periódicos, me has hecho pasar la indignidad de que me tomen las huellas dactilares y el ADN, y ahora quiere entrar en mi casa sin invitación. Por favor, no te lo tomes como algo personal, pero creo que prefiero tener nuestra conversación aquí, fuera.

Louise pensó en sugerir que volvieran a la comisaría, pero él no estaría obligado a hacerlo, y lo sabría.

—Entiendo —dijo Louise—. Quizá deberíamos dejarlo para una próxima ocasión.

La sonrisa volvió a la cara de Chappell, cargando el brillo de sus ojos.

—¿Habrás una próxima vez?

—Oh, me imagino que sí, Sr. Chappell.

Chappell no se movió, una extraña mirada enigmática se formó en su rostro y ella no pudo apartar la vista.

—Qué demonios —dijo él, rompiendo el hechizo con un movimiento de sus manos—. Estoy un poco ocupado, pero puedo dedicarte unos minutos. ¿Por qué no entras?

Louise pensó en avisar de su posición, pero no quería alertar a Chappell de sus preocupaciones, y su señal de GPS la rastrearía si fuera necesario.

—Gracias —dijo, y siguió a Chappell por el pequeño camino hasta la puerta principal.

Chappell la condujo a una sala de estar con paredes de color crema y una alfombra azul cielo de aspecto sucio que parecía no haber sido limpiada en décadas. En la habitación había un sofá de mimbre y un sillón, y el único objeto era la librería del suelo al techo, repleta de títulos. Normalmente, la visión de una buena estantería haría que Louise se sintiera atraída por alguien,

pero no era algo que sintiera ahora.

—No me sirven mucho las cosas materiales —dijo Chappell a modo de explicación—. Dame una silla y un libro y seré feliz —

Ambos estaban de pie en medio de la habitación. Era difícil mantener el contacto visual con Chappell, dada la inquebrantable intensidad de sus ojos, pero Louise no sería la primera en apartar la mirada.

—¿Dónde están mis modales? —dijo Chappell, con los ojos todavía puestos en ella—. ¿Puedo ofrecerte una bebida?

—Estoy bien, gracias.

—Entonces, por favor, toma asiento.

Louise tomó el único sillón, el polvo visible mientras se hundía en los antiguos muelles que asomaban a través de la fina tela exterior. Aunque quería saber más sobre Chappell, no había preparado nada específico para preguntarle. Las preguntas que quería que se respondieran eran: ¿Drogaste a Sally, Claire y Victoria?

—Adelante —dijo Chappell, sentándose en el sofá de enfrente.

Por un momento, Louise no supo quién estaba al mando. La situación tenía el aspecto de una entrevista y en ese momento ella se sentía como la entrevistada. Se sacudió la idea.

—Gracias por venir a vernos ayer, realmente ayudó a acelerar las cosas.

—Es un placer.

—Como mencioné durante nuestra última conversación hemos encontrado rastros de DMT en las muestras de cabello no solo de Sally, sino de las otras dos mujeres que se quitaron la vida.

Chappell parecía más preparado para la pregunta que la última vez. Louise no notó ninguna chispa de enfado, solo cansancio cuando respondió.

—Creo que la última vez respondí a tus preguntas —dijo, sin apartar los ojos de los de ella, con una voz de barítono grave.

—Es algo fascinante —dijo Louise, cambiando su enfoque, tratando de sacar a Chappell de su zona de confort.

Las cejas de Chappell se entrecerraron como si estuviera confundido por el comentario.

—La droga DMT —dijo Louise.

—Sí.

—¿La has tomado?

—Creo que lo hemos comprobado.

Louise se inclinó hacia él.

—¿Cómo es?

Chappell la reflejó, entrelazando sus manos mientras se movía hacia adelante.

—Esa es una pregunta.

—He estado leyendo sobre el tema —dijo ella.

—¿Y a qué conclusiones has llegado?

Él parecía realmente interesado, así que ella siguió con la conversación.

—Nunca me había topado con ella. Había oído hablar de ella, pero no conocía las investigaciones que se han hecho sobre ella, especialmente sobre las alucinaciones compartidas.

La cara de Chappell era fascinante. Las líneas de su frente se arrugaron mientras pensaba en lo que ella tenía que decir.

—¿Has leído *El Principio de Dios*?

—No, mi investigación se ha basado principalmente en Internet.

Chappell se levantó y se dirigió a la estantería.

—Toma —dijo, y volvió con un libro de bolsillo muy gastado—. Es una especie de diario escrito por un chamán de la selva amazónica peruana. Obviamente, fue transcrito, pero creo que es una representación real —Chappell sonó a la defensiva mientras le entregaba el ejemplar—. Un amigo me lo regaló cuando estaba en sexto curso. Lo cambió todo para mí.

Por primera vez desde que apareció en la comisaría, Louise vislumbró al verdadero Jay Chappell. Más allá de su exterior carismático y reservado, se escondía el entusiasmo y la pasión de un colegial vertiginoso. Louise hojeó el libro mientras Chappell le sonreía.

—Puedes tomarlo prestado —sonrió.

—Gracias —dijo Louise—. ¿Así que fue esto —dijo ella, sosteniendo el libro—, lo que lo llevó a su viaje al Amazonas?

—No voy a incriminarme aquí, ¿verdad?

—No es ilegal tomar la droga en un país extranjero, Sr. Chappell.

—¿Y aquí?

—No voy a arrestarlo por cualquier droga que haya tomado para uso personal en el pasado. Creo que ambos lo sabemos.

Chappell recuperó parte de su compostura anterior. Se recostó en su asiento.

—Intenté conseguirla en este país y después de algunos contratiempos conseguí tomarla.

Louise asintió, animándole a continuar.

—Si nunca la has tomado, no lo entenderías, pero esa primera vez, la primera vez de verdad, fue una revelación. Las cosas que has leído, la separación del cuerpo, la sensación de un mundo más amplio más allá de nuestra existencia, los guardianes, tienen que experimentarse. No puedo contarte más de lo que has leído, pero tal vez eso cambie tu forma de pensar— dijo, señalando el libro con la cabeza.

Se había distraído, y su compostura había vuelto a perder. Se movió en su asiento, con los ojos todavía puestos en ella, como si intentara cambiar su aspecto exterior.

—Entonces, ¿por qué ir hasta Perú? —preguntó Louise, deseosa de mantenerlo agitado.

Por desgracia, la pregunta tuvo el efecto contrario. La espalda de Chappell se enderezó, y el brillo cómplice volvió a sus ojos cuando pareció recordar la selva tropical.

—Necesitaba un guía, necesitaba experimentar el DMT en su forma más pura. Intenté encontrar un chamán, pero hay un montón de estafadores por ahí.

—¿Un chamán?

—Lo sé, suena hippie —dijo Chappell con una sonrisa de lástima—. Pero sin un guía, no puedes entender completamente lo que estás experimentando. Necesitas que te dirijan. El efecto de los psicodélicos viene determinado hasta cierto punto por el lugar en el que te encuentres, con quién estés.

La explicación reflejaba lo que el Dr. Forrest le había dicho. Louise se preguntó si el hombre estaba revelando más de lo que pretendía.

—¿Y ha encontrado a su guía espiritual?

Chappell se puso melancólico.

—Sí, lo hice —dijo.

DIEZ MINUTOS MÁS TARDE, Louise estaba sentada en su coche, a la vuelta de la esquina del

bungalow de Chappell, hojeando el libro que éste le había regalado. La conversación se había agriado tras la mención de su chamán. Se había callado, su verborrea anterior había desaparecido hasta volverse casi monosilábica. Louise no había presionado sobre Victoria y Claire, sabiendo que su conversación había llegado a una conclusión natural. El DMT encontrado en las muestras de las tres mujeres era todavía demasiado, pero se dio cuenta de que habría un mejor momento para insistir en ese vínculo.

No estaba segura de por qué seguía allí, esperándole como si estuviera a punto de llevarla a algún lugar importante. Le costaba admitirlo, pero había algo en Chappell que la atraía. Era la forma en que se mantenía, su confianza, la profunda convicción de sus palabras. Podía ver por qué Sally había quedado prendada de él e incluso cuando se había perdido con su charla sobre el DMT, su entusiasmo había mostrado un lado positivo.

Louise habría dejado de leer el libro si no hubiera sido tan relevante. Estaba mal escrito, algo se perdió en la traducción, pero incluso la mención de las experiencias cercanas a la muerte, los despertares espirituales y el contacto con ‘ellos’ en el capítulo inicial no había invocado completamente su cinismo. No le cabía duda de que la droga provocaba esas experiencias, pero era la certeza del chamán de que esas experiencias eran reales lo que le hacía querer seguir leyendo.

Sonrió, imaginando la mirada de desprecio de Robertson si le enseñaba el libro. Era inútil esperar aquí a que Chappell se moviera, ya que tenía mucho que hacer en la oficina. Con una última mirada a la carretera, cerró el libro y se dirigió a la estación.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

El lugar de la ceremonia había confundido a Amy, aunque los demás parecían menos preocupados. Después de que Jay se marchara ayer, se sintió despojada. Quería llamar a Megan pero no sabía cómo expresarse. Los sentimientos contradictorios aún se agolpaban en su interior. Los negativos -la creciente duda, el miedo a lo que pudiera pasarle a Megan- se intensificaron por el lugar donde Jay les había dicho que se encontrarán.

Estaban en el aparcamiento del puerto deportivo de Uphill. Se sentía mal volver tan cerca de la escena en la que Claire había muerto. La iglesia de San Nicolás se alzaba en la oscuridad por encima de ellos, y el lugar de desembarco de Claire estaba a pocos metros de donde ellos se apiñaban.

Sin Megan y Jay solo eran cuatro.

—Jay me ha dicho adónde debemos ir —dijo Beatrice. Beatrice, la más joven del grupo, era una muchacha de pelo flamígero que siempre se esforzaba por estar presentable.

A Amy le molestaba la forma en que anunciaba este mensaje como si fuera la mensajera personal de Jay.

—Creía que nos íbamos a encontrar aquí —dijo, oyendo y odiando los evidentes celos en sus palabras.

Amy se sintió peor consigo misma cuando Beatrice respondió con el rostro abatido.

—Lo siento, Amy. Jay pensó que era mejor que solo una de nosotras supiera la ubicación real. Solo me lo dijo a mí porque fui la última persona que conoció.

—¿Y Megan? —dijo Amy.

—Jay dijo que ella llegaría con él —dijo Beatrice.

El grupo se quedó en silencio, cada uno lidiando a su manera con lo que eso significaba.

—Será mejor que guíes el camino —dijo Amy, poniendo la mano en el hombro de Beatrice para demostrar que no sentía ninguna animosidad hacia ella.

Beatrice las condujo a través del cementerio de barcos, a lo largo del río Axe, cubierto de barro, que conducía al canal de Bristol. No es que muchos de los barcos parezcan aptos para navegar. Incluso los que estaban amarrados en el río parecían no aguantar el viaje por el serpenteante camino hacia el mar.

Sin Jay, la sensación de asombro y anticipación que Amy había sentido al caminar por los bosques de Worlebury había desaparecido. Aunque eso no era lo único que la preocupaba. La declaración de Beatrice de que Megan llegaría con Jay consolidó el hecho de que esta noche le tocaría a Megan seguir adelante. Quería alegrarse por su amiga -sabía que era lo que Megan

quería- pero, egoístamente, quería mantener a Megan en su vida. Pensó en preguntarle a Jay más tarde si podía ir con Megan. Eso haría todo mucho más fácil, le ahorraría más días de incógnita sin que Megan estuviera en su vida para ayudarla a superarlo.

Pero eso era una fantasía. Jay nunca lo permitiría. Tenía que estar preparada, tenía que estar en el estado de ánimo adecuado para poder dejarse llevar por completo. Jay le había enseñado eso cuando hizo su primer viaje. Le había dicho lo que debía esperar ver. Habían hablado de liberarse de las limitaciones de sí misma y de su cuerpo, y eso era algo imposible para ella en su estado actual.

Su pie resbaló mientras avanzaban por la pradera hacia el mar. Poco a poco, el astillero pasó a un segundo plano, al igual que la imponente vista de la iglesia en la colina. El aire del mar le picó los labios ressecos mientras el olor del humo de la madera se acercaba a ella.

Jay ya estaba allí, sentado junto a la pequeña hoguera con una Megan radiante. Amy tuvo la misma reacción visceral de siempre al ver a Jay, su pulso se aceleró mientras el calor se extendía por ella. Ver a Megan con él intensificó sus sentimientos y, a pesar de todas sus reservas, se sintió momentáneamente en paz. Como si en ese preciso instante, este lugar fuera el sitio perfecto para estar.

Megan se levantó y la abrazó antes de dirigir su atención a todos los demás miembros del grupo.

—Hola, Amy —dijo Jay, tomando su turno para abrazarla, el confort de sus brazos la devolvió a ayer fuera de su bloque de pisos—. Me alegro mucho de que estés aquí —le susurró al oído.

Suponía que se lo decía a todo el mundo, pero aún así la tranquilizaba oírle decir esas palabras. Su presencia aliviaba a todas. Amy lo vio en el lenguaje corporal de sus amigos, la relajación de sus miembros cuando Jay se movía entre ellas.

Su campamento estaba situado al principio de la playa, donde el río y el mar se encontraban. La marea estaba subiendo, pero todavía estaba en la distancia. Con la hoguera encendida, la olla hirviendo, Jay invitó a todas a sentarse.

Amy quería preguntar por qué estaban aquí -en terreno bajo, cerca del borde de la orilla con el mar retumbando en la distancia- en lugar de en lo alto. Estudió a Jay mientras preparaba el té de ayahuasca. Parecía despreocupado, concentrado en su trabajo, y cuando todos se acurrucaron en un círculo alrededor del fuego, ella se sintió más en paz.

Jay bendijo la ayahuasca con los cánticos y conjuros que había aprendido en la selva y una a una fue llenando sus cuencos. Amy tomó la suya sin preguntar, y mientras Jay le sostenía la mirada todas sus reservas se desvanecieron.

El sonido del mar aumentó a medida que la droga llegaba a su torrente sanguíneo. Le pareció oír un susurro bajo las olas y eso la ayudó a tranquilizarse. Oyó la profunda voz de Jay tranquilizando al grupo.

—Déjense llevar —les dijo—. Diríjanse a la sala de espera y pasen si son capaces. Están a salvo. Son amadas. Vean a lo que les espera, a su cielo.

Amy se sintió ligera, insustancial, como si pudiera desvanecerse en la arena húmeda debajo de ella. Todo estaba bien. Jay tenía razón, todo estaba bien. Su preocupación por Megan -por todo- se desvaneció mientras viajaba por las geometrías imposibles, con su cuerpo zumbando en éxtasis.

Cuando regresó, Jay le sonrió y hubo tal calidez y belleza en el gesto que Amy sintió que podría partirse en un millón de pedazos. Ella fue la primera en regresar y durante un breve lapso

de tiempo estuvieron solos Jay y ella en la luz que se desvanecía.

—¿Fue hermoso? —preguntó él.

Amy solo pudo sonreír, su mente aún procesaba el viaje que el DMT le había enviado.

Cuando los últimos del grupo regresaron, comenzaron a contar sus historias. Al igual que antes de la muerte de Sally, cada una de ellas se turnó para explicar la razón por la que estaba allí, y Amy repitió las dolorosas palabras que había pronunciado tantas veces.

—Ahora te toca a ti —dijo Jay a Megan.

Megan se aferró a Amy mientras ésta explicaba al grupo por qué estaba allí. La soledad que había asolado su vida desde que era una niña era una historia que todas compartían, pero eso no hacía que fuera más fácil de escuchar; y cuando Megan volvió a relatar los horrendos abusos que había sufrido, Amy tuvo que cerrar los ojos y concentrarse en otra cosa.

Los cánticos comenzaron tan pronto como Megan terminó de hablar, Jay desenrolló su bolsa de tela para revelar la única jeringa. Mientras se movía alrededor del grupo, su mano encontró el hombro de Amy y permaneció allí durante un tiempo sorprendente, Amy se preguntó una vez más por qué estaba fingiendo. Él ya había decidido que sería Megan, y cuando finalmente se posó en ella se sintió de alguna manera engañada.

Amy se acercó a Megan mientras Jay la preparaba.

—¿Estás segura? —dijo Amy, abrazándola con fuerza.

Todo iba demasiado rápido. Había cosas que aún quería contarle a Megan, pero Jay ya estaba junto a su amiga, inyectando el DMT en su sistema mientras el canto grupal de ‘la muerte no es el final’ alcanzaba su punto más alto.

Los ojos de Megan se abrieron de par en par y luego se cerraron de golpe. Su cuerpo se estremeció y gimió, el DMT entró en su sistema inmediatamente.

Todos los miembros del grupo la observaban, hipnotizados, y sus cánticos se redujeron a un zumbido bajo. ¿Estaban pensando en sus propios viajes como Amy? Amy podía visualizar lo que le ocurría aunque no pudiera expresarlo con palabras. El aumento de los sentidos no era raro, pero lo que hacía diferente al DMT era la realidad del viaje. Ella seguía creyendo que lo que le había sucedido con el DMT era real. Había trascendido este mundo y no importaba lo que los demás pensarán al respecto. Todas en el grupo lo entendían, y lo más importante, Jay también.

Él les había dicho lo que verían. Megan estaría allí ahora. Libre de sí misma, en otra dimensión, lista para seguir adelante. Lo único que le quedaba era dejar su cuerpo atrás.

Ese pensamiento devolvió a Amy a la realidad. Estaban en tierra firme. ¿Cómo ayudaría Jay a Megan en la etapa final?

Como si fuera una respuesta, Jay se puso de pie.

—Vamos a ayudar a Megan a seguir adelante de una manera diferente —dijo—. No le gustaba la idea de caer, así que la facilitaremos el paso al otro mundo de una manera diferente.

Megan nunca le había dicho a Amy que no le gustaba la idea de caer y Jay les había dicho a todos que era una parte necesaria del proceso. La sensación de volar, o de flotar, en un espacio infinito era parte del viaje, y caer, le había dicho a Amy, facilitaba la transición.

Se agachó y cogió la mano de Megan, una sonrisa se formó en la cara de su amiga a pesar de estar tan lejos en ese momento.

—Deberías mirar hacia otro lado —dijo Jay, mientras se inclinaba sobre Megan.

Amy sujetó la mano de Megan y miró a Jay.

—Por favor —dijo con la boca.

Los cánticos aumentaron en velocidad y volumen mientras Amy miraba hacia otro lado. Amy

pronunció las palabras, pero ningún sonido salió de sus labios. Sintió que Megan se retorció y se agitaba en el suelo, el sonido del grupo era ahora frenético. El estribillo agudo -la muerte no es el final, la muerte no es el final- penetró en los oídos de Amy, que se volvió para ver la mano de Jay sobre la nariz y la boca de Megan.

—Paren —dijo Amy, pero sus palabras quedaron atrapadas en su garganta, o ahogadas por los cánticos, cuando Megan dejó de moverse y Jay la soltó.

El grupo dejó de cantar. Amy pensó que nunca había experimentado un silencio tan profundo. Jay la rodeó con sus brazos.

—Ya está bien, se ha ido. Está donde tiene que estar —dijo, y Amy pensó que le creía cuando sus lágrimas llegaron a las de ella.

Se turnaron para despedirse de Megan mientras Jay apagaba el fuego. De alguna manera, esto era peor que cuando dejaron a Sally al pie del acantilado. Jay había comprobado el pulso de Megan y se había ido, pero no se sentía bien dejándola junto a los bancos de barro.

—El mar llegará pronto —le dijo a Jay.

Incluso en la oscuridad, pudo ver las facciones de Jay. Sus ojos penetraban en las sombras a su alrededor mientras respondía.

—El mar se la llevará, Amy. Es lo que ella quería.

MIENTRAS AMY VOLVÍA a casa -el grupo se separó al llegar al astillero-, pensó en lo que había dicho Jay, tanto en que Megan no quería caer como en que ella quería que el mar se la llevara. Odiaba dudar de Jay -le había enseñado tanto, había cambiado su vida irremediablemente para mejor-, pero no podía dejar de preguntarse si había manipulado la situación en su propio interés. Podía entenderlo si lo había hecho. Tenía que hablar con la policía, y otro cuerpo al pie de los acantilados solo podría despertar más interés en él. Pero deseaba que hubiera sido sincero en lugar de enturbiar la situación con falsedades.

Los juerguistas salieron con fuerza por el pueblo. Los pubs estaban a tope, tanto los lugareños como los turistas se dirigían a otros garitos de copas. Era difícil creer que Amy hubiera formado parte de esta vida. Rara vez tenía dinero para ir a los clubes, pero disfrutaba de las pocas veces que lograba salir, tomando bebidas o consiguiendo que los chicos le compraran una. Miró su ropa, el pelo suelto pegado a la piel. En la cola de la discoteca se reían de ella antes de que tuviera la oportunidad de llegar al frente.

Compró una botella de vino en una tienda nocturna de Milton Road y se dirigió a su apartamento. Las paredes de su habitación parecían cerrarse sobre ella mientras desenroscaba la botella y bebía, con el cuerpo todavía aturdido por la ayahuasca.

No podía creer que Megan se hubiera ido. Se imaginó el cuerpo de su amiga solo en los bancos de barro y se preguntó si el mar ya la había alcanzado. Megan se había ido a un lugar mejor, pero no le parecía bien dejarla allí para que se la llevara el agua.

Amy bebió otro trago de vino cobrizo, con la cabeza nublada. Las paredes convergían hacia ella, acercándose a cada segundo. Buscó su teléfono y miró el último mensaje que Megan le había enviado.

—YO TAMBIÉN NECESITO VERTE —dijo, antes de marcar otro número—. Hola, servicios de emergencia, ¿qué servicio desea?

Amy hizo una pausa, con la respiración entrecortada, antes de decir finalmente:

—Con la policía, por favor.

CAPÍTULO CUARENTA

El resplandor de las luces azules de la policía de emergencias iluminó la noche cuando Louise dobló la esquina de Uphill. Habían recibido la llamada anónima justo después de la medianoche. Todavía estaba despierta, devorando el libro que le había regalado Chappell, y había hecho el viaje en quince minutos.

El puerto deportivo ya estaba acordonado. Detrás de las barreras, donde ella había aparcado el otro día, dos coches patrulla, una ambulancia y un camión de bomberos se disputaban el espacio. El agente uniformado reconoció su coche y dejó pasar a Louise.

El agente Hughes se acercó a ella mientras salía del coche.

—¿Fue usted el primero en responder? —le preguntó.

—Sí, señora. Estaba con Stracky, el sargento Strachan, señora, en el Cineworld de Dolphin Square, a la hora de la cena, cuando recibí la llamada. El sargento está ahora con los paramédicos y los bomberos, señora, intentando localizar el cuerpo.

—¿Ha escuchado este mensaje anónimo?

—No, señora. Los detalles fueron transmitidos a nosotros a través del despacho.

—Bien, ¿podemos ver si alguien puede enviarme el mensaje, por favor? —dijo Louise.

Thomas estaba de pie junto a una fila de barcos abandonados. Todos estaban sobre pilotes, esperando a ser reparados o restaurados. Tenía el pelo sin peinar y la ropa desarreglada.

—Te hemos sacado de la cama, Sargento Ireland —dijo a modo de saludo.

—Algo así. ¿Por qué estamos aquí otra vez?

—Aviso anónimo. Una mujer fallecida abandonada en la playa. Podría estar relacionada con las otras.

Thomas entrecerró los ojos como si tratara de dar sentido a sus palabras.

—¿Qué decía el mensaje?

—De momento solo tengo la transcripción. Parece que hay una reticencia general a reproducirme el mensaje. Vamos —dijo, caminando hacia una segunda zona acordonada. Otro agente uniformado y dos oficiales del servicio de bomberos se encargaban de la línea policial. Louise reconoció a uno de los hombres, el jefe adjunto de bomberos John McKee.

—John —dijo.

McKee era un hombre corpulento, de baja estatura pero de voz fuerte.

—Louise. No les aconsejo que vayan más lejos. Tenemos un equipo que está tratando de localizar el cuerpo. El mar aún no ha llegado a marea alta; cuando lo haga, será bastante traicionero —dijo, con su voz de rico tenor galés. Iluminó con su linterna la serpenteante entrada

de agua que se dirigía al Canal.

—Estaremos bien —dijo Louise, justo cuando sonó su radio.

—Aquí Strachan, señora. Hemos localizado el cuerpo. Mujer fallecida, de unos 20 o 30 años por lo que veo.

—Bien, mantén la escena limpia. Estoy en camino.

—Esa es la cuestión, señora. La han dejado en la orilla. Parece que el mar se está acercando. Vamos a tener que moverla.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Louise se frotó los ojos.

—Bien, manténganse tan cerca de la escena como puedan. Toma fotos si puedes. Estaré allí ahora. Thomas, comprueba dónde están los SOCO; llévalos a la escena tan pronto como lleguen.

El oficial de bomberos terminó de llamar por radio a su propio equipo antes de decir:

—Yo iré delante.

McKee echó una mirada despectiva al calzado de Louise mientras pasaban por delante de las últimas barcas y se dirigían a la pradera. El agua del mar ya estaba completamente dentro, llenando el serpenteante río.

—Esperemos que no nos encontremos con barro —dijo.

—Esperemos —dijo Louise, poniendo los ojos en blanco mientras seguía al oficial de bomberos hacia el resplandor de las antorchas en la distancia.

—No teníamos otra opción —dijo Strachan, al llegar al lugar de los hechos. El cuerpo estaba a unos metros del agua del mar. —Debería estar bien aquí —añadió, contemplando el cadáver.

Aunque el cuerpo había sido movido, Louise tuvo cuidado de no contaminar la escena más de lo necesario. Los ojos de la mujer estaban cerrados, con una mirada serena. Ante los ojos de Louise apareció una imagen inoportuna -Emily en lugar de la mujer- que desterró con un movimiento furioso de la cabeza.

—¿Dónde la encontraste?

—Estaba en el Canal. Su espalda está cubierta de barro —dijo Strachan, levantando sus manos cubiertas de lodo como si fuera una prueba.

—Acordonemos esta zona y esperemos a los SOCO. ¿Alguna señal de lo que la mató?

Strachan negó con la cabeza.

—De un vistazo superficial, no. No hay señales de sangre ni de huesos rotos.

Louise iluminó con su linterna los alrededores. Era difícil creer que se trataba de Weston. A pesar de la hora de la noche, el calor era intenso y había una lejanía en la zona que solo se desvaneció cuando miró a su derecha y vio las luces lejanas del paseo marítimo, el muelle que se adentraba en el mar.

Aunque el lugar estaba cerca de donde Claire Smedley se había quitado la vida, nada en el lugar coincidía con las otras tres muertes. El acantilado más cercano estaba en el puerto deportivo, el mismo del que había caído Claire. Por lo que pudo ver, y por lo que le había dicho Strachan, la mujer fallecida no había caído al vacío.

Mientras esperaba la llegada de los SOCO, pensó en Chappell. La forma relajada en que había estado con ella. ¿Podría él haber tenido un papel en esto? Louise tuvo que admitir que

parecía improbable. Si había estado planeando algo, lo había ocultado muy bien. Sin embargo, no creía que estuviera fuera de su alcance. Tenía un peculiar sentido de la confianza que ella rara vez había encontrado. Se lo imaginaba invitándola a su casa, hablándole del DMT, de su viaje al Amazonas, mientras planeaba los acontecimientos de la noche.

No es que vaya a dar voz a sus pensamientos. Ya estaba obsesionada de una manera que contradecía su entrenamiento, cometiendo errores poco característicos. No debería haber visitado a Chappell ese día. Pero, ¿y si él era el responsable? ¿Y si su aparición le había llevado a desempeñar un papel en la muerte de la mujer?

Llegaron los SOCO y ella se dirigió al aparcamiento con el jefe de bomberos.

—Esto está ocurriendo mucho últimamente, mujeres jóvenes... —dijo McKee, como si necesitara romper el silencio, con sus botas crujendo en el suelo seco junto al río.

No había ningún juicio en sus palabras, solo un reconocimiento cansado de la situación. Él estaría al tanto de los otros casos, de las tres mujeres que se habían quitado la vida. Era fácil, aunque un poco perezoso, suponer que éste era un caso similar.

—Esperemos que sea una coincidencia —dijo Louise.

—Soy del sur de Gales, sabes —dijo McKee.

—Nunca lo habrías adivinado —dijo Louise, inexpresiva.

—Tengo familia en Bridgend.

Louise bajó los ojos cuando se dio cuenta de por qué le había dicho de dónde era.

—Algo trágico —dijo.

—Bizarro. Todos esos jóvenes quitándose la vida. ¿Qué crees que está ocurriendo aquí?

Louise recordó a Tania Elliot haciendo la misma conexión. Tanto si la mujer de la orilla era otra suicida como si no, era difícil dejar de pensar que algo inusual estaba ocurriendo en la ciudad. Quizá por eso se obsesionaba con Chappell. Buscando una explicación que simplemente no existía.

—No lo sé, John. Espero que solo sea una triste coincidencia.

Se miraron el uno al otro, reconociendo ambos que la esperanza era a menudo otra palabra para el pensamiento deseoso.

—Lo tengo —dijo Thomas, acercándose a ellos.

—Espero que no sea contagioso —dijo McKee, dirigiéndose al camión de bomberos.

—Toma —dijo Thomas, entregándole a Louise su teléfono—. La llamada anónima que hemos recibido.

Louise pulsó el botón de reproducción de su teléfono. Después de escuchar una vez, volvió a pulsar el play:

POLICÍA, ¿en qué puedo ayudarle?

Hay un cuerpo. Tienen que cogerlo antes de que el mar se lo lleve.

Es el cuerpo de mi amiga.

¿Puedo tomar su nombre, por favor?

No hay tiempo. Debe llegar allí ahora.

¿Su amiga está en peligro?

Es Megan. Está muerta.

LA VOZ de la persona que llamó era inquietantemente tranquila. Continuó explicando la ubicación en detalle antes de colgar.

—¿Tenemos un rastro de esto?

—De momento solo un número. El teléfono está apagado. Tengo a alguien en la comisaría llamando. Coulson podría intentar localizar a la persona que llama. Se dirige a la estación ahora.

Louise escuchó el mensaje de nuevo. Creyó que la persona que llamaba tenía unos treinta años, aunque era muy difícil saberlo solo con la voz. Cerró los ojos mientras la mujer hablaba y captó la respiración agitada que había detrás de su voz. Era como si se obligara a mantener la calma. Cuando dijo: ‘No hay tiempo’, sus palabras se entrecruzaron, arrastrando las palabras como si hubiera bebido.

Le devolvió el teléfono a Thomas.

Él la miró como si intentara leer su mente.

—Parece que estás a punto de hacer algo.

Louise se pasó las manos por el pelo. Una oleada de cansancio se apoderó de ella al darse cuenta de que no había pensado en Emily ni en Paul desde que llegó al puerto deportivo; o mejor dicho, no había pensado activamente en ellos; siempre estaban ahí, en la periferia de sus pensamientos, esperando a ser tratados.

—Podríamos ir a despertar a Jay Chappell —dijo, más por picardía que por otra cosa.

Thomas le lanzó una sonrisa enigmática, demasiado parecida a la expresión que había visto en Chappell para su gusto.

—No estoy seguro de que sea la mejor idea, ¿verdad, jefa?

Louise hizo una mueca.

—Si me llamas ‘jefa’, debes decirlo en serio.

—Es que...

Louise lo detuvo.

—Lo sé, lo sé —Por supuesto que era una mala idea. Chappell había acudido a la comisaría voluntariamente. Por el momento, lo único que lo relacionaba con el caso era la grabación de él con Sally en el muelle. Louise aún no había incluido su visita de ayer en el expediente, pero una llamada en mitad de la noche por algo que podría no tener ninguna relación no sería profesional y podría dar lugar a una denuncia—. ¿Por qué no te vas a casa y duermes un poco? Parece que mañana tendremos un largo día —dijo.

—Lejos de mi intención de comentar, pero tal vez tú también deberías... jefa.

Los ojos de Louise se abrieron de par en par en señal de indignación.

—Quizá tengas razón otra vez —dijo, reprimiendo un bostezo.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Eran más de las 3 de la madrugada cuando Louise llegó a su bungalow, y apenas había conseguido dormir cuando su teléfono sonó a las 6 de la mañana.

—¿Mamá? —dijo, protegiendo sus ojos de la luz del sol que entraba por la ventana del dormitorio.

—Siento haberte despertado, Lou.

Louise se sentó en la cama y los acontecimientos de la noche anterior, de las últimas semanas, se precipitaron sobre ella.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Es Paul? ¿Emily? —preguntó, notando el sonido agudo que escapaba de su boca al decir el nombre de su sobrina.

—Todo está bien. Paul llamó anoche.

—¿Qué dijo, por qué no me llamaste? —Era demasiado temprano, y había dormido demasiado poco como para lidiar con una conversación críptica.

—Llamó para decir que todo está bien. Emily lo está pasando muy bien y volverán la semana que viene. No quería despertarte anoche, por eso te llamo ahora.

Louise no quiso recordar a su madre que eran las 6 de la mañana.

—¿A qué hora llamó?

Su madre dudó antes de contestar.

—Justo después de medianoche.

—¿Cómo sonaba?

—Estaba bien.

—¿Había estado bebiendo?

Su madre chasqueó la lengua, como si de alguna manera Louise estuviera equivocada por hacer la pregunta.

—Sonaba un poco agotado, pero le creo, Lou.

Ambas sabían que no llamaría si ese fuera el caso, pero Louise no insistió.

—¿Dijo dónde estaba?

—No.

—¿Le preguntaste?

Un suspiro.

—Escucha, Lou, creo que deberías intentarlo de nuevo. Creo que te escuchará.

—Lo intentaré, mamá —dijo Louise, aunque había estado llamando a su hermano todos los días desde que se llevó a Emily.

Se duchó y se cambió con el piloto automático, sirviendo un café para llevar a la estación. El verano se había desvanecido, y su sustituto era un océano gris de nubes que se cernía sobre la ciudad como una amenaza latente. Solo quedaba el calor, la camisa pegada a la piel a pesar de la hora temprana, cuando abrió la puerta del coche. Sin hacer ruido, levantó la mano hacia el Sr. Thornton, que había abierto su puerta al mismo tiempo.

Inclinándose para colocar su café en el portavasos, Louise volvió a sacar la cabeza.

—Parece que va a llover —le dijo al anciano.

El Sr. Thornton asintió con la cabeza y ella estaba segura de que había una sonrisa en sus labios mientras volvía a entrar.

Las nubes amenazaban con romperse, pero se mantuvieron mientras ella recorría el corto trayecto hasta la estación. Repitió la llamada anónima mientras conducía por las calles vacías. ¿La persona que llamó había dejado a la mujer junto al mar? ¿La había dejado morir o ya estaba muerta cuando se fue? ¿Conocía la persona que llamó a Jay Chappell, o las muertes no estaban relacionadas? Tales preguntas pasaron por la cabeza de Louise, cada una de ellas sin respuesta en ese momento.

Mientras aparcaba y se dirigía a la oficina, Louise descubrió que no era la única persona que buscaba respuestas.

—Inspectora Blackwell. ¿Puedes confirmar que ayer por la tarde se encontró otro cuerpo cerca de Uphill Marina?

Louise miró a las nubes como si allí pudiera encontrar alguna respuesta, antes de volverse hacia la persona que había hecho la pregunta.

—Puedo confirmar que se encontró un cuerpo cerca del puerto deportivo, Tania, sí. En cuanto a que sea ‘otro’ cuerpo...

—Otro suicidio, inspectora.

Louise cerró los ojos, esperando que cuando los abriera la periodista hubiera desaparecido. Era muy consciente de su cuerpo en ese momento -la pesadez de cada músculo, las articulaciones de sus huesos, el rugido de la sangre en sus oídos- mientras el agotamiento amenazaba con engullirla.

—Imprime lo que quieras —dijo, abriendo la puerta de la estación y cerrándola antes de que la periodista pudiera seguirla dentro.

Se sorprendió al ver a Thomas ya en el despacho.

—Creía que estabas durmiendo —le dijo, casi arrancando de su mano la taza de café que le ofrecía.

—Podría decir lo mismo de ti.

—No pude dormir —dijo Louise, aunque sintió que si bajaba los ojos ahora lo haría.

—Lo mismo digo. Dempsey se ha llevado el cuerpo. Parece que tenemos un nombre —dijo Thomas, señalando la foto del cadáver que ya había colgado en el tablón de anuncios—. Megan Davies. Acabo de terminar una búsqueda sobre ella. Tengo una dirección por si quieres acompañarme.

—Inspectora Blackwell, una palabra. La presencia del Detective en Jefe Robertson era desconocida para Louise, y la reverberación de su acento de Glasgow en la oficina vacía caló en sus huesos como el sonido de la tiza en una pizarra.

—Por cierto, ya está Robbo —dijo Thomas, volviendo a su mesa.

—Oh, gracias, Sargento Ireland —dijo Louise, dirigiéndose a la oficina de su jefe.

—¿Otra más? —dijo Robertson, antes de que ella tuviera la oportunidad de sentarse.

La tensión era palpable, su relación con su superior estaba tensa desde el fiasco de las horas extras. Había que resolverlo, y la única solución que se le ocurría era darle un resultado sobre el caso. Si seguía planteándole problemas, tarde o temprano él asumiría que simplemente estaba repitiendo su comportamiento de la época en que estaba en el MIT. Si llegaba a ese punto, su posición sería insostenible. Solo deseaba tener algo más que ofrecerle.

—Posiblemente. Sin embargo, la forma de morir es completamente diferente a la de las demás. No sabemos si se trata de un suicidio. Podría ser simplemente una muerte accidental.

—Esperemos que así sea, ¿de acuerdo?

—Gracias los ánimos, señor, pero realmente necesito seguir con el trabajo. Creemos que tenemos una identificación positiva y la dirección de la mujer.

—Ya sabes lo que voy a hacer cuando salgas de esta oficina —Louise casi podía visualizar la energía abandonando su cuerpo.

El labio superior de Robertson sobresalía como si estuviera conteniendo el ceño.

—Voy a llamar al ayudante del jefe de policía Morley.

—Bueno, disfruta eso.

—Vamos, Louise. ¿Un cuarto cuerpo?

—No es como si los estuviera matando, Iain.

—Tal vez no, pero ¿qué tengo que decirle a Morley?

—Podrías decirle que hubo más de veinte suicidios en Bridgend.

—¿Estás jodidamente loca? Le digo eso y esto irá al cuartel general antes de que tenga la oportunidad de colgar.

Louise sintió como si todo su tiempo en Weston hubiera conducido a esta conversación. Robertson siempre la había apoyado. Nunca lo dijo, pero ella estaba segura de que creía lo que ella le había contado sobre el caso Walton. Cómo Finch había mentido, cómo Morley la quería fuera de la fuerza. También sabía que él tenía sus propias presiones. Morley se consideraba a sí mismo como una especie de favorito de los medios de comunicación y nada odiaba más que la mala publicidad. Pero algo tenía que ceder.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué tenemos un departamento de CID aquí, Iain?

Robertson comenzó a sacudir la cabeza.

—Hablo en serio. ¿De qué sirve, si cada vez que tenemos un problema con un caso Morley y el resto del cuartel general amenazan con quitárnoslo?

—Sabes que no es tan sencillo, Louise.

—Tal vez no, pero no quiero tener que luchar contra Portishead cada vez que intento hacer mi trabajo. ¿Crees que el MIT se habría molestado con este caso? Porque te diré que no lo habrían hecho. Al menos no hasta la muerte de Sally. E incluso entonces, no estoy segura. Yo fui quien encontró la laptop de Claire Smedley. Encontré la conexión entre ella y Victoria Warrington. Tal vez le digas eso a Morley.

Robertson se frotó la frente como si tuviera algo pegado.

—Este testigo. Jay Chappell. ¿Hay algo ahí?

—Tal vez —dijo Louise, suspirando.

Robertson la miró y pareció reconocer que había perdido la discusión. Abrió los brazos.

—Bien, vete —dijo.

THOMAS LOS CONDUJO hasta el parque de vacaciones de Brean Down, donde había vivido Megan Davies. Louise miró furtivamente a Thomas mientras pasaba por el lugar en el que se había detenido ayer, a la vuelta de la casa de Jay Chappell. No sabía por qué se sentía culpable. Aparte de no haber actualizado el informe sobre su visita, no había hecho nada malo. Tal vez lo que le molestaba era la forma en que había inspeccionado el perímetro de la casa, la idea de entrar a la fuerza para ver lo que Chappell escondía.

El libro que le había dado estaba en su bolso. Se preguntó qué pensaría Thomas de él. Se prometió a sí misma que lo incluiría en el informe cuando terminaran de visitar la casa de Megan y trató de desterrar la sensación de que había cometido otro error al cogerlo. Casi lo había terminado. La mayor parte era fácil de descartar. La traducción era realmente horrible y gran parte del texto contenía reflexiones espirituales abstractas. Lo que intrigaba a Louise era el detalle con el que el chamán contaba no solo sus experiencias con la droga, sino las de sus alumnos. Como sugirió Forrest, había una sensación de experiencia compartida. Los relatos hablaban de los llamados guías -algunos descritos de forma salvaje, alienígenas e inquietantes, otros más parecidos a los humanos- que el Dr. Forrest había mencionado; y si no hubiera sido por su discusión con Forrest, habría descartado el libro sin más. Pero lo que tenía que considerar era la reacción de Chappell al libro. Él le había dicho que le había cambiado la vida y ella tenía que desentrañar qué significaba exactamente.

El sol aún no había atravesado el manto de nubes. Bajo el cielo gris, los complejos turísticos y las tiendas de la playa parecían lamentablemente fuera de lugar. Se preguntaba por qué la gente viajaba a la zona, con sus imprevisibles patrones climáticos y su mar marrón, cuando había tantas alternativas mejores.

No es que el lugar carezca de belleza. Mientras Thomas entraba en un aparcamiento de caravanas, Louise echó un vistazo a Brean Down. A través de la niebla, el promontorio se adentraba en el mar. Un grupo de excursionistas con sus característicos impermeables salían a caminar por la mañana, subiendo los escalones de piedra que, desde el ángulo de Louise, parecían imposiblemente empinados.

Thomas aparcó. Louise había estado antes en el mismo parque de caravanas con Farrell. Eso había sido en invierno, pero experimentó la misma sensación de desolación al salir del coche que en los meses más fríos. Con sus puertas idénticas cerradas, las caravanas estáticas parecían vacías, y el parque desolado.

Mientras Thomas cogía un juego de llaves del vigilante del parque, Louise se preguntó cuántas veces más tendría que pasar por esto; cuántas casas más de mujeres jóvenes fallecidas tendría que ver antes de que entendieran lo que estaba pasando.

—Está alquilada al parque de vacaciones —dijo el director—. A veces lo usan como excedente para su personal en períodos de mucho trabajo.

—Gracias. Le llamaremos si necesitamos algo más —dijo Louise, esperando a que el guarda se alejara de mala gana antes de abrir la puerta de la caravana.

El interior era una gran mejora respecto a la caravana abandonada en la que había vivido Sally. Aunque estaba anticuada, el mobiliario estaba bien mantenido y el lugar daba la sensación de estar recién limpiado, como si estuviera listo para nuevos ocupantes. No fue hasta que llegaron a la pequeña cabina del dormitorio hacia la parte trasera que vieron alguna de las pertenencias de Megan. Una pila de ropa bien doblada estaba colocada al final de la cama, junto a una bolsa de aseo.

—Eso es un poco extraño —dijo Thomas, señalando la funda de almohada y el edredón rosa,

con el dibujo de una princesa de Disney.

—El confort de las cosas infantiles —dijo Louise. Intentó que Thomas no viera que miraba hacia otro lado. A Emily le encantaba el personaje pegado sobre el edredón. Tenía al menos tres versiones de muñecas de la princesa de Disney, así como el traje. Los ojos de Louise comenzaron a humedecerse y se vio obligada a abandonar la caravana. Por suerte, Thomas no la siguió.

Louise apretó la espalda contra el frío exterior de la caravana, y la ligera brisa le hizo sentir pinchazos en la piel.

Megan había cumplido veintiocho años. Louise la imaginó sola en la caravana por la noche, envuelta en la colcha de su infancia. La soledad era una plaga que Louise comprendía. Había amenazado con abrumarla en ocasiones y era algo que las cuatro mujeres parecían haber sufrido. ¿Había sido esto lo que había llevado a Megan a quitarse la vida? ¿La posibilidad de pasar una noche más sola en el desolado parque de caravanas, cuando el mundo pasaba por la carretera, era demasiado para ella?

Louise trató de no pensar en Emily sola como adulta, envuelta en los mismos consuelos infantiles. Era aterrador lo fácil que resultaba imaginar que algo así le había sucedido a su sobrina; no es que necesitara una razón, pero ese pensamiento la hacía estar aún más decidida a averiguar qué les había sucedido a esas desafortunadas mujeres.

Thomas miró hacia ella cuando volvió, pero no dijo nada. Se preguntó si él tenía las mismas preocupaciones, si estaba proyectando los acontecimientos actuales en los temores sobre el futuro de su hijo ahora que se estaba divorciando. Le dolía saber que probablemente nunca lo sabría, que su relación no era lo suficientemente estrecha como para hablar tan íntimamente.

—Busquemos una nota —dijo.

La búsqueda no duró mucho, las pertenencias de Megan fueron encontradas y procesadas fácilmente. La nota estaba bien doblada dentro del pequeño bolso del armario. Era más larga que las demás. Louise trató de no dejarse distraer por el horrendo recuerdo de abusos sistemáticos que contenía la nota, pero se prometió a sí misma que, cuando todo esto terminara, abriría un caso para investigar las acusaciones que contenía. La nota terminaba con el ya familiar estribillo:

HAY otros mundos aparte de este

La muerte no es el final

LOUISE COLOCÓ la nota en una bolsa de pruebas y añadió el oso de peluche de la cama de Megan para procesarlo.

—De la vieja escuela —dijo Thomas, sacando un teléfono de ladrillo de debajo del colchón y entregándoselo a Louise.

No había código de acceso y Louise accedió al teléfono sin problemas. Comprobando la agenda y las llamadas recientes, se dio cuenta de que solo había un contacto en el teléfono de Megan.

No necesitó comprobarlo para saber que pertenecía al anónimo de la noche anterior. Ahora tenía un nombre. Louise pulsó el número de teléfono.

—Parece que estamos buscando a alguien llamado Amy —dijo.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Desde la ventana de su cuarto piso, Amy asomó la cabeza por casi la décima vez ese día. Las nubes grises parecían estar fuera de lugar, como si ocultaran el cielo, aunque reflejaban muy bien su estado de ánimo. Eran las dos de la tarde y no había llamado a la cafetería para decir que no iba a ir a trabajar hoy. Su teléfono seguía apagado. No lo había tocado desde que llamó a la policía. El aparato estaba enterrado bajo una pila de ropa sin lavar. Pero que esté fuera de la vista no significa que esté fuera de la mente. El teléfono -y los acontecimientos que rodearon su necesidad de llamar a la policía- era lo único en lo que Amy podía pensar.

Pasó de la preocupación por haber cometido un error a la necesidad de saber qué le había pasado a Megan, desde la preocupación por si debería haber avisado y la desesperación por no haber llamado a tiempo. ¿Había mensajes esperándola? ¿La policía la había tomado en serio? ¿Habían recuperado el cuerpo de Megan a tiempo?

No sabía con certeza por qué había llamado a la policía, más allá de la persistente sensación de que había sido un error dejar que el cuerpo de Megan fuera arrastrado al mar y de la inquietud por los acontecimientos de la noche.

Jay nunca había dado instrucciones sobre lo que pasaría cuando pasaran al otro lado, más allá de lo espiritual. Amy había asumido que el cuerpo dejaba de importarle después de ese momento, un hecho evidenciado por la forma en que no había parecido preocuparse demasiado de que Sally hubiera sobrevivido momentáneamente a su caída en Sand Bay. Según Jay, ella ya había pasado al siguiente reino. ¿Por qué, entonces, había querido que el cuerpo de Megan fuera arrastrado al mar?

La única conclusión lógica que podía sacar Amy era que no quería que las autoridades encontraran su cuerpo. Era comprensible, teniendo en cuenta que su fotografía había aparecido en el periódico y que la policía lo había interrogado. Sin embargo, a Amy le parecía mal. Ella creía en Jay, seguía pensando que su futuro estaba en seguir a Megan y a los demás como Jay la había guiado, pero no estaba bien que Megan se escabullera sin saber. Amy y los demás del grupo eran la única familia de Megan, habrían sido los únicos en saber que había desaparecido, si no se hubiera encontrado su cuerpo. Y a pesar de todo lo que dijo Jay sobre que el cuerpo era un recipiente, y de su breve experiencia de escapar de esa prisión, a Amy no le gustaba la idea de que el cuerpo de Megan nunca fuera descubierto.

Pero eso no era lo que realmente la preocupaba; al menos, no solo eso. Por mucho que intentara no pensar en ello, tenía que aceptar que Jay había matado a Megan la noche anterior. La sujetó y le quitó la vida mientras Amy se aferraba inútilmente a su mano. Se dijo a sí misma que

no era diferente de antes. Jay había llevado a Victoria, Claire y Sally a la muerte, las había empujado al borde del precipicio. ¿Por qué entonces esto se sentía tan diferente? Quería creer que estaba reaccionando a la física de la muerte de Megan. Jay les había dicho que Megan no había querido caer, pero ¿no había una forma más fácil de ayudarla a pasar a la otra vida?

A pesar de las nubes del exterior, en el interior del piso hacía un calor sofocante. Amy pensó en salir a dar un paseo, pero no podía afrontar el día. Vestida solo con su ropa interior, se acurrucó en el sofá y vio videos en su ordenador portátil. Hizo lo posible por no pensar en Megan. Debería alegrarse por su amiga, pero la forma en que había muerto y lo que había sucedido después, habían apagado esa euforia. Intentó aferrarse a su propio viaje de la noche anterior, pero en la cruda realidad de la existencia, era difícil captar la sensación de distanciamiento, el desvanecimiento de las inseguridades que había sentido después de beber el té. Si pudiera volver allí ahora, todas sus preocupaciones sobre Megan, y Jay, se desvanecerían. Y mientras sonaba el timbre de su puerta, pensó que tal vez ese momento iba a llegar más pronto que tarde.

Se puso una camiseta y volvió a sacar la cabeza por la ventanilla, sorprendida al no ver la figura familiar de Jay esperándola.

—Nicole —llamó—. ¿Qué haces aquí?

—Estaba comprobando que estabas viva —gritó la chica.

—Espera, te voy a llamar.

Nicole estaba sin aliento cuando llegó a la puerta de Amy. Estaba pálida, con la frente cubierta de sudor.

—¿Estás bien? —preguntó Amy, mientras le abría la puerta.

—¿Qué si estoy bien? —dijo Nicole—. ¿Dónde has estado hoy? Keith está furioso.

Amy no podía preocuparse por su jefe. Era solo su segundo día de enfermedad. Keith probablemente encontraría la manera de descontarle el sueldo, pero ella podía vivir con eso.

—¿Te envié a ti?

—No, claro que no. Estaba preocupada por ti. Encontré tu dirección en el libro del personal.

Amy se sonrojó. El solo hecho de escuchar esas palabras la hizo sentir mejor.

—Lo siento, Nicole. Gracias por venir.

—¿Y?

—Oh. No me sentí muy bien esta mañana. Mi teléfono no estaba cargado y me quedé dormida. Debería haber llamado. Lo siento.

—No necesitas disculparte conmigo. Me alegro de que estés bien. ¿Has tomado algo?

La preocupación de Nicole se reflejaba en su rostro y Amy hizo lo posible por tranquilizarla.

—Estoy bien. Debe haber sido una de esas cosas de veinticuatro horas. Tomé un poco de sopa y pan antes. Me siento mucho mejor.

Nicole la miró fijamente, sus ojos sostenían su mirada de una manera que le recordó a Amy a Jay.

—¿Qué no me estás contando?

—Nada. Estoy bien —dijo Amy, tratando de convencerse a sí misma. Recién ahora recordaba que Nicole había conocido a Megan esa vez. Era una pena que Nicole no hubiera tenido la oportunidad de conocer a la verdadera Megan. Megan se había comportado de forma poco habitual aquel día, y era una pena que ése fuera el único recuerdo que Nicole tenía de ella. Amy esperaba que los recuerdos de Nicole fueran más positivos.

Preparó un té mientras Nicole abría la ventana.

—Confieso que tengo otra razón para estar aquí —dijo Nicole, tras un minuto de cómodo silencio.

Amy luchó contra su pánico inicial, preguntándose si de alguna manera la policía había rastreado su llamada y había ido a buscar a Nicole al café.

—Ah, sí, ¿qué es eso?

Nicole le entregó un folleto.

—Es un curso gratuito de la biblioteca. Esenciales para los negocios. Pensé que podríamos ir juntas. Descubrir lo que se necesita para dirigir un negocio.

Amy sonrió. La inocencia y el optimismo de la joven eran contagiosos. Trabajar con Keith aún no le había sacado de quicio, y Amy se alegró de que pronto volviera a la universidad.

—Le echaré un vistazo —dijo—, pero me vendría bien dormir un poco.

Nicole no pudo disimular la mirada de dolor. A Amy le habría encantado que se quedara, el mero hecho de estar en su compañía la había animado, pero estar en su órbita suponía un peligro para Nicole. Con su llamada a la policía, y Jay apareciendo en los periódicos, no quería arriesgarse a que Nicole se viera envuelta en algo que no merecía. Sería mejor para ella no conocer a Amy en ese momento.

—Lo miraré, Nicole —repitió Amy, mientras la acompañaba a la puerta del apartamento.

—Lo siento, no quise molestar de ninguna manera. Es solo que...

—Está bien. No creo que vaya a abrir mi primer restaurante con estrellas Michelin pronto, pero tal vez esto sea divertido —dijo, agitando el panfleto en el aire—. ¿Podemos hablar mañana después del trabajo?

Esto pareció aplacar a Nicole, que se marchó con una sonrisa. A pesar de los últimos acontecimientos, Amy se alegró de estar sola una vez más y, cuando llamaron a la puerta diez minutos después, no contestó. Como no había oído sonar el timbre, supuso que se trataba de uno de sus vecinos. Quienquiera que fuera, era persistente, y Amy se dirigió a la puerta después de la tercera serie de golpes.

Se sorprendió al ver a Nicole de pie cuando abrió la puerta, todavía sonriendo; sin embargo, eso no fue nada en comparación con el shock de ver a Jay de pie detrás de ella.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

El ruido de la colonia de vacaciones se filtraba a través de las paredes de la cabaña prefabricada que les habían asignado para realizar las entrevistas. El sonido de los jóvenes atolondrados y el pitido de los aparatos electrónicos de las máquinas recreativas, aunque no eran tan ruidosos, le recordaban a Louise el ruido que había soportado en el muelle a principios de semana. Después de dejar la caravana de Megan, se dirigieron directamente al camping, deseosas de entrevistar a sus antiguos colegas con la esperanza de averiguar algo más sobre ella y sobre la persona anónima que ahora conocían como Amy.

La mañana no había ido bien. Parecía que habían hablado con todos los adolescentes monosilábicos del condado, cada uno con una historia casi idéntica que contar: Megan era muy reservada, y no, nunca habían oído hablar de nadie llamado Amy.

Antes de ir a la estación, Louise volvió a llamar a Amy.

—Amy, soy Louise Blackwell. Encontramos tu nombre como único contacto en el teléfono de tu amiga Megan. Sé que probablemente estés asustada y que debe ser desalentador acudir a la policía, pero ponte en contacto con nosotros. También puedes hablar conmigo directamente si sientes que estás en peligro, o si solo quieres hablar. Puedo ayudarte, Amy. Llama, por favor — Louise añadió su número de móvil privado antes de colgar.

—¿Crees que está en peligro? —preguntó Thomas, una vez que volvieron al coche.

Louise se encogió de hombros. Pensó en el pánico contenido que había escuchado en la voz de Amy cuando llamó por el mensaje. Era concebible que hubiera cambiado de opinión después de dejar a su amiga para que se la llevara el mar, pero la vacilación que había oído le sonó a Louise como si la mujer tuviera algo más que quería decir.

La estación era un lugar diferente cuando regresó. La sensación de ciudad fantasma de la mañana se había evaporado y se sentía abarrotada mientras se sentaba en su escritorio y revisaba sus mensajes. Joslyn le había enviado un críptico correo electrónico a su cuenta privada, en el que le decía que aún no había tenido suerte en la búsqueda de Paul, y había una nota para que llamara a Stephen Dempsey a la oficina del forense.

—Hola, Louise, gracias por llamarme —dijo Dempsey—. He decidido empezar a trabajar temprano en el cuerpo descubierto esta mañana. Megan Davies.

—¿Una época lenta del año?

—No, la verdad es que no —dijo Dempsey, ignorando su intento de charla—. Eché un segundo vistazo una vez que la llevamos a la morgue debido a la poca luz que había en la escena y me alegro de haberlo hecho. No había visto algunas señales de hematomas alrededor de la boca

y la nariz, que combinadas con la sangre en los ojos y los altos niveles de dióxido de carbono en la sangre sugieren que fue asfixiada. Tengo que hacer más pruebas, pero parece que no se trata de otro suicidio.

Después de colgar, Louise le contó a Thomas los resultados de Dempsey.

—¿Así que tenemos un caso de asesinato junto a los tres suicidios? —dijo.

Louise se mordió el interior de la mejilla.

—No lo creo. Recuerda que tenemos una nota de suicidio de Megan. Creo que podríamos estar ante cuatro casos de asesinato.

LOUISE PASÓ las dos horas siguientes preparando la documentación necesaria para el caso de Megan Davies, mientras Thomas volvía a examinar los tres informes de autopsia anteriores en busca de detalles que pudieran haberse perdido. Louise volvió a llamar a Dempsey para confirmar que daría prioridad al caso, y siguió llamando a la UIF para solicitar que se enviaran muestras de cabello a la Dra. Everson en la Met. A pesar de ello, sabía que los resultados tardarían más de lo que ella quería. Su inquietud era un sentimiento conocido y luchó contra su frustración mientras acompañaba a Thomas al bungalow de Jay Chappell. Si se encontraban las huellas dactilares o el ADN de Chappell en el cuerpo de Megan, podrían realizar una detención. Hasta entonces, tenía que esperar que la UIF hiciera lo que había prometido y diera prioridad al caso de Megan.

—Hora de la confesión —le dijo a Thomas, mientras conducía hacia Berrow.

Los ojos de Thomas se abrieron de par en par hasta un extremo cómico. Le había gustado trabajar con él en los últimos días. Era como si el antiguo Thomas estuviera volviendo. Ahora era raro que se presentara al trabajo con resaca. Los ojos inyectados en sangre habían desaparecido y la combinación de ropa más elegante y afeitado le había quitado algunos años de encima. En otro momento, podría haber perseguido su atracción por él, pero seguía siendo demasiado complicado, y probablemente siempre lo sería.

—¿Y bien? —dijo.

—Ayer visité a Chappell. Todavía no he tenido tiempo de añadirlo al informe.

Thomas dejó que sus palabras se asentaran.

—¿No has tenido tiempo? —dijo.

—Por si no te has dado cuenta, últimamente han ocurrido algunas cosas.

Thomas volvió a prestar atención a la carretera. Tenía razón, por supuesto. Por muy ocupados que estuvieran, ella debería haber añadido su visita al informe de ayer. Si era sincera consigo misma, algo la había retenido. No sabía si era la naturaleza de la conversación que había tenido con Chappell, el libro que él le había dado, o el hecho de haber esperado a la vuelta de la esquina de su casa durante casi una hora después de encontrarse con él. Había una pizca de obsesión en sus acciones, y en el borde de sus pensamientos estaba la preocupación de que Chappell hubiera llegado a ella de alguna manera. Recordó la calidez de su rica voz, la forma casi tranquilizadora en que le hablaba. Todas las cosas que no deseaba compartir con Thomas, y definitivamente no en un informe policial.

Como ayer, no había ningún coche en la entrada. Thomas llamó a la puerta y Louise volvió a mirar por los huecos de las persianas.

—¿Qué pasó cuando hablaste con él ayer? —preguntó Thomas. Volvieron al coche, Louise

había dejado un mensaje para Chappell en su teléfono.

—Entré en la casa y lo interrogué —dijo Louise, odiando la actitud defensiva de su voz—. Puedo escribirlo todo para ti, sargento, si quieres.

Thomas no reaccionó. Salió de la calzada, con una sonrisa en la cara que alivió el aumento de los latidos del corazón de Louise, y salieron de Berrow.

—Disculpa —dijo ella.

—No hace falta que te disculpes conmigo. Tú eres la jefa —dijo Thomas.

Dejó que el viento se fuera.

—Tenemos que poner a todos en esto, Thomas. Quiero hablar con Chappell urgentemente.

—Él no trabaja, ¿verdad?

—Oficialmente, no.

—Sin embargo, es un lugar muy bonito.

—Desde fuera, sí —dijo Louise, recordando el desolado interior del extenso bungalow—. ¿Te llamó la atención algo raro cuando lo estabas procesando?

—La verdad es que no. Supongo que no se inmutó por todo aquello. No se puso nervioso ni se tensó. Nada parecía molestarle.

—No le falta confianza —dijo Louise, tamborileando con los dedos en el salpicadero del coche—. Voy a llamar a alguien —Llamó a Simone y le dijo que dispusiera que un coche patrulla esperara cerca de la casa de Chappell a su regreso. A falta de localizar a Amy, hablar con Jay Chappell era su siguiente paso lógico y, como no tenía una dirección de trabajo, utilizar los recursos para esperar su regreso tenía sentido para Louise. No es que tuviera que defenderse ante Simone.

—¿Cómo está tu sobrinita? —preguntó Thomas, deteniendo su monólogo interno y sustituyéndolo por otro tipo de preocupación.

Él le había preguntado lo mismo el otro día en Nailsea, y lo primero que pensó fue que él conocía la situación actual de Emily.

—Está bien —dijo ella, probando su reacción. No quería mentirle a Thomas, pero cuanto menos se supiera de las vacaciones no anunciadas de Paul, más fácil sería manejarlo.

—Sé que es un tópico, pero crecen muy rápido, ¿verdad? Noah tiene cuatro años y va a cumplir veinte. Veo el cambio en él cada vez que estoy con él. Supongo que no vivir con él las veinticuatro horas del día hace que los cambios sean mucho más evidentes.

A veces, en su trabajo, es difícil recordar que los demás tienen sus propios problemas. Aquí estaba preocupada por su hermano y su sobrina, cuando Thomas estaba pasando por un divorcio y viviendo lejos de su único hijo.

—Cambian en un abrir y cerrar de ojos. A veces paso un par de semanas sin ver a Emily, y es como conocer a una persona nueva —dice Louise—. Lo siento, espero que eso no...

—No, no. Sé lo que quieres decir. Realmente no es tan malo. Como dije, ahora lo veo más que antes. Este fin de semana también estoy mirando un piso de dos habitaciones. Creo que estaré sin dinero para siempre, pero me gustaría que se quedara en un lugar decente cuando esté con él.

—Eso es genial, Thomas. Me alegro por ti. ¿Dónde?

—En Worle —dijo Thomas.

—Oh, ¿en serio?

—No te preocupes —dijo Thomas, sonriendo—. No te estoy acosando. Worle es un lugar bastante grande.

Louise igualó su sonrisa.

—Pero no esperes que te cuiden —Se sorprendió al ver que sus ojos volvían a llenarse de lágrimas al pensar que Thomas estaba solo cuidando de su hijo. El paralelismo con Paul y Emily era obvio, pero su reacción visceral fue sorprendente. Siempre había conseguido separar lo personal de lo profesional. Que le costara hacerlo, unido a los errores que estaba cometiendo, empezaba a preocuparla.

—¿Todo bien? —dijo Thomas, con la mirada fija en la carretera.

Louise parpadeó y se quitó las lágrimas.

—Sí, solo un poco cansada —dijo mientras Thomas doblaba la esquina del aparcamiento de la estación—. Nunca se acaba, ¿verdad? —añadió, al ver el coche del Detective en Jefe Finch en su espacio.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Amy nunca había visto una expresión semejante en el rostro de Nicole. Su piel estaba sonrojada y la sonrisa que se formaba en sus labios la hacía parecer mucho mayor. ¿Cuánto tiempo había estado hablando con Jay? Hacía más de diez minutos que se había marchado. ¿Había estado con él todo este tiempo? Amy no sabía si estaba celosa o preocupada. Con todo lo que le había pasado a Megan, se sentía protectora de su joven amiga. Sin embargo, la aparición de Jay seguía teniendo un efecto visceral en ella. Sintió que su propia cara se enrojecía y que sus latidos se aceleraban como los de una colegiala mareada en su primera cita.

—Encontré a tu amigo fuera —dijo Nicole, el movimiento de sus ojos decían, *¿por qué no me has hablado de él antes?*

Jay levantó las manos.

—No estaba merodeando, lo prometo —dijo.

Amy desvió la mirada de su perfecta sonrisa hacia Nicole.

—Gracias, Nicole. Nos vemos mañana —dijo, preocupada por haber sonado demasiado ansiosa de que se fuera.

—¿A menos que quieras acompañarnos? —dijo Jay.

Nicole se sonrojó de nuevo. Amy vio la indecisión en su rostro. Sabía el efecto que Jay podía tener en la gente, así que entendió su reacción.

—Creo que Nicole tiene que irse, ¿no? No quiero que llegue tarde con sus padres.

Amy se arrepintió de la broma de los padres tan pronto como la dijo. Inconscientemente estaba menospreciando a su amiga, resaltando su juventud.

De nuevo se preguntó si se debía a los celos o a la protección.

Si Nicole se sintió herida por el comentario, lo disimuló bien.

—Encantada de conocerte —dijo, inclinando la cabeza hacia Jay.

—Y yo también estoy encantado de conocerte a ti, Nicole —dijo Jay, tomando la mano de Nicole.

La cara de Nicole se puso tan roja que parecía que iba a desmayarse. Su inocente vértigo le recordaba tanto a Megan que Amy tuvo que luchar contra el sollozo que le surgió en la garganta.

—Ven aquí —dijo Jay, en voz baja, una vez que Nicole se hubo marchado.

Sus brazos se extendieron frente a él y Amy deslizó los suyos alrededor de su cuerpo como si estuviera llegando a casa. Se hundió en su calor, el olor de los cítricos en su piel le resultaba tan familiar que no podía recordar una época sin él. Él la abrazó, la fuerza de su cuerpo la mantuvo en su sitio. Cerró los ojos al recordar cómo abrazaba a Megan y cómo su cuerpo se estremecía

mientras él la guiaba al otro mundo. Enterrándose en su pecho, Amy se preguntó qué pasaría si él aumentaba la presión de su agarre. ¿Sería capaz de sacarle la vida? ¿Se resistiría ella si él lo intentara?

Como si fuera una respuesta, Jay la soltó.

—¿No estuviste en el trabajo hoy? —preguntó.

La pregunta la desconcertó. Nunca lo había visto en la cafetería y se preguntaba por qué había decidido visitarla allí ahora.

—No me apetecía —dijo ella, y por primera vez desde que él llegó se fijó en la pequeña bolsa que se le había caído junto a la puerta.

Jay se giró para seguir la línea de sus ojos hacia el bolso. Cuando la miró, tenía la misma expresión inocente que siempre tenía cuando quería que ella hiciera algo.

—Estaba pensando que tal vez podría quedarme —dijo. Como si se tratara de una pregunta; como si ella pudiera elegir.

Si él hubiera aparecido así ayer no habría dudado -durante mucho tiempo había sido todo lo que ella había anhelado-, pero ahora que había llegado el momento ella estaba indecisa.

Jay volvió a acercarse a ella, con las manos extendidas frente a él. Amy frunció el ceño y las cogió, y una oleada de energía la recorrió cuando él le cogió las manos.

—Sé que debes tener tus dudas, Amy —dijo él—. Sobre todo después de lo de anoche. No todo el mundo entiende lo que intentamos conseguir. Megan lo entendió. Quería que fuera yo quien la guiara al siguiente nivel —Amy todavía no sabía si la policía había logrado llegar a Megan a tiempo. No se había atrevido a mirar su teléfono desde que lo había apagado. Estaba enterrado bajo una pila de ropa en un rincón de la habitación. ¿Qué diría Jay si supiera del teléfono, de su llamada de anoche? ¿Y si ya lo sabía? Siempre parecía saberlo todo antes que ella. Quizá por eso estaba allí, para castigarla por intentar estropear su trabajo.

—Lo entiendes, ¿verdad? —dijo Jay.

Amy trató de controlar el temblor que le recorría el cuerpo. Jay parecía tan auténtico que era imposible dudar de él. Nunca la había defraudado, y el hecho de que estuviera allí solo podía significar una cosa. Era su turno.

—Genial —dijo Jay—. ¿Qué tal si nos preparamos un té?

Toda la determinación de Amy desapareció cuando Jay sacó sus materiales de la bolsa. Le encantaba cómo le cambiaba la cara cuando trabajaba con su medicina. Ya sea por la medida precisa del té, o por la concentración que utilizaba al llenar la jeringa, su cara siempre se volvía de otro mundo. Podía ver que esto era lo más importante en su vida, que superaba todo lo demás; todos los demás. Ella lo había notado la primera vez, mientras él preparaba el té en su furgoneta, y ya entonces sabía que eso era en parte lo que le hacía especial.

—Lo haremos un poco más fuerte esta noche —dijo él—. Como preparación.

¿Así que esto iba a ser todo? Así era como había sucedido con Megan. ¿Significaba eso que sería el turno de Amy?

—Aflójate la ropa, tumbate en el sofá —dijo, su voz bajando una octava, resonando contra las tablas del suelo y las ventanas, recorriendo sus huesos y calmándola.

Ella hizo lo que se le indicó, inhalando y exhalando como él le había enseñado, preparándose para el té.

—Está listo —dijo él. Sintió la tensión en su cuerpo cuando la mano de él se movió por debajo de su espalda, guiándola hasta que se sentó derecha. Si Jay se dio cuenta, no lo mencionó. Acercó la nariz a la infusión y esperó un instante antes de entregársela.

Por un momento se sintió indecisa. Nunca se había sentido así con Jay. Cerró los ojos, imaginando a Megan luchando bajo el fuerte agarre de Jay. Él nunca la dañaría a propósito, ¿verdad?

—Tómalo, Amy —dijo Jay, con el tazón de té todavía frente a él.

Debió de notar la indecisión de ella cuando tomó el tazón de él. Las manos le temblaban, pero ya no había vuelta atrás. Luchó contra la primera oleada de náuseas mientras se tragaba la bebida caliente de un trago. El choque la golpeó cuando las vibraciones recorrieron su cuerpo. Esta vez lo sintió más profundamente que ayer, Jay fue fiel a su palabra sobre la fuerza. Aunque seguía siendo consciente de su cuerpo, cerró los ojos mientras otro mundo se desplegaba ante ella, un lugar de colores y patrones bien definidos. Volaba por este mundo de formas, entrando y saliendo, entre y a través de las extraordinarias geometrías. Nada más importaba, sus pensamientos y preocupaciones se extinguían. Se abrió paso entre las figuras, intuyendo lo que había más allá, lo que realmente quería ver, y al mismo tiempo se contentó con estar allí, feliz de entregarse a esta eternidad de formas a la deriva.

Jay la miraba cuando regresó, con una sonrisa tan compasiva que le dieron ganas de llorar. Las vibraciones se desvanecían, pero su piel estaba hipersensible, la más suave corriente de aire le levantaba granos en la piel. No podía decir cuánto tiempo había pasado cuando finalmente habló.

—Estoy lista —dijo.

—Sé que lo estás —dijo Jay, acercándose a ella y envolviéndola una vez más entre sus brazos.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

La tensión recorrió el cuerpo de Louise cuando Thomas aparcó. El hecho de que no pudiera deshacerse de su reacción involuntaria ante la presencia de Finch la enfureció. Si Thomas se había dado cuenta, se había quedado callado. No era tan inusual que alguien de Portishead hiciera acto de presencia y Finch no había evitado a Weston por cuenta de Louise. Ella sabía que él se regocijaba en su estatus, le gustaba pensar que su posición en el MIT lo distinguía. El truco barato de aparcar en su espacio no era nada nuevo. Lo que más le preocupaba era que Finch volviera a aparecer ahora que el caso cobraba importancia. Se lo imaginó en la oficina, metiéndose en la investigación, haciendo sutiles comentarios sobre las insuficiencias actuales de su enfoque.

No le sorprendió verlo charlando con Simone en la oficina del CID. Simone se esforzaba por ocultar la atracción que sentía por él cada vez que la visitaba. Ahora se acariciaba el pelo y se inclinaba hacia Finch mientras este le contaba algo supuestamente hilarante.

Louise oyó un saludo por detrás de ella.

—Hola, jefa —Finch miró mientras ella se giraba para ver el origen de la bienvenida.

—Greg. Me alegro de verte. ¿Esta es una visita fugaz o has vuelto para siempre?

Farrell era el mismo de siempre, impecablemente vestido, con el pelo engominado en una cuidada raya, el brillo de sus zapatos lustrados haciendo juego con el de sus dientes.

—Una visita fugaz, me temo. Estoy aquí con el Detective en Jefe Finch —dijo, con un toque de disculpa en su voz.

—¿Todo bien?

—Sí, todo va muy bien.

—Es genial escuchar eso, Greg, realmente lo es.

—Louise, ¿cómo estás? —dijo Finch, dejando que Simone hablara sola mientras él se unía a ellos.

—Tim —dijo Louise, resistiendo el impulso de llamarle Timothy delante de Farrell.

—Tu chico está haciendo maravillas en el cuartel general. Has hecho bien en mantenerlo tanto tiempo.

Louise ignoró el insulto apenas disimulado, tanto en la forma condescendiente en que la elogiaba, como en la comparación obviamente desgana de su lugar de trabajo en Weston con el MIT; no es que pudiera negar esto último.

—Si tienes un segundo, Robbo querrá hablar con nosotros dos —añadió Finch, tras el prolongado silencio.

Apuesto a que sí, pensó Louise.

—Estaré allí en cinco minutos —dijo, mientras Finch volvía con Simone.

—¿Parece que nos vas a dejar entonces? —Louise le dijo a Farrell.

—Ha solicitado mi traslado para el próximo año.

—Ya veo. Mira, me entristece que te vayas. Preferiría que te quedaras, pero puedo ver el atractivo de la gran ciudad.

—Gracias, jefa. Aprecio todo lo que has hecho por mí. Y...

—Cuídate, Sargento Farrell. Creo que sabes lo que quiero decir.

—Sí, señora —dijo Farrell.

No opuso resistencia. Suponía que Farrell se iría para siempre en cuanto aceptara la comisión de servicio, aunque no esperaba que fuera tan rápido. Farrell estaba al tanto de lo que había ocurrido entre ella y Finch, y por el momento creía que aún no había caído del todo bajo el hechizo de Finch. Aceptó la falsa gratitud de Finch mientras firmaba el traslado de Farrell, e incluso se puso de pie cuando Finch salió de la oficina.

—Bueno, eso fue más suave de lo que había previsto —dijo Robertson, una vez que Finch se hubo ido.

El olor de Finch permanecía en la oficina y, no por primera vez, Louise se preguntó cómo había podido intimar con ese hombre. Cómo se había dejado engañar por él.

—No voy a dejar que mis diferencias personales se interpongan en la carrera de Greg, Iain. Se lo merece y, por una vez, no creo que Finch lo haga para llegar a mí.

Robertson juntó las manos.

—¿Tal vez no debería mencionar que Finch también nos ha ofrecido su ayuda en este posible caso de asesinato múltiple?

—No, no menciones eso, Iain.

—Lo anticipé correctamente al menos. Se lo dije, pero puede que necesitemos usar el MIT si las cosas se intensifican.

—Puedo hacerle saber cuando lleguemos a esa etapa, señor.

—Asegúrate de hacerlo.

ROBERTSON Y FARRELL se habían marchado cuando ella volvió al despacho exterior. Thomas chasqueó los dedos.

—Se ha ido así —dijo.

—Probablemente tú serás la siguiente —dijo Louise—. De hecho, deberías haber sido tú.

—Claro que no, jefa. A Weston la tengo hasta la médula.

—Bien, sigue así.

—Llamada para ti, Louise —dijo Simone, desde el otro lado de la oficina.

—Inspectora Blackwell —dijo Louise, cogiendo el teléfono del escritorio de Thomas.

—Louise, soy Alice Everson. Hemos recibido otra muestra de cabello esta mañana. Enviada por Stephen Dempsey. Para una tal Megan Davies.

—Stephen ha estado muy ocupado.

—Sí. Nosotros también, en realidad. Mark, el Dr. Forrest, me dijo que lo habías llamado. Así que cuando vi que llegaba esto me tomé la libertad de apresurarme a hacer una prueba. El resultado es positivo. Como los otros tres, Megan Davies tenía rastros significativos de DMT en

su cabello.

—¿La medida era la misma?

—Similar. Obviamente, la muestra llegó a nosotros inmediatamente, así que fue un resultado más fresco. Te enviaré los detalles por correo electrónico. Espero que ayude a tu investigación.

—Gracias. Desafortunadamente, creo que lo hará.

Louise se lo dijo a Robertson. Pudo ver cómo se le escapaba la energía mientras hablaba, y cómo su mano se dirigía a su barbilla hasta que se apoyaba en ella, sosteniéndola.

—¿Todo esto confirma que las cuatro mujeres están conectadas? —dijo él, a través del silbido de su palma.

—Sí y creo que tenemos que tratar a las cuatro como posibles víctimas de asesinato.

—Al menos ya no serán conocidas como Suicidas del Mar —dijo Robertson—. ¿Qué necesitas de mí?

Louise ya había anticipado la pregunta.

—Tenemos una patrulla vigilando la casa de Chappell. Creo que deberíamos solicitar una orden de registro.

—¿No está en casa?

—No desde las primeras horas de la tarde.

Robertson silbó entre dientes.

—Puedo ver cómo podría ser un sospechoso. ¿Podemos relacionarlo con alguien que no sea Sally Kennedy?

—No directamente, aún no, pero sabía lo del DMT y estuvo con Sally justo antes de que muriera. Demasiada coincidencia para mí... Estoy segura de que podríamos persuadir a un juez de lo mismo.

—Por ‘podríamos’, ¿te refieres a mí?

—Sí, señor.

—¿Y este personaje de Amy?

—No estoy segura de ella. Podría estar en peligro, podría estar confabulada con Chappell.

—Veamos si podemos localizarla, ¿de acuerdo? Voy a arreglar esta orden. Envía a Simone.

Segundos después de que Louise le indicara a Simone que fuera a ver a Robertson, apareció otra cara conocida.

—¿Tracey? —dijo Louise.

Estaba claro que Tracey carecía de su bonhomía habitual. Lo primero que pensó Louise fue que había ocurrido algo con Finch, posiblemente debido al traslado de Farrell.

—Vamos a un lugar privado —dijo Tracey.

Louise miró alrededor de la oficina, las miradas indiscretas volvían a su trabajo.

—¿Qué pasa? —dijo al llegar a una de las salas de entrevistas.

Tracey se revolvió y murmuró en voz baja.

—Se trata de Paul.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Louise cerró las persianas, con los ojos de la oficina puestos en ella. Se preguntó si era así como se sentían los sospechosos mientras esperaban a ser interrogados. El pulso le subía. Se sentó, con la respiración audible en la pequeña habitación, mientras numerosos escenarios, cada uno más espantoso y devastador que el anterior, pasaban por su mente.

—¿Qué pasa, Tracey? —preguntó. Quería hacerle muchas preguntas, pero dejó que Tracey hablara.

—He estado investigando. Me temo que Paul se ha metido en más problemas de los que crees.

—¿Qué tipo de problemas?

—Apuestas.

—¿Qué significa eso exactamente, Trace?

—No sé la cifra exacta, pero es significativa.

—Jesús. Así que tenía razón. ¿Sabes a quién le debe el dinero?

—Creo que los Manning son solo un intermediario, pero se hacen responsables de él. A menos que tenga el dinero, Lou, no estoy segura de que pueda volver a Bristol con seguridad.

Louise se sentó, la oficina se arremolinaba a su alrededor. Quería preguntarse cómo podía ser tan estúpido, pero en realidad no estaba tan sorprendida. No era eso lo que le producía náuseas. Lo que no entendía era por qué se arriesgaba a involucrar a Emily.

—De todas las cosas egoístas que ha hecho —dijo, sacudiendo la cabeza.

—No sé qué sugerir, aparte de tratar de encontrarlo, cosa que ya estamos haciendo.

—Lo mataré yo misma si lo encuentro.

—¿Quieres hacerlo oficial? Si crees que Emily está en peligro...

Louise sabía que tenía que pensar en Emily ahora. Si se denunciaba su desaparición y la encontraban, Paul estaría en peligro nada más salir de la comisaría. Pero si se convierte en una persona desaparecida, probablemente no habrá mucha diferencia. Paul había dicho a Louise y a su familia que estaba de vacaciones. Llamó y envió una postal. Las escuelas estaban todavía en receso, así que no estaba haciendo nada malo por ese motivo. Si un civil hubiera acudido a ella con la misma situación, no habría podido hacer mucho. El peligro que suponía para Paul quien le debía dinero era hipotético por el momento.

—Volveré a hablar con el sargento Merrick, pero no veo que tenga sentido intensificar la situación por el momento.

—Pensé que no —dijo Tracey—. Escucha, haré todo lo que pueda. Averiguré a quién le debe

dinero exactamente. Arreglaremos esto.

—Gracias, Tracey.

—Sé que es lo último que necesitas en este momento.

—Tenlo por seguro. ¿Viste a Finch cuando llegaste?

—Lo vi salir del estacionamiento. No creo que me haya visto. ¿Qué estaba haciendo aquí?

—Farrell va a ser permanente con ustedes. Al menos durante el próximo año.

—Eso es bueno —dijo Tracey—. Para nosotros, quiero decir.

Louise le contó sobre las novedades del caso.

—He leído sobre eso del DMT. Se supone que es un poco como morir, ¿no?

—La gente está muriendo en este momento, esa es la cuestión.

—¿Crees que este Chappell los está drogando y matando?

—Hay algo en él. Si no lo hubiéramos visto con Sally Kennedy, ni siquiera estaría en nuestro radar. Pero eso, su conocimiento del DMT, y el hecho de que esté ausente, me hace pensar que está involucrado.

—Bueno, mira, hazme saber si puedo ayudar de alguna manera. Finch tiene a su chico de oro en este momento, así que no me molesta. Mientras tanto, centraré toda mi atención en Paul y Emily.

—Gracias, Tracey. Te lo agradezco mucho —dijo Louise. Se levantaron y se abrazaron, el olor a nicotina y perfume de Tracey era extrañamente reconfortante.

—Bien, será mejor que volvamos a ello. No quiero que los secuaces hablen más de lo habitual —dijo Louise, abriendo las persianas.

SE AUTORIZARON horas extras para un número selecto de agentes uniformados mientras esperaban hasta las primeras horas de la noche para que se emitiera la orden, Louise agradeció que Robertson no hiciera ningún comentario cuando recibió su firma para el permiso. Había pasado el resto de la tarde alternando entre llamar a Paul y a la mujer que ahora conocía como Amy. *Si la definición de locura es hacer lo mismo una y otra vez esperando un resultado diferente, entonces la locura está cerca*, pensó.

—Esto no fue un asunto sencillo —dijo Robertson, entregándole la documentación firmada—. El juez Boothroyd estaba reacio, pero le convencí de que teníamos una causa justa.

Louise no estaba segura de lo que Robertson quería conseguir diciéndole eso -en cuanto a charlas de ánimo, no era lo más inspirador- pero no respondió.

—Gracias, Iain, estoy segura de que has sido muy persuasivo —dijo, cogiendo el documento—. Te avisaré en cuanto tengamos algo —añadió.

Todos estaban preparados, así que se pusieron en marcha inmediatamente. Louise conducía sola al frente del convoy de coches hacia Berrow. No sabía lo que esperaba encontrar en la casa de Chappell, todavía no tenía una idea real de la implicación del hombre en el caso más allá de conocer a Sally Kennedy y su conocimiento sobre el DMT. Sí, era arrogante, pero eso no era un defecto de carácter único entre la gente con la que ella estaba acostumbrada a tratar. El mejor resultado sería que Chappell volviera a casa para que ella pudiera interrogarle de nuevo. Si estaba implicado de algún modo en las muertes de las mujeres, dudaba que fuera tan estúpido como para dejar algo sospechoso en su casa. Su única esperanza era que su anterior visita le hubiera asustado de algún modo y le hubiera llevado a cometer un error.

Se detuvo junto al coche patrulla para confirmar que Chappell no había regresado antes de llegar a la entrada. En el exterior, oyó el lejano estruendo del mar tras el ruido más acuciante del gorjeo de los saltamontes. Thomas dispuso a los agentes en torno al bungalow antes de que Louise llamara a la puerta y se comunicara con el buzón. Al no recibir respuesta, dio instrucciones al equipo de uniformados para que utilizaran el —enforcer— el nombre para un ariete.

Al cruzar el umbral, sintió un ligero olor a pescado. Se dirigió a la cocina cuando el bungalow estaba asegurado, y observó los restos de salmón frito en una sartén sin lavar.

—Parece que se ha ido con prisas —dijo Thomas—. ¿Estaba así de desolado cuando lo visitaste?

—Solo vi la sala de estar, pero estaba bastante vacía, salvo por la librería —dijo Louise, volviendo al pasillo. Aparte de la cocina y la sala de estar, había tres dormitorios y un cuarto de baño, cada uno tan escaso como el siguiente, con la excepción del dormitorio más pequeño que se había convertido en un pequeño despacho. La habitación estaba repleta de libros, en las estanterías de dos desvencijadas librerías de madera, y apilados en el escritorio.

—¿Será su inspiración? —dijo Thomas, sosteniendo un ejemplar de *Helter Skelter*.

Louise cogió el libro y se dirigió a la reseña de la parte posterior, que describía brevemente la vida del líder de la secta Charles Manson.

—Hay más —dijo Thomas, señalando una línea de biografías de otros líderes de sectas, incluyendo cuatro libros sobre la masacre de Jonestown.

—¿Vas a decirle a Robertson que tenemos al próximo Jim Jones en nuestras manos? —dijo Louise, con un suspiro—. No estoy seguro de cómo se lo tomaría.

—Eso te lo dejo a ti, jefa —dijo Thomas.

Entre los demás libros había tomos de crímenes reales, así como numerosos libros de bolsillo, la mayoría de los cuales eran viejos cuentos de ciencia ficción y terror. Aunque estaba siendo frívola, la sugerencia de que Chappell dirigía algún tipo de secta no era tan descabellada como parecía. No tenía que ser de la escala de Jonestown o Manson, pero era bastante fácil imaginar que Chappell ejercía alguna influencia sobre las cuatro mujeres fallecidas. Ya sabían que había estado cerca de Sally Kennedy, y las imágenes que tenían de ellos en el muelle sugerían que ella lo había adorado. Ciertamente, era lo suficientemente carismático y persuasivo; si lo unimos a la vulnerabilidad de las cuatro mujeres, no es de extrañar que pudiera haber ejercido una influencia de culto sobre ellas.

Se estaba adelantando, pero ¿y si las cuatro mujeres conocían no solo a Chappell, sino también a las demás? Se encontró DMT en las muestras de cabello de cada una. ¿Las mató después de que tomaran la droga? ¿Fue parte de algún ritual de la secta, cada una tomando su turno a lo largo de las semanas?

Louise volvió a colocar el libro de Manson en la estantería, satisfecha de no haber aireado sus opiniones. Había especulaciones y había conclusiones extravagantes sin apenas pruebas.

—He encontrado esto —dijo Thomas, sacando a Louise de sus pensamientos mientras le entregaba una fotografía enmarcada de Chappell con dos mujeres y un hombre vestido con una especie de túnica ceremonial.

Louise sacó la fotografía del marco. En el reverso, en pequeños puntos de tinta digital, figuraban la fecha y el lugar.

—¿Dónde está Coimbra? —preguntó.

Thomas consultó en su teléfono.

—Portugal.

Louise volvió a colocar la foto en su marco.

—Busquemos en este lugar de arriba a abajo. Me gustaría descubrir algunas drogas, en particular el DMT.

— Tendrás que hacer saber al equipo cuál es su aspecto.

—Embolsa cualquier cosa sospechosa. Y averigua quién más está en esta foto.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Era casi medianoche cuando Louise salió del bungalow de Chappell. Chappell aún no había regresado y la búsqueda había resultado infructuosa hasta el momento. Se sentó en la sala de estar con la fotografía que habían recuperado de la casa de Chappell: un Chappell más joven con dos mujeres jóvenes y un hombre vestido con ropas ceremoniales. Intentó una búsqueda de imágenes, pero carecía de los conocimientos y el equipo necesarios para encontrar una coincidencia. Ya había enviado la imagen a Coulson y esperaba que él pudiera hacer su magia.

Quería dormir, pero su mente iba a toda velocidad, así que se preparó un bol de cereales y encendió la televisión. No estaba segura de dónde esperaba estar a los treinta y nueve años, pero seguro no estar sentada sola en un bungalow de jubilados en Weston después de medianoche, cenando sola copos de maíz.

Se desplomó en el sofá como si las piernas le hubieran abandonado, y volvió a los artículos que había subido sobre las sectas. Aunque la idea de que Chappell dirigiera algún tipo de secta desde su casa en Berrow sonaba ridícula, el hombre reunía muchas de las características asociadas a los líderes de las sectas. Louise no podía negar su carisma, la intensidad con la que había sostenido su mirada. Por lo que sabía de él, era inteligente y no era difícil imaginarlo manipulando a Sally Kennedy y a los demás.

Ni siquiera podía mencionar la palabra ‘secta’ a Robertson o a sus otros colegas. La palabra tenía connotaciones que serían malinterpretadas. En esta etapa, Louise solo tenía una teoría de que Chappell tenía algún tipo de control sobre Sally. El vínculo del DMT aún no estaba probado y, sin conectar a Chappell con las otras tres mujeres, sabía que la línea de investigación podría enfriarse. En cualquier caso, no descansaría hasta que volvieran a hablar con Chappell; podía ser una coincidencia que no hubiera regresado a su casa esa noche, pero si no volvía mañana tendría que considerar la posibilidad de solicitar una orden de arresto.

Con un suspiro, volvió a probar los teléfonos de Paul y Amy antes de dormir, y se arrepintió en cuanto apagó la luz. Sus pensamientos fueron bombardeados con los peores escenarios que su imaginación podía reunir. Había visto cosas tan terribles en su tiempo en el cuerpo y su mente parecía empeñada en meter a Emily en cada uno de esos escenarios. Louise intentó convencerse a sí misma de que estaba siendo histérica, de que Emily estaba con Paul en un remoto parque de caravanas, a salvo, solo para recordar su anterior conversación con Tracey sobre el dinero que Paul debía y la gente con la que se relacionaba. Podía perdonar a su hermano casi todo, lo había hecho en muchas ocasiones, pero no estaba segura de poder perdonarse a sí misma por haber

puesto a Emily en semejante peligro. Todavía no se lo había dicho a sus padres, pero cuando finalmente recuperaran a Emily, Louise pensaba presionar para que sus padres se hicieran cargo de su custodia de forma permanente. En ese momento, no veía otra forma de hacer entrar en razón a Paul.

Y si no podía, ¿qué pasaría? Louise se estremeció, imaginando a Emily dentro de unos años esclavizada por alguien tan manipulador como Chappell. Era tan concebible que en la mente de Louise se hacía casi inevitable. Sin madre y con un padre tan irresponsable como Paul, era difícil imaginar un futuro positivo para su sobrina.

Cuando su teléfono sonó a las 6 de la mañana, no estaba convencida de haber dormido. Sorprendida al ver el nombre de Simon Coulson en la pantalla, pulsó el botón de respuesta y cerró los ojos mientras el informático hablaba.

—Inspectora Blackwell, ¿te he despertado? Lo siento, pensé...

—Está bien, Simon. ¿Qué tienes para mí?

—Estuve despierto toda la noche tratando de rastrear esa imagen y finalmente obtuve un resultado. De hecho, tuve una coincidencia a las tres de la mañana, pero no quise molestarte. Iba a llamarte...

Louise se obligó a abrir los ojos.

—Más despacio, Simon. Dime qué tienes.

—El hombre de la foto. El de la túnica. Se llamaba Maestro Bianchi. Se llamaba a sí mismo chamán. Dirigía un retiro en Coimbra, Portugal, para gente que quería experimentar la ayahuasca.

A Louise no le gustó que Coulson usara el tiempo pasado.

—¿Qué pasó?

—Está muerto —dijo Coulson—. También lo están las dos chicas de la foto.

—No me lo digas —dijo Louise.

Sin embargo, Coulson lo hizo.

—Por sospecha de suicidio —dijo.

COULSON LA ESPERABA con un informe completo impreso cuando llegó a la estación treinta minutos después.

—¿Has dormido aquí o algo así? —le preguntó ella, aceptando con una sonrisa la taza de café que le había preparado.

—Todavía no he dormido. Este es el informe del periódico. Espero que no te importe, pero me he puesto en contacto con el equipo de la policía portuguesa. El investigador mencionado en el informe no llegará hasta dentro de dos horas, pero me han prometido que te llamará directamente cuando llegue. Un tal inspector da Costa.

Louise cogió la impresión.

—Gracias, Simon. ¿Supongo que no hablaste en portugués?

—No, en inglés simplificado.

Coulson había impreso dos informes que había encontrado en Internet. Ambos repetían la misma historia. Una tragedia había golpeado un retiro en la zona de Coimbra. Dos mujeres jóvenes y el supuesto chamán, el Maestro Bianchi, habían sido encontrados muertos, colgados de los árboles en el bosque.

—He estado investigando estos lugares. Tomar DMT, o este té de Ayahuasca, es obviamente ilegal aquí, pero la posesión y el uso personal es legal en Portugal. Hay una serie de retiros ceremoniales donde la gente puede ir a tomar la droga —dijo Coulson.

—Se ahorró un viaje al Amazonas —dijo Louise.

—Exactamente.

—Bien, gracias, Simon. Esperemos que este da Costa pueda arrojar algo de luz sobre todo esto.

Louise se sirvió otro café. Estaba claro que la participación de Chappell iba más allá de la mera coincidencia y Louise tomó algunas notas para preparar la llegada de Robertson. Quería que se llevara a cabo una persecución a gran escala de Chappell en cuanto su jefe llegara al trabajo.

Normalmente, Robertson eligió esa mañana para ser el último en llegar. Como todos los números a los que llamó, el suyo fue directamente al contestador. No podía empezar sin su apoyo, así que, junto con Coulson, empezó a poner al día al resto del equipo a medida que iban llegando. A pesar de su cansancio, Louise tuvo que luchar contra su energía nerviosa mientras esperaba a Robertson y su llamada desde Portugal.

Por lo que se estaba convirtiendo en un hábito, llamó al teléfono de Paul, el sonido de su mensaje en el contestador automático era tan esperado como frustrante. Estaba a punto de intentar la siguiente llamada inútil a Amy cuando llegó Robertson.

—¿Me he perdido de algo? —gruñó, mientras pasaba por delante de su mesa.

Louise le siguió hasta su despacho y cerró la puerta. Robertson se sentó y esperó un rato antes de hablar.

—Dime —dijo.

El rostro del Detective en Jefe era ilegible cuando Louise lo puso al día. Eligió sus palabras con cuidado, evitando las palabras secta, retiro y chamán lo mejor que pudo.

—Ojalá me hubiera quedado en la cama —dijo él, cuando ella terminó.

—Necesitamos una orden de arresto —dijo Louise.

—¿Sabemos cuándo estuvo Chappell en Portugal? Me parece una especie de maldito kibbutz.

Louise frunció el ceño. Estaba claro que Robertson no tenía ni idea de lo que era un kibbutz, pero no iba a contradecirle.

—Según la foto que recuperamos de su casa, fue el mismo mes en que se produjeron estos suicidios. Ahora es más que circunstancial, Iain.

—Estoy de acuerdo —Suspiró—. Lo teníamos en custodia.

Louise bajó los ojos. Cuando Chappell se presentó en la oficina, no podían saber que se convertiría en el sospechoso número uno, e incluso con sus sospechas no podrían haberlo mantenido en custodia. Sin embargo, ¿no había un indicio de acusación en las palabras de Robertson?

—Eso no es culpa nuestra, Iain. No teníamos nada de qué acusarlo.

Robertson se pasó la mano por la cara.

—Parece que necesito otra conversación con el juez Boothroyd.

—Creo que deberíamos ir a la prensa, Iain —dijo Louise.

—¿Lo crees?

—Ya debe saber que estamos sobre él. Necesitamos toda la ayuda posible antes de que desaparezca para siempre.

—Piénsalo, Louise. Ya nos conocen como los Suicidas del Mar. Empezamos a informarles sobre retiros sangrientos y ceremonias de consumo de drogas y tendrán un día de campo.

—Va a salir en algún momento, Iain.

—Vamos a esperar a eso por ahora. Ya han publicado una foto de Chappell. No se verá bien si les pedimos que lo hagan de nuevo cuando sepan que lo interrogamos. No nos hace parecer profesionales, ¿verdad?

Simone llamó a la puerta antes de que Louise pudiera responder.

—Llamada para ti, Louise. Es el Inspector da Costa de Portugal.

—Pásamelo, por favor, Simone.

Louise puso la llamada en altavoz y presentó a Robertson al oficial portugués. Louise se avergonzó del inglés fluido del oficial cuando su portugués era inexistente. Da Costa murmuró un par de veces mientras le explicaba la situación.

—Es muy interesante, inspectora Blackwell —dijo, una vez que ella terminó—. Crees que puede haber un paralelismo con lo que pasó aquí.

Louise no estaba segura, por su tono, de si era una pregunta o una afirmación.

—¿Podrías decirme si hubo algo sospechoso en lo que ocurrió en el retiro?

—¿Además de que cuatro personas intentaran quitarse la vida?

—¿Cuatro? Creía que solo habían muerto tres personas.

—Cuatro intentos, tres éxitos. Disculpa. Esa es la palabra equivocada para usar en las circunstancias.

—¿Los fallecidos eran locales? —preguntó Louise.

—No, los cuatro eran extranjeros. El chamán, Bianchi, era residente pero originario de Perú. Las dos mujeres, Greta y Sandra, eran de Alemania. El hombre que sobrevivió era del Reino Unido. Pensé que tendrían un registro de esto, ¿no?

Louise miró a Robertson.

—¿Podría decirme el nombre del superviviente? —preguntó, con un temblor excitado en su voz.

—Es el Sr. Charlie Barton —dijo da Costa.

Robertson pareció desinflarse visiblemente ante ella.

—¿No es este el hombre que busca?

—No, lamentablemente no. ¿Puede contarme con más detalle lo que ocurrió? ¿Cómo sobrevivió Barton?

—Realmente fue una suerte ciega. Los cuatro cuerpos fueron encontrados por otro miembro de la comuna —Da Costa guardó silencio por un segundo—. Sí, Mila Bakker. De los Países Bajos. No había visto al chamán ni a los demás y fue a buscarlos. Encontró a los tres fallecidos colgados de los árboles. La rama que sujetaba al Sr. Barton se había roto. Estaba inconsciente y con un grave traumatismo en el cuello, pero sobrevivió.

Louise pensó en las cicatrices que había visto en Chappell.

—¿Había alguna señal de drogas?

—Sí, según Barton los cuatro habían tomado el té de ayahuasca antes de sus intentos de suicidio.

—¿Dio Barton una explicación de por qué?

La voz de Da Costa cambió, su tono adquirió un tono más agudo que Louise no pudo leer.

—Nos dijo que todos habían visto el otro lado. Que les estaban esperando.

—¿Ellos?

—Puedo enviarle la transcripción. Pensamos que la droga estaba influyendo en su pensamiento y, obviamente, en el de los tres suicidas. Lo enviamos a tratamiento médico pero dejó de hablar.

—¿Había algún indicio de que había coaccionado a los fallecidos ese día?

—No, no. No pudo haber fingido esas heridas. No le entendí. Parecía angustiado por seguir vivo. Al final fue libre de volver al Reino Unido.

—Inspector da Costa, ¿puede darme su número de teléfono móvil? Me gustaría enviarle una imagen.

—Sí, por supuesto.

Louise le envió la imagen que había recuperado de la casa de Chappell, de Chappell con el chamán y las dos mujeres. Le mostró la imagen a Robertson mientras esperaban que da Costa recibiera el mensaje.

—Sí, son ellos —dijo da Costa tras un breve intervalo.

—¿Ellos?

—Sí. Los tres suicidas y el señor Barton.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

A penas habían pasado las 8 de la mañana, pero el hombre que estaba frente a Amy apestaba a alcohol. Había una mirada lejana en sus ojos mientras pedía un desayuno frito, como si le costara comprender exactamente dónde estaba y por qué estaba allí. Nicole no se había presentado a trabajar y Keith se negaba a moverse de la parrilla, por lo que Amy se encargaba sola de las mesas. Pensó en la sugerencia de Nicole de que pusiera un local y sonrió al recordar la ingenuidad de la chica.

No es que eso cambiara nada. Ni el ninguneo de Nicole ni la inutilidad de Keith podían empañar sus sentimientos. Jay había pasado la noche por primera vez. La calidez la invadió al recordar su noche juntos. Para empezar, no podía creer lo que estaba pasando. Nunca se habían acostado juntos y, aunque Megan había insinuado que había tenido sexo con Jay, Amy no había pensado que fuera a ocurrir entre ellos. Jay había sido amable y gentil, tal como ella había imaginado en innumerables ocasiones.

Hablaron y hablaron. Compartieron sus experiencias con el DMT, maravillándose de las similitudes: los recuerdos de la forma y el sonido, la dislocación del cuerpo y los seres que esperaban para guiarlos al otro mundo. No era algo que se pudiera explicar a alguien que no lo hubiera probado. Era fácil descartarlo como imaginación, pero Jay sabía, al igual que ella, que lo que experimentaban no era simplemente un viaje, una ilusión extendida de su imaginación. Había demasiadas consistencias y similitudes en la experiencia, y más que eso, simplemente se sentía real. No era como un sueño. Amy no tenía ninguna duda de que el DMT la llevaba a otra realidad y, por eso, hacía tiempo que había dejado de temer a la muerte; y, por culpa de Jay, ahora le daba la bienvenida.

Y cuando él le pidió que escribiera la nota, ella no dudó. Fue catártico enumerar sus razones para seguir adelante, aunque llorara al escribir sobre Aiden. No había discutido cuando él le pidió que añadiera las dos líneas al final de la nota. Tenían mucho sentido para ella.

Hay otros mundos además de este. La muerte no es el final.

Sin embargo, tal vez esta era la razón de su actual malestar. No por el DMT, ni por la existencia de algo más allá de este mundo, sino por Jay y por cómo los últimos acontecimientos estaban cambiando las cosas. Tal vez fueran simplemente nervios de última hora, pero Amy percibía una urgencia en Jay que no había experimentado antes. Le preocupaba dudar de él. Él le había dado tanto, y ella le había dado tanto de sí misma, que la duda se sentía como una traición. Esa mañana lo había dejado durmiendo y tenía tanta prisa que había olvidado el teléfono que había escondido bajo la pila de ropa. No sabía qué haría Jay si se enteraba. En el teléfono aún

estaban los mensajes de Megan y, lo que era peor, el buzón de voz de la mujer policía. ¿Pero era esto lo que realmente la molestaba?

Fue al baño, tratando de concentrarse en lo que la ponía tan ansiosa. Jay había convocado a todos esta noche y después de escribir la nota, y pasar la noche con Jay, ella sabía lo que esto significaba. Los últimos meses habían conducido a este momento, ¿por qué entonces se sentía así?

—¿Dónde diablos has estado? —dijo Keith, cuando ella regresó.

—En el baño, si te parece bien.

—La mesa seis necesita su cuenta.

Amy miró fijamente al dueño del café. Podía marcharse ahora y no preocuparse de volver a verlo. Para mañana, este trabajo y todo lo que lo rodea ni siquiera sería un recuerdo. Los recuerdos no existían donde ella iba a ir. ¿Por qué entonces no le dijo a Keith adónde se podía ir y se marchó? ¿Era porque temía no ser capaz de llevarlo a cabo, o porque aún no estaba segura de que Jay la eligiera esta noche?

Sostuvo la mirada de Keith un poco más, su cara regordeta frunció el ceño bajo el escrutinio, antes de dirigirse a la mesa seis con el lector de tarjetas. Si tenía suerte, esta sería la última vez que tendría que hacer esto.

LLEGÓ a casa a la 1 de la tarde. Aunque no esperaba ver a Jay, fue decepcionante no encontrarlo allí. No había dejado nada de sus pertenencias y por un segundo se preguntó si lo había imaginado todo. Se derrumbó en la cama y se acostó en el lado donde Jay había dormido la noche anterior. Todavía podía sentir su calor, su olor en las almohadas y las sábanas. Se había equivocado al dudar de él. Él le había demostrado tanto. Si hubiera estado allí ahora, le habría contado todas sus preocupaciones, lo mucho que significaba para ella.

En un estado de incertidumbre -no sabía dónde ni cuándo iban a reunirse esa noche-, Amy buscó en el montón de ropa donde había escondido el teléfono. Le entró el pánico cuando no pudo encontrarlo -un malestar que le subía del estómago al pecho- y lo encontró en el bolsillo de su pantalón de deporte gris. El corazón volvió a su ritmo normal y trató de encenderlo para encontrarse con una pantalla en blanco.

Se produjo una segunda búsqueda, esta vez del cargador que le había dado Megan. Lo encontró en su dormitorio, y una tristeza la invadió al recordar el día en que su amiga le había hecho el regalo.

Sin embargo, aunque le entristecía no volver a ver a Megan, al menos no de esta forma, le reconfortaba saber que ahora estaba en un lugar mejor. Se asustó cuando llamó a la policía, el cambio en el proceso de Jay y la brutalidad de sus acciones la desorientaron. Ahora lo entendía. Él estaba tratando de alejar a la policía de su rastro. Todavía quedaban cuatro, cinco incluyendo a Jay, y habían hecho un pacto que ella estaba desesperada por cumplir.

El teléfono mostraba veintiocho llamadas perdidas, todas del mismo número: la mujer policía, Louise Blackwell. La mujer parecía sincera, pero no lo entendía. Pensó que Amy estaba en problemas, pero no lo estaba. En lugar de devolverle la llamada, llamó a Nicole para comprobar qué le había pasado hoy, pero el teléfono le saltó al buzón de voz.

Amy dudó antes de dejar un breve mensaje. Lo más probable era que no volviera a verla.

—Cuídate —dijo, terminando la llamada.

Estaba a punto de apagar el teléfono de nuevo, cuando empezó a vibrar en sus manos

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

—¿Está seguro de que el hombre de esta foto se llama Charlie Barton? —dijo Louise, mirando a Robertson, que estaba sentado con los ojos muy abiertos y en un silencio poco habitual.

—No estaba en muy buen estado cuando lo vi, pero definitivamente es él. ¿De dónde ha sacado esta foto?

—¿Qué le pasó? Después de que lo llevaran al hospital, quiero decir —dijo Louise, ignorando la pregunta de Da Costa.

Da Costa vaciló, como si estuviera a punto de imponer su propia agenda, antes de responder.

—Estuvo bajo supervisión durante tres semanas. Como ya he dicho, le hemos interrogado. ¿De qué se trata todo esto, inspectora Blackwell? ¿Está buscando al señor Barton?

Louise explicó que creía que Barton era un alias de Chappell, o viceversa.

—¿Qué pasó después de su estancia en el hospital?

—Permitimos que el Sr. Barton volviera a casa. El caso estaba concluido. Estábamos convencidos de que las tres personas habían muerto por su propia voluntad. Se lo informamos a sus autoridades también.

Después de comprobar a regañadientes con da Costa que las autoridades portuguesas habían comprobado plenamente la identificación de Barton, Louise y Robertson convocaron al equipo para explicar el alias de Chappell. Si Barton tuviera antecedentes policiales, o si tuvieran sus huellas dactilares en la base de datos, habrían aparecido como coincidentes al tomar los datos de Chappell. Aun así, Louise fue directamente a la Base de Datos Nacional de la Policía para volver a comprobarlo.

Había un pequeño archivo sobre Barton en el que se registraba el incidente en Portugal, pero no se había tomado ninguna información personal -huellas o hisopos de ADN- después de su regreso. Veinte minutos después, tenían el permiso de conducir, el número de la Seguridad Social y el expediente académico de Charlie Barton. Su última dirección era Thornbury, en el sur de Gloucestershire. Louise comparó estos datos con los de Chappell. El permiso de conducir de Chappell era más reciente y, como da Costa había afirmado haber comprobado el pasaporte de Barton, tuvo que concluir que Chappell era el alias y Barton el nombre real de la persona que buscaban. Escribió el nombre de Barton junto al de Chappell en la pizarra del crimen.

—Averigüemos todo lo que podamos con esta nueva información. Veamos si podemos rastrear a su familia y amigos. Es probable que se esconda con alguno de ellos. Thomas, comprueba la dirección en Thornbury. Ve si puedes hacer contacto. Voy a profundizar en estos

casos portugueses. Alguien de aquí debe haber monitoreado a Barton cuando regresó.

Mientras el equipo se filtraba, Louise volvió a su escritorio. Comprobó su teléfono por la improbable posibilidad de que Paul o Amy la hubieran llamado. Ignoró la pantalla en blanco y empezó a buscar los nombres que da Costa le había dado de las tres víctimas del suicidio. Más allá de una pequeña noticia en un periódico portugués, no había nada sobre el incidente en el retiro. Le sorprendió un poco que una noticia sobre un ciudadano británico no hubiera llegado a la prensa del Reino Unido.

La idea la llevó a consultar las páginas web de los periódicos con los que estaba asociada Tania Elliot. Inmediatamente se arrepintió de su decisión. Tania había escrito un artículo de opinión sobre las razones por las que las mujeres jóvenes se habían quitado la vida en Weston, comparándolo con los suicidios en Bridgend de la década anterior. Si no lo había hecho ya, Robertson estaría recibiendo una llamada por la atención de la prensa y eso solo provocaría más presión sobre ella. Al menos no se mencionaba el asesinato, y ahora tenían un sospechoso creíble; ni siquiera el ayudante del jefe de policía Morley podía discutir que Chappell/Barton era una persona de gran interés.

Por costumbre, llamó al teléfono de Paul, y solo la presencia de Simone detrás de ella le impidió soltar un torrente de improperios para que su hermano los oyera más tarde.

Estuvo a punto de no llamar a Amy, ya que empezaba a parecerle una pérdida de tiempo, y no podía creerlo cuando el teléfono empezó a sonar.

Louise le chasqueó los dedos a Simone.

—Que vengan Robertson y Coulson ahora —dijo.

Simone hizo una mueca.

—¿Qué les digo?

—Ahora —dijo Louise, levantando la voz justo cuando se respondió al teléfono.

—Amy, ¿eres tú? —dijo Louise, con voz baja y suave. Esperó un momento, su pulso se aceleró cuando un murmullo llegó desde el otro lado del teléfono.

—Sí.

—Me alegro de que hayas contestado, Amy. Soy Louise. Louise Blackwell. Te dejé un mensaje antes.

—Lo sé —dijo Amy.

Aunque sus respuestas eran cortas, debía haber una razón por la que aún no había colgado.

—Amy, ¿estás en peligro inmediato? —preguntó cuando llegó Robertson, seguido de un Coulson de aspecto agitado. No podía arriesgarse a ponerla en el altavoz, pero quería que Robertson estuviera presente para presenciar la conversación.

—Estoy sola. Estoy bien —dijo Amy.

—Eso es genial. Solo puedo imaginar lo que debes estar pasando en este momento. Quiero que sepas que no estás en problemas. Solo queremos ayudarte. Sabemos que fuiste tú quien llamó a los servicios de emergencia sobre Megan Davies. ¿Era tu amiga?

Amy sonaba como si estuviera en shock.

—Sí —fue su débil respuesta.

—¿Ustedes...? . . ¿La han encontrado?

—Recuperamos su cuerpo. Nunca lo habríamos hecho si no fuera por ti. Me gustaría reunirme contigo, Amy. ¿Puedes decirme lo que pasó?

—No, no creo...

—¿Conoces a Jay Chappell? —preguntó Louise. Miró a Robertson mientras hacía la

pregunta. Sabía que era un riesgo, pero Amy estaba a punto de colgar. Louise oyó la respiración entrecortada.

—No es lo que piensas —dijo Amy, sonando insegura de sí misma.

—No es lo que crees —dijo Louise, sin perder tiempo. Le contó a Amy lo más rápido y sucinto que pudo sobre Portugal—. Jay ni siquiera es su nombre. Su verdadero nombre es Charlie Barton.

Louise oyó su respiración agitada en la línea mientras Robertson le ponía un papel en la mano.

—Déjame verte, Amy —dijo Louise, leyendo la inútil sugerencia de Robertson de encontrar la ubicación de Amy.

—No, no creo que sea necesario. Necesito pensar.

—¿Está haciendo que tus amigas se suiciden?

Amy dudó.

—No es así. Él... Estamos tomando nuestras propias decisiones.

—Vamos a reunirnos y puedes explicármelo. No necesitas venir a la estación de policía. Podemos hablar y puedes contarme todo.

—No, lo siento —dijo Amy, con su voz ahora cruda por la emoción.

—Déjame ayudarte, Amy —dijo Louise, solo para darse cuenta de que estaba hablando con una señal muerta.

CAPÍTULO CINCUENTA

Amy se sentó en el sofá, abrazándose a sí misma. Sabía que había sido un error contestar al teléfono en cuanto la mujer policía empezó a hablar, pero no había sido capaz de colgar. No podía ser verdad. Jay nunca le mentiría así, ni a ella ni a los demás. La agente, Louise, había dicho que el verdadero nombre de Jay era Charlie. Amy cerró los ojos, imaginando a Jay con sus ojos amables y su sonrisa. Era Jay, su Jay. La mujer policía mentía. Todo era una trampa. Tenía que serlo.

Se dirigió a su dormitorio y se tumbó en el lado de la cama donde Jay se había quedado la noche anterior. Ahora hacía frío y ya no podía olerlo. Pensó en lo que Louise le había contado sobre Portugal, en cómo Jay había intentado quitarse la vida y había fracasado. Había visto las cicatrices en el cuello y en la parte superior del pecho, su piel moteada que parecía en carne viva al tacto. ¿Cómo podía saberlo Louise?

El teléfono estaba caliente en su mano. Ni siquiera tenía el número de él para poder llamarle y preguntarle. Amy pensó en todo lo que había pasado entre ellos desde el día en que él la encontró. Las cosas que habían hecho juntos, los secretos que habían compartido. Si lo que Louise le había dicho era cierto, ¿podría perdonarlo? Vale, puede que haya mentido sobre su nombre, pero ¿había cambiado algo más? Obviamente, se había cambiado el nombre para poder seguir trabajando. No le había contado al grupo lo de Portugal -y era algo que ella quería saber-, pero lo que ocurrió allí sonaba a lo que estaba ocurriendo ahora: un grupo de personas con ideas afines, destruyendo las ataduras de sus vidas.

Louise había dicho que Jay era peligroso, pero ¿se lo creía Amy? Él no había obligado a nadie a hacer nada que no quisiera hacer. ¿Lo había hecho?

Hizo una mueca al pensar en la forma en que Megan se había esforzado bajo su contacto aquella noche junto al mar que se acercaba. Solo había sido una reacción física, la forma en que su cuerpo luchaba por permanecer en este mundo, y se había sentido tan feliz ante la idea de dejarlo todo por fin. Había luchado, pero quería morir, quería permanecer en el nuevo mundo al que había accedido.

Amy pensó en sus otras amigas: Victoria, Claire y Sally. Su recuerdo sugería que habían ido voluntariamente a la muerte. Sí, Jay había estado con ellas, les había facilitado el paso al otro mundo, pero no había tenido la sensación de haberlas forzado de ninguna manera.

¿Estaba tratando de convencerse a sí misma? No solo Megan había luchado. Sally había sobrevivido a la caída inicial en Kewstoke, aunque solo por unos minutos. ¿No había empezado Amy a dudar de Jay entonces? Pasó el día siguiente en la playa con Megan, esperando que se

llevaran el cuerpo de Sally. Intentó compartir sus preocupaciones con Megan, pero ella las descartó de plano. Por supuesto, Jay nunca habría querido que Sally sufriera, pero ¿tenía algún motivo oculto para ayudarles a seguir adelante? ¿Seguían adelante por su propia voluntad o, como parecía sugerir Louise, Jay los estaba coaccionando de alguna manera?

Tras un período de reflexión, Amy tuvo que concluir que simplemente ya no estaba segura. Como todos los de su pequeño grupo, Jay tenía sus demonios. Nunca lo había ocultado. No era un mesías, aunque algunos del grupo lo trataran así. Era simplemente un individuo imperfecto al que se le había dado una visión de algo más allá de este mundo. Amy no había entendido del todo lo que había estado pasando... hasta ahora. La mujer policía le había hablado de su intento de suicidio frustrado en Portugal. Nunca se lo había contado al grupo, pero eso no significaba que hubiera mentido o que, como había sugerido la policía, fuera peligroso. Jay podría haberse quitado la vida en cualquier momento. En lugar de eso, dedicó su vida a ayudar a los demás. A los perdidos como Victoria, Claire, Sally y Megan; y sí, como ella misma.

Amy solo podía adivinar el costo de tal responsabilidad. Había visto la forma en que él miraba a Megan mientras ella luchaba debajo de él. No le había dado ningún placer. Había visto su lucha interna, el dolor en sus ojos tristes mientras le quitaba la vida a Megan. Amy había entrado en pánico cuando él había permanecido tranquilo. Jay había demostrado una gran fuerza para continuar cuando cada célula de su cuerpo probablemente le decía que se detuviera, y Amy lo había traicionado.

No volvería a cometer el mismo error. Ella creía en Jay. Los demás no lo entenderían, y no los culpaba por ello, pero a ella no le quedaba nada. Le daría todo a él y tenía que creer que él tenía sus mejores intereses en el corazón.

Fue una resolución que se puso al límite cuando sonó el timbre y Amy se asomó a la ventana para ver a Jay de la mano de Nicole.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Louise golpeó su teléfono móvil sobre el escritorio mientras en su visión periférica Simone se retiraba al otro lado de la oficina.

—Supongo que no podemos encontrar una ubicación a partir de esa llamada —le dijo a Coulson, que estaba detrás de Robertson como si fuera un escudo.

—Déjame volver a llamar al número y ver qué puedo hacer. Pero en resumen, a menos que conteste ahora, no puedo, no. Tendré que volver a hablar con la operadora —Coulson marcó en silencio, pero sacudió la cabeza al cabo de unos segundos.

Amy había sonado conflictiva, insegura de sí misma. Louise se había arriesgado al contarle la antigua identidad de Chappell. Era posible que el hombre estuviera con ella o que la viera en breve. Cuando descubriera que sabían que era Charlie Barton, no se sabía lo que haría.

Robertson no tardó en dar su opinión.

—Ahora va a intensificar las cosas —dijo.

—Él ya sabía que íbamos a por él —dijo Louise, molesta por tener que defenderse.

—Si no lo sabía, lo sabrá ahora, pero hiciste bien en hablarle de Barton. ¿Crees que hay alguna posibilidad de que cambie de opinión y nos ayude?

—Ella está indecisa, pero él tiene un control sobre ella. Creo que Amy será la siguiente —le dijo a Robertson.

—Entonces será mejor que la encontremos lo antes posible —dijo Robertson.

Aparte de situar a los agentes de policía al borde de cada acantilado en un radio de diez millas, Louise no estaba segura en ese preciso momento de qué más podían hacer.

Coulson volvió con su teléfono.

—Lo siento —dijo, devolviéndoselo—. Me pondré en contacto con el proveedor de telefonía móvil. Quizá podamos encontrar una ubicación aproximada de ella, aunque esté usando un teléfono desechable. Si vuelve a encender el teléfono, tendremos un resultado inmediato.

—No puedo insistir en lo importante que es esto, Simon —dijo Louise, saltando cuando su teléfono volvió a sonar. Sacudió la cabeza hacia Robertson y Coulson, que se alejaron, mientras el teléfono seguía sonando en el ambiente apagado de la oficina del CID.

—Hola, mamá, estoy un poco ocupada —dijo, llevando el teléfono a la sala de conferencias—. ¿Todo bien?

El sonido de los sollozos llegó desde el otro lado de la línea.

—Mamá, ¿qué pasa? —dijo Louise, luchando contra la multitud de imágenes horripilantes que tomaban forma en su mente.

Su madre comenzó a hablar y luego se detuvo, como si sus palabras se hubieran atascado en su garganta. En momentos como este era mejor esperar a que su madre encontrara la voz, pero Louise estaba demasiado impaciente para esperar.

—Mamá, ¿qué pasa? —preguntó, tratando de mantener la urgencia y la desesperación fuera de su voz—. ¿Es Paul? ¿Emily?

Un ruido lejano se filtró a través de su teléfono y el siguiente sonido que escuchó fue el de su padre hablando.

—Soy yo, Lou. Tu hermano nos ha vuelto a llamar —dijo enfatizando las palabras ‘tu hermano’.

—¿Qué ha dicho, papá?

—Bueno, era difícil de decir, Lou, porque estaba demasiado molesto. Todo lo que sé es que estaba llorando y disculpándose con tu madre, lo que en el curso normal de las cosas no sería tan malo, pero cuando tiene a nuestra nieta y todavía es por la mañana, es un poco preocupante.

Tu hermano. Nuestra nieta. Louise ignoró el arrebato. Su padre podía ponerse así cuando estaba preocupado. Ella podía o sentirse herida por sus palabras o tratar de solucionarlo. Como siempre, eligió lo segundo.

—¿Dio alguna indicación de dónde estaba?

—En Cornualles, todavía, eso dice.

—¿Hablaron con Emily?

—No, Dios sabe dónde estaba.

—Bien, papá. Escucha, voy a colgar ahora y hablar con un colega en Cornwall. A ver si podemos encontrarlo, ¿vale?

La tensión anterior de Louise se había manifestado en un dolor de cabeza. Se puso la mano en la frente, tratando de aclarar sus pensamientos. Estaba dividida en demasiadas direcciones y la indecisión resultante era preocupante. Desde un punto de vista profesional, toda su atención debería centrarse en encontrar a Amy, pero ¿cómo podía sentarse e ignorar el comportamiento de su hermano?

La ironía de intentar localizar a su hermano segundos después de intentar hacer lo mismo con Chappell no se le escapó a Louise mientras llamaba a Joslyn.

—Espera un segundo, inspectora Blackwell —dijo Joslyn, contestando—. Así está mejor —dijo ella, unos segundos después—. ¿Cómo estás, Louise?

—No muy bien —dijo Louise, ofreciendo una rápida actualización primero de Chappell, luego de su hermano.

—Mierda, Louise, no sé qué decir.

—Lo has resumido de forma bastante sucinta. ¿Crees que podrías rastrear la ubicación de Paul?

—¿Sabes lo que eso significaría?

Sería oficial. Para obtener la información, tendrían que registrar a Paul y Emily como desaparecidos y afrontar las consecuencias de todo lo que ello conllevara. Louise no podía ver otra manera. En retrospectiva, ya había dejado que las cosas fueran demasiado lejos. Le avergonzaba que su madre se hubiera quedado literalmente sin palabras, tal era su angustia.

—Ya es hora. No quiero que Emily corra peligro —dijo Louise.

—Bien, tengo el número. Vas a tener que dejarlo conmigo por el momento. Tengo que registrar el caso primero y luego intentar localizarlo. Incluso entonces...

El rastreo no podía determinar la ubicación, y Paul podía haberse mudado desde la última vez

que usó el teléfono, así que Louise comprendió que Joslyn no podía prometer nada.

—Lo sé. Estamos siguiendo el mismo procedimiento. Gracias, Joslyn, definitivamente te debo una.

—No te preocupes, hazle saber a tus padres que estoy en ello.

Louise llamó a sus padres antes de volver a la oficina. Coulson estaba al teléfono, esperando negociar con las compañías telefónicas. El técnico había resultado ser un regalo del cielo y se preguntó qué opinaría Finch de que pasara tiempo con ellos, solo para que su lado paranoico sugiriera que Finch había enviado a Coulson a ellos para seguirle la pista.

Al volver a su escritorio, se tomó la cabeza entre las manos, el dolor palpitante de la frente se extendió a los ojos, y se preguntó si alguna vez podría volver a confiar plenamente en alguien. Cuando levantó la vista, Thomas estaba de pie junto a su mesa.

—Acabo de hablar con la madre de Chappell. Bueno, la madre de Barton. Creo que querrás escuchar esto, jefa —dijo.

—Me vendría bien escuchar algo positivo.

—Yo no lo llamaría necesariamente positivo, pero podría confirmar nuestra teoría.

—Ilumíname —dijo Louise, recostándose en su silla.

—Su padre ha fallecido pero su madre aún vive en Thornbury. No lo ha visto desde que se fue de casa a los dieciséis años. No tardó en hablarme de su morbosa fascinación —dijo Thomas, mordiendo el labio.

—¿Qué es?

—Con la muerte. Parece una cosa típica de adolescentes. Camiseta negra, death metal, ese tipo de cosas. Solo que su interés era un poco más específico. Me habló de uno de sus ensayos de inglés que se centraba en la muerte de Kurt Cobain.

—¿El cantante?

—El cantante que se disparó, sí. Parece que nuestro joven Jay Chappell slash Charlie Barton desarrolló una fascinación por el suicidio. Y aquí está lo mejor.

La mente de Louise se quedó en blanco y agradeció el hecho. No quería tener que imaginar por qué o cómo una persona joven podía desarrollar tal obsesión. Por desgracia, su mente la traicionó, creando una imagen de Paul quitándose la vida.

—¿Qué? —dijo, más alto de lo que pretendía, el sonido de su voz le hizo dar un respingo.

—Cuando tenía diecisiete años, la novia de Barton se quitó la vida.

—¿Cómo? —dijo Louise, sabiendo ya la respuesta.

—Se ahorcó y Barton fue quien la encontró.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Louise se quedó mirando a Thomas, boquiabierta. Parpadeó y se sacudió de su sorpresa, gritando a Coulson.

—Simon, ¿en qué punto estamos con la localización de Amy?

—Estamos trabajando en ello —dijo Coulson, sin apartarse de su pantalla para mirarla.

Louise no sabía si el hecho de que Chappell encontrara a su novia muerta era el catalizador de su comportamiento posterior. Por el informe de Thomas, parecía que el suicidio había interesado al joven Chappell/Barton mucho antes de la muerte de su novia. No sabía exactamente por qué mataba de esa manera -una forma subconsciente de resucitar a su novia, un medio de castigar a los que consideraba responsables de que se hubiera quitado la vida-, pero haría todo lo posible para evitar que lo volviera a hacer.

—Tenemos que enviar a alguien a ver a la madre de Chappell. Averiguar qué pasó exactamente.

—Yo puedo ir —dijo Thomas.

Louise dudó. Chappell estaba escondido, eso era seguro. Louise estaba preocupada por Amy, y por cualquier otra persona que estuviera en el radar de Chappell, y no estaba segura de poder arriesgarse a tener a Thomas lejos de la estación en un momento tan crítico.

—Me iré ahora y volveré esta noche —dijo.

—De acuerdo. Veré si puedo conseguir que Farrell vuelva por unos días —dijo Louise.

Después de informar a Robertson de los últimos acontecimientos, Louise pasó unos minutos sobre la mesa de Coulson.

—Me prometieron que me llamarían en una hora —dijo él, a la defensiva.

—No, está bien, Simon. En realidad, quería agradecerte todo tu trabajo en esto.

Coulson giró en su silla.

—Oh, está bien —dijo.

—En realidad...

Louise sonrió mientras Coulson bajaba los ojos.

—¿Qué pasa, Simon?

Coulson miró alrededor de la oficina.

—Mi hermana. Se quitó la vida a los quince años.

—Dios mío, Simon. Lo siento mucho, no lo sabía.

—Nadie aquí lo sabe. Fue por acoso escolar. Ya sabes cómo pueden ser los niños. No lo percibimos en su momento y luego sucedió.

Louise sacudió la cabeza. ¿Qué podía decir? La terrible revelación le recordó los secretos que la gente lleva consigo en todo momento, su propio secreto que guardaba de la mayoría de sus colegas.

—Pensé. Bueno, cuando me enteré de esos suicidios y cuando viniste a Portishead... Coulson apartó la mirada—. Pensé que tal vez podría ayudar. Es una tontería, pero pensé que si podía ayudar de alguna manera a estas mujeres sería una especie de homenaje a Hannah —dijo, volviendo a mirarla, con los ojos muy abiertos, casi esperanzados—. Es mucho más común de lo que imaginas.

Por desgracia, Louise sabía que miles de personas se quitaban la vida cada año.

—Estoy segura de que Hannah estaría muy orgullosa de ti, Simon.

Los ojos de Coulson se enrojecieron y volvió a mirar su pantalla. Louise le puso la mano en el hombro.

—Siempre estaré aquí, Simon. Siempre que quieras hablar. Lo digo en serio. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Gracias, Louise.

SE HABÍA ACABADO EL CAFÉ, así que Louise preparó una nueva cafetera. Probablemente no era lo mejor para su dolor de cabeza, pero necesitaba un poco de cafeína. Todavía estaba sorprendida por la revelación de Coulson. El pobre hombre debía de llevar toda la investigación pensando en su hermana, pero no había dicho nada a nadie. Mientras el olor a tierra del café llenaba la habitación, volvió a pensar en sus propios secretos y en el lugar al que la llevarían; y en el posible efecto perjudicial que podría tener en el caso.

Llamó al Dr. Forrest, quemándose la lengua con el primer sorbo de café recién hecho mientras esperaba que le contestaran el teléfono.

—Inspectora Blackwell, he estado leyendo las novedades de su caso en los periódicos —dijo Forrest.

—Eso facilitará lo que tengo que decir, espero —dijo Louise.

—Ahora has despertado mi interés —dijo Forrest.

Escuchó en silencio -interrumpiendo de vez en cuando a Louise para que le aclarara las cosas- mientras ella le ponía al día sobre el caso, incluyendo los últimos detalles sobre el alias de Chappell y los supuestos suicidios en Portugal.

—Es una historia increíble —dijo el científico, una vez que Louise hubo terminado.

—Cuéntame. Estamos tratando las cuatro muertes como un asesinato. Chappell admitió haber usado DMT. El retiro en Portugal se anunciaba como un lugar para tomar Ayahuasca en un ambiente seguro. El suicida era un chamán, por si sirve de algo.

—Sí, también me he encontrado con muchos de estos chamanes en el Reino Unido. No siempre se puede separar la farsa del chamán, por desgracia.

—Yo no sé nada de eso. Todo lo que sé es que el chamán anunciaba el uso de este té de DMT.

—Ayahuasca, sí.

—Sé que ya discutimos esto antes, sobre el potencial de ser manipulado por alguien con quien estabas al tomar la droga. Pero, ¿podría el DMT en sí misma hacer que quisieras quitarte la vida?

—Mi respuesta corta a eso sería no —dijo Forrest, murmurando—. Creo que es ciertamente

posible que alguien tenga una experiencia negativa por tomar DMT, pero no he oído de nadie que desee quitarse la vida después de tomarla.

—¿Y las posibilidades de que cuatro mujeres lo hagan por separado?

—Prácticamente cero —dijo Forrest.

Louise repitió la información que Tracey había ofrecido sobre el DMT, que era como morir.

—Sí, tienes razón en lo básico. Mis estudios solo han sido en voluntarios en un entorno clínico. Hay documentos de estudios similares así como mucha evidencia anecdótica por ahí. Como puedes imaginar, el estudio de los psicodélicos tiene sus limitaciones. Mi atención se centra en el beneficio potencial de la droga en casos de enfermedad mental. Registramos a los pacientes antes, durante y después de tomar la droga. La idea de que el DMT es similar a la muerte proviene de la sensación de desprendimiento del cuerpo. Algunos usuarios comparan la sensación con un sentimiento de iluminación, popular en religiones como el budismo. Detenme si esto se vuelve demasiado místico. Estoy a favor de la ciencia dura, pero los informes son solo eso.

—No, por favor continúa.

—Así que cuando el DMT golpea, los usuarios a menudo afirman que se sienten separados no solo de su cuerpo, sino también de su yo. Por lo tanto, esa sería la sensación de morir.

—¿La experiencia es siempre negativa?

—Ni mucho menos.

—Así que los usuarios pueden desear volver a este estado.

—Por supuesto.

Louise exhaló.

—Mencionaste antes que los usuarios suelen creer que lo que experimentan es real.

—Eso es correcto.

—Entonces, ¿es posible que deseen permanecer en el estado de forma permanente?

—Como mencioné antes, los usuarios de DMT a menudo afirman que ya no temen a la muerte una vez que la toman. En parte, es lo que hace al DMT tan fascinante. Muchos de los participantes, en nuestros experimentos y en los de estudios anteriores, informan del deseo de no querer volver de su experiencia. Muchos tienen la certeza de que la conciencia existe después de su muerte en la tierra. Uno de mis encuestados me dijo recientemente que los pacientes de hospicio deberían recibir el DMT como una forma de prepararlos.

Louise se rascó la cabeza.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Qué te parece?

Forrest se rio.

—Yo soy el científico imparcial, solo recojo e interpreto los datos.

—De acuerdo. Así que, para argumentar, tomas DMT y ves el cielo. ¿Tendría sentido que quisieras volver a ese estado lo antes posible? ¿Podría esto explicar estos suicidios?

—Entiendo tu punto de vista. Lo que encontramos es que los encuestados que sienten esto - que hay una vida después de la muerte- tienen un mayor sentido de la santidad de la vida. Se sienten libres de vivir la vida como quieren.

—¿Seguros en el conocimiento de la eternidad?

—Algo así.

Louise se esforzaba por asimilar la naturaleza surrealista de la conversación y se alegraba de

que nadie más estuviera escuchando.

—Entonces, ¿por qué crees que estas mujeres se están suicidando? ¿Podría Chappell estar coaccionándolas de alguna manera a través de su uso de la droga?

—Tal vez. De nuevo, no es algo que haya encontrado y claramente no es algo que hayamos explorado clínicamente. Sin embargo, no se puede subestimar la escena y el escenario de cómo alguien toma psicodélicos, como mencioné anteriormente. Nos tomamos esto muy en serio y nos esforzamos por garantizar que nuestros participantes estén relajados y sientan que están en un entorno seguro. Además, nunca trabajaríamos con alguien con un historial de enfermedad mental o depresión; por ejemplo, no aconsejaríamos a alguien que lo tomara solo, o después de beber alcohol, y desde luego no en un entorno o estado de ánimo negativo. Si alguien puede coaccionar a alguien para que se quite la vida... Realmente no podría darte una respuesta definitiva. Si fuera durante el viaje, mi opinión personal es que no serían lo suficientemente sensibles como para quitarse la vida.

—Sin embargo, ¿podrían caer por un acantilado?

—Posiblemente, con algo de ayuda.

—¿Y colgarse?

—Imagino que habría que ver los aspectos técnicos, pero creo que necesitarían ayuda.

—¿Podrían haber tomado la droga y luego suicidarse inmediatamente después?

—El inicio del DMT puede ser básicamente instantáneo, aunque esto dependería de cómo se tome, así que si iban a hacer eso tendrían que esperar hasta que se acabara.

—¿Así que Chappell podría drogarlos y sugerirles que se quiten la vida?

—Lo siento, Inspectora Blackwell, no puedo darte una respuesta concreta. Estoy seguro de que entiendes que la naturaleza de este tipo de estudio, al menos en la actualidad, hace muy difícil dar una respuesta definitiva a este tipo de preguntas. Yo diría que la escena y el entorno podrían marcar una gran diferencia en la naturaleza de la experiencia. Así que, sí, tu señor Chappell podría tener una enorme influencia en la naturaleza de la experiencia.

—Gracias, Dr. Forrest, has sido de gran ayuda —dijo Louise, sintiéndose como si supiera menos que cuando empezó la conversación.

No tuvo tiempo de pensar más cuando Coulson llamó a la puerta.

—Pasa, Simon.

El asesor técnico estaba rojo, con la frente mojada por el sudor.

—¿Todo bien? —preguntó Louise.

—Sí. Tenemos la localización del teléfono de Amy.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Amy volvió a meter la cabeza dentro y empezó a sacar algunas conclusiones, ninguna de las cuales le gustó. Parecía que Jay había quedado con Nicole después de dejar a Amy esa mañana. Recordó la cara sonrojada de Nicole ayer cuando conoció a Jay. Amy había reconocido la mirada de adoración. La había visto en la cara de Megan y de los otros miembros del grupo; la había visto en el espejo. Debería haberse dado cuenta de que algo iba mal cuando Nicole no se presentó a trabajar.

Con un fuerte suspiro recogió su abrigo, la familiaridad de la tela de su vaquero la reconfortó. El teléfono estaba sobre la mesa, aún apagado. Iba en contra de las normas tener un teléfono, y mucho menos llevarlo a una ceremonia, pero lo cogió de todos modos, cubriendo el bulto del bolsillo de sus vaqueros con el largo de su sucia camiseta negra.

Nicole corrió hacia ella cuando salió del edificio, rodeándola con sus brazos como si no se hubieran visto en meses. Hizo que Amy se sintiera como una adulta. Miró a Jay, que le respondió con una sonrisa enigmática, como si la presencia de Nicole fuera lo más natural del mundo.

Caminaron juntos por Upper Bristol Road y bajaron por Grove Park hacia la ciudad. Nicole la cogió de la mano mientras hacían la empinada bajada. Jay, con la sudadera con capucha puesta sobre la cabeza, se adelantó dando a Amy la oportunidad de interrogar a su amiga.

—¿Va todo bien? —le preguntó.

—Todo está de maravilla. Siento no haber llamado al trabajo esta mañana. ¿Estaba todo muy ajetreado?

—¿Estuviste con él? —preguntó Amy. La pregunta sonó más agresiva de lo que pretendía y Nicole se detuvo.

—Él dijo que no te importaría —dijo, la felicidad desaparecía de su rostro.

Amy cerró los ojos, el sonido de los pájaros que trinaban y el olor de las flores llenaron sus sentidos.

—No me importa como tal —dijo, abriendo los ojos hacia el resplandor del sol que escapaba de detrás de una nube—. Me preocupa que no sepas lo que estás haciendo.

—No soy una niña pequeña, sabes. No eres mucho mayor que yo.

—No estoy diciendo eso, Nicole. Amy sacudió la cabeza. Jay estaba de pie al pie de la colina. Incluso desde esta distancia, ella podía ver la sonrisa en su cara, la forma segura en que estaba de pie. Como si hubiera planeado esta pequeña confrontación desde el principio—. ¿Te dijo lo que hacemos? —preguntó ella.

—Me lo enseñó —dijo Nicole, recuperando la sonrisa—. Está bien, ya me he drogado antes.

Voy a la universidad, por el amor de Dios.

—¿Qué tomaste?

—Jay me hizo un té. Ayahuasca. Me dijo lo que vería y lo hice. No creerías lo feliz que soy ahora. O tal vez sí —dijo Nicole, acercándose a ella.

Debería haberse alegrado por su amiga. El DMT era un regalo. Había cambiado su vida. Antes de conocer a Jay, un manto la cubría. Se habría quitado la vida antes, pero una combinación de cobardía, y un sentimiento perverso de que estaría deshaciendo la memoria de Aiden, la habían detenido. Jay le había mostrado lo que le esperaba y, aunque no lo había visto directamente cuando hizo el viaje, sabía que Aiden también estaba allí.

Pero el hecho de que fuera bueno para ella, no significaba que fuera bueno para todos. Nicole tenía una vida plena por delante, no tenía motivos para pensar en seguir adelante. Todas las demás personas a las que Jay había ayudado -Victoria, Claire, Sally y Megan, y las otras tres que aún estaban con ellas- tenían una razón para tomar DMT, para experimentar la vida después de la muerte y seguir adelante algún día. ¿Cuál sería la historia de Nicole?

No podía negar que sentía un poco de celos. A veces le resultaba difícil ver a Jay compartiendo. Pero eso no explicaba del todo su preocupación. El comportamiento de Jay era cada vez más errático. La forma en que había ayudado a Megan a seguir adelante, junto con lo que la mujer policía le había dicho sobre el otro nombre de Jay, era prueba suficiente de ello. Y ahora estaba claro que se escondía. Ella seguía creyendo en él, estaba segura de que tenía en mente sus mejores intereses y los de los demás, pero, ¿y si toda la presión le estaba afectando, le estaba obligando a correr riesgos y, por tanto, a cometer errores?

—¿Van a venir? —gritó desde el pie de la colina.

Amy agarró las manos de Nicole.

—Sabes lo que pasa, ¿no?

—Sí —dijo Nicole, sonriendo.

—¿Y sabes que esta noche seré yo? —dijo Amy.

El destello de duda en la cara de Nicole se desvaneció tan rápido como había aparecido.

—Jay me ha dicho que esta noche va a ser muy especial —dijo, dándose la vuelta y bajando la colina.

Los tres caminaron por la ciudad. Era domingo por la tarde, y los bares ya tenían un buen negocio. Fuera del Royal Oak, la gente estaba de pie en círculos bebiendo y fumando, ajenos a ellos como si fueran invisibles.

—¿Dónde nos encontraremos con los demás? —preguntó Amy a Jay.

Él se volvió hacia ella, y aunque llevaba su sudadera con capucha y unas gafas de sol de gran tamaño, ella se enamoró de su sonrisa.

—No muy lejos —dijo él—. Te preocupas demasiado, Amy.

Incluso escuchar su nombre de sus labios le hizo algo. Y si ese hechizo se estaba agotando, todavía era lo suficientemente fuerte como para que ella quisiera seguirlo; incluso con Nicole a cuestas.

¿Era arrepentimiento o nostalgia lo que sentía mientras caminaban por la hilera de arcadas de Regent Street? Nicole iba de la mano de Jay, y Amy añoraba una época más sencilla en la que había estado fuera de esos mismos salones. La emoción -nunca mostrada, por supuesto- de aquellos tiempos, fumando cigarrillos bajo el muelle, besando a los chicos, bebiendo sidra blanca barata. Se sentía tan adulta entonces, cuando en realidad tenía pocas preocupaciones más allá de la angustia adolescente normal.

Si pudiera retroceder en el tiempo, ¿lo haría? Era una adolescente cuando tuvo a Aiden; y aunque era una adolescente cuando lo perdió, no renunciaría a su tiempo juntos por nada.

—Vamos, despacio,— dijo Nicole, esperándola en el paso de peatones frente al Gran Muelle, donde, parecía que hacía toda una vida, había visto a Jay y Sally de la mano.

Amy cogió la mano que le ofrecía Nicole, la emoción en sus ojos era inconfundible. Amy sabía que el DMT había eliminado todo el sistema después del subidón inicial. Pero Nicole no era la misma de siempre. Sus pupilas no parecían dilatadas, pero Amy juraría que la chica estaba drogada. Odiaba dudar de Jay, pero nada de esto tenía sentido.

—¿Puedo? —dijo Jay, tomando la mano de Amy de Nicole.

Nicole la soltó y se adelantó como una niña a la que le dicen que sus padres tienen que hablar a solas.

—¿Qué pasa, Jay? —preguntó Amy.

—Nicole está muy preocupada. Me di cuenta desde el primer segundo en que la conocí.

—¿Qué problemas tiene? —dijo Amy, odiando la displicencia que escuchaba en su voz.

Jay frunció el ceño y la hirió saber que ella era la responsable de su disgusto.

—Creo que tú, más que nadie, sabrías que no hay que dar por sentadas las apariencias externas.

Amy parpadeó y desvió la mirada. Cuando Jay la conoció, ella era la soltera dura. Al borde del desamparo, había tenido que luchar por todo. Se había creado una imagen endurecida de su verdadero yo y se lo había hecho creer. Jay había visto a través de ella y en parte por eso fue capaz de confiar en él tan rápidamente.

—Es demasiado pronto para ella. No creo que lo entienda —dijo.

—Esta noche va a ser diferente —dijo Jay, deteniéndose en el paseo para mirarla.

—No estoy segura —dijo Amy. Estuvo a punto de llamarle Charlie, para calibrar su respuesta, pero eso sería un truco y él se merecía más que eso.

—Lo entiendo, Amy, por supuesto que lo entiendo —Jay se acercó a ella y tomó sus manos entre las suyas—. Confías en mí, ¿verdad? —dijo, con los ojos más tristes que ella había visto nunca.

Amy sintió que las lágrimas brotaban de su interior. No podía creer que hubiera dudado de él.

—Por supuesto —dijo ella, gimiendo.

—Entonces confía en mí un poco más.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Se reunieron frente a un bloque de pisos en Upper Bristol Road, donde se había originado la última señal del móvil de Amy. Louise estaba hablando por teléfono con Coulson cuando Tracey se detuvo.

—Te he traído ayuda —dijo, mientras el sargento Farrell abandonaba el asiento del copiloto. Louise colgó.

—Cuantos más seamos, mejor. Creo que tenemos una pista sobre su piso. El piso 12a está alquilado a una tal Amy Carlisle.

Probó con el timbre, pulsando varios botones hasta que alguien les hizo entrar por la puerta principal. Un olor a humedad, posiblemente a orina, les llegó mientras se dirigían a la escalera.

—Greg, espera aquí —dijo Louise, mientras Tracey la seguía hacia arriba.

—Un lugar espeluznante —dijo Tracey.

Louise estuvo de acuerdo. La humedad en el aire era tangible, el papel de la pared se estaba descascarando y dejaba ver manchas de moho. Le recordaba a la casa de Claire Smedley en Kewstoke, pero de alguna manera era más fría, incluso menos acogedora.

El dolor de cabeza se había extendido por todo el cuerpo, y sus miembros estaban pesados y tensos mientras subía la escalera. Tendría que haber tomado algunas pastillas, tal vez agua, pero no había tiempo.

La habitación de Amy estaba en el cuarto piso. Louise volvió a probar con el teléfono, llamando a la puerta cuando el teléfono pasó al contestador.

Al no obtener respuesta, probaron en las dos puertas vecinas, y una señora mayor abrió la puerta del piso 12c.

—Siento molestarla, señora, estamos intentando localizar a su vecina Amy Carlisle. ¿Puedo preguntarle su nombre?

—Sra. Harris, si quiere saberlo, aunque el Sr. Harris ya no está con nosotros. Hace mucho tiempo que se fue, como comprenderá.

—¿Ha visto a Amy hoy, señora Harris?

La anciana se encogió de hombros.

—¿Amy? No está, creo.

—No, no creo que esté —dijo Louise—. Estamos un poco preocupados por ella. ¿Podría decirme cuándo la vio por última vez?

—La oí más bien. Un chico guapo y una joven bonita aparecieron antes. No he visto a ninguno de ellos antes.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Louise, desplazándose por las fotos de su teléfono.

—Hace como una hora.

—¿Es este el hombre? —dijo Louise, mostrándole la foto de Chappell.

La mujer sonrió, mostrando unas encías rojas y una dentadura postiza que parecía no haber sido limpiada en semanas.

—Es él. Es guapo, ¿verdad?

—Eso fue hace una hora. ¿Tiene idea de adónde fueron?

—Miré por mi ventana. No es un crimen. ¿Qué otra cosa se supone que debo hacer? —dijo la mujer, mirando a Louise con desafío.

—No, no ha hecho nada malo, Sra. Harris. ¿Vio por dónde se fueron?

—Por la colina hacia el pueblo, supongo —dijo la mujer.

—¿Parecía que Amy estaba bien? ¿Y la otra mujer?

—Sí, por supuesto que parecían estar bien. Todos sonriendo y cogidos de la mano. Sin duda, con un buen propósito.

—¿Podría describir lo que llevaban puesto?

La señora Harris entrecerró los ojos como si tuviera algo en el ojo.

—La verdad es que no. El hombre llevaba una de esas cosas con capucha azul.

—¿Una capucha? —preguntó Tracey.

—Si tú lo dices, amor.

—Gracias, Sra. Harris, ha sido muy útil —dijo Louise.

La mujer no respondió pero mantuvo sus ojos en Louise mientras cerraba lentamente la puerta.

—¿Dónde me has traído? —dijo Tracey, mientras bajaban las escaleras.

—Dios, no —dijo Louise.

Cuando estuvieron fuera, organizó al resto del equipo para que empezara a buscar a Chappell, Amy y la otra mujer.

—¿Crees que tenemos una causa probable para entrar? —dijo Tracey.

Louise llamó a Robertson para pedirle una aclaración.

—Por el momento, ni siquiera tenemos una imagen viable de Amy. Nada más allá de esta dirección. Si logramos entrar, podríamos encontrar algo que podría llevar a salvar su vida o la de alguien más.

Louise se dio cuenta de que a Robertson no le gustaba que le pusieran en un aprieto, pero no quería arriesgarse a poner en peligro ni la investigación ni su propia carrera. Finch y Morley estaban esperando que cometiera un error. Después de todo lo que había pasado, una entrada ilegal podría ser suficiente para inclinar la balanza de su lado.

—Bien, creo que tenemos suficiente para justificar la entrada en el piso —dijo Robertson.

Louise le dio las gracias, aún molesta por haber tenido que pedírselo en primer lugar. Ordenó a uno de los agentes uniformados que trajera al ejecutor.

—Me parece que esto se está convirtiendo en un hábito —le dijo a Tracey cuando se reunió con Farrell en la parte superior de la escalera—. No tienes aspirinas ni ibuprofeno, ¿verdad? —El dolor de cabeza se había convertido en una auténtica migraña y Louise se preguntaba si se estaría contagiando de algo.

—Estás de suerte —dijo Tracey, sacando un sobrecito de pastillas del bolsillo de su chaqueta—. ¿Quieres que te traiga un poco de agua? Ahora que lo mencionas, pareces un poco pálida.

—Estoy bien —dijo Louise, tragando en seco dos de las pastillas.

Tracey se frotó las manos.

—Me pregunto qué encontraremos —dijo, mientras el agente uniformado volvía con el ariete.

Louise apretó los dientes.

—Sí, me lo pregunto.

La puerta cedió con el primer golpe, revelando una habitación individual, similar a la de Claire Smedley, con dos habitaciones contiguas: un baño y un dormitorio. El lugar estaba igual de escasamente decorado. Encontró tres fotos bajo el colchón del dormitorio. Era difícil datar las fotos. Cada una de ellas mostraba a una mujer joven que parecía estar al final de la adolescencia. En sus brazos sostenía a un bebé con un mechón de pelo rojo. Louise apartó la mirada de la foto: el parecido con las fotos de bebé que tenía de Emily era sorprendente.

—Vamos a ver si podemos averiguar quiénes son estos dos —dijo a uno de los agentes uniformados.

—Creo que he encontrado algo —dijo Farrell, que estaba metido hasta la cabeza en una pila de ropa sucia en la esquina de la sala de estar. Llevaba en la mano un ordenador portátil.

Louise le quitó la máquina, con el palpar de su frente igualando el ritmo acelerado de su pulso, mientras pensaba en las notas de suicidio que había leído en las últimas semanas, esperando no encontrar ninguna ahora.

Al igual que el de Claire Smedley, el portátil no estaba protegido con contraseña. Louise abrió el procesador de textos y encontró la nota en los documentos que había abierto recientemente. Terminaba igual que las demás.

—Emily va a ser la siguiente —dijo Louise, con las fuerzas momentáneamente agotadas mientras le devolvía el portátil a Greg.

Greg puso la mirada en blanco y miró a Tracey, que había dejado de hacer lo que estaba haciendo.

—¿Te refieres a Amy? —dijo.

Louise bajó los ojos. El dolor estaba en todas partes. Lo sintió en la mandíbula mientras hablaba, alzando la voz en un intento de ocultar su error.

—Que alguien le lleve esto a Coulson —dijo, ignorando la pregunta de Farrell.

Farrell dudó antes de marcharse.

—¿Está todo bien? —dijo Tracey, una vez que volvieron a salir.

—Estoy bien —dijo Louise. Transmitió las imágenes que había encontrado debajo de la cama a los agentes que ya estaban buscando en el centro de la ciudad y habló al resto del equipo sobre la nota, mientras intentaba convencerse de que el dolor de cabeza estaba desapareciendo.

—Podríamos llegar demasiado tarde —dijo Farrell.

—Tu alegre perspicacia es lo que hace que sea un placer trabajar contigo —dijo Louise.

—No lo creo, todavía no. Tengo que hablar con Coulson. Parece que Amy tiene el teléfono encima. Tenemos que estar preparados por si lo vuelve a encender.

Tracey y Farrell encendieron cigarrillos fuera mientras Louise llamaba a Coulson. Una vez más, Louise se vio obligada a enfrentarse a la idea de que Tracey y Farrell habían sido enviados solo como medio para que Finch controlara el caso. Se lo imaginó llegando en un coche con el jefe auestas, listo para quitarle el caso. Confiaba en Farrell y Tracey, pero tendrían que seguir órdenes y, conociendo a Finch, dudaba que supieran siquiera que los estaban utilizando.

—Su teléfono sigue apagado —dijo Coulson, contestando tras el primer timbre—. En cuanto se vuelva a activar lo sabremos. Nos ayudaría tener el número IMEI.

Louise pasó la información al equipo.

Parecía que el éxito del caso podría depender de si encontraban o no un contrato telefónico.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

Beatrice, Rachael y Lisa las esperaban en la playa cerca del muelle de Birnbeck. Beatrice rodeó a Amy con sus brazos, su pelo rojo se derramó sobre los hombros de Amy, y luego repitió el gesto con Jay cuando los demás se pusieron de pie.

—Esta es Nicole —dijo Jay—. Se unirá a nosotros esta noche.

—Bienvenida —dijeron las otras tres mujeres, al unísono.

—Ven a sentarte, tenemos algo de comida —dijo Beatrice.

Amy captó la mirada de Jay, sus ojos indicaban que todo estaba bien. Nunca se habían visto juntos a plena luz del día, y con el interés de la policía por Jay, a Amy le pareció que, en el mejor de los casos, estaban siendo imprudentes.

El viejo muelle sobresalía del fango, con la insinuación del agua del mar a lo lejos. Amy nunca había pisado la estructura, el muelle original de la ciudad. Su estado de abandono era tal que ya no se permitía al público entrar en él, a pesar de que un hombre había sido asesinado allí el año anterior.

—Esta noche va a ser especial —dijo Jay—. Por el bien de Nicole, pensé que debíamos vernos antes —añadió, arrancando una tira de pan focaccia de la bandeja preparada por Beatrice y mojándola en un pequeño recipiente de plástico con aceite de oliva. Nicole estaba acurrucada cerca de él, Amy a su derecha.

Amy no podía negar la belleza del lugar -si el mar hubiera estado dentro habría sido perfecto como una postal- y trató de ignorar la preocupación que sentía en la boca del estómago. Comió lo que pudo, intentando compartir la alegría que veía en los ojos de los demás miembros del grupo. Hablaban como cualquier grupo de amigos al azar -de todo y de nada- cuando cada uno sabía, como Amy, que uno de ellos moriría esa noche.

A medida que pasaba el tiempo, Nicole se mostraba más confiada, charlando y mezclándose con los demás. Amy se sintió orgullosa de su amiga y el nudo en el estómago empezó a aflojarse. Jay no quería correr el riesgo de una fogata, así que cuando se hizo de noche se pusieron los abrigos y caminaron por la playa. El mar era como un espejo mientras se arrastraba hacia la parte trasera del viejo muelle. Amy sintió que la mano de Jay buscaba la suya, su piel era fría al tacto.

—Solía venir aquí cuando era niño —le dijo a ella y solo a ella.

Su atención la calentó.

—¿El muelle?

Jay asintió.

—El pueblo. De niño no vivía aquí. Vivíamos en Gloucestershire. Solíamos venir aquí y

fingir que jugábamos a las familias. Una vez al año hasta que cumplí dieciséis años.

Jay nunca había hablado de su infancia.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Amy, recordando el cuento que le había contado la mujer policía.

—Entonces empecé mi viaje. Conocí a alguien aquí, alguien que me abrió los ojos a algo más allá de este mundo. Fue aquí donde empezó todo —dijo.

No dio más detalles y Amy no le preguntó mientras convocaba a todos. Sonriendo, señaló el final del muelle, donde los restos del embarcadero de los botes salvavidas apuntaban al barro.

—Ese es nuestro destino para esta noche —dijo—. Será mejor que vayamos antes de que suba la marea.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

Dos horas después, no estaban más cerca de encontrar el contrato telefónico y el número de IMEI que podría llevarles hasta Amy. Era temprano en la noche y el cielo ya se estaba oscureciendo. Farrell se había dirigido a la ciudad para coordinar la búsqueda de Chappell y Amy. Era domingo por la noche, y la ciudad estaba llena de juerguistas, tanto locales como de fuera. Fueron de bar en bar y recorrieron el paseo marítimo, pero Farrell no tenía nada que informar.

Louise no se había dado cuenta de que su día podía empeorar hasta que un coche se detuvo frente al bloque de pisos de Amy y Tania Elliot salió vestida como si fuera a asistir a un baile. Llevaba un elegante abrigo sobre un vestido negro, y sus tacones hacían ruido en la acera al acercarse.

—Inspectora —dijo.

—¿Te hemos sacado de algo? —preguntó Louise.

—Solo una cena con un amigo. ¿Te importaría comentar por qué hay tanta presencia policial fuera de este bloque de pisos?

—La verdad es que no.

—¿Tiene que ver con las mujeres muertas? ¿Un posible sospechoso?

—No hay comentarios en este momento, Tania —dijo Louise.

—Vamos, Louise, debes ser capaz de darme más que esto. Creía que teníamos un acuerdo.

Louise no pudo reprimir la risa. Se sentía bien sonriendo, pero temía que su risa se convirtiera en histeria si no la contenía. Tania dio un paso atrás, como si estuviera sorprendida por esa respuesta.

—Cualquier vago acuerdo que tuviéramos se evaporó en el momento en que acuñaste la frase Suicidas del Mar.

—No fui yo —dijo Tania—. Yo nunca sería tan burda. Lo creas o no, me gusta esta ciudad. Y el suicidio no es algo que trataría tan frívolamente.

—Si ese es el caso, me disculpo —dijo Louise—, pero no tengo nada para ti.

Tania parecía tan sorprendida por la disculpa como por la risa. Parecía que le había impedido hablar mientras meditaba algo en su cabeza.

—Preferiría que tuviéramos una buena relación de trabajo, inspectora Blackwell —dijo.

Louise había estado en el lado equivocado de la prensa demasiadas veces como para plantearse de nuevo una relación de trabajo adecuada con un periodista. De vez en cuando la prensa servía para algo y no quería descartar a Tania sin más, pero no iba a divulgar nada sobre

Amy y Chappell en esta coyuntura.

—Te lo agradezco, Tania, pero estoy en medio de una investigación activa.

—¿Es Jay Chappell un sospechoso en el caso? —dijo Tania, sin inmutarse.

—Sin comentarios.

—No está en su casa y me he dado cuenta de que también hay presencia policial allí.

—Has estado ocupada, ¿verdad? Sin comentarios, Tania. Ahora, por favor, déjame seguir con mi trabajo.

La periodista vaciló como si estuviera inmersa en algún tipo de debate interno.

—Me he enterado, inspectora Blackwell, de que tu hermano se ha metido en problemas económicos —dijo finalmente.

Al menos tuvo la delicadeza de parecer avergonzada. Louise necesitó toda su fuerza de voluntad para no reprenderla.

—Tienes que tener mucho cuidado con lo que dices a continuación, Tania —dijo.

—Yo diría que es de interés público que una detective de primera línea, que actualmente dirige un caso de cuatro mujeres asesinadas, tenga como hermano a un jugador degenerado.

La intensidad de la adrenalina que inundaba el sistema de Louise le provocaba náuseas. Las pastillas de Tracey habían aliviado el dolor de cabeza, pero cada centímetro de ella se sentía cansado y tenso. Hizo una pausa antes de responder, tratando de controlar el implacable latido de su corazón.

—Eso suena como una amenaza, Tania.

—No es una amenaza, es una realidad.

Que los problemas de Paul pudieran ser utilizados en su contra no había figurado antes en sus pensamientos. Quería encontrarlo, pero su principal preocupación en ese momento era Emily. ¿Qué pasaría si Tania descubriera que había desaparecido con su sobrina? Se recordó a sí misma que debía llamar a sus padres en cuanto Tania se fuera y advertirles que no hablaran con nadie.

—¿Estás pidiendo información sobre esta investigación en curso en lugar de retener una historia sobre mi hermano?

—Eso sería un chantaje —dijo Tania.

Louise sacudió la cabeza.

—Es bueno ver que por fin revelas tus verdaderos colores. Pero algo que quizá no sepas de mí es que no me doblego tan fácilmente. Imprime tu historia si quieres, me arriesgaré. Pero recuerda, todo el mundo se enterará de esta conversación. Todo el mundo sabrá que no eres de fiar.

—Es una pena, Louise.

—Te faltó decir ‘Inspectora’ —dijo Louise, marchándose.

—Lou, una palabra —dijo Tracey, fuera del bloque de pisos. Tenía el teléfono en la mano y parecía tan avergonzada como la periodista.

Louise se pellizcó el puente de la nariz y sus latidos volvieron a la normalidad cuando escuchó a la periodista alejarse.

—¿Qué pasa? —dijo, sonando más breve de lo que pretendía.

—La sargento Joslyn Merrick ha intentado ponerse en contacto contigo. Tenía mi número de la última vez.

Louise miró las tres llamadas perdidas de Joslyn y las seis de sus padres, todas ellas desde que había hablado con la periodista.

—¿Dijo lo que quería?

La cara de Tracey estaba inexpresiva, lo que nunca era una buena señal.
—Cree que puede haber rastreado la ubicación de Paul —dijo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

A nadie le importaba que estuvieran entrando sin autorización. Aunque Amy nunca había estado en el viejo muelle, sabía que grupos de adolescentes habían utilizado el lugar con regularidad a lo largo de los años; solo el año pasado, un grupo tuvo que ser rescatado después de quedarse varado en la parte principal del muelle. Sin embargo, había una emoción ilícita al subir por la orilla de piedra del muelle en la oscuridad, guiados por la tenue luz de la linterna de Jay.

Amy estaba en la parte trasera de la procesión, sintiéndose como la mayor del grupo mientras ayudaba a Nicole a mantener el equilibrio después de que resbalara en una roca mojada.

—Es mejor que trabajar en la cafetería —dijo Nicole, que parecía más feliz de lo que Amy podía recordar.

Al acercarse la marea, la brisa marina se había levantado y un fino rocío de agua golpeó a Amy cuando se congregaron junto a la entrada de la zona principal del muelle de Birnbeck Island. Un par de puertas de madera maltratadas estaban cerradas, con una gruesa cadena en espiral sujeta con un candado de gran tamaño. Amy se preguntó si se trataba de un descuido por parte de Jay, solo para que éste sacara una llave.

—Por suerte, ya he estado aquí antes —dijo él, abriendo el candado.

El interior hueco parecía más frío que el exterior. Los seis atravesaron la abertura, y Jay cerró la puerta desde dentro.

—Por aquí —dijo, guiándolos a una habitación más grande y cavernosa. El aire se filtraba por las grietas del techo y las paredes maltrechas, pero no podía enmascarar los diversos olores a excrementos, amoníaco y un olor más profundo y visceral a gasolina que llenaban el lugar.

—Solían mantener los botes salvavidas aquí —dijo Jay, mientras encendía una serie de lámparas de pilas que había dispuesto en un círculo en el centro de la habitación.

Los otros escudriñaban la zona.

—Miren, por aquí se puede llegar al paseo —dijo Beatrice, incitando a Nicole a acercarse a ver.

La parte del paseo del muelle estaba en mal estado y cerrada al público, las tablas de madera estaban podridas y eran inseguras. Beatrice probó la puerta.

—Está abierta —dijo, tirando de la estructura de madera que se desmoronaba. El exterior se precipitó, el sonido de las gaviotas chillando y el chapoteo del mar molestaba en su intensidad. Jay sonrió y Amy vio una pizca de impaciencia en su gesto.

—Vamos —dijo—. Tenemos mucho trabajo que hacer.

Beatrice cerró la puerta y todos tomaron asiento en el círculo, la llamada magnética de Jay era irresistible.

—En primer lugar, me gustaría dar la bienvenida a Nicole a nuestro pequeño grupo —dijo, una vez que estaban todos juntos. —Estoy seguro de que la harán sentir muy bienvenida. Se ha unido en un momento muy especial para todos nosotros.

La luz de las lámparas creaba sombras alargadas en la habitación hueca. El rostro de Jay estaba solo a media luz y Amy se preguntó por qué estaban aquí y no fuera, como en todas las demás ocasiones, en un entorno abierto alrededor del resplandor del fuego.

Jay se puso en pie y sacó de su bolsa un frasco de té de ayahuasca. El olor a gasolina seguía siendo intenso en la habitación. Mientras Amy olfateaba el aire, Jay le sostuvo la mirada y ella vio algo que nunca había visto en él: la duda. Se desvaneció tan rápido como había aparecido, pero desconcertó a Amy. Seguía deseando que todo terminara, estaba desesperada por volver a ese lugar especial donde Aiden la esperaba, pero necesitaba estar segura. Excusándose, dijo ‘Necesito orinar’ y abrió las puertas de la entrada principal mientras Jay preparaba el té para todos.

Cerrada la puerta tras ella, Amy miró a lo largo del paseo del muelle que parecía extenderse infinitamente en la oscuridad. Las luces de Worlebury parpadeaban hacia ella a través de las sombras, como si le enviaran un mensaje. *No quiero detener lo que va a suceder*, se dijo a sí misma, mientras encendía el teléfono y localizaba el número de la mujer policía. *Por si acaso*, prometió, guardando el teléfono en el bolsillo con la certeza de que bastaría con pulsar un botón para que la policía supiera dónde estaban.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

Paul debió de llamar a sus padres y activar el software de rastreo. Louise trató de controlar su adrenalina mientras llamaba primero a Paul -sin señal- y luego a Joslyn. Mientras sonaba el teléfono, recibió otra llamada perdida de sus padres.

—Hola, Louise. Ha activado el teléfono hace unos veinte minutos. He llamado en cuanto he recibido la notificación.

—¿Tienes una ubicación para él?

—Un extenso terreno de caravanas y camping en las afueras de Penzance. Estoy esperando a que me digan que me acerque. Estoy a unos treinta minutos.

—Gracias, Joslyn. Me pondré en contacto contigo en breve —Su madre estaba llorando mientras respondía.

—¿Qué dijo, mamá?

—No tenía sentido, Lou. Creo que está en problemas.

—Piensa, mamá, ¿qué dijo?

—No paraba de preguntarle qué estaba pasando. Quería hablar con Emily. Era incoherente, Lou.

—De acuerdo. Escucha, mamá, tengo que colgar. Estoy trabajando con un equipo en Cornualles y creen saber dónde está.

—¿Y Emily?

—Sí, mamá, me pondré en contacto contigo tan pronto como pueda.

Tracey la había estado observando y se acercó cuando colgó.

—Deberías irte. Yo puedo encargarme de esto.

Louise se frotó la frente. Todo lo que tenían era una última ubicación conocida de Paul. Podía haber abandonado el campamento desde la llamada y podía estar en cualquier sitio ahora. Pero debía ser ella la que se acercara a él. Si Joslyn entraba, todo quedaría registrado. Además, no había forma de saber cómo reaccionaría Paul. Parecía que estaba en el tipo de estado en el que sería incapaz de juzgar sus propias acciones. ¿Y si golpeaba a Joslyn o a uno de sus agentes? Y aunque ella sabía que él nunca lastimaría intencionalmente a Emily, no había manera de saber qué pasaría.

—No puedo marcharme en esta coyuntura de investigación de un asesinato —le dijo a Tracey, como si tratara de convencerse a sí misma.

—Nadie te va a culpar. Lo haces por tu familia.

Louise no compartía la convicción de Tracey. Ya había cometido demasiados errores. Finch

y Morley esperaban un último desliz como éste. Ya podía oír su argumento: *si ni siquiera puede controlar a su propia familia, ¿cómo va a controlar a un equipo del CID?*

¿Pero qué importaba? Todo lo que podía pensar ahora era en Emily. Tracey tenía razón, nunca se perdonaría si le ocurriera algo a su sobrina por su inactividad.

—Quiero que me pongan al día en todo momento —dijo, entrando en el coche.

—Lo prometo, Lou. Te llamaré tan pronto como tengamos alguna novedad.

Si Paul había puesto a Emily en peligro, ella no sería responsable de sus acciones. En los últimos dos años lo había perdonado por casi todo, pero no estaba segura de que su relación pudiera recuperarse de esto. ¿Cómo podría perdonarle por tratar a sus padres de esa manera, por llevarse a Emily? Podía aceptar que su adicción era una enfermedad, pero eso no justificaba las decisiones que tomaba. Llevarse a Emily fue premeditado. Debe haberlo estado planeándolo durante algún tiempo. La había puesto en peligro voluntariamente y Louise no podía ver más allá de eso mientras conducía por las calles secundarias de la ciudad a través de Worle hacia la autopista. Llamó a Joslyn para pedirle que vigilara el parque de caravanas, pero le dijo que no se acercara a Paul hasta que ella llegara allí, mientras se dirigía a la carretera de acceso a la M5 en dirección sur.

Solo había conducido una milla cuando el nombre de Coulson parpadeó en su teléfono.

—¿Qué pasa, Simon?

—Lo siento, sé que estás ocupada, Louise, pero pensé que te gustaría saberlo. Amy ha reactivado su teléfono y tenemos una ubicación exacta para ella.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

El calor del cuerpo de Nicole calentaba a Amy, la cercanía de la otra mujer la reconfortaba. Jay no había bebido nada. Estaba vigilando al grupo que ahora estaba repartido por el interior de la sala, dispuesto a ayudar a quien lo necesitara. Estaba sentado al otro lado de Nicole. Amy le oía, distante, susurrar palabras de ánimo a Nicole. Con esta dosis -y a veces con la más alta- aún era posible conversar con el receptor de la droga. Nicole murmuraba algo sobre formas y números, recordando a Amy la primera vez que había tomado el DMT con Jay. Había sido un momento especial, ya que Jay la había guiado, incrementando suavemente las dosis hasta que fue capaz de superarlas. En cierto modo, envidiaba a Nicole por estar al principio del viaje, pero eso era una preocupación lejana ahora.

Amy se bebió el té y se tumbó de espaldas, mientras sus percepciones se agudizaban a medida que la droga se filtraba por su torrente sanguíneo. El efecto parecía inmediato. Las vibraciones habituales sacudieron su cuerpo y, mientras cerraba los ojos a un mundo de formas caleidoscópicas, se preguntó brevemente si el té era más fuerte de lo normal.

Un tiempo después, cuando los efectos iniciales empezaron a desaparecer, Amy se incorporó y miró a los demás, que estaban sentados en una especie de estupor. Amy volvió a percibir el olor de la gasolina en la habitación, transportado por la brisa, que se filtraba a través de los agujeros del armazón del muelle, y se preocupó por si los vapores contribuían de algún modo al efecto exagerado del té.

Podría ser que estuviera cansada, o que su medida hubiera sido más fuerte que la de los demás, pero no recordaba la última vez que se había sentido así después de tomar el té. Jay habló mientras Nicole se despertaba, su voz retumbaba en el espacio hueco como si hubieran colocado un conjunto de altavoces en cada rincón de la cavernosa habitación.

—¿Empezamos? —dijo.

Como siempre, los relatos eran la parte más dura y preciosa de su tiempo juntos. Amy nunca había asistido a una terapia de grupo, pero por las películas y la televisión sabía que seguían un formato similar. Uno a uno, los miembros del grupo contaban a los demás sus motivos para estar allí. Ahora que solo eran seis, incluida Nicole, las historias eran menos variadas. Beatrice contó al grupo cómo un pariente cercano había abusado de ella cuando era niña, y las terribles consecuencias que eso había tenido en su vida, mientras que Lisa habló de sus continuos problemas de salud: el continuo dolor físico que tenía que soportar y cómo quería experimentar para siempre lo que había más allá. Después de que Rachael contara su historia de haber estado en un centro de acogida desde que nació y su sensación de no haber tenido nunca una verdadera

familia, Amy se preparó para hablar a continuación. Jay nunca había compartido y nunca hacía hablar a los nuevos reclutas en su primera noche.

El té había agudizado los sentidos de Amy. El interior metálico del edificio del muelle estaba bien enfocado, al igual que los rostros del grupo -Nicole en particular- que brillaban con la luz artificial de las lámparas. Jay escuchó atentamente mientras Rachael terminaba su relato antes de agradecerle su contribución. Amy sintió una oleada de amor por él cuando se volvió hacia ella. Estaba dispuesta a compartir su historia por última vez y a dar ese último paso, pero casi como si actuara por voluntad propia, sintió que su mano se introducía en el bolsillo y se posaba en el gran botón de llamada de su teléfono.

—¿Todo bien? —dijo Jay, con tanta calidez y amabilidad que casi le rompió el corazón.

—Estoy lista —dijo ella, levantando la mano del bolsillo solo después de haber pulsado el botón verde de llamada.

CAPÍTULO SESENTA

Louise maldijo, más fuerte de lo previsto, Coulson seguía al teléfono. Mantuvo el coche en el carril interior de la autopista, sabiendo que faltaban cinco kilómetros para el siguiente desvío.

—¿Con qué precisión? —preguntó.

—La señal viene de la zona principal de la isla de Birnbeck.

—¿Qué? —preguntó ella, para sí misma.

—¿El lugar estaba abandonado? —preguntó Coulson.

—Lo está —dijo Louise—. Pero eso no impide que la gente vaya allí —La seguridad del decrepito monumento se había incrementado desde el salvaje asesinato de uno de sus cuidadores el año anterior, pero Louise se imaginaba que todavía era accesible para aquellos que quisieran llegar a él—. ¿Estás seguro de esto, Simon?

—Estoy viendo un punto rojo parpadeante ahora.

—¿Su teléfono sigue encendido?

—Sí. Sé que estás. ...ocupada en este momento. ¿Quieres que alguien de aquí la llame?

Louise redujo la velocidad por la caravana remolcada que tenía delante -que parecía ir al menos a 30 millas por hora menos que el límite de velocidad legal- antes de salir al carril central con solo una mirada superficial. Debería ser ella quien llamara a Amy, pero aún así dudó. Si la llamaba de inmediato, podría darse cuenta de que su teléfono estaba siendo vigilado. Tenía que darle tiempo a Amy para que tomara la decisión correcta.

El desvío a Burnham-on-Sea estaba a solo una milla de distancia y Louise se enfrentó a una decisión difícil. Sabía que si pensaba demasiado, vería la cara de su sobrina y no podría tomar una decisión informada. Tenía que pensar con lógica. Joslyn era más que capaz de acercarse a Paul. Si no hubiera sido su hermano, Louise ya la habría enviado. Si tenía que ser arrestado, que así fuera. Su prioridad tenía que ser Emily ahora, y su sobrina no podía esperar a que hiciera el viaje de tres horas hasta Cornualles.

¿Pero era realmente la decisión correcta, o se estaba engañando a sí misma? Había tomado tantas decisiones erróneas últimamente que le resultaba difícil confiar en su propio juicio. Emily era una preocupación constante, probablemente más de lo que había aceptado antes. Se había equivocado al llamar a Amy por el nombre de su sobrina en el apartamento y ahora podía ver que el hecho de que Paul se llevara a Emily había afectado a su profesionalidad durante la investigación. Sin duda, todo el mundo podía ver que su mente estaba distraída y que si se iba a Cornualles ahora, su carrera podría estar acabada. Sí, el error de las horas extras era perdonable,

pero toda la investigación había sido tan descuidada. Tenían a Chappell en custodia y lo perdieron. Ella había estado en la casa de Chappell y no lo había denunciado. Ella no tenía toda la culpa, pero los demás no lo verían así, sobre todo si, después de haber localizado a un testigo principal y posible sospechoso, Louise se marchaba a Cornualles.

Encendió las luces policiales incrustadas en su coche, asustando al vehículo que la precedía y que casi se detuvo por completo, y se dirigió a toda velocidad hacia el desvío. No solo se había equivocado en la investigación. Toda la situación con Paul era un desastre. Emily le había dicho que se iba a ir y ella lo había echado de menos, y le dolía que la relación con su hermano se hubiera agriado tanto como para no saber de sus deudas de juego. Quería gritar, pero el dolor de cabeza volvía a aparecer.

Iba a cien kilómetros por hora cuando giró el coche a la izquierda para tomar la curva antes de llamar a Joslyn.

—Lo entiendo, Louise. Estás tomando la decisión correcta —dijo Joslyn, después de que Louise le explicara la situación—. Encontraré a Paul por ti y trataremos de hacerlo lo mejor posible. Espero que lo pongamos bajo custodia sin problemas. Que se le pase la borrachera y puedas recogerlo. Mientras tanto, yo cuidaré de tu sobrina. Tú sigue con tu trabajo.

Louise sintió que un cúmulo de emociones amenazaba con abandonar su cuerpo. Le dio las gracias a Joslyn y se sorprendió a sí misma llorando durante diez segundos antes de rodear la rotonda y volver al lado opuesto de la autopista en dirección a Weston.

FARRELL Y TRACEY la esperaban en el aparcamiento junto al muelle de Birnbeck. Louise ya había estado allí, ya que el Asesino de la Pensión había dejado su vehículo allí el año pasado antes de su eventual detención. Durante el corto trayecto desde la autopista, Louise había dudado entre volver a Cornualles y llamar a Amy. Al final no hizo ninguna de las dos cosas, ya que Coulson había enviado un pin de localización a su teléfono que seguía mostrando el punto rojo parpadeante que marcaba la ubicación de Amy.

Se miró la cara en el espejo antes de salir del coche. Tracey se acercó a ella al salir y le dijo: ‘¿Todo bien?’ por segunda vez en el día.

Louise le devolvió el saludo justo cuando apareció Farrell. Sus ojos se movieron entre Louise y Tracey, pero no hizo ningún comentario.

—La entrada al muelle está protegida por grandes puertas metálicas. Estamos intentando contactar con los proveedores de seguridad para que la abran, pero podríamos cortar la cerradura si fuera necesario. Como puedes ver, el mar está dentro, así que no tenemos ningún otro medio para llegar a la sección principal del muelle —dijo.

Louise se asomó al muro de hormigón del aparcamiento. El mar se acercaba y se arremolinaba bajo las tablas desmoronadas y las vigas oxidadas de la pasarela del muelle. Tenía experiencia de primera mano en la inestabilidad del muelle, ya que había caminado por sus tablas rotas el año pasado.

No tenía ni idea de por qué Amy estaba aquí, pero no era seguro y tenían que llegar a ella tan pronto como pudieran. Llamó a Tracey y a Farrell y estaba a punto de llamar a Amy cuando sonó su teléfono.

—¿Amy eres tú? —dijo, con el sonido de la respiración de Amy.

La respuesta fue estática seguida del sonido lejano de un hombre hablando.

—Ponte en contacto con Coulson —le dijo a Farrell—. Quiero escuchar esto claramente.

El sonido era sordo, pero pudo distinguir las palabras del hombre. Parecía Chappell, pero no estaba segura.

—Bien, Amy, cuando estés lista —dijo.

Cuando Amy habló, las palabras eran mucho más claras.

CAPÍTULO SESENTA Y UNO

Amy ya había pronunciado esas palabras muchas veces, así que ¿por qué eran tan difíciles de decir esta vez? ¿Era porque Nicole estaba allí y no conocía su historia? ¿O porque esta sería la última vez que contara la historia? Tal vez todavía estaba confusa por el té, pero sus palabras se sentían confusas en su mente y necesitaba organizarlas antes de hablar. Sus razones para llamar a la policía eran confusas, pero le reconfortaba saber que podría estar escuchando a través del teléfono que llevaba en el bolsillo; que habría un registro de lo sucedido.

—Aiden era un bebé precioso. Era tan perfecto. Tenía un mechón de pelo rojo, un mechón perfecto —dijo.

El grupo respondió, positivo y alentador, y Amy sintió que la mano de Nicole se extendía hacia ella. Su rostro se inclinó con una mirada inquisitiva, como si sus ojos dijeran: ‘No sabía que tenías un hijo’.

A medida que Amy contaba su historia, el apretón de Nicole se intensificaba hasta hacerse doloroso. Cuando Amy llegó a la parte en la que Aiden moría, Nicole se echó a llorar.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo, Amy?

—Está bien, Nicole. El pequeño Aiden falleció justo antes de su cuarto cumpleaños. Tenía un defecto cardíaco. No lo sabía.

—No, no, no puedo creerlo. Lo siento mucho, Amy. Tú nunca...

Amy apretó la mano de Nicole y continuó. Estaba mal que Nicole estuviera aquí, que tuviera que escuchar estas historias. También estaba mal que tuviera que experimentar lo que le iba a pasar a Amy después. Pero no había nada que Amy pudiera hacer al respecto; Nicole era ahora una más del grupo tanto como cualquiera de los presentes.

Todo el mundo -aparte de Nicole- empezó a aplaudir.

—Muchas gracias, Amy. Ha sido precioso. Gracias por compartirlo —dijo Jay, rodeándola de nuevo con sus brazos hasta que a ella le costó respirar—. Gracias a todos ustedes —dijo, dejándola ir—. Todos ustedes son tan hermosas. Antes de continuar, recordemos a nuestras amigas que se han ido. Victoria, Claire, Sally y Megan.

Mientras todas inclinaban la cabeza, Amy miró a Nicole. Vio que su amiga se daba cuenta y se preguntó si se levantaría y se iría, y qué haría Jay si lo hacía. Sin embargo, ya sea en estado de shock o de aceptación, permaneció donde estaba sentada.

Jay levantó la cabeza y se puso de pie.

—Ahora, sé que las cosas han sido extrañas recientemente y aprecio que todas se mantengan a mi lado. Por desgracia, nos vemos obligados a hacerlo. Sabemos que otros nunca entenderían

lo que somos. Se necesita una persona especial para aceptar el DMT, para permitir que te guíe a otros reinos —dijo, sacando una gran cartera de cuero de su bolso.

Se oyó una respiración entrecortada cuando abrió la cartera para mostrar seis jeringuillas.

—Debido a esto, he decidido que esta noche será nuestra última juntos.

CAPÍTULO SESENTA Y DOS

Louise se llevó el dedo a la oreja cuando Chappell dejó de hablar, sin energía.

A pesar de su resolución de intentar separar lo personal de lo profesional, le resultaba imposible no situar a Emily en la historia de Amy sobre Aiden. Emily ya había perdido a uno de sus padres y estaba a punto de perder al segundo si Paul no solucionaba su vida pronto. Si a los padres de Louise les ocurría algo, o Louise no podía cuidar de ella, no era tan descabellado imaginar que Emily fuera acogida o adoptada por otra familia. ¿Y si se mudaba? ¿Y si Louise tuviera que enterarse de su muerte del mismo modo que Amy se había enterado de la de Aiden?

Dio un respingo cuando Tracey le puso la mano en el hombro, contenta de haberse librado de aquella horrenda fantasía.

—¿Conseguimos una grabación de eso, Simon? —dijo ella, cambiando al modo profesional.

—Sí, señora —dijo Coulson por la radio policial de Louise.

—¿Dónde estamos con ese cuidador? —Louise le preguntó a Farrell, aún tratando de procesar lo que acababa de escuchar. Tanto la trágica historia de Amy como la última frase de Chappell: *esta noche será nuestra última juntos*.

—Debería estar aquí en diez —dijo Farrell.

—Dile que venga más rápido.

—Jefa. ¿Qué crees que quiso decir Chappell?

Louise estaba exasperada. La mitad de su atención seguía centrada en Cornualles y no dejaba de mirar su teléfono en busca de novedades, aunque seguía conectado a Amy.

—No lo sé, pero necesito que esas puertas se abran cuanto antes —No quería decirlo, pero para ella la declaración de Chappell significaba una de dos cosas. Esta noche iba a ser la noche en la que se quitara la vida, o la noche en la que le quitara la vida a Amy y a cualquiera que estuviera en el muelle con él.

—Acompáñame, Tracey —dijo, caminando hacia las dos puertas metálicas entrelazadas. Louise miró a través del hueco de la cerradura, entrecerrando los ojos mientras distinguía la pasarela en ruinas que se desvanecía en sombras lejanas. Un nervioso agente uniformado estaba de pie junto a la entrada con un juego de cizallas.

—Voy a entrar —dijo Louise, haciendo una señal al oficial para que rompiera la cadena justo cuando oyó que Chappell volvía a hablar.

—Es tu decisión, como siempre lo ha sido —dijo, su voz distante—. Dime ahora sí o no.

Por un segundo Louise pensó que le estaba hablando a ella. Levantó el dedo mientras esperaba una respuesta. Casi al unísono, varias voces dijeron: ‘Sí’. No podía estar segura de

cuántas, pero había oído al menos tres.

—Ahora —le dijo al oficial, que gruñó por el esfuerzo y rompió la cadena al cuarto intento.

JAY EMPEZÓ CON BEATRICE. El grupo empezó a cantar ‘la muerte no es el final’, pero había algo raro en el sonido y el ritmo, como si cada una de ellas estuviera preocupado por lo que le esperaba. Mientras Beatrice estaba tumbada de espaldas, Jay empezó a susurrarle al oído antes de inyectarla. Amy vio cómo su cuerpo se retorcía a medida que el DMT entraba en su torrente sanguíneo.

—He terminado —dijo, noventa segundos después.

Jay bajó la cabeza y se acercó a Lisa.

—¿Estás bien? —preguntó Amy a Nicole.

La chica parecía conmocionada.

—Sí. . . ¿Yo . . . ?

—No, no tienes que hacer nada que no quieras, Nicole. ¿Y por qué ibas a hacerlo? Tienes toda tu vida por delante. Una familia que te quiere. Todo esto te está esperando de todos modos. ¿Por qué no esperar otros setenta años?

—¿Quién quiere vivir hasta esa edad? —dijo Nicole, sonriendo, con los ojos aún rojos por las lágrimas.

—Lo que quiero decir es que no hay prisa. ¿Tomaste una dosis completa con Jay antes?

—Sí.

—Así que tal vez tengas una idea de lo que hay, pero no estaba preparada después de la primera vez, o de la tercera y cuarta, si soy sincera. Ha sido un largo proceso. Tengo una razón para irme ahora, Nicole. Tú no la tienes. Por favor, no lo aceptes si te lo ofrecen.

Jay ya había terminado de inyectar a Lisa y había pasado a Rachael. No era la primera vez que todo se sentía apresurado. Jay había dicho que todas se irían esta noche, pero ¿cómo? No había ningún borde del acantilado, así que ¿pretendía ir a por ellas una a una, y guiarlas como había hecho con Megan? Ella no estaba segura de poder soportar eso. Su cuerpo le diría que luchara y, aunque solo durara unos segundos, la idea de que le quitaran literalmente el aire era impensable.

Pero no tuvo tiempo de pensar más. Jay ya estaba a su lado, presentándose como una aparición.

—Es hora, Amy —le dijo, y ella se recostó en el suelo como si hubiera sido programada.

—¿No dejarás que Nicole se vaya? —dijo ella.

Jay le ofreció su enigmática sonrisa y le tocó el brazo.

—Tus preocupaciones terrenales desaparecerán ahora. Asegúrate de que te abres paso y saluda a Aiden de mi parte.

Amy suspiró cuando Jay la inyectó, el calor se extendió por su cuerpo.

—¿Y tú? —alcanzó a preguntar justo antes de cerrar los ojos.

LOUISE TUVO que cruzar de un salto la primera fila de tablas destruidas. Al aterrizar, un panel de madera se resquebrajó bajo sus pies y se agarró al metal viscoso del muelle para mantener el equilibrio.

Farrell la siguió mientras Tracey la observaba. Era un momento absurdo para pensarlo, pero lamentó no tener a Thomas con ella. Le parecía injusto que Farrell estuviera aquí y él no. Oyó la conversación de Amy con una joven llamada Nicole y luego con Chappell. Cuando éste dijo ‘Es la hora, Amy’, Louise quiso correr a lo largo del muelle para rescatarla. Diez pasos más tarde agradeció no haberlo hecho, ya que su pie se enganchó en un panel de madera podrido que le habría roto el tobillo si lo hubiera golpeado a toda velocidad.

Se mantuvieron en las barandillas laterales, y Louise avanzó tan rápido como pudo. Debajo de ellos, el mar marrón era visible entre los huecos de los tablones.

—No veo por qué esto no está abierto al público en general —dijo Farrell, sorteando un agujero especialmente traicionero en la madera.

—¿Estás segura? —oyó decir a Chappell en su auricular.

—Estoy segura —dijo Nicole, que sonaba como si estuviera llorando.

Era una falsa economía moverse más rápido, pero Louise no pudo evitarlo. Las voces de Chappell y Nicole eran distantes y no podía oír a nadie más.

—Dile a Tracey que envíe a los paramédicos a por nosotros —le dijo a Farrell, mientras trotaba por el paseo marítimo evitando los escollos y las grietas con giros y saltos rápidos hasta llegar a la parte asfaltada del muelle, el pequeño trozo de tierra conocido como Birnbeck Island.

A los dos pasos, el olor de los gases de la gasolina le abrasó la garganta.

—¿Hueles eso? —dijo Farrell, poniéndose al día.

—Tracey, no estoy segura de cómo lo vas a hacer, pero necesitamos a los bomberos aquí abajo. El lugar apesta a gasolina y no creo que sea un accidente —dijo Louise por la radio cuando un destello de luz llamó su atención a la izquierda—. Allí —dijo, señalando un conjunto de puertas de madera maltratadas.

Ambos sacaron sus porras, Farrell se puso a un lado mientras Louise abría la puerta de una patada.

—Me alegro de volver a verte, inspectora Blackwell —dijo Chappell, mientras los dos agentes atravesaban la abertura.

Louise tosió, ya que el olor a gasolina era abrumador. No estaba segura de cómo podía soportarlo Chappell. Contó cinco cuerpos, todos femeninos, tirados en el suelo. Se acercó al cuerpo más cercano, se agachó y comprobó el pulso de la mujer. Era muy alto, al menos 110, pero estaba viva.

—¿Quiere dejar eso, señor? —dijo Farrell, señalando el bidón de gasolina en la mano izquierda de Chappell.

—Por supuesto —dijo Chappell, con el bidón de plástico rebotando en el suelo del asfalto, claramente vacío.

—¿Qué pasa, Jay? —preguntó Louise.

Chappell sonrió, el brillo de las lámparas distorsionaba sus rasgos.

—Quiero que sepas que esto es culpa tuya —dijo.

—Lo siento, Jay —dijo Louise, tratando de seguirle la corriente.

—Tú también puedes apartarte —dijo Chappell a Farrell. En su mano derecha sostenía un trapo húmedo y con la otra sacaba un encendedor.

—Estoy listo para irme, ¿y ustedes?

UNA PARTE lejana de Amy escuchó la llegada de la policía. Era un sonido, una sensación que, en su estado actual, parecía un sueño.

Ahora estaba más allá del mundo físico, separada de su cuerpo. Muchos usuarios decían que el DMT era lo más parecido a experimentar la muerte sin morir y ella estaba de acuerdo. Las últimas veces que lo había tomado no había querido volver. Estaba separada de su cuerpo, podía imaginarlo tendido sobre el hormigón del muelle; y aunque podía oír y, si abría los ojos, ver, lo que estaba ocurriendo en ese momento estaba en la periferia de su experiencia.

Su realidad ahora era la infinitud del espacio en el ojo de su mente, las formas y geometrías, y lo más importante, la sensación de estar aquí. El amor absoluto que experimentaba en ese mismo instante se explicaría en el mundo físico, pero ella sabía que era real. ¿Por qué, entonces, se contenía? Normalmente ya se habría rendido por completo a este mundo, pero las vistas y los olores del muelle seguían llamándola. Solo el miedo le impedía seguir adelante, pero eso era lo que tenía que hacer si quería volver a ver a Aiden.

Pero, por mucho que lo intentara, no podía soltarse del todo y empezó a caer de nuevo en su cuerpo, con los pulmones apretados y llenos de un olor profundo e incómodo. Abrió los ojos, jadeando, para ver cómo se destruían sus creencias.

LOUISE NUNCA SUPO con certeza cuánto duró el impasse. Su memoria le decía que permanecieron así durante una eternidad -el único sonido en la cáscara hueca del edificio era el aumento de los latidos de su corazón y el balanceo del mar bajo sus pies-, Chappell con el mechero apuntando al trapo, Farrell de pie junto a ella, preparado para reaccionar.

En realidad, debió de ocurrir mucho más rápido. Chappell no les dio la opción de intentar negociar ni de tratar de explicar sus acciones. Farrell corrió hacia él mientras Chappell encendía el trapo y, aunque lo alcanzó en segundos, fue demasiado tarde.

El fuego se extendió en una hipnotizante reacción en cadena, encendiendo las líneas de combustible derramado en un extenso infierno. Chappell corrió hacia la puerta, con los hombros caídos, chocando con Farrell antes de que éste tuviera la oportunidad de defenderse.

—Greg, ¿estás bien? —gritó Louise, que ya se dirigía hacia la mujer que yacía a cinco metros de ella. No sabía si era el ruido o los gases, pero era la única que tenía los ojos abiertos. Louise la puso en pie.

—Corre —dijo, con el estómago revuelto al ver que el fuego consumía por completo el otro lado del muelle, llevándose consigo a tres de las mujeres.

Farrell se levantó y se dirigió hacia ella, pero para cuando lo alcanzó, Louise apenas podía ver delante de su cara, tal era la densidad del humo.

—Por favor, tienes que traer a Nicole —dijo una voz.

Louise alargó la mano, con la mujer que acababa de levantar a su lado.

—Sácala, Greg —dijo Louise, tosiendo y balbuceando mientras se movía a ciegas hacia donde había visto a otra chica.

Lágrimas como de ácido corrían por la piel de Louise y brevemente se preguntó si la piel estaba siendo arrancada de sus rasgos al hacer contacto con una extremidad. Sabía que solo quedaban unos segundos antes de que el humo se la llevara, así que tiró de la pierna. No estaba segura de si su mente le estaba jugando una mala pasada, pero en ese momento estaba convencida de que era Emily a quien estaba arrastrando a través del humo negro.

Un chorro de agua corrió por el aire y se preguntó si se había caído accidentalmente del muelle al mar, solo para que un par de brazos la agarraran y la llevaran a la relativa seguridad del exterior.

CAPÍTULO SESENTA Y TRES

Los bomberos seguían trabajando en el muelle cuando Louise volvió en sí. Estaba aturdida por el humo y no sabía si había caído inconsciente o cuánto tiempo hacía que la habían puesto a salvo. Estaba apoyada en la barandilla de la estructura y el aire frío se arremolinaba a su alrededor. Intentó ponerse en pie, pero una mano la puso en el hombro.

—¿Emily? —murmuró, antes de darse cuenta de dónde estaba.

—Descansa ahora, Lou —dijo Tracey.

Louise parpadeó, con los ojos llenos de dolor por el humo negro que había cubierto cada centímetro de su cuerpo. A solo unos metros, el fuego lo consumía todo a su paso y se preguntaba cuánto tiempo podría el servicio de bomberos evitar que se extendiera al paseo principal del muelle.

Un paramédico se sentó a su lado y le colocó una manta de papel de aluminio sobre los hombros mientras Tracey hablaba por la radio.

Louise se sentía como si tuviera resaca, su cerebro no estaba del todo bien mientras intentaba recordar los últimos momentos de lo que había sucedido en el muelle. Intentó ponerse en pie de nuevo cuando la imagen de Chappell sosteniendo el trapo encendido pasó por delante de ella.

—Por favor, siéntese, señora —dijo la paramédica.

—¿Dónde está Greg? —dijo Louise, ignorándola.

—Está ahí, Lou —dijo Tracey, dejándose caer sobre sus ancas y señalando más allá del muelle, donde Farrell estaba sentado sobre los restos de un antiguo banco. Levantó la mano y Louise nunca se había alegrado de ver la amplia sonrisa que tan a menudo la enfurecía.

—Estoy bien —dijo Louise, quitándose de encima el apoyo de la paramédica y poniéndose en pie. Respiró profundamente, como si el aire del mar pudiera despejar el humo que tenía en sus pulmones. Tracey parecía insegura, pero no intentó detenerla.

—¿Las dos mujeres? —dijo.

—Una ha sido llevada al hospital. Estaba inconsciente cuando se la llevaron, pero creo que se pondrá bien. La otra está allí, junto a Greg —dijo Tracey—. Deberías sentarte —añadió.

—¿Y Chappell?

—Lo tenemos.

—¿Dónde está?

—En la camioneta. Escapó ileso.

—Hay tres cuerpos ahí dentro —dijo Louise, con el rojo parpadeando ante sus ojos mientras intentaba controlar el mareo y el pánico.

—Lo sé, Lou. Farrell nos lo dijo. No es seguro entrar. Lo han intentado. No es...

Louise apartó la mirada antes de acercarse a la mujer superviviente, que estaba sentada en la pasarela hablando con otro paramédico.

—Louise Blackwell —dijo.

—Soy Amy —dijo la mujer, forzando una sonrisa en sus labios.

—Por fin nos conocemos —dijo Louise, sentándose a su lado con un golpe poco elegante. Cerró los ojos durante unos segundos, el simple movimiento de sentarse le quitaba energía.

—Lo siento —dijo Amy.

Louise negó con la cabeza. No entendía muy bien lo que había pasado, pero no creía que Amy tuviera la culpa.

—Estás a salvo y eso es todo lo que importa por ahora.

Podría haberse quedado dormida en ese momento. Mientras Tracey la ponía de pie una vez más, sintió que no había hablado durante minutos y que Amy ya no estaba a su lado.

—¿Amy? —le dijo a Tracey.

—Está bien, va al hospital. Justo donde necesitas ir.

—Estoy bien —dijo Louise.

—No me gusta desobedecer órdenes, Lou, pero esta vez vas a tener que hacer lo que te digo —dijo Tracey, llevándola por el muelle hasta la ambulancia que la esperaba.

ESTA VEZ SÍ SE DURMIÓ. En un segundo, la guiaban a la parte trasera de una ambulancia y se tumbaba a regañadientes en la camilla, y al siguiente estaba despierta en una cama de hospital. El tiempo intermedio era una niebla, pero se alegró de ver que seguía llevando la misma ropa, aunque el olor a humo le provocaba arcadas.

—Me alegro de que estés de vuelta con nosotros —dijo Tracey, apartando la cortina—. Tengo ropa nueva para ti, ya que insististe tanto en no cambiarte.

Louise no recordaba haber hablado de cambiarse, pero no comentó nada.

—¿Hay algo que deba saber en mi ausencia forzada?

Tracey parecía dudar, como si estuviera sopesando cuánto podía decirle.

—Me siento bien ahora —dijo Louise—. Los vapores deben haberme dejado inconsciente, pero estaré bien cuando tenga ropa nueva y ésta haya sido destruida para siempre —No era una mentira completa. Se sentía mejor que en el muelle, pero la experiencia le había pasado factura. Su mente seguía siendo un revoltijo y volvió a pedirle a Tracey que lo verificara.

—Amy y la chica que sacaste del incendio, Nicole, están bien. Greg está descansando dos camas más abajo. Chappell está aquí. Tenemos a dos agentes junto a su puerta. Ha sufrido quemaduras leves en la cara y no irá a ninguna parte pronto —dijo Tracey.

Louise apretó los ojos. Había algo que le faltaba.

—¿Las otras?

—Se han recuperado tres cuerpos del lugar.

—Jesús, mi teléfono —dijo Louise, presa del pánico. De alguna manera, en todo el drama se había olvidado de su anterior llamada con Joslyn y su viaje abortado a Cornualles.

—Simon todavía lo tiene.

—Bueno, devuélvelo. ¿Tienes noticias de Cornualles? —Tracey negó con la cabeza.

—¿Puedes llamarlos? Necesito hablar con Chappell.

—¿Crees que es prudente?

—Ya te he dicho que estoy bien —dijo Louise, con un poco más de vehemencia de la que pretendía—. Necesito hablar con él ahora antes de que pueda armar una historia.

—Tú eres la jefa —dijo Tracey, encogiéndose de hombros y cerrando la cortina mientras Louise se ponía la ropa nueva.

Louise abrió las cortinas momentos después, la blusa que Tracey había encontrado para ella era al menos dos tallas más grande, y se sorprendió al ver a Thomas poniéndose en pie.

—Tracey me dijo que te estabas cambiando —dijo.

Avanzó como si quisiera abrazarla y en ese momento Louise no quiso nada más; a pesar de lo cual, sintió que daba un paso atrás.

—Quería ver si estabas bien... —dijo Thomas, mirando al suelo como si le hubieran reprendido.

—Solo una inhalación de humo. No es diferente a fumar mil cigarrillos en pocos minutos.

—Está bien entonces —Le sonrió y ella se arrepintió de haber dado un paso atrás—. En serio, ¿estás bien?

—Sí, lo estoy. Gracias, Thomas. ¿Pudiste hablar con la madre de Chappell?

—Sí. En cuanto salí de su casa me enteré de todo esto. ¿Vas a hablar con él ahora?

—Sí.

—Entonces hay algo que debes saber.

—¿ALGUNA novedad en mi teléfono? —Louise preguntó a Tracey, frente a la puerta de Chappell. Estaba sentado, con las dos muñecas encadenadas a la cama del hospital. Miró a Louise a través de la ventana de la puerta y le sonrió como si se tratara de un pariente perdido hace tiempo que viene de visita.

—Simon lo está trayendo ahora. ¿Quieres que entre contigo?

—Gracias, Tracey. No, Thomas va a entrar esta vez.

La preocupación y la inquietud eran evidentes en el rostro de Tracey y Louise agradeció que no dijera nada para detenerla. En su lugar, puso la mano en el brazo de Louise e intercambiaron un gesto de asentimiento.

Chappell no reaccionó cuando ella abrió la puerta. Se sentó perfectamente tranquilo en su cama, y solo ajustó ligeramente su posición cuando Louise ocupó la única silla que había a su lado.

—Nos encontramos de nuevo, Jay —dijo Louise.

Chappell giró la cabeza hacia ella y sonrió, y esta vez no había máscara. Ella vio la malicia en la sonrisa, el evidente desprecio que sentía por ella.

—Me alegro de volver a verte, Louise —dijo.

—¿Debo llamarte Jay o prefieres Charlie?

Un parpadeo de sorpresa apareció y se desvaneció en una fracción de segundo.

—Jay está bien.

Louise presentó a Thomas y pasó por los preliminares de explicar que Chappell estaba bajo arresto y tenía derecho a representación legal. Como ella esperaba, él estaba demasiado seguro de sí mismo como para solicitar un abogado. Probablemente se dio cuenta, correctamente, de que su caso era una causa perdida. Dos agentes le habían visto provocar el incendio en el muelle que

había provocado la muerte de tres mujeres. Ahora todo lo que tenían que hacer era asegurarse de que también fuera condenado por los asesinatos de Victoria, Claire, Sally y Megan.

—¿Cómo te sientes, Jay? —preguntó Louise—. Un poco mejor de lo que parece. ¿Sabes cómo te hemos encontrado?

Chappell pareció contrariado por la pregunta y miró a Thomas, que estaba de pie junto a la puerta, en silencio.

—Te traicionaron —dijo Louise, eligiendo cuidadosamente sus palabras después de lo que Thomas le había contado.

Chappell entornó los ojos.

—Si tú lo dices.

Louise sacó su teléfono y reprodujo parte de la grabación del muelle. Las reacciones de Chappell fueron sutiles, pero vio cómo ponía los ojos en blanco mientras se daba cuenta de lo que había pasado.

—¿Amy?

—Sí. Tu amiga Amy nos llevó hasta ti.

Jay frunció el ceño y Louise vio la genuina decepción en sus rasgos.

—¿Sabías que ella se puso en contacto con nosotros después de la muerte de Megan?

Chappell se encogió de hombros.

—¿Qué es lo que quieren? ¿Quieres que confiese? No voy a confesar porque no he hecho nada malo.

—¿Nada malo? Has matado a siete mujeres —dijo Louise, creyendo que el número era probablemente mayor.

—En eso te equivocas, inspectora. Ellas eligieron quitarse la vida.

Louise necesitó toda su fuerza para no reaccionar. Perder los estribos solo llevaría a Chappell a no hablar y por ahora quería que él hablara.

—Te crees una especie de mesías, ¿es eso, Jay? Una especie de chamán como tu maestro Bianchi.

Chappell volvió a fruncir el ceño, claramente molesto por saber lo de Portugal.

—Has estado ocupado, lo reconozco. Mataste a Bianchi en Portugal, junto con esas dos pobres mujeres, Greta y Sandra, y luego...

—No —gritó Chappell.

Thomas se acercó, con los ojos clavados en las cadenas que sonaban contra el marco metálico de la cama de Chappell. Louise extendió la mano.

—¿No? —preguntó.

—No. Fue un error.

—¿No quisiste matarlos, no quisiste asesinar a tu mentor?

Los dientes delanteros de Chappell mordieron su labio inferior.

—¿Porque era un hombre? ¿Pero querías matar a las otras?

—No lo entiendes. Nunca pudiste hacerlo.

—Pruébame.

—Podría explicártelo todo, pero lo descartarías.

—¿Qué tienes que perder? —dijo Thomas—. No es como si fueras a alguna parte.

—Bien. Les estábamos ayudando.

—¿Ayudando a quién? ¿A Greta y Sandra?

—Sí. Habían visto el otro lado. El maestro Bianchi y yo planeamos ayudarlas a pasar al

siguiente nivel, y entonces las cosas se nos fueron de las manos. Tomamos demasiada ayahuasca. Supongo que sabes lo que pasó.

—Los tres murieron ahorcados y tú sobreviviste.

—Eso también fue un accidente.

—¿Querías suicidarte?

Chappell se mostró incrédulo.

—No, pero estuve a punto, ¿no? —dijo, levantando la cabeza para mostrar las cicatrices del cuello.

—¿Qué quieres decir con el siguiente nivel, Jay? —preguntó Thomas.

—Eso no te lo puedo contar. Podría mostrártelo, pero...

—Oh, sí, sabemos todo sobre tu amor por el DMT. También se encontraron rastros en las muestras tomadas de Victoria, Claire y Megan.

Chappell parecía confundido.

—¿Qué te dijo Amy?

Fue el turno de Louise de sonreír.

—Volviendo a la traición. Amy nos dijo lo que ya sabíamos. Drogaste a esas pobres mujeres y luego las mataste.

—No las maté. Ellas se quitaron la vida. Las estaba ayudando. Está claro que no lo entiendes. Dije que no lo harías.

Chappell estaba nervioso y Louise quería presionarlo tanto como pudiera.

—He leído tu libro. Entiendo más de lo que crees.

—¿Has tomado la droga? —dijo él.

—No.

—Entonces no sabes nada al respecto.

—Sé que es como morir. Que los usuarios suelen creer que han viajado a otros mundos o dimensiones.

Una media sonrisa se formó en los labios de Chappell.

—¿Leíste un libro y algunos artículos en Internet? —dijo, riéndose—. No puedes describir lo que ocurre, maldita idiota. Solo puedes experimentarlo.

Thomas se acercó de nuevo al prisionero y se detuvo cuando Louise negó con la cabeza.

—Pero no te lo crees de verdad, ¿no? Sabes que es solo una droga. Tu mente te juega una mala pasada —El rostro de Chappell se contorsionó de rabia y le escupió.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —dijo Thomas, agarrando a Chappell por el cuello.

Louise se limpió la cara.

—Así que te lo crees. Eso sí me sorprende. ¿Y cómo funcionó? ¿Le diste a esas pobres mujeres la droga y luego las obligaste a quitarse la vida? —dijo, haciendo una señal a Thomas para que soltara a Chappell.

—Te lo dije, no puedes entenderlo. Todas ellas, Victoria, Claire, Sally, Megan, Beatrice, Rachael, Lisa, Nicole y Amy, especialmente Amy, lo querían. Querían seguir adelante. Les mostré algo especial. Fue su elección.

—¿Su elección de saltar de un acantilado, de morir asfixiadas, de ser quemadas vivas, maldito enfermo? —dijo Thomas.

Chappell se encogió de hombros y Louise pudo ver que Thomas estaba a segundos de atacarlo.

—Mira, la cosa es, Jay, sé que quieres que creamos que estabas ayudando a esas mujeres.

Que tienes algún propósito superior. Pero tal vez podrías ayudarme con una pregunta.

—¿Qué?

—¿Te acostaste con ellas?

—¿Qué? —dijo Chappell, con el color extendiéndose por su cuello lleno de cicatrices y subiendo a su cara como un sarpullido.

—Sabemos lo de tu ex-novia, Mabel.

—No quiero hablar de eso.

—He hablado con tu madre esta noche, Chappell —dijo Thomas, con un regocijo no disimulado.

—¿Qué? ¿Qué demonios está pasando?

—¿Fue ella la primera, Jay? —preguntó Louise.

—No fue...

—¿Sabes lo que me dijo tu madre? ¿Sobre su precioso chico? Dijo que estabas enamorado de Mabel —dijo Thomas.

—Mira, no quiero...

—Y te rompió el corazón, ¿verdad, Jay? —dijo Louise.

—Por supuesto, nada de esto se sabía durante la investigación —dijo Thomas—. Mentiste y le dijiste a todo el mundo que estaba deprimida, tomando drogas, pero tu madre lo sabía y se mantuvo en silencio todo este tiempo. Hasta ahora.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste, Jay? —preguntó Louise—. ¿Tanto te rompieron el corazón que necesitabas vengarte?

Jay respiró por la nariz, la lucha se alejó de él.

—Hicimos un pacto —dijo.

—¿Un pacto?

—Tomamos un poco de DMT y acordamos que algo más, algo mejor nos esperaba. Prometí ayudarla y luego seguirla.

—¿Qué pasó, Jay? ¿Te acobardaste? —dijo Thomas.

—Cuando la vi morir supe que había ido a un lugar mejor. Decidí ayudar a otras...

—¿Te acostaste con ella, Jay? —dijo Louise, interrumpiendo.

—¿Qué?

—¿Te acostaste con Mabel antes de matarla?

Chappell se recostó en la cama, con las esposas tintineando.

—No sabes de lo que estás hablando.

—¿Sabía ella que tú sabías de su engaño?

El color de la cara de Chappell volvió a aparecer y Louise se lanzó a por todas. Después de que Thomas le contara lo que había dicho la madre de Chappell, se le ocurrió una teoría. Si no lo presionaba ahora, tal vez nunca descubrieran la verdad.

—No, pero qué...

—¿Te acostaste con Victoria? ¿Claire? ¿Sally? ¿Megan? Sé que te acostaste con Amy anoche, Jay. ¿Es así como funciona? ¿Lo es, Jay? —Ella estaba a centímetros de su cara ahora, podía saborear la acidez de su aliento, el humo todavía estaba en su piel.

—Sí —le gritó en la cara—. Me acosté con ellas. Me acosté con todas ellas. Por supuesto que no lo entenderías. Me acosté con Mabel antes de que se fuera y me llevó con ella. Pude verlo en su cara en el momento en que se fue. Lo vi en todas sus caras.

—Maldito enfermo —dijo Thomas.

Louise retiró su silla.

—No creo que estés delirando, Jay. Sabías lo que estabas haciendo. No creo que Mabel te haya hecho daño. Probablemente estabas enojado porque te engañó, pero eso te dio una oportunidad. Te acostaste con ella para recuperar eso y luego te aseguraste de que no pudiera volver a engañarte.

—¿No es eso, Jay? No eres una especie de mesías. Eres un adolescente que nunca superó que su primera novia se acostara con otro. Eso es todo lo que eres. Triste y patético —dijo Thomas.

—Cree lo que quieras —dijo Chappell.

—Pero no tiene razón, ¿verdad, Jay? No tenía nada que ver con la venganza o con enviarlas a otro plano de existencia. Utilizaste y destruiste a esas mujeres antes de matarlas. ¿Para qué? ¿Por deporte?

Chappell sonrió, confirmando lo que Louise sospechaba desde hacía tiempo: que todo aquello -las ceremonias de DMT y la charla sobre otros mundos- había sido una fantasía concebida para satisfacer el retorcido deseo de Chappell. Probablemente nunca entenderían del todo sus motivos, más allá del hecho de que le gustaba controlar y matar a las jóvenes. Sin duda se aferraría a su historia de mesías, pero sería un cuento que contaría el resto de su vida desde el interior de una celda.

—Ahora, si no te importa, tengo un poco de sueño —dijo, dándose la vuelta.

Louise se pasó los dedos por el pelo, el cansancio la recorría. Abrió la puerta del hospital y vio a Coulson corriendo por el pasillo hacia ella.

Tenía la mano extendida. En ella, estaba su teléfono.

CAPÍTULO SESENTA Y CUATRO

Tracey conducía, Thomas estaba en el asiento del copiloto. Louise se sentó en la parte de atrás, viviendo el viaje aturdida. Se había desplomado en el suelo después de hablar por teléfono, con el aire tan perdido que pensó que no volvería a respirar.

Los médicos le habían dicho que no podía salir del hospital, pero solo tuvo que decirle a Tracey una vez que eso no iba a suceder.

—Yo te llevaré —le había dicho su amiga, y ahí estaban, atravesando el campo, con las luces azules y la sirena que las guiaba hacia una escena para la que Louise no estaba preparada.

Todavía podía oler el humo. Se pegaba a su carne como una segunda piel, emanaba del sudor bajo sus labios, se deslizaba en su aliento cuando abría la boca. Una parte lejana de ella seguía en el muelle, observando cómo las llamas se extendían con terrible celeridad, despertando a aquellas pobres mujeres dormidas durante unos últimos segundos de agónico tormento.

Sí, habían atrapado a Chappell y ella había conseguido salvar a Amy y a su amiga, Nicole. *Pero a qué precio*, pensó Louise mientras Tracey tomaba la curva hacia el parque de caravanas a una velocidad vertiginosa.

La cabeza de Louise se golpeó contra el lateral de la puerta y Tracey se disculpó, frenando el coche cuando la vista de la carpa de la escena del crimen -un blanco perfecto sobre el fondo de luces azules parpadeantes- se acercaba cada vez más.

—No hace falta que hagas esto —dijo Thomas, mientras Tracey detenía el coche, pero Louise ya había abierto la puerta. Salió a trompicones del coche y sus zapatos resbalaron sobre la hierba cubierta de rocío. Le zumbaban los oídos, como si acabara de salir de un concierto de música pop especialmente ruidoso. Un agente uniformado extendió la mano para detenerla y Louise lo miró como si no pudiera creer su descaro.

—Está conmigo —dijo una voz.

—Sí, sargento —dijo el agente uniformado.

—Louise, ¿estás bien? No pareces estable —dijo el sargento Joslyn Merrick, que llevaba el uniforme del SOCO.

La mujer la rodeó con sus brazos y Louise cerró los ojos, el olor a humo se intensificó.

—Necesito verlo —dijo.

—Lo entiendo —dijo Joslyn—. Yo la llevaré —dijo a Thomas y Tracey que habían aparecido detrás de ella como ángeles de la guarda.

—Me temo que tendrás que cambiarte —dijo Joslyn—. No hemos terminado de procesar.

Los tres ayudaron a Louise a ponerse el uniforme del SOCO como unos padres que visten a

un niño. Su cuerpo se sentía insustancial, como si estuviera en otro lugar, como si viera la escena desde otro par de ojos.

—¿Estás segura? —dijo Joslyn, resignada.

Louise la ignoró y atravesó la abertura de la tienda, con el olor a linóleo mezclado con el humo en sus fosas nasales. Los SOCO se apartaron, el fotógrafo dejó colgar la cámara a un lado como si estuviera preparado para que Louise viniera.

—Estúpido bastardo —dijo ella, inclinándose -casi cayendo- sobre sus rodillas. Joslyn la tenía agarrada. Incluso en su leve delirio, Louise sabía que no podía tocar a su hermano. Se alegró de que tuviera los ojos cerrados. Las incisiones en el pecho y el estómago parecían demasiado insustanciales para haberlo matado y pensó que tal vez todo era un sueño. La escena tenía un aspecto onírico. No tenía la sensación de estar aquí y quizá en cualquier momento, alguien la despertaría y estaría de vuelta en el hospital de Weston.

Joslyn la puso en pie y una oleada de sangre le subió a la cabeza. Se quedó así durante un rato, intentando controlar las náuseas. Lo único que quería hacer era tumbarse, bloquear todo de su mente.

—Vamos a tomar el aire —dijo Joslyn.

—¿Dónde está? —dijo Louise, tropezando con la entrada de la tienda.

—Está a salvo, Louise. Está en el hospital con mis mejores oficiales. Creo que tienes que ir allí de todos modos. Vamos —dijo Joslyn, llevándola a la parte trasera de una ambulancia que esperaba.

EPÍLOGO

TRES MESES DESPUÉS

El dolor de Louise por la muerte de Paul iba y venía, pero el sentimiento de culpa nunca desapareció. No importaba cuántas veces le dijeran que no era culpa suya, que no habría cambiado nada si hubiera seguido hasta Cornualles en lugar de volver a Weston; que Paul había sido apuñalado esa misma noche, más o menos a la misma hora en que Louise había ayudado a salvar a Amy y Nicole en el muelle.

El hecho de no haber podido llegar a Paul a tiempo no era lo que más le preocupaba. Era el hecho de haber dejado que llegara a ese punto. El primer día que él se llevó a Emily, toda su atención debería haberse centrado en encontrarlo y llevarlo de vuelta a Bristol. Se sentía tan culpable como la persona -aún desconocida- que había clavado el cuchillo diecisiete veces en el cuerpo de su hermano.

Era el fin de semana y sus padres habían llevado a Emily a verla. No era ni siquiera la hora de comer y su madre ya estaba bebiendo. Nunca había sido muy bebedora y parecía estar recuperando el tiempo perdido. Su padre miró a Louise mientras su madre llenaba su vaso de vino blanco, como diciendo: ‘Bueno, ¿qué puedo hacer?’

Era difícil ignorar la ironía de que su madre siguiera el mismo camino que Paul, pero ¿qué podía decir Louise? Sus padres nunca habían dicho nada, y no podía imaginar que lo harían alguna vez, pero estaba segura de que la culpaban por no haber rescatado a Paul. Lo negarían, quizá ni siquiera supieran con certeza que se sentían así, pero Louise no tenía ninguna duda. Era lo que ella sentía, así que ¿por qué no iban a sentirlo ellos?

Louise le entregó a su padre un café y se puso junto a la puerta de cristal del salón que daba a su pequeño jardín pavimentado. Saludó a Emily, que jugaba con los numerosos gnomos de jardín que había dejado el anterior ocupante. Su sobrina levantó la vista pero no correspondió el gesto.

Después de comer, Louise los llevó a la ciudad. Aparcaron en el centro comercial y cruzaron la calle hasta el paseo marítimo. Ahora, más que nunca, Louise se sentía visible en la pequeña ciudad costera. Estaba de baja forzosa y no volvería hasta después de Navidad. Thomas había asumido el cargo de inspector interino en su ausencia. Robertson había dicho que era para darle tiempo a asimilar lo sucedido con Paul, pero Louise sospechaba lo contrario. Todavía no había sido convocada por los jefes y su futuro no estaba claro; el hecho de que Chappell fuera detenido, procesado y condenado a tres cadenas perpetuas era lo único que tenía a su favor. Había dejado que los asuntos personales afectaran a su trabajo y, dependiendo de quién tomara la decisión, eso podía ser imperdonable.

—¿Podemos ir al muelle? —dijo Emily.

—Claro que sí —dijo Louise, muy contenta de ver un atisbo de felicidad en el rostro de su sobrina.

Todavía no sabían cuánto había visto Emily del asesinato de su padre, pero había estado junto a su cuerpo cuando Joslyn lo encontró. Emily había estado en terapia desde entonces y el efecto a largo plazo no estaba claro. Había estado retraída durante los últimos tres meses, pero era de esperar. Iba a la escuela y creían que le iba bien, pero Louise podía ver el cambio en ella y era la parte más aterradora de todo lo que había pasado. Cada vez que tenía que leer sobre una de las víctimas de Chappell, era como si viera el futuro de Emily. A excepción de Nicole, la amiga de Amy que se había incorporado a última hora al grupito de Chappell, todas las víctimas se habían quedado sin padres o habían sido abandonadas por ellos a una edad temprana. Era una comparación que Louise aún no podía aceptar. No podía contemplar que Emily fuera huérfana durante más de unos segundos sin derrumbarse. Ahora era su responsabilidad, su único propósito real en la vida: asegurarse de que su sobrina no acabara como una de las pobres víctimas de Chappell.

No es que se les considere víctimas en todos los ámbitos. Chappell tenía sus partidarios, a pesar del veredicto y de los casos reabiertos tanto en Portugal como en el Reino Unido. Había tantas tonterías en Internet que hacía tiempo que había dejado de mirar. Para algunos, Chappell era una figura similar a un mesías que había intentado salvar a esas mujeres; una historia a la que se aferró en el juicio. Louise se preguntó cuántos de sus simpatizantes habrían sentido lo mismo si hubieran estado en el muelle aquella noche, si hubieran soportado el olor a carne quemada.

Después de que Emily se agotara en las atracciones y las máquinas, compraron helados y se dirigieron a la parte trasera del muelle. Era un día claro y luminoso, que recordaba el glorioso verano que había vivido la ciudad. El mar, de color marrón, se adentraba y lamía las vigas bajo el muelle.

Louise contempló el canal de Bristol, las islas de Steep Holm y Flat Holm. A su derecha, distinguió los restos del viejo muelle. El sabor del humo le llenó la boca, se volvió y sintió un tirón en la mano.

—Gracias por el helado, tía Lou —dijo Emily, deslizando su mano enguantada en la de Louise.

Su madre había presenciado el intercambio y se dio la vuelta, con los ojos llenos de lágrimas. Louise agarró la mano de su sobrina, luchando contra sus propias lágrimas.

—De nada —dijo. De su bolsillo sacó los juguetes que había comprado antes en la tienda del muelle. Dos soldaditos de plástico en miniatura, cada uno con un paracaídas pegado al cuerpo—. A tu padre le encantaban estos juguetes —dijo—. ¿Vamos?

Juntas lanzaron los juguetes desde el extremo del muelle, la brisa levantó a los diminutos hombres durante un tiempo hasta que cayeron lentamente hacia el abismo de barro.

A AMY le faltaban por lo menos cuarenta libras de sueldo. Lo contó delante de Keith y lo miró fijamente para pedirle una explicación.

—¿Qué puedo decirte, Amy? Son tiempos difíciles. Sabes tan bien como yo que el invierno es una mala época para nosotros —dijo.

—He estado aquí todos los días de este mes. Dame lo que me debes —dijo Amy, pero había poca convicción en sus palabras. Keith tenía todas las cartas. Como se esforzaba en señalarle a

diario, no tenía por qué devolverle el trabajo. Después de la noche en el muelle, la policía la había interrogado exhaustivamente. Había una gran posibilidad de que la acusaran de ser cómplice de los crímenes de Jay. Una vez que se retiró la posibilidad de presentar cargos -la fiscalía aceptó a regañadientes que Jay había ejercido un control antinatural sobre ella-, Keith accedió a devolverle el trabajo a condición de que se redujera un veinticinco por ciento su salario por hora.

—¿Crees que conseguirás otro trabajo en esta ciudad? —le dijo, y ella tuvo que reconocer que no lo conseguiría.

Keith se puso de pie, con su gorda barbilla levantada en señal de desafío.

—Si quieres volver la semana que viene, acepta esto y lárgate —dijo.

Amy cogió el paquete de la paga y salió al aire libre. Iba mal vestida para la tarde otoñal, con el abrigo raído y los pantalones grises de chándal ondeando al viento mientras se dirigía a la calle principal.

Si la gente la reconocía, no decía nada. Había sido una gran noticia en la ciudad y lo seguía siendo: la mayor parte del edificio de Birnbeck Island había quedado destruido y el caso había sido noticia nacional. Pero mientras que Jay se había hecho famoso, como líder de una secta moderna, Amy había caído pronto en el olvido, al igual que las demás víctimas de Jay.

Amy entró en la librería de descuento para calentarse. Estaba echando un vistazo a los títulos de novela negra y romántica cuando la vio. Nicole estaba de espaldas a ella. Estaba mirando la papelería, acompañada de sus padres. Amy se quedó helada. No la había visto desde el juicio, e incluso entonces no habían hablado; los padres de Nicole se aseguraron de ello.

Fue la madre de Nicole quien la vio primero. Fue como si hubiera visto al propio Jay, y su rostro se transformó en una mezcla de rabia y miedo mientras colocaba instintivamente su brazo alrededor de los hombros de su hija.

Nicole se giró y Amy agradeció que no reflejara la mirada de angustia de su madre.

—Amy, ¿cómo estás? —dijo encogiéndose del brazo que la rodeaba.

—Nicole, no creo que... —comenzó su padre, pero Nicole lo interrumpió.

—Por favor, espera fuera. Solo tardaré un momento —dijo. Sus padres intercambiaron miradas de preocupación pero cedieron, dejando a Amy a solas con Nicole.

—Lo siento. Han sido un poco sobreprotectores desde...

—Por supuesto, lo entiendo.

—¿Cómo te has mantenido, Amy?

—Más o menos. ¿Y tú? ¿Vuelves a la universidad?

—Me estoy tomando un año libre. Me dejarán aplazar hasta el próximo septiembre. Estoy bastante segura de que mi madre no me dejaría ir aunque quisiera. No estoy segura de que quiera que me vaya el año que viene —dijo Nicole, con una sonrisa.

Amy negó con la cabeza, con el pecho apretado.

—Siento mucho haberte involucrado en todo esto —dijo—. Lo siento de verdad.

—Amy, no tienes nada que lamentar. Eres tan víctima como yo. Tomé mis propias decisiones. No nos presentaste, de hecho trataste de mantenerlo alejado de mí.

—Pero ese día, debería haberte hecho volver a casa.

—No habrías podido. Me viste. Estaba encaprichada. Por favor, no te culpes.

—Ya basta —gritó el padre de Nicole, haciendo que varios compradores miraran hacia ellos.

Nicole se acercó a ella y se abrazaron, el primer contacto humano que Amy había experimentado desde aquella noche.

—Cuídate —dijo Nicole.
—Tú también.

LA PERIODISTA la esperaba en la puerta de su bloque de pisos.

—Amy, ¿cómo estás? —dijo Tania Elliot, bajando del coche y quitándose las enormes gafas de sol que protegían sus ojos maquillados.

—No quiero hablar contigo —dijo Amy.

Tania había empezado a molestarla unos días después de la noche en el muelle. Al principio le había dicho que estaba escribiendo un artículo sobre Jay y que quería su punto de vista, pero los artículos del periódico habían llegado y desaparecido. Ahora estaba escribiendo un libro y, según Tania, Amy era el personaje central.

—Tengo dinero para ti —dijo Tania, sacando de su largo abrigo un fajo de billetes que parecían frescos, como un mago creando una ilusión.

—Ya te he dicho que no quiero tu dinero.

Amy había aprendido en las últimas semanas que a Tania no le gustaba que le dijeran que no.

—Tal vez debería darle esto a tu amiga Nicole. Estoy segura de que lo apreciaría.

Amy se rio.

—Podrías intentarlo.

—Vamos, Amy. ¿No quieres que la gente escuche tu versión de la historia? Sabes cuál es el sentimiento general sobre ti en el pueblo.

—¿El sentimiento general?

—Ya sabes lo que quiero decir. Las historias sobre tú y Jay trabajando juntos; que reclutaste a Nicole para su pequeño grupo.

—Si no me equivoco, Tania, tú eres una de las personas que difunden esos rumores.

—Entonces déjame aclarar eso. Déjame decirle a la gente lo que realmente pasó.

Amy se dirigió a la puerta principal.

—Tengo que ser perfectamente honesta contigo, Tania. No creo que te importe la verdad.

—Eso no es cierto —dijo la periodista, pero Amy ya estaba subiendo las escaleras, y la voz de Tania era un ruido incoherente que resonaba en las paredes del edificio.

Y si le hubiera contado mi versión de la historia, qué habría dicho, pensó Amy mientras comía su cena de pasta bañada en ketchup.

¿Le habría gustado a Tania, y a su público, lo que tenía que decir? Que deseaba haber muerto aquella noche en el muelle. Que seguía creyendo en Jay, por muy errático que se hubiera vuelto en las últimas semanas que llevaban juntos; incluso después de descubrir que la mayor parte de lo que le había contado era mentira. Que su viaje al Amazonas era ficticio. Que luego se había cambiado el nombre y había matado a su primera novia, y a otras tres, en Portugal. ¿Cómo se presentaría eso a los lectores de Tania?

Sí, Amy apreciaba todo lo que la valiente policía había hecho por ella y estaba muy agradecida por haber salvado a Nicole. Pero no podía decir con certeza que lo que les había ocurrido a Beatrice, Rachael y Lisa aquella noche fuera un error. Ellas querían seguir adelante, al igual que Megan y las demás. El método había sido horrible, pero era lo que querían.

Jay había tratado de explicarse en el juicio, pero fue descartado, tanto por las autoridades como por los que informaron del caso. No fue una sorpresa.

Como él había dicho, no se podía entender el efecto del DMT -ella odiaba que lo llamaran droga- a menos que se probara.

Y a Amy le quedaba un alijo, que Jay le había dado hacía tiempo en caso de emergencia. Amy lo había escondido en el trabajo y se alegraba de haberlo hecho, ya que la policía había registrado su casa en dos ocasiones.

Ahora preparó el té, queriendo mantener la suficiente conexión con su cuerpo para poder hacer lo que tenía que hacer. Escribió dos notas, una para Nicole y otra para la mujer policía que le había salvado la vida, antes de beber la ayahuasca.

¿Qué le quedaba? Jay estaba en la cárcel, Nicole no podía hablar con ella y Megan estaba en otra parte. Pero no se trataba de ellos, sino de ella. De una forma u otra, todos en su vida le habían fallado. Ahora lo veía claramente. Comprendía que Jay era un charlatán, pero, ya fuera por intención o por error, le había presentado lo único valioso que le quedaba: una salida.

Dejó que la droga le llegara al torrente sanguíneo y trasladó su cuerpo tembloroso al umbral de la puerta principal. Pensó en Jay y esperó que encontrara pronto su propia salida. Pensó en Nicole y le deseó una vida plena y feliz.

Finalmente, pensó en su hijo, Aiden, y, cerrando los ojos, se dejó caer.

¡GRACIAS!

Muchas gracias por leer El Cruce. Si tiene tiempo, le agradecería que dejara una pequeña reseña. ¡Tienen un gran impacto en la visibilidad del libro y siempre son muy apreciados!

Si desea mantenerse al día con mis últimas noticias, incluidas las ofertas especiales de mis libros, suscríbase a mi boletín aquí: [Boletín informativo de Matt Brolly](#)

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos los que me han ayudado a completar este libro. A mi agente, Joanna Swainson, por sus comentarios y consejos; a Jack Butler y a todos los que trabajan en Thomas & Mercer por su continuo apoyo y ayuda para que esta serie sea lo mejor posible; y a Russel McLean por sus inestimables ideas y sugerencias, siempre tan útiles.

También quiero dar las gracias a todos los que han apoyado la serie, especialmente a los maravillosos lectores y blogueros que se han tomado la molestia de reseñarla.

Por último, gracias a toda mi familia y amigos por su continuo entusiasmo y apoyo. Una mención especial para mi hermana, Claire, por prestarme su segundo nombre para Louise Blackwell, y para Alison, Freya y Hamish por ser mi inspiración y mi mayor apoyo.

ACERCA DEL AUTOR

SOBRE EL AUTOR



Photo © 2019 Lisa Visser

Tras licenciarse en Derecho, donde se interesó por el derecho penal, Matt Brolly realizó un máster en escritura creativa en la Universidad de Glasgow.

Es el autor del éxito de ventas de las novelas policíacas del Detective en Jefe Lambert, *Dead Eyed*, *Dead Lucky*, *Dead Embers*, *Dead Time* y *Dead Water*, y del thriller de Lynch y Rose, *The Controller*. Además, es el autor de la aclamada novela policíaca del futuro cercano *Zero*. La primera novela de la serie policíaca de la Inspectora Louise Blackwell, *El Cruce*, se publicó en 2020.

Matt también escribe libros para niños como M. J. Brolly. Su primer libro infantil es *The Sleeping Bug*.

Matt vive en Londres con su mujer y sus dos hijos pequeños. Puedes encontrar más información sobre él en www.mattbrolly.co.uk o siguiéndolo en Twitter: @MattBrollyUK.



OTRAS OBRAS DE MATT BROLLY

En español:

La Detective Louise Blackwell

[El Cruce](#)

[El Descenso](#)

[La Garganta](#)

[La Marca](#)

En inglés:

The DCI Lambert series:

[Dead Water - prequel novella](#)

[Dead Eyed](#)

[Dead Lucky](#)

[Dead Embers](#)

[Dead Time](#)

DI Blackwell Series:

[The Crossing](#)

[The Descent](#)

[The Gorge](#)

[The Mark](#)

[The Pier](#)

Other novels:

[Zero](#)

[The Controller](#)

For children (As M.J.Brolly)

[The Sleeping Bug](#)